

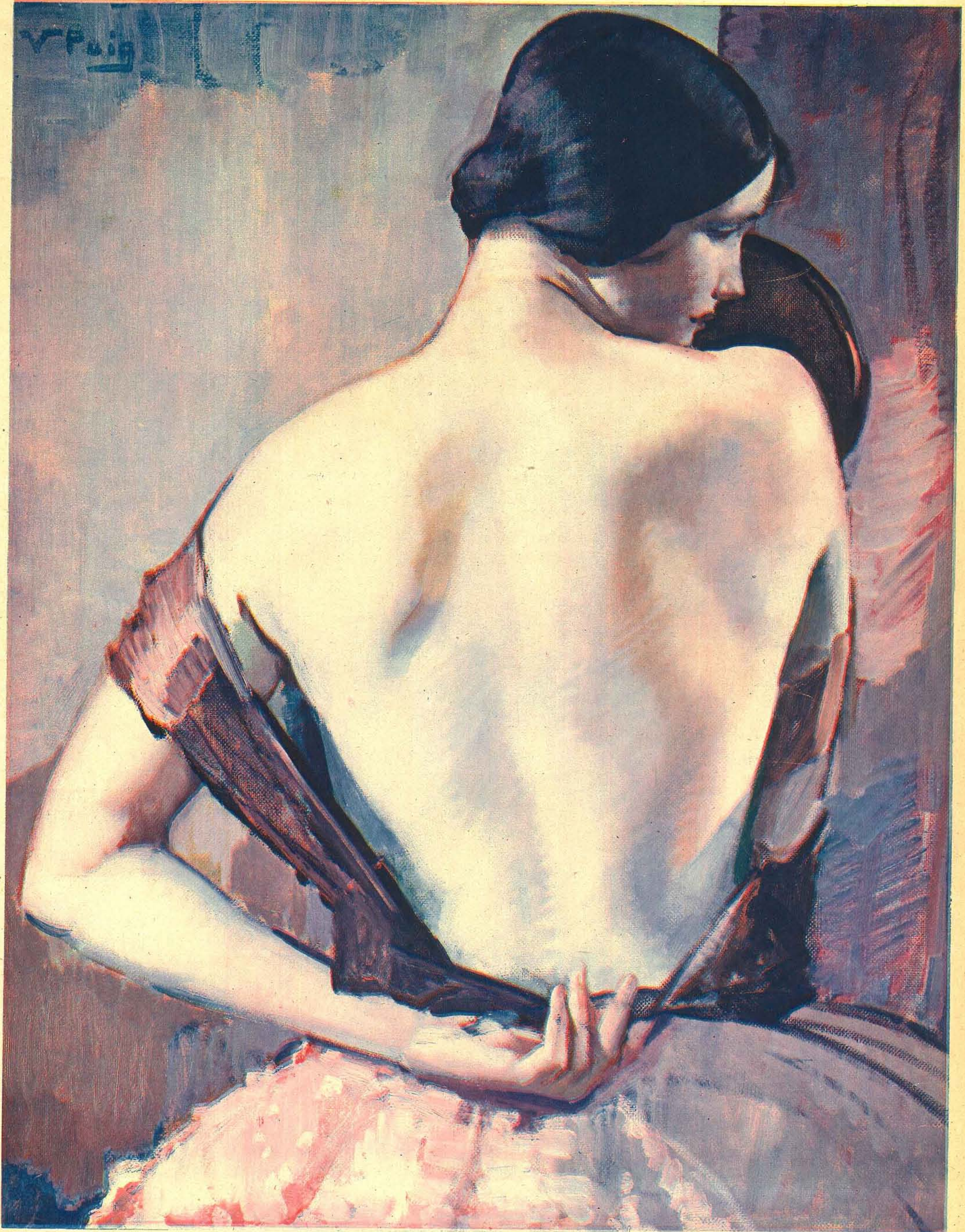
LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 13 DE JULIO DE 1930

NÚMERO 54



ESPECIAL PARA LA NACION

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por Vicente Puig

Untisal

Cuando le duela la garganta friccione-la con UNTISAL. Inmediato alivio del dolor y desaparición de la ronquera.

Una franela empapada en UNTISAL aplicada al pecho y otra a la espalda al acostarse, bastan para ablandar su catarro y calmar su tos.



El ambiente balsámico y desinfectante que el UNTISAL crea, es el mejor protector de las vías respiratorias.

Un verdadero filtro que evita contagios lo constituyen dos trocitos de algodón (previamente humedecidos en UNTISAL y secos) aplicados a su nariz. La nariz se destapa, facilita la respiración, y la cabeza se despeja.

FRASCO GRANDE
\$ 6.—

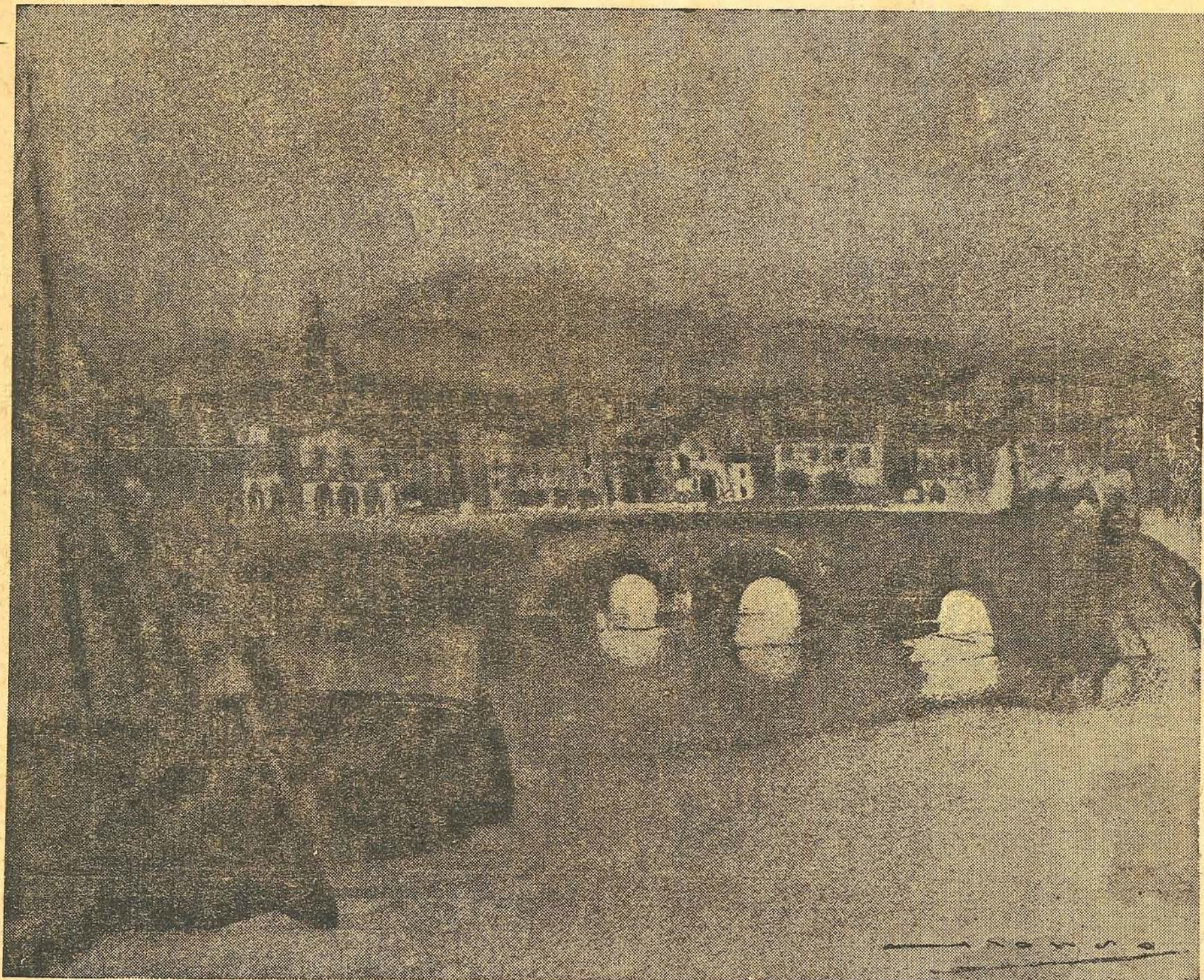
La gravedad de un resfrio desaparece en cuanto Vd. se dá la primer friega de UNTISAL, una al pecho y otra a la espalda.

FRASCO MEDIANO
\$ 1.80

Untisal

Es el mejor protector de los bronquios y pulmones.

Tatna



Romance del emigrado

I por Juan Carlos Monso IV

Está dormida la aldea, y la madre está rezando;
Un niño con sus alforjas se apresta a partir llorando.
De pronto llama a la puerta el guía con su caballo...
—¡Ya voy!, responde la madre, abandonando el rosario.

II

—¡Adiós, adiós, meu filliño, que te llevan de mi lado..!
Ya se van por la calleja el niño, el guía, el caballo...
Suena el reloj de la iglesia: las dos y media están dando.
Prolonga el sereno la hora con melancólico canto.

III

Pasan el puente en silencio el niño, el guía, el caballo...
Hunde la bestia sus patas en aquel arenal blanco.
Las barcas están tumbadas, dormitando de costado;
Y van y vienen las olas en su perpetuo calvario.

VII

Y llegan a sus oídos rumores del mar Cantábrico.
Brilla en el cielo una estrella, la estrella del emigrado.

Ya llegan hasta la cumbre el niño, el guía, el caballo;
Allá queda, en lo más hondo, la pobre aldea soñando;
Allá se queda la iglesia con su esbelto campanario;
Allá se quedan las casas, y las fuentes, y los prados.

V

El niño ve las luciérnagas tras el cristal de su llanto.
Ya regresa por la cuesta el guía con su caballo.
El chiquillo se ha marchado, y sabe Dios hasta cuándo.
Brilla en el cielo una estrella, la estrella del emigrado.

VI

El niño, ya hombre en América, rememora su pasado;
Ve aquella aldea dormida; la madre, siempre esperando;
Ve por la angosta calleja al guía con su caballo;
Oye el reloj de la iglesia, oye del sereno el canto...

Dibujo del autor

EN el "argot" del teatro recibe la denominación de "aparte" aquella ficción en virtud de la cual una persona colocada en la última fila del paraíso puede oír perfectamente algo que dice en el escenario uno de los intérpretes, sin que los restantes se enteren de lo que dice ni lleguen siquiera a sospechar que dice cosa alguna. Según todas las probabilidades, no existe entre los innumerables convencionalismos del teatro ficción alguna en tal grado repugnante al simple sentido común. En la producción escénica más reciente se tiende a prescindir de ese recurso estúpido; pero el hecho es que, por lo menos en el teatro cómico, su empleo no ha sido aún desterrado del todo.

Otro curioso convencionalismo, o rutina, o como quiera decirse, es eso de hacer que tres o cuatro personajes pronuncien simultáneamente las mismas palabras. Leyendo el libreto de una comedia, se encuentra uno de pronto con que Juan Carlos, Leonor, el doctor López y "Criado primero"—cuatro personajes de la obra—, saludan exactamente en los mismos términos al personaje nuevo que llega, o bien a alguno de los "dichos" que hace "mutis por el foro". El autor escribe en columna los nombres de los cuatro personajes, traza una llave y obliga a esos cuatro individuos a decir al mismo tiempo "buenas noches" o "hasta luego", o bien, si el caso lo requiere, a prorrumpir en alguna exclamación como "¡Santo cielo, qué horror!", "¡Ahora lo comprendo todo!", o cosa por el estilo. El propio Júpiter del teatro occidental cristiano, el genio de Stratford-on-Avon, no está a cubierto de este reparo. En la segunda escena del primer acto de "A midsummer-night's dream"—para poner un ejemplo—se da el caso de que todos los personajes, exceptuando al llamado Quince, (es decir, cinco caballeros) pronuncien la misma frase:

"That would hang us, every mother son".

¿Puede darse el caso de que a cinco personas se les ocurra al mismo tiempo exactamente la misma idea? ¿Puede darse el caso de que, ocurriéndoles la misma idea, la expresen necesariamente en los mismos términos?... Puede darse el caso, sin duda; pero ha de convenirse en que no es lo común.

El teatro verosímil y verídico que postulan estas observaciones desterrará otro convencionalismo no menos inadmisible que los mencionados, y es el convencionalismo del soliloquio. Si en la vida real diputamos lunáticas a las personas que tienen la costumbre de hablar a solas en voz alta—propia de aquellas cuyo juicio han debilitado las enfermedades o la mucha edad—, ¿por qué hemos de admitir que los personajes de la ficción teatral, tan pronto como quedan solos en escena, se entreguen a la práctica de esa costumbre senil? Por lo demás, también en este punto ha dado Shakespeare más de un genial mal ejemplo, como que apenas hay personaje suyo que no practique el "monólogo exterior".

En este pequeño inventario de las rutinas escénicas, no es posible soslayar el tema de la correspondencia en el teatro. Nadie ignora que cuando un personaje teatral escribe una carta, tiene ineludible obligación de ir leyéndola en alta voz a medida que la va escribiendo. Tal conducta, desde el punto de vista del espectador desapasionado, constituye una evidencia demasiado patente de la falsedad de cuanto está sucediendo en escena.

No dejaré de mano el capítulo concerniente a las cartas sin referirme a la sorprendente rapidez con que despa-



chan su correspondencia los personajes de las comedias. Una carta que normalmente no podría escribirse en menos de un cuarto de hora, está lista y firmada en menos que canta un gallo. Otra observación, al pasar: a los personajes que cultivan en escena la literatura epistolar nunca les sobreviene uno de esos pequeños inconvenientes que se le atraviesan a cualquiera de nosotros cuando se entrega a análogo ejercicio. Nada tan común, en efecto, como tener que rasgar varias hojas porque se equivoca uno en la fecha, o en la

HUMANIZACIÓN DEL TEATRO -- II HACIA UN TEATRO VEROSIMIL Por ENRIQUE MENDEZ CALZADA ILUSTRACIONES DE MIRABELLI

dirección, o en cualquier otra cosa; como tener que consultar el diccionario, porque se ha olvidado uno de si tal o cual palabra lleva o no lleva acento; como tener que romper el sobre y hacerlo de nuevo porque, sin fijarse en la parte del cierre, se lo ha escrito al revés.

En el teatro hablado—ya quedó dicho (I)—los autores y las empresas nos sirven el sainete o la tragedia en estado de pureza, siendo así que en la vida rara vez se ofrece a la observación un episodio cómico en que no haya substancia patética y que la auténtica tragedia viene por lo común amalgamada con materias y elementos de farsa, de grotesco. Tal circunstancia explica algunas anomalías que suelen darse en los dominios del teatro cantado y bailado, del más caro y más ruidoso. Me refiero, claro está, al teatro de ópera.

Una de ellas, que alguna vez ha dado tema a chascarrillos populares, la constituye el hecho de que los personajes de las óperas no lleven nunca consigo dinero para sus gastos. Se encuentran congregados los personajes de la obra en el salón de una vieja hostería flamenca o de un mesón italiano, y, cansados de berrear y empujar el codo, se marchan tranquilamente con la música a otra parte sin preocuparse de hacer efectivo el importe de la mercadería consumida y sin que, por lo demás, se preocupe nadie de reclamárselo. Se explica que así ocurra. "Penoso momento es el del pago"—se dice en el "Don Juan", de Byron. Penoso y algo más: inelegante, antiestético. En un espectáculo que se propone ofrecernos lo sublime al estado puro, una persona que echa de mano al bolsillo para abonar el

gasto constituiría una verdadera incongruencia. Y, sin embargo, a pesar de los autores de libretos, a pesar de los compositores, a pesar de los tramoyistas, hay ocasiones en que la ópera deja de ser sublime para tornarse humana. Ocurre por error o por accidente, pero ocurre. Me tocó asistir cierta vez a una representación de "Tosca" interpretada por una "compañía de verano", por una de esas tropas líricas cuyos elementos se reclutan Dios sabe cómo, Dios sabe dónde. Las personas que conocen esa ópera tendrán presente—mucho mejor que yo, sin duda—lo que aconteció al terminar el segundo acto: ese mal caballero, ese bellaco que es el Barón

Scarpia, cae al suelo exánime. Muere a consecuencia de su conducta censurable y de una herida incisa punzante que interesa órganos vitales. De conformidad con el espíritu y la letra de la respectiva acotación, lo que en tal instante corresponde hacer a la desventurada Tosca es coger un par de cirios que providencialmente hallará a mano y colocar uno a cada lado del cadáver del susomestado Scarpia. Es una escena de efecto dramático infalible, que ha hecho correr Misisipis de lágrimas desde la noche histórica del estreno de "Tosca".

En la representación a que me refiero, a la actriz que hacía de Tosca le ocurrió un pequeño contratiempo, no por pequeño menos desagradable en aquellas solemnes circunstancias: uno de los cirios se desprendió del respectivo candelabro y cayó al suelo, no sin algún sobresalto, seguramente, de parte del cadáver del barón Scarpia. Durante un buen rato, y ante la nerviosa impaciencia del público, la cantante hizo varios esfuerzos por volver a

colocar la vela en su sitio. No lo consiguió: una y otra vez la endemoniada vela volvió a caer al suelo. La situación comenzaba a tornarse de un subido ridículo, como para confirmar la vieja frase consabida. Por último, la actriz adoptó una medida de emergencia que la sacó del atolladero: inclinó el cirio sobre el suelo hasta que las gotas de cera formaron un pequeño charco y, con ademán enérgico, la clavó allí como un sicambre clavaría su lanza en el corazón de un enemigo. Pues bien: aquel pequeño episodio no previsto por el autor del libreto, hizo que la escena ganara en emoción, en humanidad. Ese ademán familiar y doméstico de pegar una vela en su propia cera restó al cuadro, sin duda, algo de su patética sublimidad, pero le comunicó vida, verdad, verosimilitud; y cuando la infortunada Tosca, adelantándose hacia el público, dijo aquello de

"Avanti lui, tremava tutta Roma!" quien hablaba era algo más que un títere, que un sublime pélele: era una mujer de carne y hueso que acababa de resolver, con maña y paciencia, un pequeño problema de estabilidad.

Aun aquellas obras en que la vida aparece reflejada con mayor verdad, aun aquellas cuyos autores se hacen no-

cer, por dos o tres veces consecutivas, los honores de la repetición. La circunstancia de no tener a mano su pañuelo de bolsillo debió complicar las cosas para la actriz y tornar singularmente incómodo el pequeño trastorno respiratorio, muy natural en una persona que pretende entrar en calor arrojándose a una de esas falaces chimeneas que aparecen en el teatro.

Ignoro el efecto que aquellos reiterados estornudos habrán producido en el resto del público; pero sé decir que, para mí, vinieron a completar la humanización del humanísimo personaje shawiano. Si tuviera yo con la ilustre actriz italiana verdadera intimidad, le aconsejaría no dejar nunca de estornudar dos o tres veces en la escena de la chimenea del segundo acto de "Cándida". Será si se quiere una manía, una preocupación tonta de espectador hastiado; pero lo cierto es que posteriormente vi representar "Cándida" por otra compañía extranjera sin tener la suerte de



que la primera actriz estuviese resfriada, sin que una pequeña "suite" de estornudos amenizase la escena de la chimenea, y confieso que no salí satisfecho.

Al fin y al cabo, el estornudo, el bostezo, el hipo, la tos, son accidentes perfectamente naturales, como lo son la risa y el llanto, y no se advierte en virtud de qué regla de tres han de estar proscritos de la alta comedia, de la tragedia, de la ópera, del drama histórico. Por lo que en particular se refiere al bostezo, bueno es poner de manifiesto que el monopolio ejercido hasta el presente por los espectadores no se apoya en ninguna base realmente seria. La circunstancia de percibir un sueldo, no constituye una razón jurídica suficiente para prohibir al actor que bostee cuantas veces le venga en gana, aun cuando el bostezo no esté indicado en las acotaciones del autor. Hay obras que lo llevan implícito.

Durante el siglo pasado, la tos se empleó bastante por los autores dramáticos, pero sólo en casos realmente desesperados, cuando los esfuerzos de la ciencia resultaban impotentes para detener el mal que consumía el débil organismo de la protagonista. En la actualidad, se tose y se estornuda muy poco en el teatro, a lo menos de parte de los actores.

Por lo que se refiere al público, ya es harina de otro costal;

hay auditorios, en efecto, a los que debería enviarse en masa al baño turco. Fué uno de ellos el que, como remate de una crónica, sugirió a Pío Baroja en sus años de crítico teatral una frase que decía sobre poco más o menos: "Fueron tantas las toses y los estornudos, que aquello más que teatro parecía un hospital". Sin llegar a tales excesos, opino que en el teatro debería toserse y estornudarse algo más, aunque no precisamente por parte del público, y creo que los dramaturgos, de

paso que en sus acotaciones marcan aquí una carcajada, allí una sonrisa, acullá, un sollozo ahogado, más adelante un sollozo desahogado, deberían distribuir discretamente a lo largo de la obra dos o tres tosecillas, tres o cuatro estornudos.

Necesito repetir, para evitar equivocadas interpretaciones, (Continúa en la pág. 32)

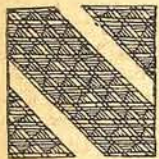


tar por un mayor desdén de lo rutinario y convencional, aun aquellas en que la ilusión de realidad es más perfecta, ganan mucho cuando un menudito incidente cualquiera pone en su representación una nota de "cotidianidad".

Recuerdo, por ejemplo, una representación de "Cándida" en que el personaje de la admirable mujer corrió a cargo de esa otra mujer admirable que es Vera Vergani. En el segundo acto, en el momento en que Cándida y Eugenio, solos en la casa, a la hora del conticinio, en el aposento en penumbra, cabe la chimenea en que crepitan los leños, se confían en voz baja dulces cosas del alma, la Vergani no fué dueña de reprimir un estornudo magnífico, digno realmente de figurar en una obra de Bernard Shaw; un estrepitoso estornudo que, malgrado los esfuerzos de la actriz, habría de mere-



LOS ARGENTINOS SEGUN ORTEGA Y GASSET



O creo que la intimidad del argentino sea radicalmente distinta de la del europeo, como opina Ortega y Gasset. Más bien podría decirse que el argentino tiene escasa vida íntima. Mientras el europeo, sobre todo el hombre del norte, es intravertido, el argentino vive hacia afuera: es extravertido. Entre nosotros no hay vida espiritual. No digo intelectual ni cultural, sino espiritual, que es diferente. Las cosas del alma apenas nos interesan. Carecemos, en general, de un sentido religioso de la vida. Al argentino le preocupan poco o nada los problemas filosóficos. Su afán es tener dinero y vivir bien. La religión, en la mayoría de los casos, es aquí vulgar rutina, o política o beaterio mediocre. Hay un cierto idealismo—ideales o aspiraciones de engrandecimiento—, pero no espiritualismo. El argentino es objetivo. El mundo está fuera de él. El no lleva dentro su concepción del universo. Y hasta diría, si fuera posible, que no tiene concepción ninguna del universo. No creo que exista una literatura más pobre de ideas que la argentina.

Todo esto es exacto respecto del porteño. Tal vez no lo sea tanto respecto del provinciano del interior. El dinamismo de Buenos Aires no es propicio a la meditación. En esta ciudad, tan agitada y única en el mundo por sus distancias, no hay posibilidades para la vida interior. En la calma de la existencia provinciana es fácil, en cambio, recogerse en uno mismo. En las provincias se puede meditar y soñar, y hay quienes lo hacen. Los espíritus más sensibles a los grandes interrogantes de la vida y los más adentrados en sí mismos se encuentran en las provincias. Pero, a fin de no hacer interminables estos comentarios, prescindiré de toda diferencia entre los argentinos y sólo tomaré en cuenta al hombre descrito por Ortega y Gasset.

No es, pues, desconfianza ni falta de cordialidad lo que hay en el argentino con respecto al extranjero. Aparte del caso personal de Ortega, a que me referí en el artículo anterior, se trata de una escasez de fondo íntimo, de una carencia de meditación sobre las cosas espirituales. Pero anotemos, de paso, que los europeos atentos a lo espiritual no abundan aquí. El hombre del Mediterráneo, de quien desciende buena parte de los argentinos, es también extravertido, aunque en mucho menor grado que el hombre de Buenos Aires. Es cierto que en España, en Francia y en Italia existe un sentido religioso de la vida y un amor por las cosas del espíritu que nosotros no poseemos; pero todo esto lo pierden el español, el francés y el italiano meridionales en cuanto pasan el Atlántico. Esta tierra no es propicia para lo espiritual.

Pero al argentino que tiene verdadera intimidad poco o nada le separa del europeo; es decir, del europeo de nuestra raza, o, mejor, de nuestra cultura. Y observemos el error de Ortega — extraño en un psicólogo de pueblos — de oponernos un solo tipo de europeo, pues el grado y la clase de intimidad son distintos para el español y el inglés, para el francés o el noruego.

Poco o nada habla Ortega y Gasset de nuestro pauperismo espiritual; y, en cambio, insiste en la audacia del argentino, que se siente con capacidad para todos los cargos. Sus observaciones a este respecto demuestran, aunque no lo diga, la mala impresión que le ha producido nuestro mundo universi-

tario, con el cual ha estado en contacto. El tema de las cátedras mal ocupadas aparece en más de una ocasión.

Todo cuanto afirma el pensador español es, más o menos, exacto. Es verdad que "el tanto por ciento de personas que ejercen actividades y ocupan puestos de manera improvisada resulta enorme". Es un poco menos verdadero que "cualquier individuo puede, sin demencia, aspirar a cualquier puesto". Y es aún menos ver-

II
POR
MANUEL GALVEZ

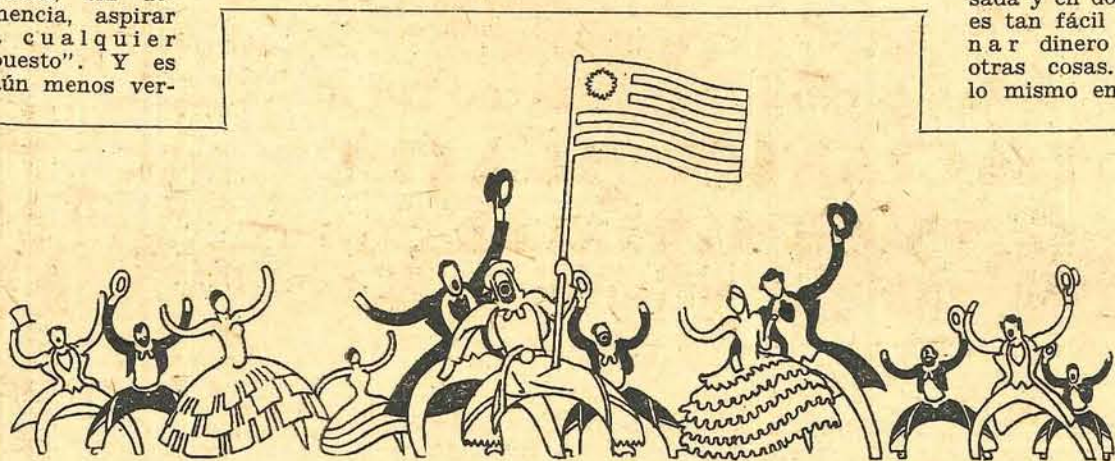
social". Pero es exacto que en la Argentina, frecuentemente, "la persona atraviese los más heterogéneos avatares, que sea hoy una cosa y mañana otra".

Algunos se han formado allí mismo y han tomado cariño a su cargo. En la enseñanza primaria y normal se encuentran centenares, por no decir millares, de personas que han dedicado su vida entera a su vocación de maestro. Verdadera vocación, enorme vocación exige el magisterio a los hombres capaces, en un país donde esta actividad está tan mal recompensada y en donde es tan fácil ganar dinero en otras cosas. Y lo mismo en la

te libros y no tuvo éxito con ninguno—de su magnífico "Redención" se vendieron, según me lo dijo él mismo, ciento setenta y cinco ejemplares — no es único. Escritores de verdadero talento y valer no consiguen vender mil ejemplares, aun hoy. ¿Puede negársenos vocación, cuando, con menos trabajo y sin sacrificio, habríamos logrado dinero y consideración social dedicándonos a otras actividades?

¿Y es tan general que los argentinos pasemos por distintos avatares antes de alcanzar un cargo o una posición definitiva? Podría nombrar centenares de personas que no se han dedicado sino a una sola actividad. Sin embargo, es cierto que cambiamos de oficio fácilmente. En Europa los hijos, los nietos y los biznietos de un escribano son escribanos. Aquí, más movidos, buscamos siempre ascender. ¿Es esto merecedor de ludibrio? Yo no lo apruebo, considerado en su generalidad, aunque tampoco lo condeno. Y no lo apruebo porque el constante cambio, originado en un afán de bienes materiales y de vanidades, conduce a una vida inferior, por pobreza de espiritualidad. A mi juicio es superior la vida del europeo; pues, menos preocupado de lo material, puede vivir con el espíritu. Pero no olvidemos que también en Europa es frecuente el caso del hombre que ha ejercido distintas actividades. Clemenceau fue médico, periodista, autor dramático y político. Painlevé ha sido un gran matemático y profesor antes de llegar a la política militante. Entre los escritores franceses, unos son médicos, como Duhamel; otros abogados, como Mauriac; otros empleados como Giraudoux; otros marinos, como Farrère; otros diplomáticos, como Claudel o Morand. En España, Baroja ha sido médico y panadero antes que efímero político y novelista; Blasco Ibáñez fue hombre de negocios, político, editor, colonizador, viajero, periodista y escritor. Y ahora tenemos a Unamuno, profesor y escritor, sumergido en la política activa. Paul Adam dijo que el argentino se parecía a los hombres del Renacimiento. No es posible admitir este elogio, absurdo por lo inmerecido. Pero es cierto que el argentino posee un fuerte espíritu de universalidad. Mientras el español es un poco provinciano, el argentino—curioso, dinámico, audaz,—aspira a conocerlo todo. Nuestros diarios — tal vez los mejores del mundo — lo prueban. En el argentino superior hay un empuje hacia la totalidad. El argentino es un "go-ahead": un hombre que quiere ir siempre hacia adelante.

Lo que pasa aquí es que la política lo echa todo a perder. A un correligionario no se le puede negar nada. Esto ha sido así y seguirá siéndolo, durante muchos años. Es algo que no se puede evitar. Ortega y Gasset se habrá enterado de la incompetencia de algunos profesores, y ha generalizado con exceso. Las vocaciones existen, y casi siempre, son recretadas. La audacia se detiene frente a una vocación decidida. Y a pesar de todas las apariencias en contra, puede afirmarse que, en este punto de la vocación, los argentinos hemos progresado extraordinariamente. De todos modos, es grave error negar en absoluto que exista la vocación y la dedicación en un país donde se han producido tan vigorosas y exclusivas vocaciones como las de Ameghino o de Holmberg, en las ciencias naturales; las de Fader o de Quinquela en la pintura; las de Irurtia o de Sonza Briano en la escultura; las de Castex o de Roffo en las ciencias medi-



ODA AL CENTENARIO

¡Centenario, palabra alerta y grito!
¡Centenario, bandera enarbolada
para el viento veloz del entusiasmo
en el asta tranquila de la patria!

Mientras giran las luces en los pueblos
y malgastan los hombres sus palabras.
Mientras en las ciudades se confunden
las gestas, los anhelos y las ansias.
Mientras las multitudes inocentes
echan un agrio grito a la garganta
y los ojos no alcanzan las banderas
que en su pureza se mantienen altas.
Mientras inútilmente se diluyen
propósitos, festejos y proclamas,
Un estremecimiento abre los surcos,
un relincho en los frenos se desala
y por los callejones, solitarios,
midiendo leguas una tropa pasa.

Enarbolan su grito los paisanos
y el eco va trepando cerrilladas,
y vientos, hombres, bestias, perros, voces
en el rodeo sin saberlo, cantan.
En los campos hay sendas de retorno,
fragantes a los hombres que trabajan
y las nubes dan fiestas de colores
para los laboriosos que descansan.

Cumplen las sombras frescas de los árboles,
con el sol, con el hombre y con la casa,
y, solícitas hembras en los ranchos
encienden fuegos y preparan camas.
El horizonte enlaza poblaciones,
se fijan en los cerros las estancias
y puños, los corrales aprisionan
las blandas y pacíficas majadas.

Con una ondulación que es de bandera
el agua en claros hontanares mana.
Y hace vibrar el cielo allí caído
las estrellas, las nubes y las alas.
El trebol, el pájaro y la piedra,
viven en el color de la distancia,
y diariamente cumplen con el hombre
para que el hombre cumpla con la patria.
Ignorancia profunda de los campos
que hacen las fiestas desiguales y anchas.
Sin flechas y felices sin historia,
sin cruces ni recuerdos de batallas.

Heroica consecuencia de los ríos,
Uruguay tornadizo de mi infancia,
bravo Arapey que vi desde el caballo,
Tangarupá de todas mis nostalgias.
Pacíficos labráis dicha perfecta.
Así la brisa que transforma en ala

los verdes alfalfares de los campos
y en irisadas nubes, mansas aguas.

Unen los horizontes los caminos
y por montes y cerros, lentos marchan,
seguros mensajeros del progreso
hambrientos de la carne del mañana.
Los frutos van por ellos dando saltos,
de mano en mano, hasta alcanzar las barcas
caminos que conducen a los puertos
y puertos que conducen a otras patrias.

Diaria fiesta del Sol que pone brillo
en el obscuro herraje de labranza,
en el eje, en la rueda, en el arreo,
en el cuero que fijan treinta estacas,
y en la joroba audaz de una carreta
mientras va picanando la bueyada.
Sol que descubre el vívido tesoro
de las partidas ágatas que sangran,
e ilumina las aguas de los saltos
mientras rezongan graves las cascadas.

Fijo Sol que sostiene nuestro escudo
Y con el viento, el polen acompaña.
Domador en las crines de los potros
y en el cuaderno colegial, estampa.
¡Oh, Sol del Uruguay, recién salido
libertino, valiente que se escapa
de cada tremolar de la bandera
como acero que salta de la vaina!
Huye de las ciudades y las calles
para dar su alegría a la campaña,
entre arboledas y ganados mansos
que hacen las fiestas desiguales y anchas.
¡Oh, Sol amanecido en cada impulso,
que no sabe de fechas recordadas,
enorme analfabeto, pobre sabio,
mendigo y Labrador, mudo patriarca!

Y, ganados, caminos, montes, ríos,
manos de labradores e ignoradas
fuerzas ocultas que han de ser semillas;
humedad de las tierras que se labran;
rojos frutos maduros, vientres llenos;
trigales y bañados y cañadas;
galopes extendidos en el llano;
pardos nidos colgados de las ramas;
anónimos cantares del gauchaje,
melancolías que están en las guitarras;
¡patriotas sin saberlo, analfabetos
que ya sus hijos a la escuela mandan,
para vosotros es el Centenario
palabra, alerta y grito, enarbolada
bandera nueva para el viento nuevo
en el asta tranquila de la patria!

ENRIQUE AMORIM
DIBUJO DE ALEJANDRO SIRIO

dadero — los siguientes subrayados son míos — que el argentino "no se ha adscripto

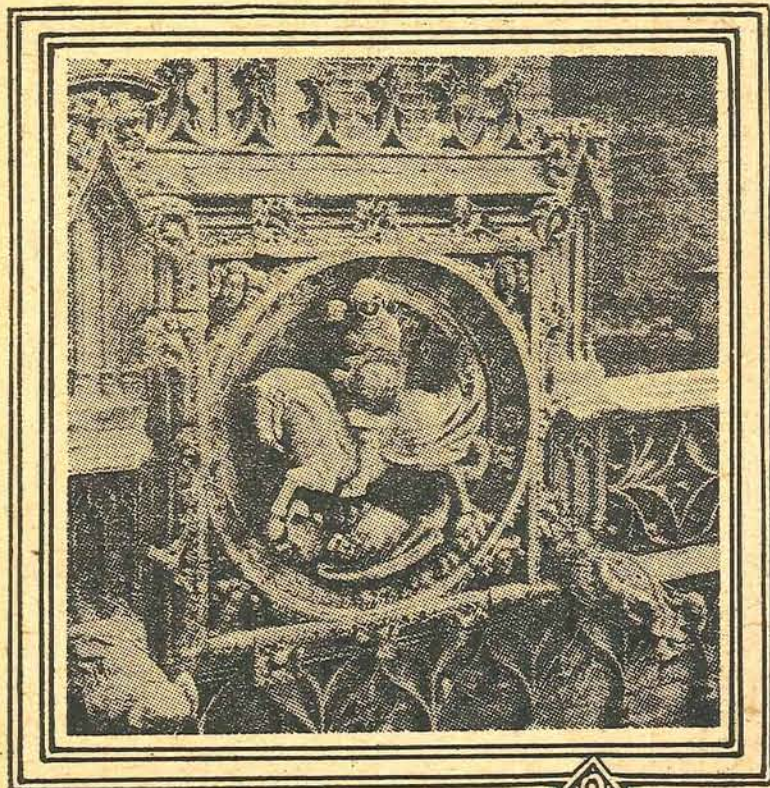
"nunca" a la actividad que ejerce, no la ha aceptado como su vital destino, no la considera "jamás" definitiva, sino a manera de etapa transitoria para lo "único" que le interesa: su avance en fortuna y jerarquía

Todo esto es verdad, pero en muy distintos grados. En la administración nacional, por ejemplo, apenas existían técnicos hace treinta años. Actualmente, no escasean en las oficinas del Estado verdaderos especialistas

se en nosotros: algunos libros logran una pequeña venta y el escritor ya no es "un muerto de hambre" o "un inservible", como hace treinta años. El caso de Angel de Estrada, un gran artista, que escribió veñ-

literatura. El escritor es aquí poco menos que un héroe. Ahora, el país comienza a fijarse en nosotros: algunos libros logran una pequeña venta y el escritor ya no es "un muerto de hambre" o "un inservible", como hace treinta años. El caso de Angel de Estrada, un gran artista, que escribió veñ-

(Continúa en la pág. 36)



Medallón de San Jorge, sobre la puerta del Palacio de la Generalidad (Siglo XV)

SAN JORGE E N CATALUÑA

POCAS veces calla tanto la historia y habla la leyenda como al tratarse de San Jorge. Casi nada se sabe del personaje real. Parece que nació en Lydda, por otro nombre Diospolis, hacia el año 270, y que recibió el martirio en Nicomedia, el 303. Sobre su tumba se levantó un santuario que atrajo en seguida a las multitudes peregrinas, y que fué el centro desde el que se propagó el culto al Santo por todo el Oriente.

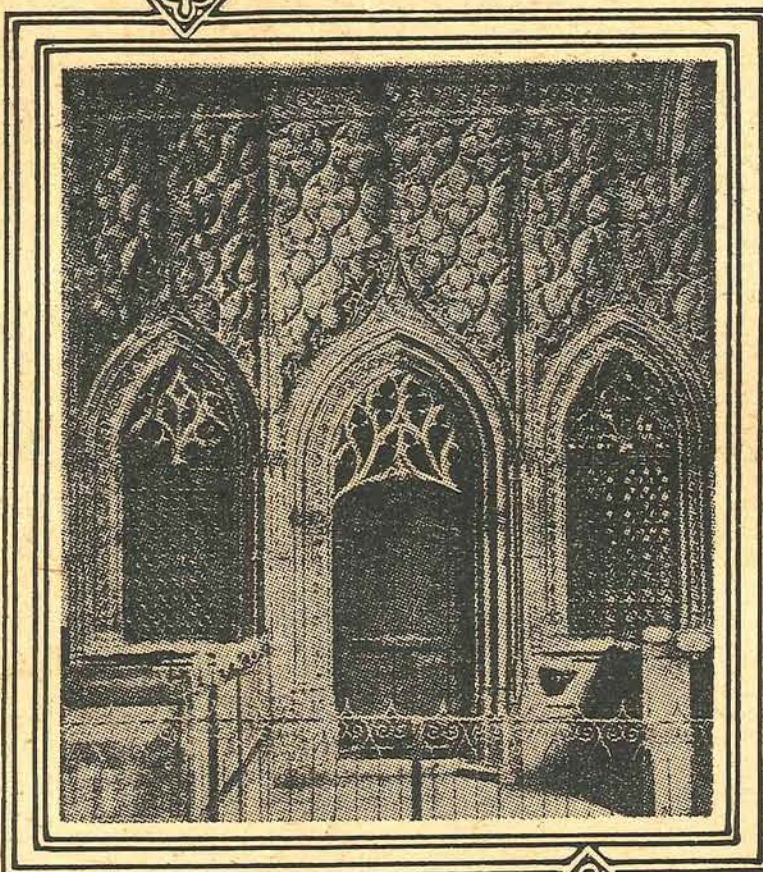
Su martirio o pasión fué de tal manera aureolado por la fantasía popular, que sobrepasa todos los límites de la verosimilitud. Es una pasión del tipo de las llamadas "épicas", fabulosa en alto grado. En ella el elemento sobrenatural tiene una intervención tan constante que la convierte en un continuo y no interrumpido milagro. Siete años duró el martirio del Santo y tuvo lugar en presencia de setenta reyes; las más terribles escenas de crueldad se desarrollaron durante aquel tiempo y tuvo que sufrir el héroe los más espantosos sufrimientos; tres veces murió y resucitó otras tantas... No es de extrañar que los autores austeros reportasen el decreto de un discutido concilio romano del siglo V, bajo el pontificado de Gelasio I, condenando la pasión de San Jorge "que parecía escrita por mano hereje".

Las artes plásticas habían producido numerosas representaciones del Santo, en todas las cuales se le presentaba a caballo, vistiendo brillante uniforme militar, dando muerte a un monstruoso y descomunal dragón, unas veces con lanza, otras con espada, ante la espectral efígie de una hermosa Princesa maravillada. Los artistas habían simbolizado de esta manera el dragón de la incredulidad, del cual San Jorge había librado a la Princesa, convirtiéndola a la fe cristiana.

Al llegar a Oriente los cruzados, con su exaltada imaginación, producto del espíritu caballeresco de la época, se prendaron del Santo y de su brillante leyenda, que transportaron y propagaron por to-

ros y de nobles. Inglaterra se puso bajo su especial advocación; también lo adoptaron por patrón Cataluña y Aragón, que formaban entonces reino pujante y poderoso.

Fué tan popular el Santo héroe en Cataluña, que podemos decir que llena en ella casi el siglo XV. El pueblo, el gobierno—llamado "la Diputación General" o la Generalidad—, los nobles y los condes-reyes, todos manifestaban su devoción al Santo oriental y se ponían bajo su advocación. Pero donde el patronato del Santo caballero tomó forma plástica fué en el suntuoso palacio, que en aquel tiempo construyó la Generalidad, una de las más hermosas construcciones del arte gótico, que admira hoy todavía el que visita Barcelona. Podemos decir que dicho palacio constituye una apoteosis del Santo patrón, no sólo por contenerse en él la rica capilla en que se le presta veneración y por figurar como motivo constante de ornamentación la cruz encarnada del glorioso mártir, sino por contenerse allí las más bellas imágenes del mismo.



Frontispicio de la capilla de San Jorge, en el Palacio de la Generalidad de Cataluña (Siglo XV)

do el Occidente. Y, en aquel instante, la leyenda sufrió interesante metamorfosis: el dragón dejó de ser un símbolo para convertirse en una realidad. Según la nueva leyenda, había existido de verdad aquella monstruosa bestia, que apostada junto a las murallas de la ciudad, exigía que todas las semanas se le entregara una doncella para devorarla. La ciudad, aterrada, cumplía con dolor aquel cruento sacrificio y así veía cómo sus más hermosas jóvenes eran engullidas por el monstruo. Un día el dragón exigió la doncella más gentil y apuesta, la más querida de la ciudad toda: la Princesa. No había más remedio que sucumbir a la exigencia, si se quería evitar la destrucción de toda la ciudad, y la hermosa Princesa fué conducida ante la enorme fiera. Pero en el instante mismo en que iba a consumarse el sacrificio, apareció el joven Jorge sobre su brioso corcel, y ante la vista de todos los ciudadanos, apostados sobre las murallas, dió muerte al dragón y libertó a la Princesa.

Así llegó la leyenda a Occidente y así se propagó rápidamente por aquellos pueblos. San Jorge vino a ser el abogado especial en los combates contra los enemigos de la fe y de la patria, y el patrón de reinos y de ciudades, de caballe-

En 1432 las Cortes Generales de Cataluña, reunidas en Barcelona, acordaron construir en el Palacio de la Generalidad una capilla dedicada al Santo, que fué encargada al constructor Marcos Safont y que en dos años estuvo terminada. Su fachada es un primor de estilo gótico, con exuberancia ornamental. La llave maestra que cierra la bóveda de la capilla es otra hermosa figura de San Jorge, en alto relieve.

La capilla fué enriquecida con toda clase de joyas. Trabajaron para adornarla artistas de toda clase: los tejedores de brocados más ricos de Florencia; los bordadores de la Borgoña; los plateros de Barcelona; los iluminadores de impresos y manuscritos de varios países...

Según un inventario del año 1458, presidía la capilla "un retablo con la historia del valeroso caballero mossen San Jorge, dorado con las armas de la Generalidad". Desgraciadamente, dicho retablo no ha llegado a nuestros tiempos.

En cambio, se posee todavía el frontal de un palio, rico bordado, de gran tamaño, en que aparece San Jorge matando al dragón, con la Princesa y con todo el pueblo, contemplando la hazaña.

Guárdase, igualmente, y es objeto de admiración constante, una estatua de plata del Santo, obra de los notables plateros barceloneses del siglo XV. Es de unos setenta centímetros; el Santo va sin cabalgadura y pesa tres kilos y medio. Consérvase también un precioso relicario de plata que guarda una reliquia del Santo ofrecida por Guillermo de San Climent, embajador de la Corte de Felipe II.

La festividad de San Jorge, el día 23 de abril, se celebraba con gran solemnidad en Barcelona y continúa aún celebrándose hoy. El Palacio de la Generalidad se embellece con sus mejores galas y todo el pueblo pasa por él, en devoto y patriótico desfile. Era y es una fiesta hermosa, altamente popular, fiesta de religión, de patria, de amor, de juventud, de primavera, de luz, de flores, de color...

Lo que le da más carácter es la Feria de las Rosas, que aquel día se celebra. Las vendedoras de flores ocupan todas las calles que afluyen al palacio e invaden las escaleras y

yo una fiesta en honor de la diosa Flora y de sus amores con el dios Zefir, en cuya fiesta la estatua de la diosa era coronada de rosas, en el centro de un circo situado al final de la Vía Patricia. Se representaban espectáculos alusivos a la primavera, se cantaban himnos y se recitaban canciones poéticas. Las doncellas asistían coronadas de rosas y la fiesta acababa con un banquete, en que eran premiados con copas de oro los poetas que mejor habían cantado el amor y el triunfo de la primavera.

A lo largo de la Vía Patricia y en los alrededores del circo las floristas llegadas del campo, con sus grandes cestos de rosas, las vendían a los concurrentes.

De estas fiestas paganas Florales derivaron la fiesta de las rosas de San Jorge y la fiesta de los Juegos Florales, que todavía se celebra todos los años en Barcelona, el primer domingo de mayo.

A la fiesta de San Jorge, en la Edad Media, asistían los galanes para obsequiar a sus damas con ramilletes de rosas, y asistían también los mercaderes, judíos en su mayoría, los cuales adquirían grandes cantidades de rosas para extraer de ellas la esencia, que vendían después a precios elevados.

Modernamente, ha continuado celebrándose la fiesta con gran esplendor. Desde el alba hasta que ha oscurecido, un verdadero torrente humano desfila por el Palacio de San Jorge, celebrándose sin interrupción funciones religiosas en la capilla; los jóvenes galantean a las doncellas y les ofrecen rosas; ahogan el barullo de la multitud los acordes de la música; el pueblo canta unas estrofas que acaban con el estribillo "Patrón de caballería, velad por la patria mía y por su renacimiento..."

Este año, por vez primera, después del negro período dictatorial, se ha vuelto a celebrar la fiesta de San Jorge en el Palacio de la Diputación. Nunca el pueblo lo había invadido en tal cantidad, nunca las rosas se habían prodigado en tal profusión, nunca la alegría había reinado tan francamente... La fiesta de la religión y de la patria y del amor y de la juventud y de la poesía y de la primavera y de la luz y de las flores y del dolor... fué este año la fiesta de la liberación.

J. VALLES
Y PUJALS

(Para LA NACION)

BARCELONA, junio de 1930.



Sobre la puerta de la fachada del palacio, que da a la calle del Obispo—fachada que entonces era la principal y que al cabo de dos siglos vino a ser secundaria—se colocó, en alto relieve, una bellísima imagen de San Jorge, matando al dragón, rodeada por riquísimo marco de escultura. El autor de aquella imagen fué Pedro Johan, de gran fama y renombre, y la obra fué realizada el año 1417.

Alto relieve de San Jorge, que sirve de llave maestra de la bóveda de la capilla del santo (Siglo XV)

las galerías y los patios, perfumando todo el ambiente.

El origen de esta fiesta se remonta a la antigüedad grecoromana. En todo el litoral mediterráneo y especialmente en Barcelona, se celebraba a últimos de abril o primeros de ma-



Imagen de San Jorge, de plata maciza (Siglo XV)



EL CASERO SACRIFICADO

POR
BOY

(Para LA NACION)
MONTEVIDEO, Junio de 1930.

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

tro con un toscano en la boca que infundía gran carácter a su perfil y me miró de reojo; pero no contestó a mi saludo. Lo que hizo fué decirme, ladeando la cabeza:

—¿Otra vez? Está usted perdiendo el tiempo por puro gusto.

Pensé que el hombre me confundía con otro y me apresuré a indicárselo:

—Creo que me confunde usted.

—¿A quién? ¿A usted? ¿Qué lo voy a confundir! Ya le he dicho que está perdiendo el tiempo, porque sus artefactos no nos sirven. Los tenemos mejores y más baratos.

Filosóficamente, sonreí. —¿No ve como me confundió? Yo no soy el que usted cree. Yo vengo a ver un departamento de los que se anuncian para alquilar.

—¿Usted no es el alemán de la calle Buenos Aires?

—Soy uruguayo. De Ferrocariles.

—Ah, bueno. Puede mirar lo que quiera. Aunque, de todas maneras, me parece que pierde usted el tiempo.

—¿Lo tienen todo alquilado?

El hombre era muy tardo en contestar. Encendió el toscano que se le apagaba, tiró el fósforo a la calle y volvió a examinar la pared. Yo noté que empezaba a impacientarme, con ganas de soltar una bravata, pero me reprimí la consideración de que aquel individuo tenía tal volumen físico que yo, no siendo muy chico, parecía expresamente ideado

para contarle los botones del chaleco. En consecuencia, esperé a que me dijese, cuando quiso:

—Alquilado no es lo mismo que apalabrado.

—Disculpe usted, porque yo no entiendo mucho de estas cosas. ¿Qué hay que hacer para alquilar un departamento?

—Ofrecer.

—¿Ofrecer qué?

—Desde luego, ofrecer más que el otro que llegó antes.

—Entonces mi mujer ha leído mal.

—Es corriente. También la mía lo traba todo.

—Yo venía en la creencia de que estos departamentos los alquilaban a sesenta pesos, precio único.

—Le diré. Esa era la voluntad del dueño de la finca. Porque ha de saber usted que el dueño de esta finca no es un comerciante vulgar, como los de otras fincas de Montevideo, sino un verdadero benefactor de la sociedad—a mi modo de ver, un poco chiflado—que se ha empeñado en que todo el mundo viva bien y no le pesa sacrificio más o menos.

Pero así como antes le decía que una cosa es apalabrar y otra alquilar, ahora le digo que una cosa es querer proteger a la gente y otra que la gente se deje proteger.

—No lo dirá usted por mí.

—¿Lo digo por lo que veo!

Este es un departamento que el dueño de la finca quiere alquilar en sesenta pesos mensuales. Llegó un señor que pasa por la calle; entra, lo mira, le gusta, me habla y lo deja apalabrado. "Es mío"—se va diciendo. "Sí, señor—respondo yo—. En cuanto firme la garantía". Pero al rato aparece otro señor, a quien también le agrada el departamento y a quien tengo que decirle que elija otro porque a éste ya lo tengo apalabrado. "¿En cuánto?"—me pregunta—. Yo le digo: "En el precio establecido: sesenta pesos". El me

responde: "Yo lo apalabro en setenta". ¿Cuál debe ser mi conducta? La más correcta. Esto es, decirle al hombre: "Bien, señor; pero usted tendrá que volver mañana porque el primero que ofrece goza de cierto derecho".

—¿Ah, claro! Siempre se ha dicho: el que da primero, da dos veces—interrumpi.

—Por lo pronto, en este caso, tiene que dar veinte pesos más de los que pensaba, pues el segundo de los pretendientes, al enterarse de que el primero le mata el punto, ya fija el precio en ochenta. ¿Resuelve también darlos el primero? Entonces habrá que ver lo que contesta el segundo, porque bien puede ocurrir que se vaya a los noventa. Esto, si de pronto no llega un tercero que decide acabar con la cuestión, ofreciendo de entrada cien pesos. Precisamente, por haber aparecido ese tercero, éste es un departamento que hoy se encuentra apalabrado en ciento veinte. Puede ser que aun suba más.

Yo sonreía embozado ante la explicación de Pedro el Grande. Al final no me puse las manos en la cabeza porque una la tenía ocupada con el sombrero y la otra con una caja de botines. Pero el encargado notó algo extraño en mi rostro y se apresuró a aclarar las cosas, agregando:

—¿Va a decirse que es el dueño de la finca el que tiene la culpa de lo que pasa? ¡Naturalmente que no! El dueño de la finca, como usted ve, se limita a fijar en sesenta pesos el precio del alquiler. Si los interesados se empeñan en pagar el doble, o más del doble, ¿qué puede hacer el dueño de la finca?

Aunque tímidamente, respondí:

—¿Quién sabe! En vez de apalabrar, podría alquilar.

—¿Hombre, por favor! El que tiene que alquilar es el in-

(Continúa en la pág. 39)

A estaba yo creyendo en el avance de la democracia, como elemento generalizador de bienestar social, cuando, de pronto,

hace cuatro días, se me ocurrió pretender alquilar uno de los bonitos departamentos de uno de estos palacios que ahora se edifican con el loable propósito de que las familias de los funcionarios modestos puedan vivir confortablemente, sin entraparse con los proveedores.

Mi mujer había leído el anuncio en los diarios y me pedía que me apresurase a visitar la casa para que se nos reservase un departamento, pues era de suponer que abundarían los interesados y que todo iba a estar comprometido antes de que terminase la construcción. Me decidí finalmente.

Al entrar, uno se veía obligado a pasar por un tablón de los albañiles para llegar hasta el ascensor, lo cual me indujo a creer que aun quedaba allí obra para rato; pero el portero que manejaba el ascensor me recomfortó, diciendo que ya estaban trabajando los empapeladores y la casa podría ser habitada en el plazo de diez o quince días. En seguida el portero me preguntó:

—¿Qué piso quiere usted ver?

—Cualquiera — le respondí, pues decían que todos eran iguales.

—Entonces—agregó—lo llevaré a uno de los que ya están empapelados.

Tocó un botón, y subimos. Tocó otro, y nos paramos. Era una flecha el aparato. El portero abrió, diciendo:

—Puede pasar al que guste.

—Aquí hay tres departamentos.

Le di las gracias con sonrisa amable, casi afectuosamente, porque yo había pensado que era justo que también a

los porteros alcanzasen los beneficios sociales de la democracia, y le pregunté que dónde podían recogerse informes para los arrendamientos. Ya bajando, respondió:

—El encargado anda por ahí. Pregunte por Pedro el Grande.

No encontré a quién preguntar por Pedro el Grande; pero, en cambio, me extasié contemplando los interiores del edificio. El corredor me pareció lindísimo, claro, alegre, sobrio, lleno de un noble sentido de la utilidad doméstica, y la puerta del primero de los tres departamentos me dió entrada a un vestíbulo coquetón, envuelto en el matiz anaranjado de una media luz muy blanda que impresionaba jubilosamente a un funcionario modesto y harto de rodar. Yo miraba a todas partes y me decía, asombrado:

—¿Esto por sesenta pesos? Mi mujer ha leído mal.

De todos modos, pasé adelante. El comedor estaba en primer término, y después, formando escuadra, había tres habitaciones adecuadas para dormitorios. En una de ellas, que tenía balcón a la calle, encontré, al asomarme, un hombre enorme—alto, gordo, ancho, en mangas de camisa—que miraba una pared recién empapelada y le pasaba las manos, con los dos brazos abiertos. En seguida presumí que aquel era Pedro el Grande, el encargado, y dije desde la puerta, descubriéndome:

—Buenas tardes.

El hombre alto, ancho, gordo y en mangas de camisa no contestó ni volvió la cara. De espalda a mí, continuó analizando la pared. Avancé un paso y repetí el saludo:

—Buenas tardes.

Como tampoco me contestó, lo atribuí a que el hombre no me oía por encontrarse el balcón abierto. Entonces ya insistí, alzando la voz:

—Buenas tardes!

Aquí el hombre volvió el ros-

LA RESIGNACION

DARECIA consolar la posición de los invasores, que usaban de toda su diplomacia para complacer al vecindario; hasta el Clero se mostró favorable al cambio, según arenga de casi todos los prelados de las comunidades religiosas dirigidas en nota al general vencedor y fechada el día siguiente de la rendición. La maza popular se ensañó contra el Padre Prior de los Predicadores porque, además de redactar la nota, abogó en favor del gobierno británico desde la cátedra sagrada:

"Si pensó el padre Prior que ese señor general lo haría otra vez Provincial por meterse a adulador; Entienda que el tal Señor detesta la adulación y quisiera que el sermón o su carta adulatoria la dijera de memoria en la boca del cañón".

El general Beresford, una vez instalado en el Fuerte, escribió, en julio 11 de 1806, una larga carta a Lord Castlereagh, informándole de las medidas gubernativas tomadas. Pedía instrucciones y refuerzos y en cuanto a los habitantes, deseaba saber qué esperanzas podría ofrecerles con respecto a la suerte futura de la colonia; extractamos un párrafo interesante sobre la semilla que proponía dejar el invasor:

"... Por cierto que de tener este lugar tan sólo durante la guerra, y en el caso que las instrucciones me lo permitan, podríamos actuar en una forma que enagenaría totalmente el afecto del pueblo al yugo español, que, en caso de restablecerse, haría a dicho Gobierno extremadamente difícil gobernar." (W. O., 1|161).

REACCION POPULAR

Están de acuerdo los más reputados autores con el jefe de la expedición británica, que el alma de la resistencia fue don Juan Martín de Pueyrredón, quien, con sus hermanos y amigos, se entregó de lleno a levantar el espíritu del pueblo y reunir tropas y caballadas para rechazar al invasor. Duscaron un jefe entendido en materia militar y surgió el capitán de navío don Santiago Liniers.

Beresford notó que el ambiente se caldeaba, y parece que pretendió detener el impulso insinuando ideas de independencia; pero era hombre parco en declaraciones, y consecuente con lo que prometió a Lord Castlereagh en una carta desde Santa Elena, supeditaba todo a la ulterior resolución de su gobierno; mientras tanto, la población de Buenos Aires, afectada profundamente, no deseaba oír vaguedades, más aun, a pesar de existir una aspiración latente por la independencia, prefería previamente vengar la afrenta y lesónas conversas sobre el asunto.

Las tropas improvisadas, con un refuerzo de 252 plazas de Montevideo (V. Paul Groussac, "Liniers" p. 82) y 73 marineros del corsario Mordeille (alias Main courte), pelearon con heroísmo hasta obligar a rendir al invasor. Liniers estuvo a la altura de las circunstancias, y el Cabildo abierto del 14 de agosto, en asamblea memorable que marcó el primer jalón del camino hacia la independencia, resolvió "a instancia del pueblo", entregar el mando de las armas al noble capitán que debería preparar un ejército para rechazar otra expedición.

PRISION Y FUGA

DE BERESFORD

"Es del dominio de la historia—dice Mitre—que el general Beresford, una vez rendido y prisionero, empezó a fomentar, en conversaciones reservadas, algunas esperanzas de in-

UN INculpado DE ALTA TRAICION-II
LA FUGA DE BERESFORD

Por CARLOS A. PUEYRREDON

dependencia, consiguiendo atraer a sus ideas a don Saturnino Rodríguez Peña y, por su intermedio, a don Manuel Aniceto Padilla." ("Comps. Históricas", I, 89, Bs. As., 1916).

Fechada en la villa de Luján, en febrero 6 de 1807, Beresford escribía a Sir Samuel Auchmuty: "... Las fuerzas, mi querido general, son de mucho peso para quedar seguro y poder Vd. intentar alguna cosa a este lado del río, a menos que se pueda hacer algún convenio. Y de que sea así hay muchas esperanzas. Un cierto gran personaje parece estar muy deseoso de ponerse del buen lado de la cuestión..." (Mitre, "Hist. Belg.", 4a. ed., I, 483).

Estando presos el general inglés y otros jefes y oficiales en el Cabildo de Luján, llegó orden de Liniers de confiscarles sus papeles e internarles en Catamarca; iban en viaje a cargo del capitán Martínez, cuando Rodríguez Peña apareció en compañía del capitán de arribeños, el cochabambino Padilla, seguidos de una pequeña escolta, y dirigiéndose a Martínez, le dio orden verbal del gobernador militar y del Cabildo de entregar al general y al teniente coronel Dennis Pack.

Nadie podía poner en duda la autenticidad de la orden: el Dr. Rodríguez Peña era capitán al servicio de Liniers como secretario privado y tenía con él verdadera intimidad; además, el oficial encargado de la custodia era su pariente político, de manera que sin mayores requisitos recibió los prisioneros.

Se dirigieron a la estancia de los padres Bethlemitas simulando enfermedad del general, y allí le propuso la evasión. El trato fue simple: facilitar la fuga en compensación a usar de su influencia para que la nueva expedición al mando de Auchmuty, posesionada de Montevideo, en vez de atacar a Buenos Aires ofreciera protección para declarar la independencia.

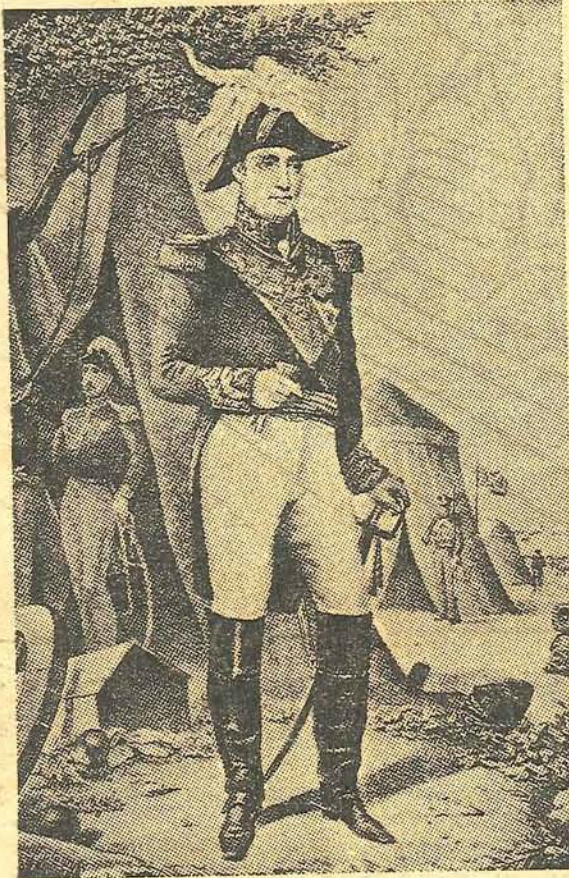
Beresford, sin comprometerse formalmente, ofreció hacer lo posible. Sin pérdida de tiempo partieron para Buenos Aires, y al llegar se ocultaron en casa del oficial civil Francisco González, hasta obtener una lancha con seis remeros del bergantín La flor del Cabo, cuyo sobrecargo era el portugués don Antonio Luis de Lima.

La evasión motivó un proceso, del que resultaron complicados y presos los referidos González y Lima, Pedro José Zabala y su criado Cleto, el comandante Olavarría, el capitán Martínez, el Dr. José Presas, don Felipe Sentenach y el sargento extranjero Juan de Vent. Desde entonces Rodríguez Peña y Padilla, sindicados de autores principales del delito de alta traición y reos de lesa majestad, sufrieron la persecución de las autoridades españolas.

BERESFORD RELATA SU EVASION

"El 16, estando en un lugar cerca de Arrecifes, a 40 leguas de Buenos Aires, dos oficiales españoles, uno de ellos secretario del señor Liniers, vinieron hacia mí con pretexto de una misión de él, pero con propuestas de especial naturaleza de un personaje principal, y sobre el cual tendré el honor de dar explicaciones personales a los ministros de Su Majestad, pero por las circunstancias en que me encontraba, rehusé en po-

nerme de acuerdo o dar alguna opinión al respecto. Encontrándome resuelto sobre esto, ambos caballeros, después de expresarme la desaprobación de toda la ciudad por la conducta tenida para conmigo y mis tropas, me propusieron llevarme hasta la armada británica en Montevideo...; ellos consideraban que al facilitar mi evasión actuaban por el bien de su país (ambos son sudamericanos), y de acuerdo con los



RETRATO Y AUTOGRAFO DEL GENERAL BERESFORD

"deseos de los principales habitantes de Buenos Aires. Después de mucha meditación, y habiendo fracasado todos los esfuerzos para hacer llegar a algún oficial a nuestro ejército, para darle un relato verídico como el que tenemos nosotros sobre el estado del país en general y con el pleno convencimiento de la ignorancia en que debían estar nuestros jefes (como yo mismo lo estuve) sobre las disposiciones de los habitantes, y sabiendo que les sería imposible procurarse una justa y verdadera información sobre el estado real de las cosas, me corrí el riesgo de ser engañado o traicionado, y determiné afrontar cualquier peligro, para lo que consideré de la mayor importancia para mi país... Se convino que otro oficial británico me acompañaría y, deseando serlo el teniente coronel Pack, partimos el 17 de febrero...

"Necesariamente tuvimos que ir a Buenos Aires, nos vimos obligados a esperar tres días, y cuando creíamos que nuestra situación era desesperada y parecía imposible la fuga, tuvimos la suerte de efectuarla en la noche del 21, y en la mañana siguiente estuvimos a bordo del buque de Su Majestad, Charwell, algo abajo de la Enseñada... Llegué a Montevideo el 25 y Sir Samuel Auchmuty me insistió

"mucho para que tomara el mando del ejército; las razones de mi negativa, contrarias a mi propia inclinación, tendré aquí el honor de establecer." (W. O., 1|162, p. p. 301-333, carta a Lord Castlereagh, fechada a bordo de la Diomedes, en el mar.—Mayo 12, 1807).

Desde Montevideo, Rodríguez Peña escribió a su esposa, doña Gertrudis Amores (febrero 28 de 1807), diciéndole:

"Llegamos a ésta felizmente y esperamos continúe esta suerte para pensar solamente en beneficio de nuestra patria... Si hubiese proporción avisaremos noticias que por ahora no es posible, solo que nuestra intercesión ha desarmado la idea que habían concebido los ingleses contra todo el país... Adiós, hija; han corrido algunas perlas sobre el papel...; dales tiernos abrazos a mis hijos y encomiéndanos a Dios para que nos ayude en nuestras sanas y nobles intenciones".

Es de imaginar el revuelo producido en Buenos Aires por la noticia de la fuga de los jefes prisioneros; se atribuyó la participación de Rodríguez Peña y Padilla al oro inglés o a instigación de Liniers o Alzaga. Padilla, según Groussac, era una especie de "Figaro boliviano, gran trapisondista, tan bueno para un fregado como para un oarrido"; tenía un antecedente turbio: la denuncia por robo de alhajas que le hiciera una mujer con quien cortó relaciones.

Desde Montevideo, adonde redactaba la sección castellana del periódico "The Southern Star", editado por el invasor, escribió a don Martín de Alzaga relatándole los pormenores de su prisión: "El primer trámite legal fué soterrarseme en un calabozo por espacio de diez meses...; un año y medio de pleito me costó para conseguir un triste colchón...; la ayuda de dos ladrones... fué bastante para tratar de mi total ruina...; antes de entrar en la discusión... se había formado un expediente de 400 fojas... se disputaba sobre distribuirse mis bienes entre el abogado pérfido, el falso escribano, el hambriento relator, el procurador soez y el venal testigo, mientras mi inocencia, oprimida bajo el poder infinito de un tribunal encargado de la venganza de una mujer rabiosa que diestramente supo influir sus pasiones hasta el mismo doctel, gemía sin esperanza de remedio... Este proceso parece que no pudo aclararse, porque los británicos pusieron en libertad al inculcado antes de la sentencia.

Rodríguez Peña, en cambio, gozaba de muy buen concepto; por sus condiciones personales, educación, familia y relaciones, era hombre de porvenir, y al jugarse por entero demostraba responder a algo superior al vil soborno.

Su preocupación mayor al salir de Montevideo para refugiarse en el Brasil, al tiempo de la evacuación británica, con motivo del rechazo de la segunda invasión, fué el concepto que se formaría en Buenos Aires sobre su discutida actitud, y escribió a su hermano Nicolás, en septiembre 7 de 1807:

"... dile a madre, a Gertrudis, Casilda y demás, y particularmente a la primera, que su hijo jamás se ha en-

"satisfacción es bastante a su perar los trabajos, ninguno mejor que yo puede hacerlo; que vivo con la grandísima complacencia de que los ingleses son los mejores testigos de esta verdad; y vale últimamente que antes de mu- cho se han de aclarar todas las dudas y se han de poner las cosas. Del Janeiro, para donde marchó mañana sin falta, te escribiré muy por extenso..."

(Museo Mitre, Doc. Arch. Belgrano V. 86).

OTRA CARTA DE BERESFORD

En Londres, el general evadido consideró de su deber interesarse por la suerte de los oficiales a quienes debía su libertad y escribió a Lord Castlereagh (9 septiembre de 1807: "Mi Lord: no puedo demorar de recomendar a la protección de Su Majestad, al Señor Saturnino Rodríguez Peña y Señor Don Padilla, ambos oficiales, que planearon mi evasión acompañándome desde Buenos Ayres... Considero justo establecer que la ayuda recibida de esas personas me pareció dada sin deseo ni esperanza alguna de consideraciones pecuniarias; ambos son criollos, de Buenos Ayres y Padilla del Perú y serían muy aptos para empleos en cualquier situación Colonial, bajo el Gobierno, y puedo afirmar, con seguridad, que la intención de ellos, al sacarme, fué puramente patriótica, partiendo de la base que la conquista de Buenos Ayres por los británicos tendería al bien de su País, y tenían la esperanza de que fuera liberado del yugo de España".

"La ayuda de ellos no vino de ninguna vinculación personal... les conocí pocos días antes de la fuga... Y debo, por tanto, dejar bien establecido... que los servicios prestados no fueron prestados a mi persona sino a un General Británico, y no necesito exponer a V. H. las ventajas de demostrar que nunca se presta un servicio a Gran Bretaña sin encontrar completa recompensa..." (War Office, 1|162, páginas 553-556).

LA PROTECCION BRITANICA

El general Whitelocke, en carta dirigida a Lord Castlereagh, escrita desde afuera de Montevideo, a bordo del Medusa, informaba, en fecha 10 de septiembre de 1807, sobre los compromisos morales contraídos después de la evacuación de Buenos Aires: "...pero nada puede marcar más fuertemente la inamistosa disposición del país hacia nosotros, que la circunstancia de que hubo solamente dos individuos de alguna respetabilidad que habiendo sacrificado sus relaciones españolas y perspectivas, se hayan confiado en la generosidad de la Nación Inglesa con respecto a medios de subsistencia. Estos dos caballeros, Señor R. Peña y Señor A. Padilla, vinieron con el general Beresford en su evasión e hicieron toda clase de sacrificios al adherirse a nosotros con la esperanza de nuestro éxito... Considero necesario asegurar-

VESTIDOS a 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama haciendo puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Tifendo en su hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con SUNSET, que les da, además de un hermoso color de moda, la apariencia de recién comprados.

"les una pensión de 10 chelines por día a cada uno y siéndoles imposible quedarse en el País, debido a la sangüinaria disposición de sus habitantes... he ordenado que al Señor Peña se le haga un anticipo de un año de pensión para el sostenimiento de él, su esposa y cinco niños, en Río Janeiro, durante pocos meses, hasta que algo fuera fijado por el Gobierno para el otro, el Señor Padilla, va a atender a su subsistencia; y a Inglaterra en la Flota para exponer la petición de ambos a la favorable consideración de Vuestros Honorabilidades. Tan urgente era la necesidad de que dejaran el País con nosotros, a fin de salvar sus vidas, que el Almirante Murray se sintió obligado a suministrar un pequeño buque de guerra para llevar al Señor Peña y su familia a Río Janeiro, adonde esperará ansiosamente la determinación del Gobierno a su favor..." (W. O., 1/162, págs. 523-538).

Don Saturnino se instaló con su familia en Río de Janeiro en una pensión de la Rua do Ouvidor y después en la Rua de San Pedro 401, inmediata a la iglesia del mismo nombre; allí recibió informes de Padilla sobre la asignación que había obtenido del gobierno británico para atender a su subsistencia.

En julio 28 de 1808, escribió a Padilla acusándole recibo de una carta sin fecha y otra del 29 de abril, referente a que "a fuerza de las estrechantes súplicas y representaciones había alcanzado una escasisima asignación desnuda de toda estimación y aprecio... Había supuesto que, por lo menos, se les hubiera asignado una cantidad tres veces mayor para nuestra subsistencia y jamás pude soñarla desnuda de toda honra; pues es cabalmente lo único que necesitamos... ¿Cómo podrá imaginar nadie, que Yo pueda presentar a mi mujer y cinco Hijas, la menor de siete años, con la decencia con que se presentaron siempre, y con la que corresponde a su calidad con solas trescientas libras?..."

"Por una carta de Beresford a Sir Sidney Smith se ha echo público en ésta el negocio de la dichosa asignación; y Yo no he podido menos que abochornarme delante de quantos se han querido informar de mí sobre este asunto; y habiendo sido esto antes de recibir las suias, he tenido entereza bastante para negar el hecho y decirles: que nunca he tenido un motivo semejante para que nadie me crea como un infeliz hombre, a quien por un trabajo personal se le asignan 300 ó quinientas guineas. Mas todo esto es: 'oleum et operan perderen'; lo que importa es agitar los medios de conseguir nuestra gloria en la libertad de nuestra Patria; en el interim, Yo aquí tengo algunos amigos que pueden franquearme lo necesario; (aunque no me es desente) a ellos ocurriré en mis urgencias: U. vea si puede valerse de los mismos arbitrios, o si quiere que yo me esfuerce a mandarle alguna letra: y sin que los Ministros conozcan, que es un principio de un noble orgullo el que nos obliga a un semejante procedimiento, desentiéndase de la tal asignación, y distinciones, que puedan mostrar claramente, en nuestros Payses, la alta acogida que hemos merecido de nuestros Protectores; porque este concepto nos dará un aumento considerable en el partido de la Emancipación y nos adelantará cosas, y bienes incalculables: sobre todo U. resuelva, como que está en la Fuente, y como que tiene para todo mejores proporciones.

"A esta fecha ya habrá recibido U. mis antecedentes...

"y aunque tienen mil simples confianzas, muéstrelas Ud. en comprobación de que Yo jamás he pensado en sus intereses, sino en sus honras por el bien general; y de que su actual conducta no es dimanda de enfado, o miras interesadas, sino del justo deber y deseos de convinar por todos los medios posibles el bien de nuestra Patria, de quien somos unos déviles instrumentos, y Agentes, y que así los de nuestra facción como los neutrales y contrarios están con la más perspicaz observación para resolver por nosotros lo que deben practicar, & &.

"Quando experimentamos una conducta semejante parece que es escusado tratar de los otros medios para el más fácil logro de las importantes empresas, que estamos meditando, y que están tan bien ordenadas por Uds., pues si no se puede sin abatimiento es forzoso, Amigo mío, renunciarlo todo, y lo más apreciable. A nuestro Paysano el Señor General Miranda doy parte de mis esfuerzos y arbitrios empleados en adquirir y propagar noticias que en otra época tendrían un valor incomparable; pues para ello he tenido que hacer un sacrificio que si resulta lo adverso, habré expuesto mi subsistencia o mi estimación. Es el caso para obligar a un clérigo de excelente actividad y viveza me he visto en la necesidad de proporcionarle el valor de más de mil doscientas libras en efectos Yngleses, y habiendo de pasar éstos para su introducción en Buenos Ayres por tantos riesgos, pueden muy bien ser aprehendidos y, en tal caso, la cuenta es clara. Pero sea como fuere, Yo espero que el insinuado clérigo penetrará los más ocultos rincones de la Capital, y llenará su comisión del mejor modo: de que instruiré a U. a su tiempo.

"Tengo razones muy poderosas para convencer a U., que es repugnante a nuestros sentimientos generosos el presentar la cuenta de gastos causados para la fuga del Gral. Beresford. En primer lugar, estos gastos, aunque mirasen al bien del Gral. Ynglés, y de su Nación, tenían por causa más poderosa la libertad de mi Patria: en 2o. los riesgos y circunstancias que tuvimos que vencer no se pagan con dinero alguno y podemos justificar que ningún otro, aunque se les pagasen muchos miles de libras, lo hubieran podido efectuar fuera de que en aquellos apuros se expendía el oro sin economía, regla, ni cuenta...

"...Si U. puede ver a Pack dele las gracias de mi parte y dígame: que Yo le hago más honor que el que él mismo se proporciona... pues que todos nuestros sacrificios ni fueron por él ni por Beresford, ni por otro alguno; que sólo tuvieron la mira de sacarlos para instrumentos de nuestras heroicas intensiones, y consiguiente beneficio de su Nación; que si algún tributo exigimos de ellos es el que se debe a la amistad y al reconocimiento. De todo lo dicho debo concluir: que no tenemos un justo título para exigir de ese Gobierno estos gastos: pues fueron causados principalmente por nuestro propio bien: y aun asimismo condescendería con el parecer de U. si no me asegurase que quedaba chancelada, & &.

"Son tantas y tan importantes las cosas que aquí ocurren relativas al Río de la Plata, que ni Yo solo me puedo entender con todas el curso que necesitan: absolutamente no tengo aquí con quien consultar mis dudas; pues los Portugueses quisieran tragarse todo el Río de la Plata, y los Españoles, que

"hay, o me son sospechosos o son de aquellos que no les juzgo aptos ni para limpiar botas". (M. S. S. Arch. Miranda).

Don Saturnino, mientras esperaba ansiosamente una tercera invasión británica al Río de la Plata que promoviera la emancipación, escribía desde Río de Janeiro a sus amigos de Buenos Aires: "que es llegado el tiempo de mostrar los sentimientos que siempre lo han animado por el bien de la Patria y el de dar una pequeña prueba de sus anti-

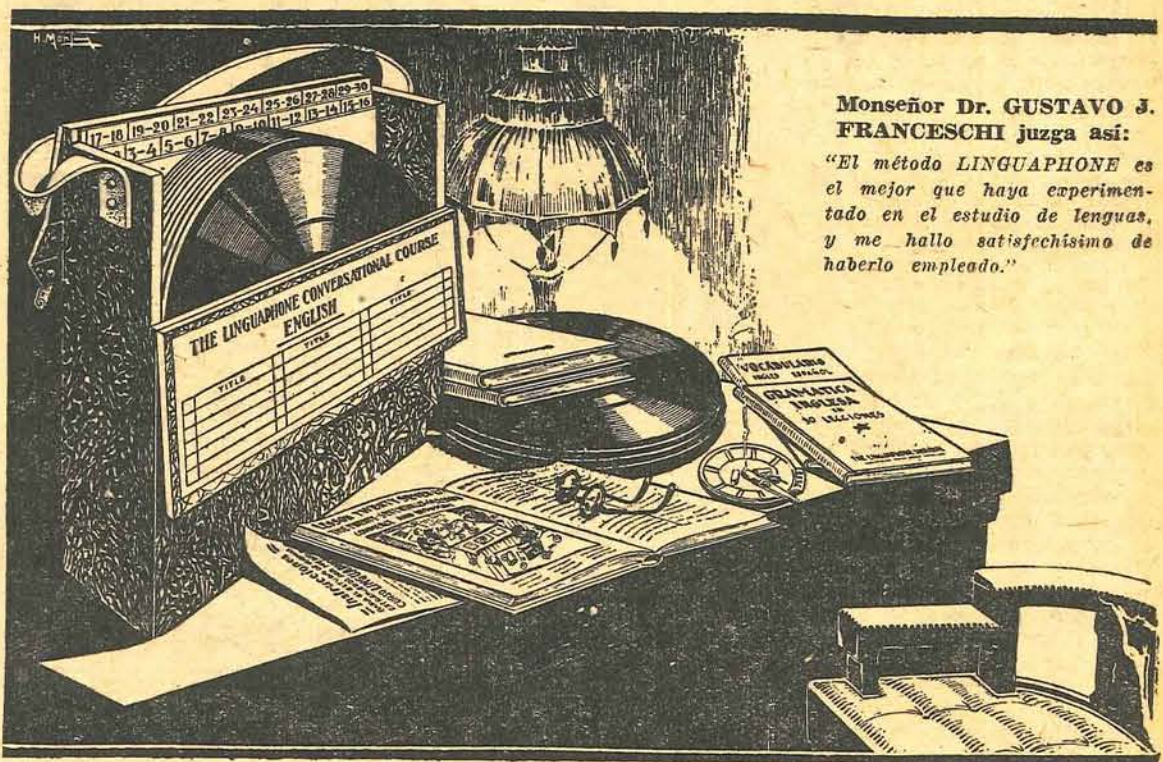
"guas intenciones... y concluido con que ya Moisés está encargado de livertar su pueblo..."

Se vinculó en la Capital del Brasil con el ministro de Guerra y Negocios Extranjeros, el influente Souza Coutinho, y con el contraalmirante británico Sir Sidney Smith, quien le convenció que la mejor manera de liberar su país era poniendo a la cabeza del Virreinato a la Infanta doña Carlota, intriga que le costó muchos sinsabores.

La casa del proscrito fué el

foco revolucionario de los expatriados de Buenos Aires; se le conocía por el "prófugo del Janeyro" y las autoridades españolas hicieron lo indecible para prenderle, salvándole la protección británica que ejercía dominio absoluto sobre la corte refugiada bajo el amparo de su escuadra.

Desilusionado el doctor Rodríguez Peña del auxilio de Gran Bretaña, de los portugueses y de la Infanta, se convenció que no había que contar con auxilio extraño para intentar la emancipación de su país.



Monseñor Dr. GUSTAVO J. FRANCESCHI juzga así:

"El método LINGUAPHONE es el mejor que haya experimentado en el estudio de lenguas, y me hallo satisfechísimo de haberlo empleado."

ESTUDIE IDIOMAS CON EL METODO MODERNO LINGUAPHONE

Si Ud. decidiera trasladarse de Buenos Aires a Río de Janeiro, ¿iría a pie? ¿O aprovecharía los modernos medios de locomoción para el logro de su objeto?

Estas preguntas son ingenuas, por cierto, ya que no hay quien desconozca o desprecie el valor de vapores, ferrocarriles, automóviles y aviones. Lo extraño, lo incomprensible está en que las mismas personas para las que el transporte moderno es lo más natural del mundo, cuando se ponen a estudiar lenguas extranjeras, se resignan al empleo de métodos antiquísimos. Parecería que el ingenio humano, desde hace medio siglo, no hubiera inventado nada de nuevo en esta materia. Sin embargo, el fonógrafo, tan difundido entre nosotros, no sólo revolucionó la reproducción de la música, sino también el estudio de idiomas.

Ha llegado el momento en que ya no es posible ignorar el método moderno LINGUAPHONE, a base de discos fonográficos y libros ilustrados, editados por eminentes pedagogos para todos los estudiantes progresistas, incluso los más exigentes. Conocer el método LINGUAPHONE y no emplearlo equivale a gastar inútilmente energías, tiempo y dinero.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, todo estudiante de lenguas vivas, no importa dónde resida, tiene el derecho de exigir, como profesores particulares, a catedráticos destacados de las más afamadas universidades europeas. Pues son ellos quienes han grabado electrónicamente los nuevos discos LINGUAPHONE, parte integrante de todos los equipos.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, nin-

gún estudiante tiene necesidad de comprometerse para horas prefijadas. Ahora es el discípulo el que indica cuándo quiere estudiar y los profesores están a su disposición, de día y de noche, media hora, una hora o dos horas, según lo desee el alumno.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, nadie se ve obligado a perder horas valiosas en viajes y caminatas improductivas. Pues los profesores están siempre a mano, en la propicia intimidad del hogar.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, no hay que temer más el olvido de un idioma aprendido. Los mismos discos que sirvieron para el estudio, se emplearán para recordar, de tiempo en tiempo, las nociones adquiridas, sin costo adicional.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, ya no es necesario gastar una fortuna para llegar al dominio de una lengua extranjera. Estudiando con un curso LINGUAPHONE, la lección particular de una hora, impartida por profesores de insuperable calidad, cuesta la insignificancia de 45 centavos.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, cada estudiante se tomará el tiempo para aprender bien a fondo toda lección, sin perjudicarse por eso económicamente. Pues el costo de la enseñanza no varía, empleándose tres o seis o más meses hasta terminar.

Desde que existe el método LINGUAPHONE, también el contenido de las lecciones se ha puesto al día. El automóvil, el subterráneo, el aeroplano, la radio, inventos generalizados hoy en día, son tratados debidamente en los cursos LINGUAPHONE.

Tales cursos existen para el estudio del

Inglés - Francés - Alemán - Italiano - Ruso - Esperanto

Más de 200 abogados y médicos argentinos poseen ya cursos LINGUAPHONE. ¿Cuándo adquirirá usted el suyo? El invierno, con sus noches largas, invita al estudio. Pida ahora mismo datos explicativos enviando el cupón.

Exclusividad:

Juan Tuercke

Demostraciones gratuitas:

VICTORIA 636, 7o. piso

De 9 a 13 y de 15 a 19

BUENOS AIRES

En MONTEVIDEO: Sarandí N.º 620

Señor **JUAN TUERCKE**

Casilla Correo 1209, Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis y sin compromiso, el folleto LINGUAPHONE.

Me interesa el idioma

Nombre

Profesión

Calle

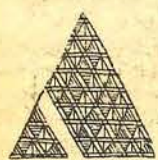
Ciudad

F. C.

N.14



P O R
HUGO WAST
ILUSTRACIONES DE
JUAN CARLOS HUERGO



la madrugada las inefables campanas de Córdoba me quitaron el sueño y puseme a reconocerlas en la singular sintonía. Esas de voz nerviosa y delgadita, son las de las monjas Teresas; esas robustas y zumbadoras, son las de Compañía; esas profundas y solemnes de Santo Domingo; esas de San Francisco...

—¡Esa otra del lechero que pasa con sus vacas! — me gritó mi estómago, vacío desde las doce del día anterior...

Mi pensamiento voló a don Olimpo Linares. Me vestí de prisa, con ese entusiasmo que ponemos en las cosas cuando nos anima una gran ilusión. Iba — ¡oh, sueño dorado que me quitaba el otro sueño! — a empezar a vivir de la literatura.

Llegué a la Plaza San Martín cuando mi librería estaba cerrada aún. Y empecé a dar vueltas, admirando cosas que me sabía de memoria, como que en ellas había pasado los años de los recuerdos indelebiles. El Cabildo, con sus arcadas de mármol blanco, al amparo de la policía, que funcionaba en la callejuela, donde cuatro años antes había fundado su negocio de masitas cordobesas el famoso don Augusto Chamás. La Catedral a su vera, con su alto pretil y sus magníficas torres enmohecidas.

Plaza de por medio, en la esquina, haciendo cruz, la Zapatería la Catalana, la sola casa de tres pisos que hubo en Córdoba, cuando yo era muchacho. Un poco a la derecha algún registro o tienda al por mayor, no sé qué otro negocio, y luego la librería que vendía mis obras.

A pesar de este privilegio que yo le había acordado, no

tenía aire floreciente. Más bien parecíame venida a menos. Sus puertas y paredes no oían pintura hacía tiempo. Las tablas que cubrían su pequeña vidriera sujetas por un hierro transversal, estaban arqueándose.

—Pero aquí aparece mi hombre!

—Don Olimpo!

—¿Usted en Córdoba? ¡Tanto gusto!

—¡Ya lo ve!... Y como puede imaginarse mi primera visita es para usted.

—¡Gracias! ¡Sabe que es madrugador? Y seguro que se acostaría tarde...

—Así, así; no muy tarde que digamos...

—¡Pase! Siéntese, mientras yo recojo estas cartas que me han echado por el buzón.

Ayudéle al buen señor a recoger su correspondencia y antes que llegaran sus empleados lo interrogué.

—¿Y qué tal? ¿Cómo anda eso?

—¿La salud? ¡Bien!

—¿Me alegro!... pero..., ¿y lo otro?

—¡Ah, la familia! Bastante bien...

—Bueno, bueno, y... ¿nuestro asunto?

—¿Los negocios, quiere usted decir? Francamente, los negocios van mal, hay crisis, este gobierno...

Me respondía abriendo cartas y enterándose apenas de lo que yo le decía, y sin comprender gota de lo que yo quería decirle.

—Siento mucho, que no vayan bien los negocios... pero, se refiere también a... mis libros.

—¿Sus libros? ¡Hombre, discúlpeme! Es cierto que usted me mandó unos libros... Esos van muy bien... Me parece que se han vendido mucho...

—¡Alabado sea Dios! ¡Qué golpe de sangre me subió del corazón a la cara! ¡Ya decía yo! No podía ser de otro modo.

Con que uno solo de diez lectores de Zola hubiese comprado mi zurrubanda a su autor, se habrían vendido cincuenta veces más ejemplares de los que yo mandé.

Don Olimpo seguía sumergido en sus cartas. Yo me prometí mentalmente, no bien me pagara invitarlo a almorzar en el mejor hotel de Córdoba, que

en ese tiempo era el San Martín, y me animé a preguntarle:

—¿Se habrán vendido... todos los ejemplares que yo le mandé?

—Todos, tal vez no, pero muchos, muchos...

—¿Como cuántos?

—No le sabría decir. Yo sé de cierto que su tío, el canónigo don Rafael, compró uno...

—¿Y los otros?

—Y me parece que compró uno de cada título uno del "Espiritismo" y otro de "Los dos Pilletes"...

—"El Naturalismo y Zola"... "Los dos grumetes"... corrija yo con mucha cortesía, y un tanto desconcertado de que el buen caballero trabucase nombres tan conocidos.

—¿Y los otros ejemplares quiénes los habrán comprado?

—repetí con explicable preocupación.

—Ahora, cuando venga el empleado, lo sabremos. El está más al corriente que yo de la librería en consignación.

No tardó el empleado. Y don Olimpo le preguntó, sin mirarlo, ni mirarme.

—¿Te acordás, che, cuántos ejemplares se han vendido del "Espiritismo", digo del "Naturalismo", porque este joven es el autor...

—¿Ah, sí? ¡Mucho gusto de conocerlo!

—¡Igualmente! — dije yo estrechando la mano que me tendía.

—Este joven es además sobrino del canónigo López Cabanillas...

—¡Justamente! — exclamó el empleado —. El señor canónigo compró un ejemplar del "Naturalismo" y otro ejemplar de "Los dos grumetes". Me acuerdo como si lo estuviera viendo, porque fueron los primeros en venderse...

—Bueno, de esos ya sabía; ¿y los otros?... ¿Cuántos más se habrán vendido?

—¡Muchos, muchos! — exclamó don Olimpo, zambullido en sus papeles —. Mi empleado lo va a informar bien.

Lo más práctico era buscar y contar los ejemplares que quedaban, y deducir por ellos los vendidos. El empleado y yo comenzamos a cazar "Naturalismos" y "Grumetes" en todos los rincones de los estantes, y recovecos del almacén.

LAS EMPANADITAS - II

—Algunos quedan todavía — observó el mozo melancólicamente, saliendo de abajo del mostrador con un buen manojo de "Grumetes" empolvados.

Yo me eché a reír con macabra ironía al descubrir otros:

—¡Parece que no son tantos los que se han vendido, a juzgar por los que han quedado!

—¡Muchos, muchos!... — repetía maquinalmente don Olimpo.

Nosotros continuamos la persecución de lo invendido. Yo experimentaba una salvaje alegría a cada ejemplar que desenterraba de entre los montones de otros libros o revistas, nada más que por el abominable placer de desmentir a aquel buen hombre que seguía diciendo: "¡Muchos, muchos!", sin sospechar el drama de mis ilusiones de autor.

—¿Como cuántos mandó usted? — me preguntó en voz baja el empleado.

—Mandé cien de cada título — respondí secamente. — Y me parece que vamos a hallarlos a todos...

—No, a todos no, porque uno compró su tío...

—¡El canónigo! — agregué yo —. Vea, aquí tengo ochenta "Naturalismos"...

—Y yo ochenta "Grumetes"... Los demás se deben haber vendido...

—¡Veamos en la vidriera! — respondí con diabólica impetencia, como si me complaciera en derrotarlo —. ¿No le digo? Ochenta y cinco... ochenta y ocho...

—¡Noventa! — añadió él —. Aquí ya hay noventa, más, noventa y cinco "Grumetes"...

—Tome estos cuatro y ya son noventa y nueve... ¿A que hallamos los cien? Por mi parte yo he juntado también noventa y nueve "Naturalismos" ¡Sigamos buscando!

—Es inútil buscar — me contestó dulcemente el mozo —. Me acuerdo como si fuese hoy cuando su tío el canónigo me compró un ejemplar de cada uno...

—¡Dios lo bendiga a mi tío! — exclamé con rabia disimulada —. ¿Qué me dice, don Olimpo?

—¡Muchos, muchos! — respondió él, haciendo números en su libro de cuentas.

—No son tan muchos — observó el empleado, poniéndose de mi parte —. Uno solo y de cada título, que los vendí yo, me acuerdo como si fuera hoy.

—¡No puede ser! Yo solo he vendido más de treinta y más de cincuenta "Espiritismos"...

—¿No es "El espiritismo al alcance de todos"?

—¡Dale con el Espiritismo! Mi libro es "El naturalismo y Zola"...

—¡Ah!... ¡Qué lástima, amigo, qué lástima que no fuera más bien "El espiritismo al alcance de todos", porque de ese he vendido yo solo más de treinta y más de cincuenta...!

—Y yo también — confirmó el empleado.

Maldita las ganas que yo tenía de reírme. Y, sin embargo, me reía con tan mal talante que los contagié a los dos. El empleado era flacucho y su risa no me lastimaba tanto como la de don Olimpo, que era corpulento y de buen humor.

Y yo no quería ser menos que ellos, y me reía por los dos juntos. Y la gente que pasaba por la calle se detenía a mirarnos reír...

—¿Quiere que le liquide lo vendido? ¡Ji, ji, ji!

—¡Bueno!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ya que hay dos ejemplares vendidos!... ¡Jo, jo, jo!

—Su tío el canónigo... ¡Ju, ju, ju!... fué el que los compró...

Tuve una idea genial.

—Hoy me iré a almorzar con mi tío — me dije; y la seguridad del almuerzo me puso optimista.

Desternillándonos de risa, echamos cuentas.

Ochenta centavos por el "Naturalismo"; cuarenta por "Los dos grumetes", hacían un peso y veinte. Quitado la comisión del 25 ojo que yo asignaba al librero, quedaban noventa centavos a mi favor, que don Olimpo me entregó en el acto.

Ese era el dinero con que iba a costear mis vacaciones.

Melancólicamente fuíme hacia la calle de Caseros. Tenía ojos y no veía; oídos y no oía; estómago vacío, y lo ignoraba. Marchaba como el superviviente de una ciudad destruida por un terremoto, entre las ruinas de mis ilusiones de autor.

Creo que el único sentido que conservaba fuese el olfato, porque al doblar una esquina sentí olor a pan caliente, pan con grasa, que las mujeres amasaban por aquellos siglos.

Entré al boliche y gasté mis noventa centavos en pan caliente, y me fui a devorar mi humillación en la solitaria casa de mi abuela. Pero como cada bocado de humillación pasaba en compañía de aquel manjar de príncipes, no sentí tanto su amargura.

Me había echado al bolsillo algunos ejemplares de los consabidos folletos, y me puse a escribir dedicatorias; y a media mañana salí a llevarle uno a cierta vieja tía que vivía en las inmediaciones.

La encontré en la calle, vestida de hábito del Carmen, volviendo de no sé qué función religiosa. Se alegró mucho de verme y recibió mi obsequio con tales muestras de admiración, que me consoló bastante.

De allí partí a visitar a mi tío, el canónigo López Cabanillas.

¡Qué magnífico tipo de sacerdote criollo era, y es, gracias a Dios, aquel noble señor! Uno de los primeros estudiantes argentinos del Colegio Pio Latino Americano, en Roma, había adquirido allí sólida ciencia, y la unía a su natural don de gentes, a su prudencia y a su abnegación infatigable.

Vivía en la calle Constitución, en una casita que comunicaba por los fondos con el hospital San Roque, del cual fué capellán treinta años o más, con un estipendio irrisorio y con un trabajo formidable, que no le daba seguro reposo ni de día ni de noche.

La muerte vive en los hospitales como dueña de casa, eligiendo sus víctimas, anunciándose antes de entrar, o llegando a deshora como ladrón nocturno...

Y el capellán por obligación de su cargo y por amor a su ministerio tiene que asistir a

No sufra para digerir

Los que se ven atormentados por una digestión pesada o laboriosa, con sus malestares, ardor, dolor, acidez, flatulencia, etc., deben saber que recurriendo al bicarbonato católico se librarán al instante de toda molestia.

El bicarbonato católico es un producto científico, muy concentrado, bastando media cucharadita en un poco de agua; después de cada comida, para eliminar el exceso de acidez, calmar el dolor y obtener la digestión más perfecta.

Pida para amplios detalles el folleto gratis editado por los señores Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires.

los agonizantes, sin medirles el tiempo y sin pedirles espera.

Solamente en el verano, cuando arreciaban los calores, mi tío se tomaba una breve vacación en un pueblito próximo a Córdoba, para no alejarse mucho de su amado hospital.

Los que lo conocíamos lo admirábamos y nos complacíamos en su compañía porque era y es el hombre más jovial del mundo.

Su puerta estaba entornada. Un adorno de piedra la mantenía así, permitiendo ver el patio cubierto por un soberbio parral, cuyas uvas moscateles yo conocía a fondo. ¡Qué racimos, vive Dios!

Llamé y apareció fra Rosario, la vieja ama de llaves de mi tío, fea y rezongona como cerradura herrumbrosa, pero fiel como arca de monjas.

—¡Dichosos los ojos que lo ven! — me dijo al reconocermelo. — ¿Qué anda haciendo por aquí?

—He llegado anoche de Santa Fe, y vengo a visitar a tío Rafael.

—¿Cuánto va a sentir su tío no verlo?

—¿Y por qué no me va a ver?

—Porque no está. Se ha ido a veranear a Jesús María...

—¡Cataplún! ¡Así se derrumbó la esperanza de mi almuerzo!

—¿Con que se ha ido? ¿Y a veranear?... ¿Y cómo están las uvas, fra Rosario?

Me acordé que Sancho Panza, cuando fué gobernador de la insula Barataria, almorzó opíparamente, a falta de otra cosa, con un par de libras de uvas moscateles.

—Ahí están, pintonas todavía, más bien verdes...

—Verdes, verdes no están... A ver, fra Rosario, déjeme cortar esos dos racimitos de aquel rincón, que me parecen buenas. Usted sabe cómo me han gustado siempre las uvas de su parra. Mire, le voy a regalar este librito para que se entretenga... Yo lo he escrito...

—¡Jesús, niño! ¡Si yo no sé leer! ¿Pero sabe que yo tengo uno igual? Lo tengo siempre en la cocina — dijo la vieja contemplando el ejemplar de "El naturalismo y Zola", que acababa yo de entregarle.

—¿Y cómo lo consiguió? — pregunté arrimando una escalera para cortar los dos racimos que iban a ser mis derechos de autor.

—A decir verdad, yo misma no sé cómo lo conseguí. Me pareció que lo hallé en el canasto de papeles de su tío...

—¿Sí, eh? ¿Y a usted para qué le sirve en la cocina?

—Como es durito y liviano, me sirve de pantalla para soplar el fuego.

—¡Buen destino! — exclamé yo tironeando con furia mis racimos. — Guárdese este otro que le doy y le servirá también de pantalla, cuando se le acabe el primero.

Estaba escrito que mi almuerzo de ese día había de salir de mis derechos de autor, y por más señas, de casa de mi tío el canónigo.

Almorcé en una punta de la vacía mesa de mi abuela aquellas uvas y aquel pan de mujer, y no creo que fuese el peor almuerzo de mi vida.

Y luego, escribí a mi padre, contándole mis desventuras y pidiéndole dinero para seguir el viaje, pues yo no tenía ya ni para la estampilla de la carta, que eché sin ese condimento al buzón.

¿Pero dónde estaba mi padre a esas horas? Habíalo dejado con el pie en el estribo, por partir a Dolores, y a este lugar se la dirigí. Pero ¿y si no había llegado aún, qué iba a ser de mí?

Ni los lirios de los campos, ni los pajaritos siembran, ni cosechan, y sin embargo vi-

ven florecientes y alegres porque de su alimento y de su vestido cuida su padre celestial.

Comprendí que un autor que quiere vivir de sus derechos debe entrar en la categoría de pajarito o de lirio del campo, y me resigné a vivir de los milagros de la Providencia.

El primer milagro ocurrió esa tarde.

Con los bolsillos repletos de "Naturalismos" y de "Grumetes" dedicados a parientes y amigos, empecé a visitar sus casas. Pero Córdoba es una

por las puertas abiertas de par en par sobre el gran patio, nos traía retazos de música italiana.

—¿No quiere ir a la retreta? — me preguntó una de las niñas.

Así que empezaban los calores, la plaza San Martín convertíase en el lugar obligado de reunión de las familias, después de comer. Allí se hacían las deliciosas retretas provincianas, que han caído en desuso como tantas costumbres exquisitas.

Una buena banda tocaba en el kiosco central, y la gente

me había dicho la señora cuando me despedí—. Tendremos un cabrito asado; yo sé que a usted le gusta.

Me dormí profundamente sin preocupaciones acerca del inmediato mañana, y bendiciendo las misteriosas vías con que la Providencia socorre a los pajaritos, a los lirios y a los literatos.

Me despertaron unos vigorosos aldabonazos en la puerta de calle. Pensando que fuese el cartero, con algún paternal socorro bancario, salí a medio vestir hasta el zaguán, y pregunté, por el ojo de la llave:

—¿Quién es?

—¡Soy yo!

"Ego sum, qui sum". Yo soy quien soy. Esta manera sintética de presentarse, cuando no es el Ser Supremo el que la usa, no deja de sumergirnos en un caos de negras suposiciones.

—¿Querría hacerme el favor — murmuré siempre por el ojo de la llave y con la mayor pulcritud — de ampliar un poco su biografía?

—¡Velay, niño, se está burlando de mí! ¡Abra, por Dios! ¡Si no lo voy a comer! Tengo apuro porque me está esperando mi sobrina en San Vicente...

—Aguárdese que me vista; ya la he conocido...

Entró luego doña Juana Toranzo con un canasto asaz cabedor, cubierto de un lienzo cosido con hilo fuerte, para que nadie, sino el dueño, violase el contenido.

—Su tía, que ayer lo encontró en la calle, vino al anoche a visitarlo trayéndole estas empanaditas. Dice que siente mucho no verlo; que hoy se va al campo, y que le ha gustado mucho ese librito con la novena y los versos a Santa Risa, que usted ha compuesto...

—¿Yo?

—¡Sí! Ese que ayer le dió. ¿Ya no se acuerda? Cuando ella iba para allá, a visitar a las monjas Catalinas...

—¡Ya caigo! — exclamé, adivinando que mi tía había trasapelado mi librito y cogido el primero que halló a mano en la salita de las monjas.

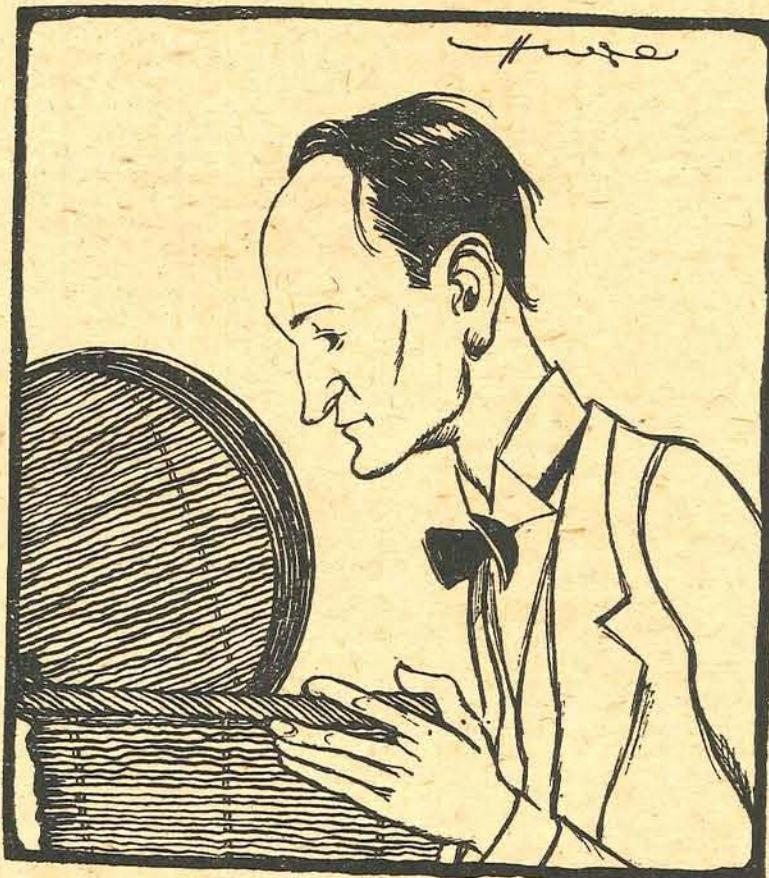
Bien ganada tiene Santa Rita su fama de abogada de casos perdidos; y bien merecía que yo le hiciera unos versos, y hasta le rezara una novena, si salía con bien de mi terrible aventura.

Por que debo decirlo de una vez; el último almuerzo formal que hice en aquellos negros días fué el del cabrito en casa de don Osvaldo.

No volví más por allí. Parecíame que iban a conocerme en la cara macilenta y el aire tímido, que iba llevado no por la amistad, sino por el hambre.

La ciudad abrasada por los soles de fin de año, iba quedándose desierta. En vano acudía yo tarde y mañana a mi librero, para saber si se había vendido otro ejemplar.

—Ayer vendí cuatro — me dijo una vez don Olimpo —. Pero no del suyo, sino del otro, "El espiritismo al alcance de todos".



ciudad calurosa en el estío, y todo el mundo sale a veranear y no quedan más que los pajaritos y los lirios de los campos, llamando a las puertas de las casas vacías...

—¡Adiós, amigo! ¿Cómo le va? ¿Sabe que recibí su librito y que me gustó mucho? No le contesté yo mismo, por tantos quehaceres; pero Carlos, mi hijo, se encargó... ¿Para dónde va? ¿Para ninguna parte? Bueno, venga, vamos a comer en casa... Aunque ustedes los literatos saben ser como los lirios del campo, que viven sin comer...

Don Osvaldo Vélez, aquel gran señor cordobés, desaparecido muchos años ha, conocía muy bien su biblia, pero esa vez la aplicó mal.

Habíame encontrado a media cuadra de su casa, en la calle Colón. Yo era condiscípulo y camarada de sus dos hijos varones, y jamás pasaba por Córdoba sin visitarlo y aceptar las invitaciones y agasajos de su familia.

Caballero de tradiciones y de estirpe, era hospitalario como pocos. En su casa reinaba ese ambiente alegre y saludable de las grandes familias provincianas, y en su amplia mesa, servida a la criolla, comíase mucho y bien.

No hay duda que la opípara cena de esa noche entraba muy bien en la categoría de mis derechos de autor. Yo me inflaba como un pavo oyendo elogiar mi estilo delante de las niñas de la casa, aunque las graciosas criaturas no parecían admirarme tanto como yo las admiraba a ellas.

Después les he dado la razón, pues supe que su padre, a eso de la siesta, se hacía leer por sus hijas en riguroso turno mis artículos sobre Zola; y como resultaran eficaces para conciliar el sueño, el buen señor le tomó afición al libro, y las obligó a repetir su lectura varias veces.

Hacia el fin de la cena, la brisa que entraba al comedor

pesada buscaba asiento en los escaños, y la gente liviana paseaba alrededor de la plaza.

Yo era liviano entonces y podía sin cansarme dar cien vueltas a la plaza. Pero esa vez me acordé que al terminar la retreta era de estilo que los mozos invitasen a tomar helados en la confitería del Plata, que estaba al frente, calle de por medio.

Mis derechos de autor no alcanzaban para tanto lujo; y prudentemente a mitad de la retreta, me declaré rendido por el viaje y las malas noches y pedí permiso para retirarme.

La señora me respondió: —Siento mucho que se vaya; sospecho que está escribiendo otro libro... ¿no es verdad?

Hallé de perlas el motivo, y negué con tal displicencia que fué como asentir; lo cual inquietó a las niñas. Una de ellas me alcanzó a los cuatro pasos para pedirme un favor: —Oiga, si hace otro libro... no se lo mande a papá; ¡mándemelo a mí!

¡Deliciosa muchacha! ¡Cuánto halagó mi vanidad con su pedido!

—¡Le mandaré uno a su papá y otro a usted!

—Entonces no tendrá mérito. ¡Mande uno solo a casa, pero que sea para mí solita!

—¿No había de acceder?

—¡Como usted quiera! ¡Mandaré uno solo para usted solita!

Me alegré ebrio de gloria. Después, he sospechado que no tenía razón de envanecerme. La inteligente criatura había adormecido tantas veces a su papá con "El naturalismo y Zola", que deseaba interceptar la nueva encomienda de narcótico que me apostaba yo a despacharle.

Nuestra vanidad nace, las más de las veces, por ignorancia de los motivos de nuestros admiradores.

—¡Sobre todo, no deje de venir mañana a almorzar! —

Sali huyendo y fui a encerrarme en la casa desierta y desmesurada que escondía mi increíble humillación.

En el zaguán no hallé la carta que esperaba, con el giro paterno que iba a librarme de morir azucarado.

Hacia tres días que había empezado a alimentarme exclusivamente de empanaditas.

¡Deliciosas empanaditas aquellas! Mi tía era una artista maravillosa. Las construía de una masa tierna y exquisita; les rellenaba el buchechito con una cucharada de dulces diferentes, de membrillo, de durazno, de batata; las metía en el horno hasta que se doraban, poniéndose quebradizas como un barquillo, y entonces las pintaba con azúcar desleída en clara de huevo.

Una vez frías y secas eran blancas como el alabastro, y dignas de servir de postre en la mesa de un papa.

¡Qué pasión tenía yo por las empanaditas! Pero cuando hubiese pasado cinco días engullendo tres como desayuno, seis como almuerzo, doce como cena, les tomé un odio feroz.

Por la mañana la cosa no iba tan mal. En tres bocados despachaba mis tres empanaditas. Pero a la noche, cuando llegaba hambriento y desengañado y prendía un cabo de vela que había descubierto en una alacena, y ponía sobre la mesa del comedor mi canastón de empanaditas, y por un agujero hecho en la tela que la cubría extraía la dosis, que según mis cálculos debía ingerir para mantenerme vivo y las apilaba en mi plato, maldecía la finura del obsequio.

¡Cuánto más me habría gustado un canasto lleno de groserías, pan con grasa, chorizos o cebollas!

Ni siquiera tenía para congratarme con aquellos inocentes y frágiles productos de la vida familiar el argumento de que eran mis derechos de autor.

En estricta justicia comprendía que yo estaba devorando los derechos de autor de la novena de Santa Rita, lo cual no dejaba de añadir amargura a mi desolación.

Así viví cuatro, cinco, seis, siete días. Al séptimo descansé. Había dado fin al contenido de la canasta.

Me dispuse a bien morir.

Pero al anochecer el cartero echó por el buzón la carta esperada. Mi amado padre no había aún recibido la mía, que andaría persiguiéndolo por diversas direcciones, pero la voz de la sangre le advirtió que su hijo estaba a punto de perecer de inanición, después de haber agotado sus derechos de autor. Y me mandaba un giro.

Leí la carta y la cifra a la luz de la Vía Láctea. La vela se me había consumido. Pero qué me importaba. ¡Qué desquite para el día siguiente!

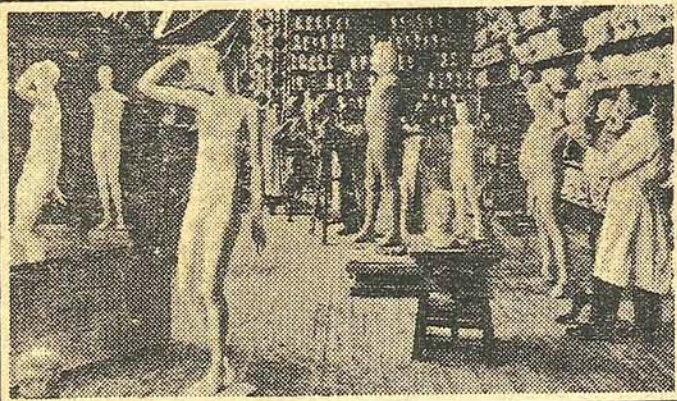
Tuve esa noche los sueños más groseros: nada dulce, todo craso y áspero, pan con grasa, chorizos fritos y ensalada de cebolla, y para postre, jamón del diablo.

Comencé en don Quijote, y acabé en Sancho Panza.

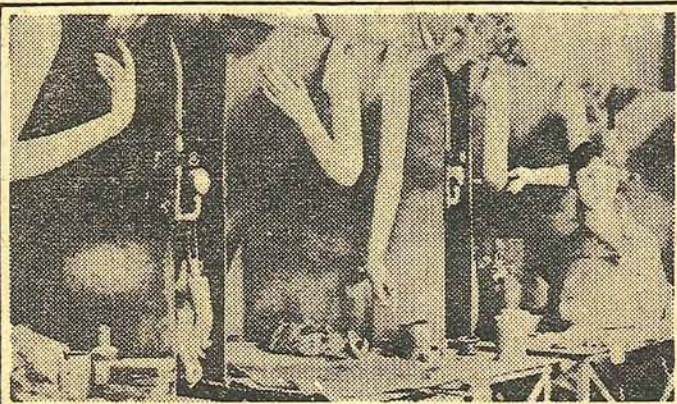
EN TODO EL DIA NO HE PODIDO MOVERME DE ESTA SILLA. TENGO REUMATISMO EN LAS RODILLAS

VOY A LA FARMACIA A COMPRAR UN FRASCO DE LINIMENTO DE SLOAN. ES EXCELENTE PARA EL REUMATISMO. EN CUANTO SE LO APLIQUE A SUS RODILLAS NO LE DOLERAN TANTO

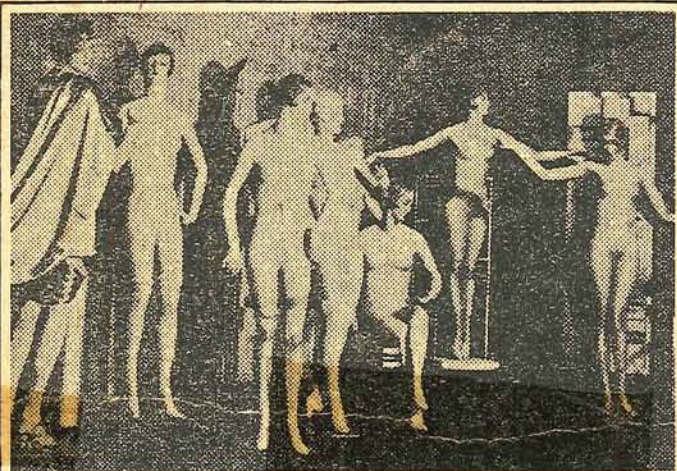
REUMATISMO? Linimento de Sloan MATA DOLORES



El taller de Pierre Inaus, el más destacado constructor de muñecas de cera



Rincón de un taller de maniqués



Trascorrido de una fábrica de maniqués

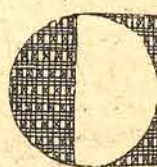


Mi muñeca de cera

INTERPRETACIONES MUÑECAS DE CERA

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION) — PARIS, junio de 1930



CUANDO más lecciones me da la vida más amo las muñecas de cera. Hacia ellas dirijo la mirada como en una

superación del ideal de la mujer, como no queriendo quitar los ojos de lo que represente con cierto tono humano el eterno femenino.

La indócil feminidad que nos defrauda a cada paso hace que tengamos un misticismo de los ojos en alto y ya que las estatuas están demasiado yertas y con perpetuidad de cementerio en los camposantos de los museos, buscamos los maniqués de cera.

Medio muertas y medio vivas, las mujeres de cera encarnan la belleza que pudo ser no tornadiza. La mujer está allí y no huye y no se va hacia un nuevo capricho. Está quieta en un solo destino y recuerda toda la belleza frágil e inimitable de la hembra sin pretender tampoco eternidades.

Lo que adquiere en la representación demasiada solidez es de por sí inhumano. Una estatua de la mujer en nieve sería ideal, pero sería demasiado efímera tal vez.

La cera es lo que más se aproxima a la carne y no pierde nunca esa organización de flores en que fué habida. Yo que tuve la desgracia de perder mi primera muñeca de cera, me encontré en las manos con pedazos de una cera virgen que tenía un fondo sabroso, incorruptible, con rezongue de abejas en sus reversos. El cerero admitió en un horno todo el despojo sólido y rico de la muñeca rota.

Parece trivial una estatua de cera y no lo es. El arte clásico con sus desplantes egoístas desdeñó demasiado estos seres que casi han nacido al mundo, que detienen en una postura de adoración la fugitiva e indetenable figura de mujer verdadera.

Toda mujer ha tenido ese gesto que tiene la estatua de cera, pero lo borró. Lo destruyó, pasando por él, dejándolo atrás, desmintiéndolo, olvidándolo, llevándolo a rápido anadamiento.

El maniquí de cera es el único "ralenti" que se puede conseguir de la mujer en reposo de un gesto, la única imagen de la mujer que puede tener demencia religiosa, con una religiosidad vital, sin la abstracción a que conducen esa misma idea los mármoles.

La hipocresía del mundo — a lo que ha coadyuvado mucho el arte — quita importancia a estos seres intermediarios que hoy han adquirido perfección suma y que inquietan la vida contemporánea como un romanticismo nuevo, ya que la mujer se escapa a ser ese romanticismo.

La parada del amor no la celebran ya más que los maniqués de cera. Pues las damiselas de la vida moderna corren y deshacen con ese rauda movimiento lo único que desea el amor, las largas paradas.

Se desvanece la mujer en la mujer que corre, y si esa mujer tiene un automóvil, ya no queda nada de ella, sino el incentivo rabioso, el desvelo mortal del hombre que tiene espíritu contemplativo, noble espíritu religioso.

No queda de la mujer para la adoración más que su maniquí de cera y por eso el va-

lor que adquieren en los escaparates, que son como hornacinas de capilla callejera, aunque los profane un poco el cómo se refleja en sus cristales la circulación de las grandes vías.

Vive horror de alabanzas este arte de los creadores de figuras de cera, no reciben el homenaje que debieran, pero el interés de las miradas ávidas buscan sus producciones perfeccionadas como un reposo de las miradas, como un secreto respiro de la idealidad.

Equivocado sería dar carácter sensual — en el bajo concepto de esta palabra — a esta contemplación de monjes. Nunca ha podido encontrarse tan llanamente satisfacción al deseo y está como descontento en todas las vidas, hasta con exceso, el ardor bestial.

Este afán por la muñeca de cera es como una elevación de la mujer que la estiliza en un sentido que suele estar hollado por su propio desnudo.

Son mujeres sobrevirgenes, estas mujeres que nos inquietan en los escaparates de las ciudades y por cuya gestación en los talleres en que las crean, pone el arte fotográfico tanto ojo.

Se diviniza y se misteiza la hembra en estas perfeccionadas mujeres de cera que son su dúplica sin renunciar a sus delgadeces, a sus rosaciones, a sus medias de seda.

Esos artesanos que las fabrican toman francamente el cuerpo humano y toman su parecido como en un hospital de moldes, sin renunciar a ese algo encienque, alfenicado y tembloroso que es lo que no figura en las esculturas de los que quieren que lo humano sólo sea simbólico y perfecto en la representación.

De las autopsias de las mujeres del día brotan estas criaturas que son hijas del cinematógrafo vital.

Los artesanos que repiten las muñecas de cera manejan carne caliente y derretida que, antes de plasmarse, está en fusión a muchos grados, cumpliendo la materia representativa su deber de blandura primera.

Paris tiene la supremacía de sus muñecas de cera y se presentan desnudas en pleno Gran Boulevard como las últimas esclavas sometidas a su deber de mujeres, a su santificación en harenes de cristal.

Cuando la mujer en los cabarets ha perdido interés, lo recobra el maniquí en postura de piedad odalítica.

Mi muñeca de cera actual es de París, llegó a España en grandes cajones, que me hicieron temer que me enviaran una gigante por equivocación, pero que cuando la desembale comprendí que eran necesarios para que no llegasen a ella los golpes de las estaciones, ni los temblores del transporte.

Gana en superioridad cada día que pasa y cuando vuelvo de un viaje, encuentro en ella la mujer ideal que no pregunta dónde he estado y así consigue la gracia transigente y suprema.

Sin violencia ninguna y sin inconstancia veo en ella lo pudiente que es el significado de la mujer, a lo que podría llegar a la mujer que aceptase de un modo parecido su misión de mujer. Ante esa dama de cera comprendo que son las mujeres de carne las que no quieren explotar la abnegación del hombre, y que por eso en

cuanto alguna se destaca en querer ser ilusión de sí misma, el poema renace.

La actitud sencilla pero continua de mi muñeca de cera, me revela el tesoro de signos que es una mujer, y gracias a ella no decae mi trovadorismo, pues si vuelvo defraudado de alguna exploración por el mundo, ella me indica que no es el concepto de mujer el que debe padecer al resumir con desencanto una nueva pasión.

Sentada en la esquina de ese sofá, en un rincón de mi despacho, sostiene la forma y la fantasía de lo femenino ante todas las contingencias y es como una enfermera a la cabecera del trabajo.

Escuchando la puridad del tiempo con su gesto de mediodía, hace perenne mi homenaje a la dama de los sueños y no me deja desfallecer en mis oraciones.

Como compañía que hace enterizo al varón, yo preconizaría muñecas de cera en las habitaciones de los jóvenes, como una permanencia en la fe a lo femenino, que después podría ir paralela a su vida al hallar a la mujer para los desposorios y que hasta cuando llegase ese momento corregiría lo que el concepto del honor femenino pudiera perder en la vida casera.

Más de diez años han pasado desde que entronicé en mi torreón a esta muñeca de cera, y ella es una llamada a lo que de arquetipal tiene lo femenino, no dejándome incurrir en errores ni torpezas, y todo eso sin pedestal de diosa y sin feticchismo de estatua en bronce, mármol o marfil que viniese de los museos.

Con su voz de silencio aconseja siempre optimismo y calma y es como un ancla segura del modesto refugio. Si no me mudaron las circunstancias, si la vida no me jugó la jugareta del vagabundaje irremediable, fué porque ella está sentada para siempre en su puesto de reposadora.

Al dar la luz en la habitación sin otra convivencia humana que la de mi muñeca de cera, no es tan desesperado mi gesto de quitarme el sombrero en la soledad, y en vez de recurrir a los espejos que nos devuelvan nuestra tragedia de

(Continúa en la pág. 14)

PONGASE CREMA

HINDS, todos los días

...al acostarse, al levantarse, cada vez que

se moje las manos o

la cara... y conserve

su cutis blanco, juvenil.



CREMA
HINDS

CARTAS A UN MUCHACHO QUE SE FUE A PARIS

II
POR JOSE FERNANDEZ CORIA

como ciertas personas con quienes habrá usted tropezado en el bulevar. La ciudad no se entrega de golpe: es una coqueta, y cuando usted cree que con sus propios medios, con su constancia y dedicación la ha hecho suya, es usted el conquistado y no el conquistador, como en otros trances análogos. Y conquistado sin remedio, por toda la vida.

Paris despierta un amor arrebatado al principio, que se torna placido y sereno más tarde; amor que, como todo verdadero amor, pierde en frenesí, con el correr del tiempo, lo que gana en intensidad; tal como un río al alejarse de sus fuentes va disminuyendo el ímpetu de su curso en la misma medida que acrecienta la profundidad de su cauce.

En posesión completa o no de Paris, el hecho es que ya está usted instalado en esa ciudad y se maneja en ella con fácil desenvoltura. Entiende al "chauffeur" y se hace entender por él; sabe graduar las propinas; maneja su guía y su plano con la pericia suficiente para orientarse, consultándolos, cualquiera sea el punto de la ciudad en que se encuentre; ha perdido ya ese aire neutro de meteco azorado que atraía hacia usted en los días siguientes al de su llegada, a una turba de vendedores y traficantes de la peor especie; y sabe que el mozo, y la manicura y el barbero le mienten con descarado cinismo cuando le aseguran, después que usted les ha dicho que es extranjero, que no lo parece: tan perfecto encuentran el acento y la pronunciación de su francés.

Si usted es hombre ordenado, todos los días antes de salir del hotel, procurará trazarse el programa que le permita aprovechar bien su tiempo. Y surgirán las dudas: —¿Dónde almorzaré esta mañana? ¿Qué museo visitaré por la tarde? ¿A qué teatro concurriré por la noche? ¿En compañía de quien iré al souper de la Rotonde? ¿Thérèse? ¿Elise? ¿Jeannette?

Niño goloso y hambriento está usted frente a una mesa repleta de dulces: los museos, los teatros, los restaurantes, las amistades. Y no sabe hacia donde alargar la mano.

Decía Goethe que sería conveniente que todas las mañanas, al levantarnos, oyéramos una música agradable, leyéramos una poesía inspirada, contempláramos una estatua o un cuadro excelente, de modo que nuestro ánimo quedara bien predispuesto, gozoso y ágil, para el resto del día.

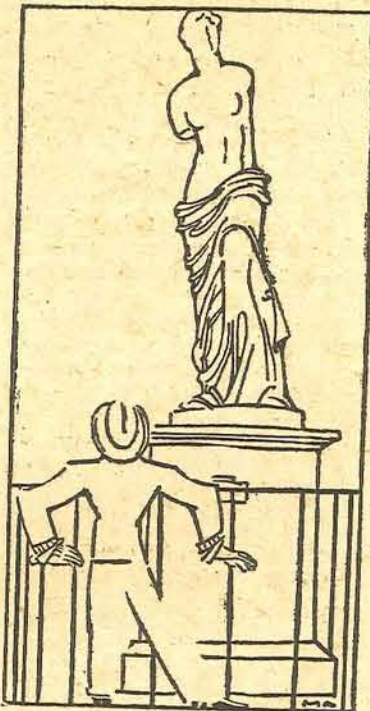
No le aconsejaría que tomara al pie de la letra la indicación del poeta germano. Hay días que no estamos en disposición de oír una sinfonía, por ejemplo, y nada aprovecharíamos si nos decidiéramos a escucharla. Y así lo demás.

Los turistas que forman rebaño bajo la dirección de un guía y han de visitar monumentos y paisajes en horas y plazos precisos, fijados a veces con anterioridad de muchas semanas, poco provecho han de sacar, los pobres, de sus andanzas y excursiones.

Vaya usted al Louvre una mañana, pero no cualquier mañana, sino aquella en que usted sienta dentro de sí una fuerza que lo impulse a elevarse por encima de las preocupaciones cotidianas y vulgares de la vida. Haga su primer visita de cortesía a la Venus de Milo. Es su deber de artista. Nuestro compatriota el general Mansilla, cada vez que llegaba a esa ciudad o se ausentaba de ella, iba a saludarla. Creía rendir así un tributo a Paris en la entidad que, por su gracia y su belleza, con más fidelidad la representa.

Pero antes de visitar la Venus de Milo, como antes de ir a contemplar cualquier gran obra de arte de esas que usted conoce por referencias desde que tenía uso de razón y de las cuales ha oído hablar hasta el cansancio, púrguese de la literatura, la buena y la mala literatura que tiene adentro, que ha ido tragando paulatinamente desde la escuela y que perturba el regular funcionamiento de su cerebro empachado; desintoxíquese, purifíquese, despojese de los prejuicios que cuelgan de su espíritu.

Esto no lo podrá conseguir de una manera absoluta, lo sé bien, porque si tal ocurriera, se habría desintegrado su perso-



nalidad, formada en gran parte, precisamente, por la influencia de aquella literatura.

Un gran esfuerzo, sin embargo, le permitirá a usted substraerse, en cierta medida y por determinado tiempo, se entiende, de la influencia de esos agentes perturbadores de su juicio, de tal manera que sea su yo relativo el que se ponga en colloquio con la obra que se proponga admirar.

Tal esfuerzo lo realicé yo la primera vez — una mañana de junio tibia y dorada, recuerdo —, que contemplé en su altar del Louvre a la diosa anadyómene, tan distinta de la que ya conocía por diversas reproducciones.

Así borradas, o creyendo borradas de mi espíritu mediante un esfuerzo de todas las facultades, aquellas impresiones grabadas en él por la acción de tantas lecturas, la estatua no me sobrecoge de inmediato, no me produce la impresión que yo esperaba, la admiración sin límites que presentía. Estoy — y eso lo comprendo, lo veo — frente a una gran obra, no hay duda. Pero, ¿es digna de la fama que goza? ¿Merece todas las alabanzas y cantos de que ha sido objeto? Mientras reflexiono en esto doy vuelta despacio en torno de la diosa contemplándola con mayor detenimiento. Aumenta, por grados, mi admiración, fría en un principio. Es una obra perfecta, me digo, y traduce con fidelidad el ideal griego de la belleza femenina. Sin embargo, le falta, o por lo menos yo no lo noto, cierto elemento esencial de la belleza: le falta expresión. Me siento como acariado por la armonía del con-

junto, pero su rostro permanece inexpresivo. De pronto, mirándola casi de frente, desde el lado opuesto al ventanal por donde entra el sol de la mañana, descubro lo que no había visto hasta ese instante, percibo en la boca de la diosa, y como entre un halo de luz, su sonrisa serena. Ahora sí estoy en la posesión íntegra de la belleza del mármol divino, la comprendo, la siento, como si hubiera sido presa de una súbita revelación, y abandonado al éxtasis de la admiración, la literatura se filtra de nuevo en mi interior y balbuceo, inconsciente, las primeras palabras de aquel capítulo — que es también una oración — de Paul de Saint-Victor: — "Beni soit le paysan grec dont la bêche exhuma la déesse enfouie depuis deux mille ans dans un champ de blé!"

Como usted ha visto — ya se lo había dicho — aquel esfuerzo procura resultados relativos, pero conviene practicarlos con frecuencia para acercarse, por lo menos, al ideal de la propia determinación, de modo que haya más de nuestra personal admiración en la admiración, en gran parte sugerida, con que saludamos las grandes obras que ha producido el ingenio humano.

Pero era otro el tema que me proponía tratar en esta carta y ya usted ve, hasta ahora he ido haciendo zigzag o saliendo del "trolley" a cada instante.



Cuando el vapor que debía conducir al Viejo Mundo estaba a punto de partir, uno de sus compañeros, que no cesaba de darle consejos, le dijo, entre otras cosas, que usted había perfectamente bien en ausentarse, pues decidido a entregarse al cultivo del arte literario, no encontraría nunca, en este "país chato", motivos de inspiración, y ni la vida ni la naturaleza nuestra le ofrecerían jamás asuntos dignos de su pluma.

Si usted no ha encontrado aquí, en este país "chato" — así lo califican todos los rastacueros que han ido a Paris a vivir la vida nocturna de los "cabarets" — asuntos o temas apropiados para desenvolverlos dentro de algún género literario, y ha realizado su viaje con el convencimiento de que en Paris ha de hallar lo que aquí no ha sabido ver, usted habrá hecho un viaje en vano. No tendría nada más que decirle yo que me he instituido en su maestro. Maestro — fíjese bien, porque no quiero pasar por presuntuoso — en el sentido que Horacio da a esta palabra cuando dice en una de sus odas, que el maestro puede ser como la piedra de amolar — y este es mi caso — incapaz por sí misma de tener filo, pero sí de procurarlo en una materia susceptible de ser afilada.

Usted ha leído "Jack", de Daudet. Recuerde aquel personaje con tanto acierto dibujado por el célebre escritor en su famosa novela, aquel profesor de literatura ahito de retórica y ayuno de inspiración. Se rodea de una cantidad de elementos que él cree capaces de despertar su genio dormido. Busca diversos excitantes. En su afán por encontrar algo que lo inspire para la realización de una obra proyectada, instala en la azotea de su casa y en comunicación con su estudio, una arpa eólica que, acariciada por el viento, derrama sobre su cabeza, a cada instante, oleadas de armonía. Y nada. Pasan los días y los días y permanecen en el mismo estado las blancas cuartillas. No llega a empezar siquiera una sola página del libro que se proponía escribir, y el infeliz profesor queda redu-

cido, como tantos, a la baja condición literaria de "autor de su obra futura". Medite ahora en este otro caso ocurrido en Paris. Cierta poeta mediocre hacía esfuerzos desesperados por producir un poema con el cual presentarse a un concurso a disputar el primer premio. La obtención de éste significaría la notoriedad y el primer paso, tal vez, en la conquista de la gloria soñada. Pero no encuentra el argumento de su presunto poema consagratorio, y la desesperación que le produce su impotencia se resuelve en crisis violentas. Su amante no puede verlo sufrir, y un buen día se suicida para proporcionar a su compañero, junto con la oportunidad de experimentar un verdadero dolor, el motivo de una inspiración auténtica. La caritativa amante — comenta el autor que narra este episodio — se equivocaba acerca de la naturaleza de la obra literaria tanto como acerca del talento de su amigo.

Si en nuestro medio ambiente o en el fondo de su propio corazón no ha encontrado los materiales que necesita, es porque su alma está seca como la del profesor de Daudet o como la del poeta mediocre del caso que acabo de referirle; es que carece usted de las dotes del artista y de nada le valdrán las sugerencias que le proporcione otro medio u otras agitaciones de su espíritu. Paris le dará, como le manifestaba en mi anterior, el sentimiento de la medida y de la proporción y clarificará su gusto percudido de criollo asoleado, pero nada más. En balde instalaría usted una arpa eólica sobre la habitación que usted ocupa, como el "autor de su obra futura". Dedíquese, entonces, a otras actividades y no a las letras, que Dios no lo ha llamado para ese destino; cambie de orientación buscando un empleo más apropiado a sus energías. Evite que un día, mientras usted, sombrío, avergonzado de su esterilidad, cruza el puente de Alejandro III, su amiga se deshaga violentamente de su brazo y se arroje al Sena de cabeza para que usted

(Continúa en la pág 39)

IODEX

LOS DOLORES

Reumáticos y
Neurálgicos

SE alivian

rápidamente si se usa Iodex con Salicilato de Metilo. Este magnífico ungüento calma el dolor sin manchar o irritar la piel. Pida Ud. Iodex con Salicilato de Metilo, en la caja verde.

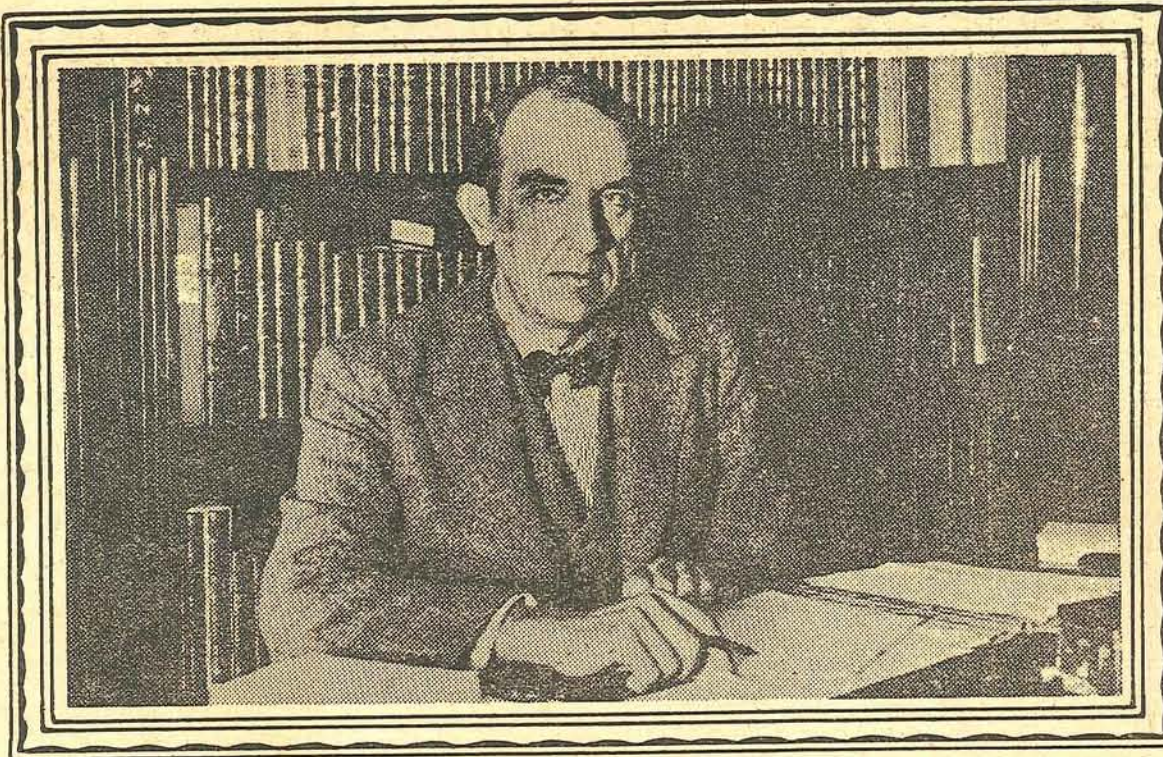
Se vende en todas las farmacias.
Los médicos lo recomiendan.

MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E. U. A.



OMO un puente imaginario tendido entre Francia y Sud América, las novelas de Jules Supervielle vuelcan la materia americana, semivirgen y exótica, en la medida y la armonía francesas. Hay, para ello, la explicación de su vida, que, aunque conocida, se hace oportuno recordar. Nacido en Montevideo, vive desde niño en París. Lleva en la entraña nuestro continente, aunque se acostumbre a vivir al ritmo europeo. Pero, además, no abandona al recuerdo el Uruguay, como un puerto al que no se vuelve. Por el contrario, lo visita con frecuencia, lo observa con sagacidad cuando está en su medio y lo evoca con nostalgia cada vez que se aleja. Todo esto lo inclina a ser escritor americano; pero el amor a Francia por su sangre y, más todavía, por su lengua, como artista, lo hacen mantener un curioso y difícil equilibrio.

Produce, desde muy joven, en francés, aunque siempre tenga la vista clavada en las llanuras infinitas, y llena de la fuerte luz de nuestro continente. Impresionan su retina los colores vistosos del trópico o la tenue la cobriza extensión de la pampa; se encandila en el espejismo de los horizontes lejanos, que nunca llegan a tocarse, y sobre todo, le interesan nuestros tipos como un inexplorado ejemplar de la raza, y el misterio que esconden sus ojos oscuros le atrae como una nueva experiencia de humanidad. Y para hacer la experiencia más completa, más pródiga en resultados, más variada en rasgos, los lleva a París, para ver cómo reaccionan ante el medio distinto, cómo se traslada una planta para experimentar la influencia que sobre ella ejerce un nuevo clima. La materia americana modelada en forma de hombres, al llegar a París es tratada por el novelista con una técnica típica, mejor dicho, depuradamente francesa. Aplica a ella la observación minuciosa, el detalle nunca fotográfico, sino sugerente, el lenguaje sencillo y justo, la gracia velada de naturalidad, en un tono alternativamente irónico y melancólico, sonriente y evocador. Es lo que ya realiza el poeta en "Debarcaderos" y el novelista en "L'homme de la pampa", donde ya están en espíritu sus dos libros posteriores, "Le voleur d'enfants" y "Le survivant", firme y hondo nexo entre el alma americana y la técnica francesa. "L'homme de la pampa", farsa novelada, no es obra para el vulgo; pero el viaje de su protagonista saltando en la cubierta del transatlántico como un novillo chúcaro, y su desorbitado paso por París, hacen entrar ya en el molde francés la materia americana. "L'homme de la pampa", que sorprende al primer momento por las contorsiones frenéticas de su caricatura, pero que se patina a cada paso con suaves toques de emoción, ya contiene, en potencia, los dos tonos que, más armónicamente combinados, va a utilizar Jules Supervielle al tratar los temas y los tipos de nuestro continente: la ironía y



JULES SUPERVIELLE, NOVELISTA

OCTAVIO RAMIREZ

la ternura, tomadas alternativamente de la observación y del recuerdo. El hombre americano, primitivo como su selva, interpretado con medida gala, los contornos inasibles de la pampa, delineados con precisión francesa.

Sus dos novelas medulares, que están unidas por la continuidad de su protagonista y por su semejanza espiritual, impresionan como dos etapas largas y hondas, como anverso y reverso de un mismo tema, "Le voleur d'enfant" como un viaje de ida, "Le survivant" como un viaje de vuelta. Trata la primera de la vida en París del coronel Philemon Bigua, hombre extraño, pintoresco dentro de sus tintas sin mucha luz, como su existencia, sólo tibiamente iluminada por el caudal, un poco reconcentrado, de sus sentimientos. Este hombre, que vive obsesionado por el dolor de no haber tenido descendencia, se apodera de cuantos niños encuentra en su camino y los convierte para siempre en sus hijos adoptivos. Extraña y original fábula que pinta ya un rasgo típicamente americano: el deseo de paternidad, la ternura de la descendencia, que tienen que sentirse mucho menos en la vida vertiginosa de las grandes ciudades que en el paso arrastrado de las pequeñas capitales sudamericanas, y que es el mal o el bien, el defecto o la virtud de nuestra campaña, donde en cada familia, en cada estancia, y hasta en cada rancho, hay uno o varios "agregados", que viven allí porque quedaron huérfanos, porque los recogieron chicos o simplemente porque un día llegaron a pedir hospitalidad por una noche y se quedaron para siempre. Este rasgo, típicamente americano de Bigua, que es la entraña de su fisonomía espiritual, es rodeado de una serie de detalles

que lo van completando a pequeños y certeros toques. En amor es candoroso, como las civilizaciones jóvenes, reconcentrado como el silencio de la llanura y tímido como un pueblo de campo. Si deseó a Marcelle, su adolescente pupila, tuvo la fuerza para defenderse contra sí mismo. Todas sus horas están pendientes de la muchacha, de su suerte y de su juventud; de su destino y de

Soneto

Yo no quisiera haberte conocido
hasta cuando mi vida bien soñada
ya no esperase del destino nada
y sólo fuese un sueño mal vivido.

Como cuando al caer triste y vencido
por la inutilidad de la jornada,
la amistosa frescura de la almohada
nos alivia el dolor del recorrido.

Quizá entonces tu amor puro y secreto
como un misterio se me revelara
para calmar mi corazón inquieto;
cuando no hubiese tiempo ni siquiera
de gritarle a la vida andante: ¡Páral!,
ni de implorarlo ya a la muerte: Espera.

Luis Cané

su atracción. La picardía francesa, la visión sensual de gran ciudad, pudo hacer que Joseph le dijera a su protector, cuando lo echaban por haber abusado de la muchacha: "Bien le hubiera gustado a usted estar en mi lugar." Tal vez sí, pero Bigua supo evitarlo; y fuertemente atraído, la respetó como a una hija, como nunca se le ocurrió que ella pudiera quererlo más que como a un padre, aunque Marcelle se cuidara poco de traslucir lo contrario. Los pueblos nuevos viven en una ingenuidad del amor sólo comparable a la inexperiencia de los hombres jóvenes.

El sudamericano Bigua, tierno y cándido a los cincuenta años, es también el tipo definido del hombre que vive desentonando en su medio, como una pueblera en un salón. Encara todos los problemas con sentido distinto al de la gran ciudad en que vive. Su figura, alta y desgarbada, sorprende como un ombú en medio de los Campos Eliseos; sus paseos, cargado de mujer y niños, hacen sonreír como una familia criolla cruzando en "breack" por un bulevar parisense; y para que ningún detalle falte. Bigua se pasa las horas en su silencioso interior de París, con el chamberge puesto, como un gaucha en su rancho. Y el hogar de Philemon Bigua, en medio de París, sorprende como una cuadrada casa colonial en medio de la arquitectura, nerviosa y moderna, de una avenida.

Philemon Bigua se continúa en "Le survivant" enriqueciendo sus rasgos característicos. Vuelto a Sud América, sus aristos criollos van adquiriendo cada vez mayor relieve en la ciudad plomiza y en la campaña monótona. Comprendiendo su deber de tutor, y ya más aplacados sus sentimientos, quiere casar a Marcelle con el muchacho que la deshonró. Pero parece que ninguno de los dos lo desean mucho. Entonces le cruza la idea de casarla con su hermano, lo que no tiene tiempo de sugerir, porque antes ella se va. Todavía va a perseguir su recuerdo al sensible coronel, que va a salir tras de su sombra. Estos dos personajes tienen en las dos novelas, cada uno, su función representativa. Marcelle, aunque tratada con menor continuidad, es, visiblemente, la tentación de la gran capital, despreciada y fácil, que se ofrece al sudamericano ingenuo y lleno de principios, torturándolo con su embrujo sensual y su desconcierto versátil. El

hombre de la campaña vive años debatiéndose en sus redes, hasta que por fin, instalado en su estancia, lo curan el aire puro y el horizonte amplio. Y Bigua, a medida que se va internando en su tierra natal, va enriqueciendo de rasgos su genuino perfil criollo. Llega a la estancia que cree suya, y al decirle el capataz que ya no le pertenece, ni siquiera pregunta por qué ni desde cuándo; y luego descubre que tiene otra, aunque menos valiosa, de la que ya no se acordaba. Doble observación del espíritu resignado y displicente del nativo y su desorden para administrar su propia hacienda. Y cuando le dicen que Marcelle se ha ido, se le ocurre que puede encontrarla en su estancia; y entonces, sin preguntar a nadie, con la reserva del gaucha, hace el viaje silencioso, reconcentrado, como el paisano que cabalga leguas y leguas por los caminos polvorientos, con la vista incrustada en el confin del horizonte.

Todos estos rasgos criollos están dados con técnica francesa. No es el desplante de la hazaña, el alarde grandilocuente ni la actitud llamativa. Son simples, pequeños episodios observados con exactitud y reproducidos con naturalidad, cuando mucho sugeridos con pocas palabras o fijados en una imagen gráfica, pero sencilla, sin elevar nunca el tono. En todas sus imágenes se nota el doble sello de su autor: la materia americana medida en corte francés. Ved algunas: "Pasaron cuatro segundos, lentos como los bueyes bajo el yugo"; "un perro sin raza, sin edad y sin color", como son todos los perros terrosos de nuestras estancias; el pampero "que maltrata hasta al horizonte"; y tantas otras breves, gráficas, siempre en un medio tono. También resalta a cada momento la fidelidad con que observa las cosas criollas y toma de ellas el rasgo sugerente, como la humilde mujer de Bigua, que no podía soportarla, entre otros motivos, porque al sentarse nunca cruzaba la pierna; o el hecho de que un arroyo se llame el Sauce y otro que viene en seguida y otro que viene después, también el Sauce. Y es la incongruencia de los nombres que dan los pobladores de la campaña a los accidentes naturales y que llevan — lo recuerdo ahora como la impresión más desconcertante de uno de mis viajes por el campo uruguayo — hasta ponerle a un río el Solís Chico y a otro, que por lo menos por donde yo lo crucé, era mucho más angosto, el Solís Grande. Y a veces también, en más de una, despunta el perfume galante de la imagen francesa, como ésta, sobre una primera noche de travesía: "El aire se curvaba de volutuosidades, como una cadera de mujer." Como el tibio cuadro familiar que tanto impresionó la fibra sensible de Bigua, cuando las dos muchachas, Sarah, su hermana nativa y Marcelle, la viajera francesa, unían sus manos en el piano para arrancar la misma música, en las novelas de Jules Supervielle el alma americana y el molde francés se unen en un engarce perfecto.

INTERPRETACIONES MUÑECAS DE CERA

(Continuación de la pág. 12)

náufragos, recorro a ella y me quedo menos suicida y recomienzo la labor para que no nos desahucien.

Piadoso testigo de una vida, no sirve para agravar las circunstancias y espera sin ironía todas las vueltas del baile o del teatro.

Nunca insinúa con ese dejo burlón de la mujer:

— ¿Qué? ¿Te has divertido mucho?

Sabe que no hay más diversión que la de los dos silencios compartidos, que ya tienen calidad eternal y conservadora en su no estorbarse.

Por eso de que yo sé lo que es y lo que vale una muñeca de cera, comprendo la purificación que son en las vitrinas y sé el consuelo que dan a ese proletariado espeso que dirige sus ojos hacia ellas.

Sembrada la ciudad actual de las mujeres ejemplares, endulzan la vida social, son como grandes terrones caídos en la

vida obscura de las urbes tentaculares.

El comercio las exhibe para vender, sólo para vender más, pero no puede evitar que hagan su caridad de miradas, de saludable carne rosa, de gestos delicados, de asepsias indecibles.

El crecimiento de los peluqueros ha exigido innumerables bustos perfeccionados y en callejuelas infectas ellas se encargan de restañar la supuración de la ciudad, de poner poesía limpia como si recitasen la posibilidad de nuevas gracias.

No necesitan liturgia, no exigen superstición, no obligan a que se recurra a la palabra, pero reponen con solo un cambio de miradas y dan un lirio de ceras al pobre obrerillo que pasa cansado, vestido de un azul de día triste.

Una especial hipocresía, un amaneramiento convenido del hablar, la mentira inviolable del Arte, hacen que se les trate con desdago, que se las mire sólo de reojo, que nadie las aluda, pero yo sé que ellas solas sabrán el poema trémulo de la mujer, la naturaleza que está

entre lo mortal y la inmortal, una fotosfera de la vida cotidiana que es la que mantiene al vivir cotidiano en estado de aspiración, en anhelo sobrelevador, en ilusión de lo manoseado.

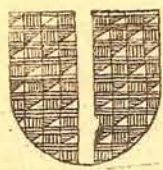
En lo más recóndito de mí mismo está el secreto que no diré a nadie, el secreto por el que sospecho que si la mujer fuese estatua de cera con esa docilidad y esa parsimonia, con esa atención fija y esa castidad sin arrumacos, estaría resuelto el problema insoluble de la mujer.



El río Mungo visto desde Mundame

LA CAZA DE ELEFANTES EN CAMERUN

Por A. RITTER VON DER OSTEN



NOS días después de haber recibido de la gobernación de Camerun la licencia para cazar elefantes,

me dirigí desde la factoría a las espesuras del bosque virgen. Estaba completamente intranquilo. Hacía algún tiempo me habían avisado la aparición de elefantes en un sendero del bosque poco frecuentado, que hacían su paso una empresa muy peligrosa. En los últimos tiempos había podido comprobar en persona la presencia de esos elefantes en aquellas regiones del bosque, pues se habían acercado hasta mi factoría para comerse las bananas plantadas.

Estamos en la tercera noche de luna llena, y a las 3 de la madrugada me hallo listo para salir. Llevo conmigo un rifle y balas suficientes, y me acompañan dos negros, uno de Yaunde y el otro de Tinto. Partimos. Tan sólo se oye el monótono chirrido de los grillos, el canto de las ranas y el fragor del torrencioso río Fi, que se precipita con gran estrépito sobre rocas y peñas en un constante rumor que impone... ¡La naturaleza se presenta en este punto en todo su esplendor! En cinco minutos alcanzamos el bosque. La luz de la luna no basta para iluminarnos el sendero que nos conduce sobre piedras, arroyos y raíces de árboles gigantes, y debemos pedir ayuda a la linterna que traemos con nosotros.

Avanzamos lentamente, procurando evitar toda clase de ruido; de vez en cuando se oye el estruendo de algún árbol que se cae, y nos mantiene inmóviles a fin de conocer el origen del estrépito. Un murciélago revolotea delante de nuestra linterna; las raíces de los árboles dificultan enormemente nuestro paso; los arbustos espinosos y las hormigas torturan nuestros pies, especialmente a los negros, que están descalzos. Continuamos, sin em-

bargo, nuestro camino, a pesar de todas las dificultades, y sentimos cada vez mayores ánimos, pues advertimos los rastros de los elefantes: por todas partes se ven troncos de árboles derribados que nos dificultan también el camino. De repente oímos un ruido espantoso. Mi primera orden es la de que se apague la linterna. ¡Hay elefantes!... Mas, nuevamente reina la tranquilidad. Se trata de un enorme árbol que se ha derrumbado, y cerca de nosotros caen las frutas, grandes como nueces de coco, que hacen trizas de todo. Próximamente a las cinco y media de la mañana, una abigarrada bandada de pájaros de todas clases—papagayos, palomas, tucanes, buceros y tucanes, etc.—emprenden una gritería ensordecedora. De pronto, he aquí un ruido extraño de algo que se mueve delante de nosotros, rompiendo árboles y arbustos; esta vez los tenemos cerca. Son realmente los elefantes. Pero la luz es todavía muy poca para dar un tiro certero, y decidimos por ello esperar un momento detrás de un árbol, hasta que llegue el momento de perseguirlos; unos diez minutos después podemos observar a tres de ellos que pastorean a la vera del camino.

Ordeno en seguida la persecución, y mientras iniciamos nuestros pasos bosque adentro, uno de los negros me observa en voz muy baja: 'Mister! Mister! You look him? bigone, bigone!'

Al pronto no puedo distinguir al animal que me señala, debido a los árboles, pero al rato logro divisar, a unos 30 metros, a un enorme elefante, que nos mira tranquilamente. Sin pérdida de tiempo alisto mi rifle y ¡pum!, le disparo un tiro, que apenas le inmuta; cam-

Aldea de indígenas Balkossi

bia de postura y mira hacia otro lado. Avanzo entonces unos pasos y disparo otro tiro; esta vez el animal se enfurece y se viene hacia mí con la trompa levantada en alto, abanicando las orejas y con los colmillos dispuestos para atacar. Mientras hace esto lanza un terrible grito, que semeja a una enorme trompeta, que hace temblar todo el bosque. Retrocedo unos pasos y disparo entonces el tiro que lo puso en fuga.

Sólo entonces me di cuenta de lo que quiere decir cazar elefantes. En cierta ocasión había cazado uno en las orillas del río Mungo, pero aquello fue muy fácil, pues cayó al primer tiro. En aquella época usaba un rifle de un calibre de 21 mm.

Me disponía a perseguir al elefante herido siguiendo sus huellas, cuando mi compañero me aconsejó no hacerlo, ya que esto podría sernos peligroso. Seguimos, sin embargo, de lejos al temible paquidermo y pudimos observar en el camino ciertas huellas de sangre que dejaba nuestro enemigo; por lo visto, una de las balas que había recibido le habían perforado el cuero. Al cabo de unas cuantas horas abandonamos la persecución, pues empezó a llover torrencialmente, lo que nos hizo perder por completo la pista.

Los negros que al día siguiente fueron mandados en persecución del elefante, volvieron al poco tiempo con la trompa y la cola del animal, que habían encontrado muerto. Resultó ser un macho, que se había ido arrastrando todavía durante dos horas, hasta que cayó muerto.

Al examinar el cráneo pude observar que no había dado en el blanco deseado—que está entre los ojos—, sino que le había pegado una cuarta más abajo. Los dos colmillos juntos pesaban 52 kilogramos.

Por la carne del enorme mamífero de los bosques se libró una verdadera lucha entre los indígenas, que salían de todas partes con hachas y cuchillos para llevarse cada cual lo que podía; en estas oportunidades los negros parece que quisieran manifestar que no son tan indolentes como lo son en realidad para otros trabajos.

En las selvas de Africa



La espesura del bosque virgen de Africa

Dorothy Gray



¿Refleja su espejo una imagen juvenil?

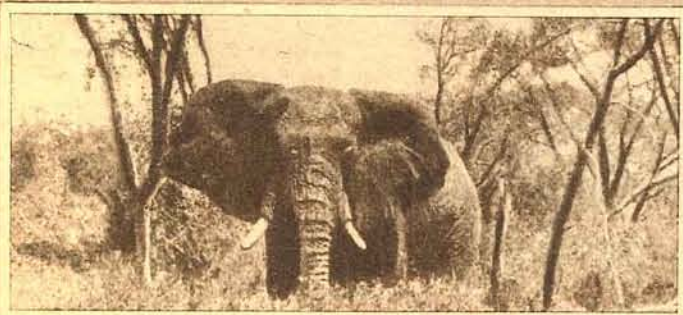
MIENTRAS la curva de su garganta se vea firme y tersa; mientras no la crucen esas pequeñas líneas que la marchitan; mientras las arrugas no aparezcan en las comisuras de sus ojos y boca... seguirá usted siendo joven, cualquiera que sea su edad. ♦♦ Y ahora es posible evitar que esas huellas de la edad salgan al rostro. ¿Como? Por medio de los notables tratamientos científicos que tras muchos años de pacientes estudios logró perfeccionar Dorothy Gray. Antes, estos tratamientos se obtenían solamente en los salones de Estética Facial que Dorothy Gray estableció en París, Nueva York y algunas otras ciudades. Ahora, puede dárseles usted misma en su propio hogar. Pida el librito en el que se describen y adquiera en cualquiera de las buenas tiendas de la república las preparaciones de Dorothy Gray que le convienen.

CREACIONES

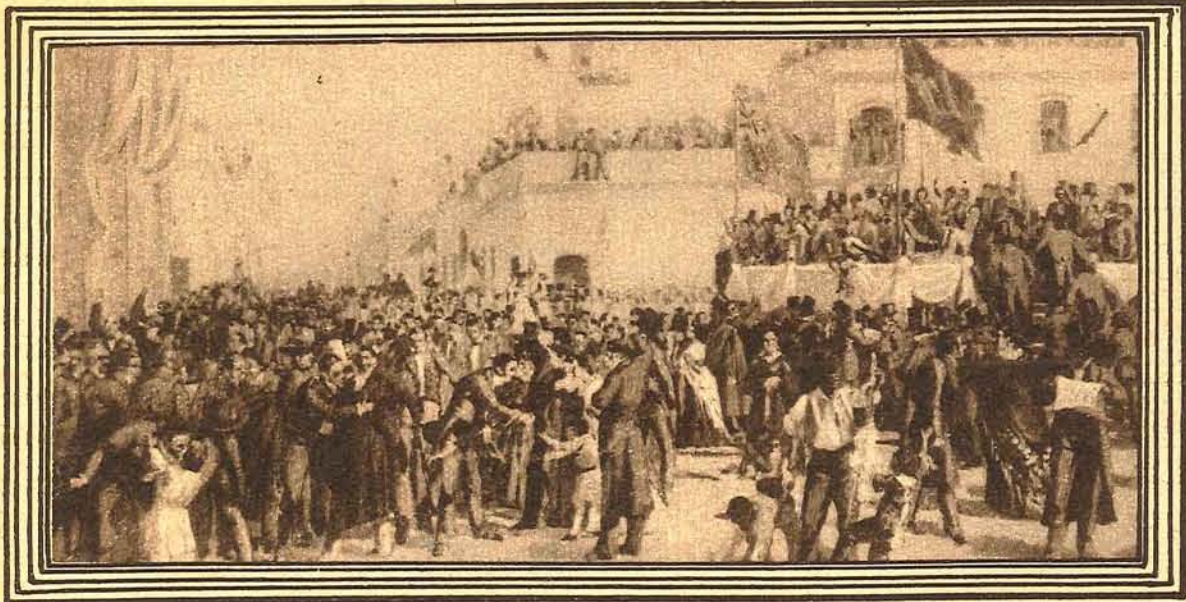
DOROTHY GRAY

♦♦♦ Las Damas que van a París, quedan invitadas para visitar el Salón de Dorothy Gray—39 Avenue George V.—♦♦♦

	DOROTHY GRAY, Casilla de Correo 2492, Buenos Aires	
	Si desea enviarme un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza". Estoy especialmente interesada en los siguientes tratamientos:	
	☐ Contra las líneas y arrugas. ☐ Contra la papada. ☐ Contra la flacidez de los músculos y la garganta marchita.	
	Sr. o Srta. _____ Calle y No. _____ Ciudad _____ Provincia _____	



JUAN MANUEL BLANES



Por TELMO MANACORDA



El 8 de junio de 1830 — ahora hacen cien años — nació en Montevideo Juan Manuel Blanes, el más grande de los pintores del Río de la Plata.

Su vida, a veces luminosa y a veces oscura como sus mismos cuadros, tiene — sobre un arco de tres cuartos de siglo — la amargura tremante y la gloria dorada que Dios le dió, como a todos los grandes, para signo de su grandeza.

Nació pobre: se hizo solo; luchó mucho y triunfó largamente sobre la fecundidad de su paleta y la disciplina de su genio.

Dominando su época, un poco aislado, eso sí, pero lleno de esplendor magnífico de su oficio, Blanes es, en su obra, y será, en el tiempo, profundamente pintor, prodigioso pintor, artista creador y consciente, es decir, dueño de las dos cosas fundamentales: de la potencia natural y de la inteligencia disciplinada.

Dice Camilo Mauclair, en su libro sobre Puvis de Chavannes, que la verdadera biografía de un artista, es su obra. En ella aparece, según el verso mágico de Mallarmé, "tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change".

Y explica Leopoldo Lugones, estudiando a Cesáreo Bernardo de Quirós, cómo el destino de un gran pintor es vivir en su pintura. Porque la obra del artista, iluminada por el propio paisaje de su vida, es la misma vida, humana y reveladora del hombre.

Así, pues, no hemos de buscar en la historia gloriosa y dolorosa de su existencia, donde setenta años se corrieron, la anécdota pueril, el rastro íntimo, la sufrida minucia, el detalle curioso, que revelen la existencia personal hamacada en el largo trajín, desde el amor físico a la quimera romántica o desde la tristeza de la carne a la angustia familiar.

Para su obra — que es lo que nos queda de él — eso no

interesa. Mientras que todo lo que él es, está en su obra.

II

Juan Manuel Blanes ha sido a un tiempo mismo, en la historia de nuestra civilización, una gran afirmación de patria y una gran expresión de belleza.

Sus telas de composición, sus pinturas de género, sus cuadros históricos, encuentran en la patria lo mejor que ella tiene: su campo, su cielo, sus gauchos — y los retrata como ellos son — con la fidelidad suprema del color y de la línea, puesto que sabe como pocos la verdad de su oficio — y ya que conoce como ninguno — el dibujo en gran estilo.

En su tiempo y después de su tiempo, algunos le han tilado de frío y de académico, para decir que la emoción es casi siempre extraña al recuadro de sus telas.

Se olvidan esos — que la emoción es como la embriaguez o como la pasión — cosa maravillante pero arrebatadora que todo lo enturbia — y que un artista verdadero — de superior estirpe — está encima de ella y ha de evitarla, si quiere realizar su obra con profunda verdad y con serena madurez.

El dibujo impecable y el frío colorido que no conmueve ni estremece ninguna congoja humana — se sobrepone en su hermosura, y por su misma virtud, a la inhibición del juicio que da la emoción — y así vence en belleza y convence en verdad — como los mismos cielos azules que andan casi siempre en sus telas más bellas — y que son — ya se sabe — ardid de luz sobre el verdor de los campos o el fragor de las ciudades, pero fríos de éxtasis, quietos de beatitud, helados de divina frialdad inalterable, en su postrer azul que ya no es azul, sino blancura...

Blanes tenía y tuvo el señorío del color excesivo, el señorío del azul profundo y luminoso de nuestro cielo rioplatense.

Con el vigor preciso de su técnica lo puso para siempre en sus telas más vastas y en sus tablas más pequeñas, de modo que ahora y en cualquier tiempo, le distinguimos de todos los otros, por el hondo dominio de su pincelada resplandeciente donde la perspectiva del aire vive como en la luz radiante de la mañana.

Y como tuvo también la honradez documentaria y la prolijidad inestimable — el largo esfuerzo histórico que hace la verdad — sus cuadros de costumbres o de historia tienen la magia pictórica — llena de dificultades infinitas — de la eurytmia lineal, de la distribución natural, de la presentación justa — hasta parecer, por apropiada, necesaria, y por segura, exacta.

Estimó su oficio, sus luchas y sus obras con un espíritu me-

"La jura de la Constitución" (18 de julio de 1830). Boceto de Juan Manuel Blanes, en el Museo Histórico Nacional de Montevideo

tódico, tenaz, ahincado, "que propio suyo era", y que Ciceri y Usi — sus maestros en la Florencia del crepúsculo del siglo XIX — supieron inculcarle en la plenitud de su inspiración.

Por eso, y por la enorme obra realizada bajo la égida de la patria — que sintió y amó como pocos — decimos que su pintura ha sido una gran expresión de belleza, pero también, y casi siempre, una gran afirmación patriótica.

Blanes pintó como ninguno, con un secreto sentido del pasado — que acaso fué el secreto de muchos éxitos — los grandes cuadros llenos de luz y de carácter donde la patria pasa, no en un símbolo, sino en la vida real de su leyenda heroica o en el tema vivaz de sus costumbres nacionales.

Aquí están — Montevideo los tiene en sus museos y Buenos Aires en los suyos — "San Martín en Rancagua", "La revista de Río Negro", "El general Roca inaugurando las Cámaras del 86", "Los últimos momentos del general José Miguel Carrera", "El juramento de los Treinta y Tres", "El episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires", "El asesinato de Florencio Varela", "La muerte del general Flores", "La revista militar del general Santos", "Artigas sobre el puente de la Ciudadela", "La jura de la Constitución del 18 de julio de 1830" — estupendo boceto — y "La batalla de Sarandí", inconclusa y grandiosa.

Y como si ello fuera poco — ahí están también — en las colecciones particulares y en la pinacoteca de los museos — los gauchos floridos de las patriadas, los rudos soldados de las montoneras, los ágiles domadores de la pampa, las chinas querendonas y carnosas de nuestros ranchos, los viejos barbados de otro tiempo — esa tela bellísima de "Las tres épocas" — que forman la tercera epopeya de nuestra civilización, inmortalizada en el anónimo de sus tipos auténticos, a quienes alcanzó por don del cielo, y para quienes aseguró, por don del genio — no la gracia pagana y común de las alegorías — sino la vida clara y definitiva y superviviente del retrato creado con la veracidad y el tono de la luz de los días ordinarios.

Casi nunca firmó sus cuadros, seguro de la propiedad artística y orgulloso de ella, quizá, porque sabía que al dar a su tierra, sin reclamo personal, la gloria solar de sus pinceles — cumplía su sino — y las miradas de los siglos no iban a robarle ni corromperle así nomás.

El cúmulo de su obra — que asombra por la fecundidad — y que se completa con muchas telas de género, como ese formidable desnudo de "Los enemigos del alma" — o esa lujosa

sa realización de pliegues y reflejos con que presenta los atributos nacionales en "El altar de la patria" — contiene también innumerables carbonos y estudios — con más de un centenar abundante de retratos familiares, en algunos de los cuales alcanzó suprema expresión — como el de esa "Señora C. F. de Regúneba" — que yo conocí en el esplendor opulento de sus encantos — o el retrato en grande de los progenitores de D. Carlos Reyles, sobre todo el de varonil estampa de su padre — o esa tabla pequeña y maravillosa con marco florentino que es el retrato de Da. Isabel Ch. Piedrabuena — su madre — y que no hace dos años rescaté con empeño y para el Estado del Depósito Judicial de Bienes Muebles, adonde fué a parar cuando su muerte, y en donde ha ganado veinticinco años de calma y olvido.

En la residencia de Urquiza — en San José del Uruguay — están todavía las pinturas murales que hizo alrededor de 1858 y que un proyecto incumplido de copia mantiene desconocidas para las generaciones del presente.

Hace poco aun, relejando en el "Archivo del general Mitre" — T. XXI — la correspondencia del grande hombre — hu- be de encontrar el rastro de los últimos propósitos de don Juan Manuel Blanes dirigiéndose a D. Juan María Gutiérrez y a D. Bartolomé Mitre — lo que también hizo a D. Andrés Lamas y a D. Angel Justiniano Carranza — para documentarse al detalle sobre el cuadro de la Revolución de Mayo, que no alcanzó a bosquejar siquiera, a pesar de los cartones acuarelados y fragmentarios que han llegado hasta nosotros.

El 4 de junio — su mes fatal — de 1901, murió en la desventura sin consuelo de su último viaje por Europa, y poco después su patria oriental le recogió en su seno para la eternidad.

III

El significado del primer cen-

tenario de "Blanes el Viejo" como empiezan a llamarle ahora las gentes nuevas, para distinguirlo sin duda de Blanes Viale — el nuevo Blanes — que no tiene nada que ver patrimonialmente con él — aunque haya sido su más puro y grandioso hermano en el arte y la gloria — es demasiado trascendente sobre el desconcierto de las escuelas actuales y entre el desorden de todos los que le precedieron — para fijarle de improviso en las conclusiones normales de un día más en la historia de los hombres.

Blanes preside en el tiempo, por el valor de sus elementos primordiales y por la grandeza de su obra artística, la pintura de estos países: fué, sin duda alguna, un gran pintor en el más alto y noble sentido de la palabra.

Sus telas afrontan la inmortalidad de su nombre y le resguardan en el resplandor augusto de las dos patrias platinas como el primer clásico de nuestra pintura, para quien no habían mejores concepciones estéticas que la propia satisfacción de su conciencia.

Sobre este principio, con una soberbia paleta de luz y una indiscutible genialidad de composición, con un fuerte dibujo de gran estilo y un tremendo poder de evocación histórica — maestro sin escuela — hizo su obra, llegó a la cumbre, se hundió en la noche y desde allá nos manda con el imperio de su "pathos", la luminosidad azul-dorada de sus cuadros magníficos.

Al sol del centenario nacional amanece también — ahora — su sombra inesperada y luminosa con la que no soñaron los padres de la patria, y la que dió en el tiempo esa figura romanesca de gran señor de la pintura americana.

El Municipio de Montevideo pone su nombre fulgido en el frontispicio de su Museo de Bellas Artes, y el pueblo oriental reverencia su memoria, porque "la gloria es un bien social" y la siente dignamente consigo.

NO COMPRE hasta convencerse

Nosotros asumimos el riesgo; no es usted. Esta excelente crema de afeitar se vende por sí sola.

Un notable sistema de ventas de un artículo no menos notable ha producido un acontecimiento entre las cremas de afeitar de los últimos años.

En efecto, una crema relativamente nueva se ha impuesto rápidamente, convirtiéndose en la de mayor venta mundial, gracias a su franco sistema de introducción.

Cuando perfeccionamos nuestro nuevo producto — la crema de afeitar Palmolive — la ofrecimos a las personas sin prejuicios y que juzgan con criterio propio. En lugar de instar a su compra, solicitamos tan sólo la oportunidad de probarla por cuenta nuestra.

Merece probarse. He aquí el cupón. Si usted no ha hecho la prueba aún, hágala ahora.



\$ 1.40 el tubo en la Capital

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE



5 Superioridades

- 1 — Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
- 2 — Ablanda la barba más dura en un minuto.
- 3 — Su untuosa espuma se conserva en la cara por 10 minutos.
- 4 — Sus fuertes burbujas soporan los pelos para cortarlos.
- 5 — La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción después de afeitarse.

Colgate-Palmolive-Peet, Ltda. Soc. del Estero 1997 — Buenos Aires.

Sírvanse enviarme una muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluyo 5 centavos para franqueo.

(Escriba claro)

EL SEPTIMO ARTE

El elemento californiano, para no ser menos que los "intelectuales" e independientes invasores, también ha formado su grupo, con asiento principal en el Coconot Grove, del Ambassador Hotel, y cuyos miembros deben hacer acto de presencia en el Grove todos los sábados entre las horas 6 p. m. a 6 a. m. y ocupar uno de los sitios de la gran mesa que presiden Marion Davies, Hedda Hopper, Virginia Valli, Betty Compson, Fred Niblo, Will Rogers, Gloria Swanson, Charles Farrell, Anita Page, James Cruze, Joan Crawford y Buster Keaton.

También se ha formado—aprovechando la novedad del momento, porque todo esto no es más que un resultado de entusiasmos netamente hollywoodenses y también una oportu-

nidad de los caballeros para demostrar, a las bellas damas "that mens are independents"—una especie de club de solteros, capitaneados por el director argentino Harry D'Arrast y el genial Charles Chaplin, quien aun cuando ha tenido experiencias previas en el campo matrimonial, actualmente se encuentra libre y dispuesto a recibir un tercer flechazo. Forman la mesa de los solteros, que funciona bajo iguales reglamentos que la presidida por Marion Davies, etc., los siguientes caballeros: George Fitzmaurice, Carey Wilson, John McCormick, Gilbert Roland, Harry D'Arrast, Charles Farrell, Chaplin, William Haines, Charles Morton, Barry Norton, Jack Pickford y varios otros.



Lo que yo sé de las mujeres refinadas

OIGA lo que dice un médico cuya clientela incluye muchas de las familias pudientes. "Es simplemente increíble" dice, "la cantidad de mujeres — que uno supone refinadas, mujeres elegantes y de buena familia — que sufren de mal aliento y que lo ignoran absolutamente. Con razón sus maridos titubean al besarlas y las amigas tratan de evadirlas."

No se engañe

Recele de su aliento. Sea Usted la primera. Son tantas las condiciones que cada día causan el mal aliento que es una tontería suponer que uno está a salvo de este mal tan detestable. Una cosa tan pequeña como un diente cariado, puede causarlo. O una condición anor-

mal de las encías o partículas de alimentos que al no ser removidas por el cepillo de dientes, fermentan. O una pequeña infección de la nariz o garganta o por exceso de comida, bebida o tabaco. Las personas cultas usan Estomatine como un lavaje de boca y hacen gárgaras todas las mañanas y todas las noches, y también antes de reuniones. Estomatine elimina inmediatamente el mal aliento

Destruye los olores — mata los gérmenes

Siendo un germicida tan activo mata los gérmenes y combate cualquier condición que causa olores y siendo un poderoso desodorante, destruye los olores mismos

El mal aliento *no perdona a nadie...* elimínelo con

ESTOMATINE

El Antiséptico Seguro

Cómprelo en las buenas farmacias. Se vende en frascos de 240 cc. a \$ 2.— y 480 cc. a \$ 3.20 - Cía. Industrial Farmacéutica - Cangallo 2563 - Bs. As.

NOTAS CINEMATOGRAFICAS

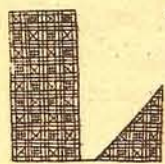
La celebrada actriz cinematográfica Marie Valli, en una de sus más originales interpretaciones

CARTA DE HOLLYWOOD

Por
WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, junio de 1930



A película sonora "El cuerpo del delito", versión en español de la cinta "Benson's murder case", se exhibió anoche privadamente, para la prensa local y extranjera, en uno de los cuartos de proyección del "studio" de la compañía Paramount; esta producción en español nos ha dejado en general una impresión bastante desalentadora, pero si es que tratamos de analizarla detenidamente, cabe decir que contiene uno o dos aciertos interpretativos, y en lo que respecta al resto del elenco artístico, es del caso señalar que no se distingue por su brillo.

Antonio Moreno, una de las populares figuras del lienzo blanco, es en este "film" uno de los actores que llama la atención desempeñando un papel de segundo orden. Igual cosa sucede con la simpática y hermosa María Alba, que retrata admirablemente, y que en una escena de la cinta nos presenta un interesante semidesnudo de su persona. Pues María Alba no solamente carece de una buena pronunciación,

sino que hasta su timbre de voz nos resulta desagradable. La presencia de los micrófonos parece poner a la actriz en un estado tal de nervios, que le es imposible dominarlos, y esto es causa de que a veces sus palabras sean incomprensibles y dichas muy a la ligera.

Andrés De Seguro, en la caracterización de Andrew Benson, interpreta admirablemente. Buena dicción y una naturalidad completa imprime a su personaje; en una palabra, Seguro demuestra ser el maestro de sus compañeros por su dominio absoluto de la escena. Otro de los personajes que merece especial mención es el del actor Carlos Villarias, que, al igual de Seguro, tiene buena pronunciación y ademanes frente a las cámaras. Vicente Padula, en la caracterización del sargento Heah, es uno de los actores que más sobresale por su convincente actuación.

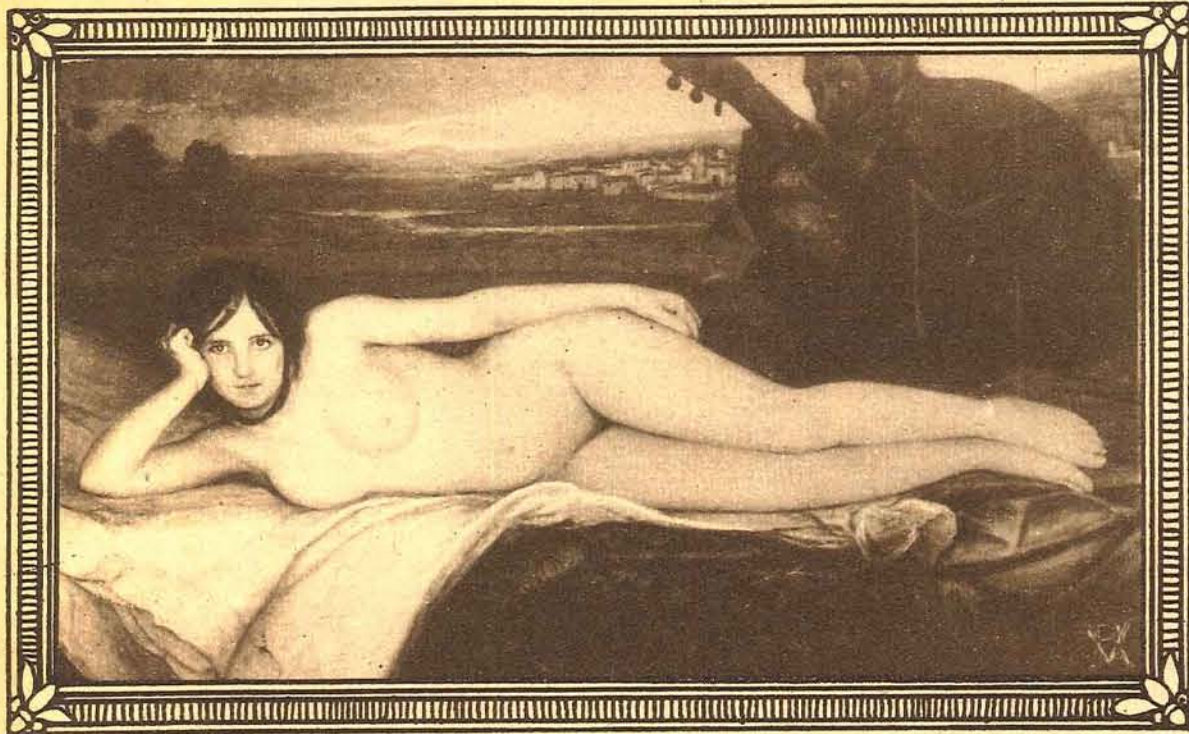
Desgraciadamente, pasa todo lo contrario con artistas ya conocidos, como Barry Norton, Manuel Conesa, María Calvo, Juan Pereda, María Alba y el mismo Antonio Moreno, a quienes les ha cabido presentarse en una obra típica americana, muy mal adaptada y traducida del original inglés, que ha tenido una dirección poco acertada a cargo de los señores Cyril Gardner y Abarto Pezet.

Y, para completar, la sincronización es bastante mediocre, y esto se pone a prueba cuando el "film" nos quiere demostrar el realismo de una tormenta.

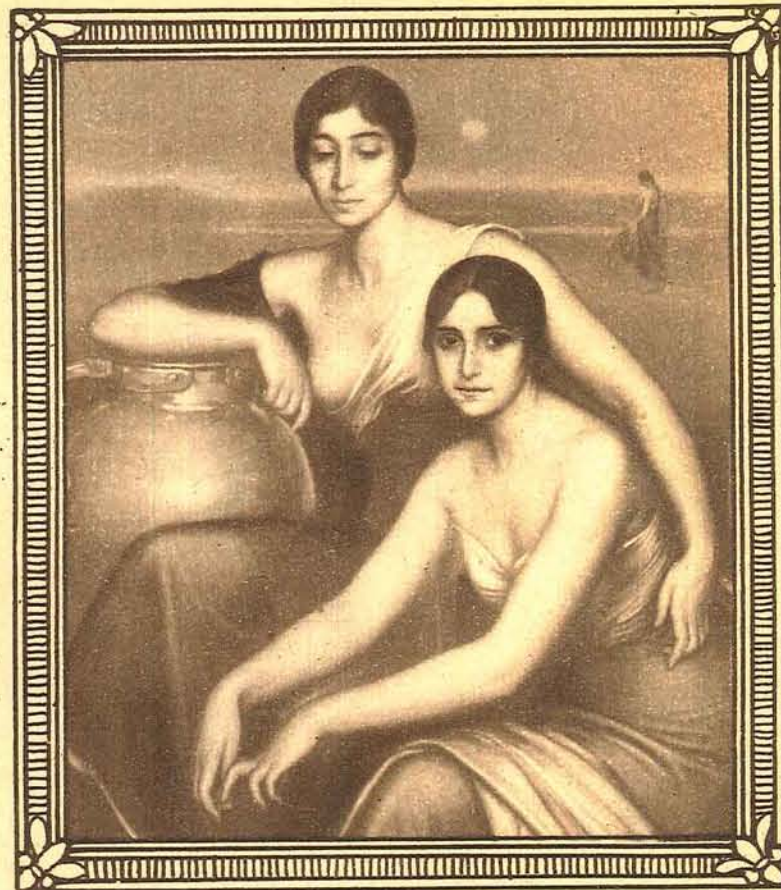
Lon Chaney, el actor de las mil y una caras, y posiblemente

te también lo será de las mil y una voces, ha entablado ante la Corte respectiva californiana una demanda contra la compañía Universal, solicitando se prohíba la exhibición de la película "El fantasma de la Opera", a cuyo "film", originariamente silencioso, la citada empresa le ha agregado sonidos y diálogos, dando éstos, como es natural, la impresión de que es el actor quien efectivamente está hablando. Los diálogos han sido sincronizados por otra persona. Mr. Chaney alega que esto es ruinoso para su carrera artística, por lo que el actor pide a la compañía se sirva reparar los daños causados con el envío de un cheque por la suma de cien mil dólares, pagaderos a favor del damnificado actor.

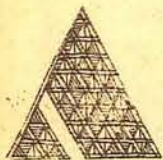
Los actores y actrices procedentes de los escenarios neoyorquinos, que en buen número se encuentran actualmente demostrando sus habilidades histriónicas en los estudios californianos, a pesar de tener su permanencia un carácter definitivo, se muestran reacios a mezclarse con el resto de sus compañeros de tareas cinematográficas. Todo ello por creerlos en distinto plano intelectual. Los artistas de los teatros hablados, encabezados por Zoe Aikens e Ina Claire, han organizado un pequeño club social, que tiene por local de reunión una de las amplias mesas del hotel Embassy. Actores y actrices se reúnen todos los sábados por la noche y forman una de las mesas redondas más entretenidas y alegres del salón de baile del "petit" hotel.



Julio Romero de Torres: "La musa gitana"



Julio Romero de Torres: "Ruth y Noemí"



L morir, el 10 de mayo de 1930, en su Córdoba natal, Julio Romero de Torres tenía cincuenta y dos años. Estaba en plena producción. Muchos cuadros suyos, algunos de los cuales pasarán al mar, adquiridos por coleccionistas de Buenos Aires y de Lima, representaban en la exposición sevillana al más andaluz de los pintores actuales. Trabajando hasta última hora en su taller, en la casa misma del museo regentado por su hermano Enrique, pintor asimismo, pero más entregado a la arqueología que a la pintura, quizá porque, en su afecto fraternal, apasionadísimo, juzgara que Julio hacía ya cuanto él hubiera querido hacer por sí, ha sorprendido la muerte al enamorado de la "Musa gitana", cuya piel olivácea, cuyo cuerpo sinuoso y flexible, cuya esencial tristeza se comunicaron desde el cuadro titulado con ese nombre, su consagración oficial de 1908, a lo restante de su obra, tan pródiga en esos veintidós años.

Pintor de Andalucía. Más concretamente, pintor de Córdoba. Aunque el medio no se lo explique todo a los apasionados de la exégesis, Córdoba entra muy adentro en el alma de este pintor y se asoma a sus

lienzos. No se expresa en un fácil costumbrismo (compatible en su facilidad conceptual con todas las dificultades de la técnica); ni se agarra a un simbolismo más o menos herético. Su acento es lírico; lírico, tan solo.

Estas mujeres pálidas, de pesados cabellos, de pies apesados por puntiagudos zapaticos, que dejan vagar la mirada a lo lejos, fijos los brazos en una actitud pasajera que el ensimismamiento prolongó, amane-rándola, son mera efusión lírica, alma de copla andaluza.

Córdoba muestra en Séneca y Lucano una complicación formal, en los árabes un afán de conocimiento, en Juan de Mena y Góngora un ardor de visiones, un llaméar de imágenes que parecen de lo más contrario a Romero. Mas acaso la palma cantada por Abderramán el califa tenga, en su soledad, un espíritu hermano del de estas mujeres erguidas sobre un fondo de vasta llanura y un cielo crepuscular. Y, en definitiva, la sencillez de estos cuadros con pocas figuras no deja de tener, en sus profundidades, una complicación de sensualidad.

Aquí está, a mi ver, la clave del arte de Julio Romero, su secreto hechizo, su atractivo aceptado sin exceso de reflexión o análisis, por la generalidad del público. Mujer, postura, accesorio: todo en estos cuadros dice sensualidad, que

JULIO ROMERO DE TORRES EL PINTOR DE CORDOBA Por ENRIQUE DIEZ CANEDO

(Para LA NACION)

MADRID, junio de 1930.

en ellos se ve por transparencia, como en el silencioso acuario el nadar de los animales marinos.

Intima razón asistía a los que, en diversas ocasiones, tacharon de escandalosa a la pintura de Julio Romero; pero no era, precisamente, escandalosa. Al contrario: todo pasa en el fondo de ella, y un espíritu puro no encontrará en lo externo motivo de sobresalto. Pero, ¿qué no diría un examen psicoanalítico de cualquier cuadro de estos?

Esa sensualidad oriental—en el fondo del alma andaluza, tan compleja, con algo que es gitano en mezcla íntima con la severidad romana—buscó todos los disfraces, y nunca se desprendió de cierto empaque renacentista a la italiana, y aun afectó determinadas disposiciones propias de los asuntos religiosos para su exclusivamente humano sentido. El "Retablo del amor", de 1910, era como un asunto místico a lo profano. Su espíritu el de aquellas "misas de amor" que supo rezar nuestra poesía del siglo XV.

Probablemente en toda la pintura española moderna no se halla como en Romero de Torres un fondo sensual tan refinado. En otros artistas, tachados también de escandalosos, el espíritu es, por el contrario, de una austeridad tremenda: José Gutiérrez Solana es, en el fondo, un pintor ascético.

En cuanto a la forma, los enemigos del arte de Romero de Torres, que no deja de tenerlos, encuentran puntos de apoyo muy fuertes. Convencionales su colorido, sus luces; amanerado, a fuerza de repetirse, su tipo humano; fácil y halagador su dibujo.

El contraste con Solana se

resuelve en una divergencia que parece buscada por uno y otro pintor, sin que en verdad lo sea, porque es notorio que el uno pinta sin preocuparse de lo que pinta el otro; pero mientras Solana se empeña en eliminar todo lo que no sea carácter, y no condesciende con nada que sirva para lisonjear a los sentidos perezosos, Romero de Torres pone su mira en todo lo que por definición es grato, para recogerlo en un tipo.

Un libro reciente compara el arte de Romero de Torres con el concepto de lo teatral expresado en las obras de los hermanos Quintero. La comparación se ha hecho más de una vez; cuando en son de alabanza, cuando de mofa. A veces la semejanza es patente. Entre "La consagración de la copla", de 1912, y "Cancionera", que tiene doce años menos. Una misma estilización de lo genérico andaluz, en líneas sensualmente halagadoras, para producir emociones suaves y dar aún al dramatismo más agudo un filo de tranquila belleza, de dolor en que el mismo que lo sufre halla motivo de íntima complacencia. Y así la forma quiere hacerse insinuante, y, para mejor comunicar su mensaje, pide a lo popular elementos que transforma y modifica, aprovechándolos para sus fines; pero quedándose lejos de lo exactamente popular, siempre más recio y áspero.

Estamos tocando a la palabra academia; academias son, en el concepto técnico de la palabra, los desnudos de Julio Romero. También lo son, y mucho, en la acepción intelectual del vocablo. Interpretaciones de motivos populares, de tipos populares, por una mente reflexiva, que no todo lo acepta, sino que combina y escoge. Por una mente más reflexiva de lo que en Romero de Torres daba a entender su persona humana, su sencillez de costumbres, nunca abroquelada tras una ficción de apartamiento y pureza, sino, por el contrario, manifiesta, en simpatía evidente, en frecuentación ordinaria de corros y tertulias, escenas y tablados. Siempre con un refugio, en su tierra de Córdoba, que era, al mismo tiempo, taller, museo y hogar de familia.

La pintura de Romero de Torres, con sus virtudes y sus flaquezas, tiene una personalidad innegable. Sólo el tiempo puede ir depurando y aquilando sus valores. Hoy nos parece que, por muchos años, han de seguir mirándonos al pasar,

desde el muro que adornen, estas mujeres hermanas de las que a la ventana o la puerta de una casa por la que al azar pasamos, nos descubren en un instante su secreto de voluptuosidad apasionada. O, mejor, nos lo ofrecen sin descubrirlo, quedándose eternamente con él, impenetrable, sólo entrevisto en el reflejo que dentro de nosotros suscitan.

Por su historia externa, la vida del pintor acaso no tenga mucho que contar. Nacido entre cuadros—su padre era pintor y fundador del Museo de Córdoba; otro hermano, pintor también, de grandes esperanzas, Rafael, murió joven—se forjó lentamente, luchó en sus primeros tiempos como todo el que tiene algo que decir, ganó, al fin, premios y medallas, expuso en América, y después de la acogida de Buenos Aires, para él provechosa, pensaba en el espaldarazo de Nueva York. Tuvo amistades duraderas, y quizá ningún odio. Saboreó el triunfo tranquilo, la difusión en el aura popular del espíritu de su arte, tanto más pronta cuanto mejor se le hacía a todos comprensible y grato. Vino, en los tiempos últimos, a encontrarse un tanto desviado del gusto creciente, pero seguido ya por unos adeptos de fidelidad inalterable. Los discípulos de la Escuela Nacional de Pintura, en la que Romero tuvo aula propia, han declarado, en un documento con muchas firmas, cómo encontraron en él aliento y comprensión para todas las tendencias: "Realmente él fué el único que acogió con verdadero cariño dentro de un centro oficial las manifestaciones revolucionarias de la juventud durante el tiempo que desempeñó su cátedra." Estaba ya apartado de ella. Le cobijó el papel de profesor, aun convirtiéndolo, como él hizo, en oficio amistoso, que sabe dar el consejo y se guarda de esgrimir el precepto. "Su clase carecía de austeridad y de rigidez; no se imponía a nadie la rutina, ni se enseñaba la pintura mecánica."

Los diarios han referido los pormenores de su muerte, acaecida poco después de conversar con su hijo, hablándole de proyectos próximos a realizarse; el hogar lleno de mujeres llorosas, muchas de las cuales siguieron después el entierro; los homenajes oficiales y la emoción popular en Córdoba. A Julio Romero de Torres no se le analizaba, no se le analizará aún en frío. Ahora sólo pueden darse testimonios en los que es muy difícil separar el aprecio por el artista de la estimación conquistada por el hombre.



Un frasco elegante
ideado para la
LOTION JAZMIN
DEL PAIS CROWN

La Loción Jazmin del País obtiene una nueva distinción mediante su elegante frasco de cristal. Su fragancia es tan maravillosa como siempre, y conserva su virtud de dar fuerza y brillo al cabello lacio. Esta Loción sin igual es también tónica. Limpia y da nueva vida.



LOTION

ELABORADA EN INGLATERRA

JAZMIN DEL PAIS CROWN

THE CROWN PERFUMERY CO., LTD. LONDON ENGLAND

El Perfume Jazmin del País Crown, sin igual, debe su fragancia a las flores saturadas de la luz y fuerza del sol.



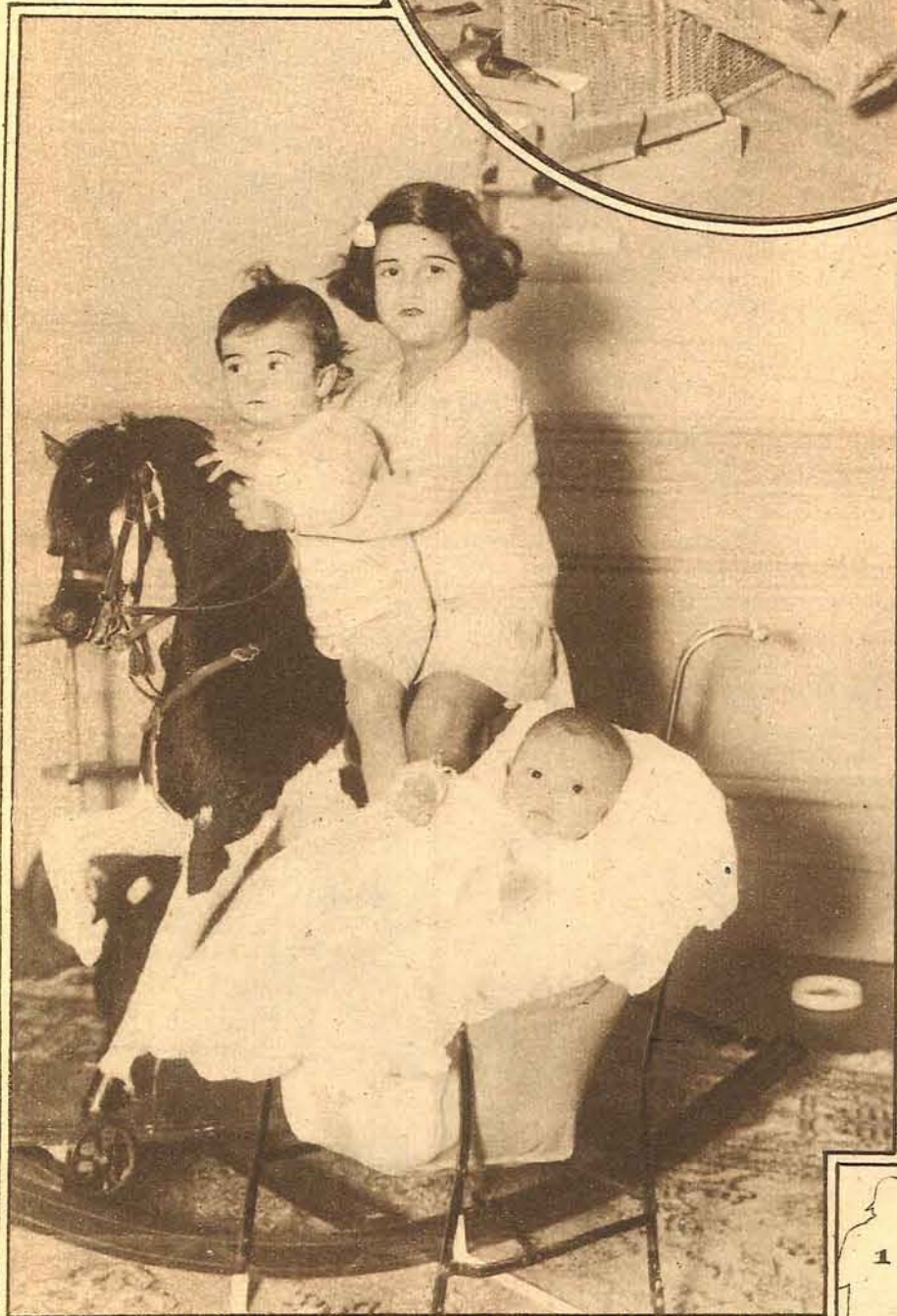
La Conferencia de San Vicente de Paul distribuye mensualmente ropas de abrigo entre familias pobres. En esta nota aparece la señora Carolina Pagés de Melo proveyendo a una mujer necesitada, acto que se realiza en presencia del director espiritual de la institución, R. P. Fermín Arnau, y de las señoras (de izquierda a derecha): María Ayarragaray de Navarro Viola, Lucía D'Amico de Lezica y Mercedes Leal de Real de Azúa.



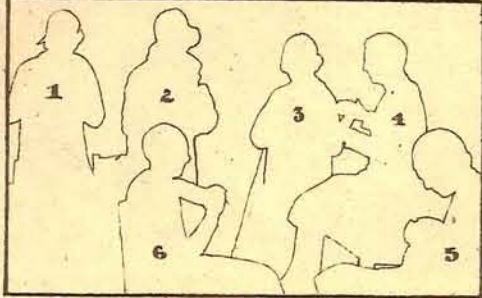
El donativo de ropas es completado con la provisión de calzado, a la cual atiende la señora Aída Chapar de Lagos.



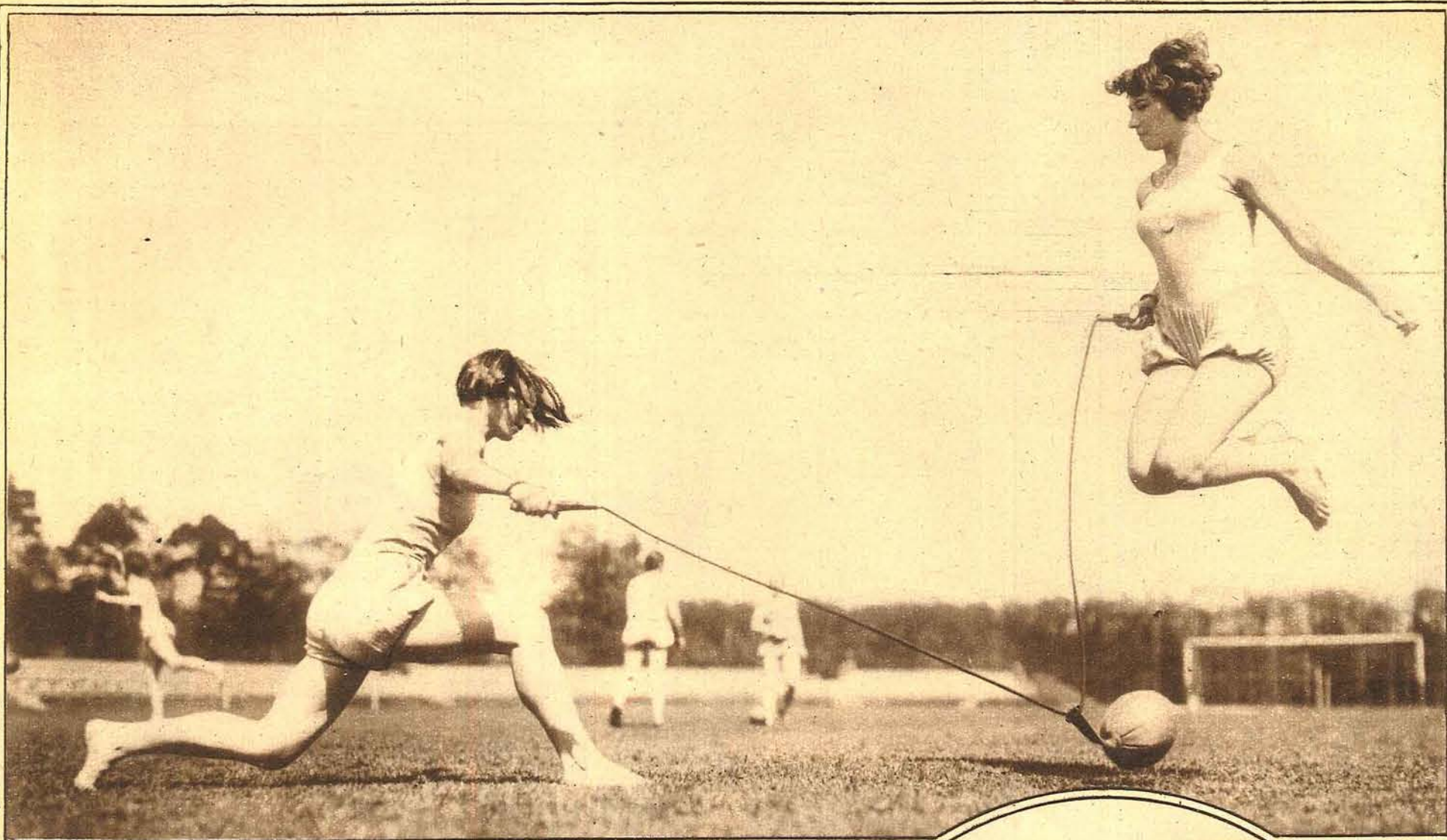
La señorita Marta Seeber Demaria.



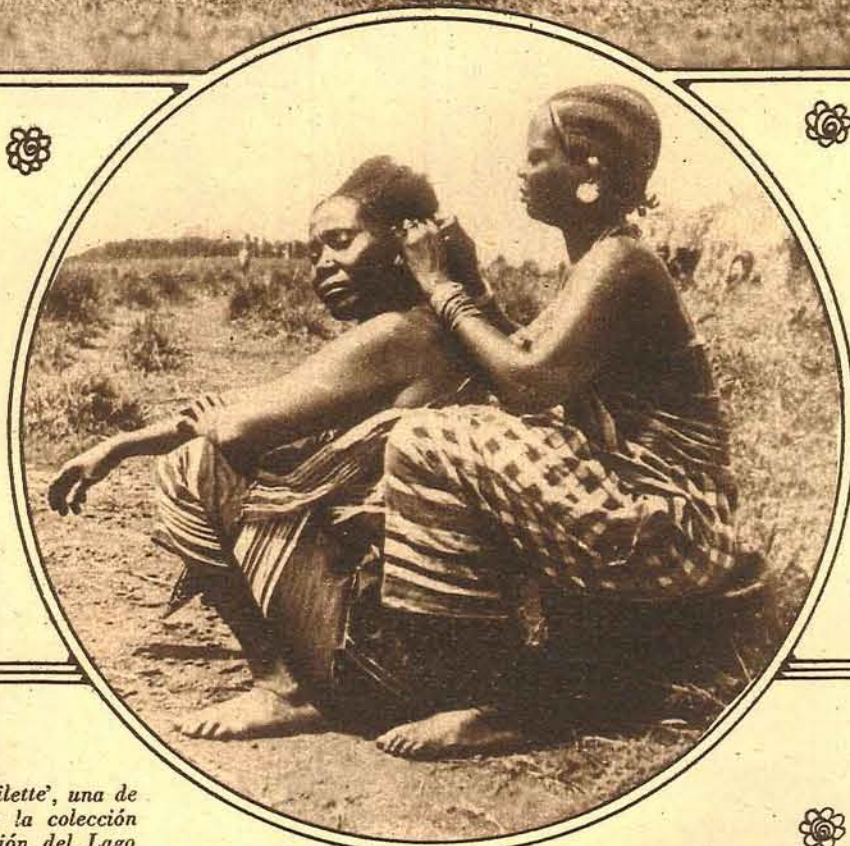
No se ha podido comprobar si es por falta de sitio en el caballo o por razones de edad que Julio Aguirre Naón se ha visto reducido a esta situación de inercia que contrasta con la de los jinetes Estanislao e Isabel Peña Naón.



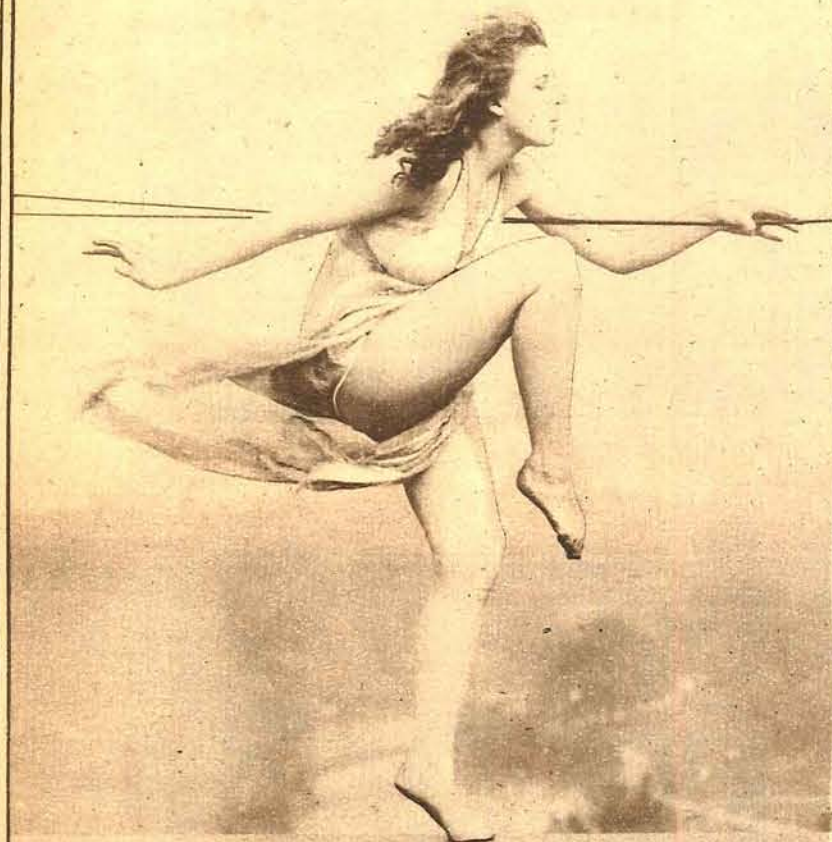
Entre las obras de ayuda social que cumplen las damas de nuestra sociedad cabe reconocer la importancia de la contribución prestada por las señoritas que figuran en el gráfico adjunto, las cuales se dedican a coser ropas de abrigo para los pobres de Chubut y Santa Cruz, regiones sometidas en estos momentos a temperaturas glaciales. 1, Carmen Sánchez Terrero; 2, María Florencia Wilson; 3, María Matilde Castro Escalada; 4, Ana Nougues; 5, María Rosa Lanús Green; 6, Sara Duhau Nocetti.



Un ejercicio de swingball, el nuevo sport alemán.



"La hora de la toilette", una de las fotografías de la colección tomada en la región del Lago Divu, Africa, por la Duquesa de Aosta. En unión de otros trabajos fotográficos, obra de diversas personalidades regias europeas, dicha colección se exhibe actualmente en numerosas capitales a beneficio de los hospitales.



Bailarina norteamericana realizando una arriesgada danza en la barandilla de la azotea de un edificio que domina el Parque Central de Nueva York.



"Regata maori", uno de los números más vistosos de las fiestas anuales de Nueva Zelandia.



cuatro preguntas a CARMEN LAMAS



¿qué música
prefiere?

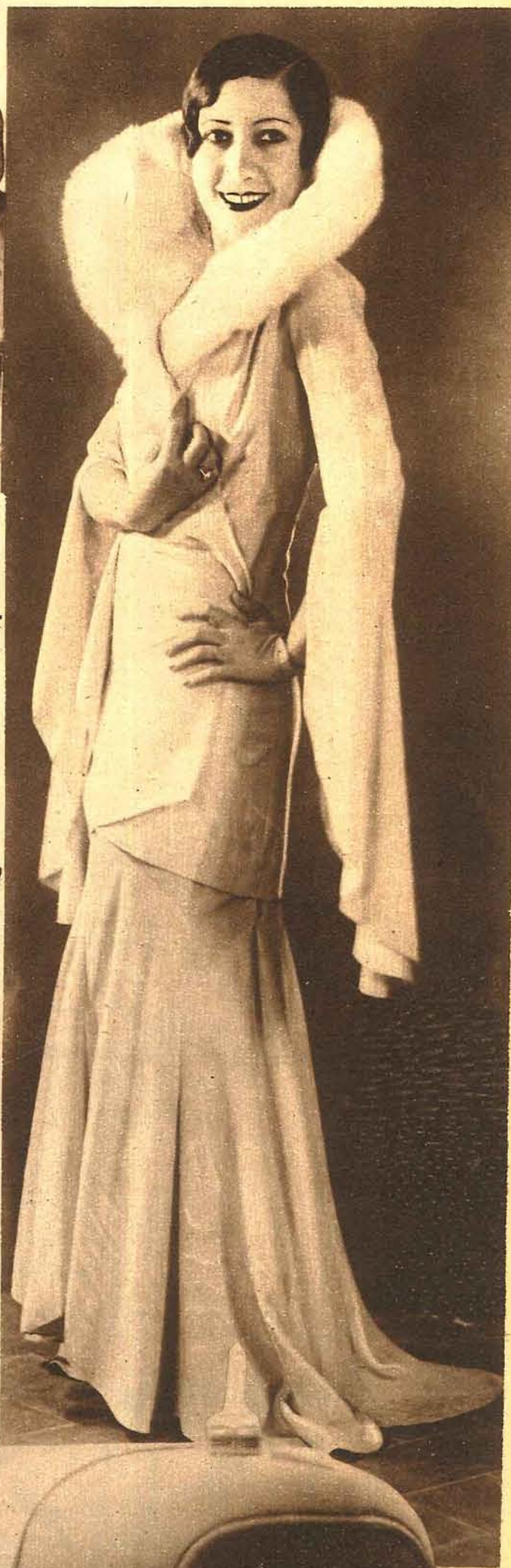
"Cuanto más vivaz, más 'inquieta' sea la música, tanto mejor. El 'jazz' ejerce una poderosa fuerza en mi espíritu y en mis nervios, pues su ritmo me electriza. Con todo, aun no siendo números de ese carácter, recuerdo con cariño, de mis interpretaciones, 'La vampirisa', 'Me vió desnuda' y la inolvidable Angelita de 'Las Cor-sarias'.

¿falda larga
o falda corta?

"Tengo la más absoluta convicción de que la falda larga resulta más femenina y sienta bien a toda mujer. La considero y casi diría imprescindible para las reuniones nocturnas, especialmente aquellas que tienen alguna solemnidad derivada del propio acontecimiento que las motiva."

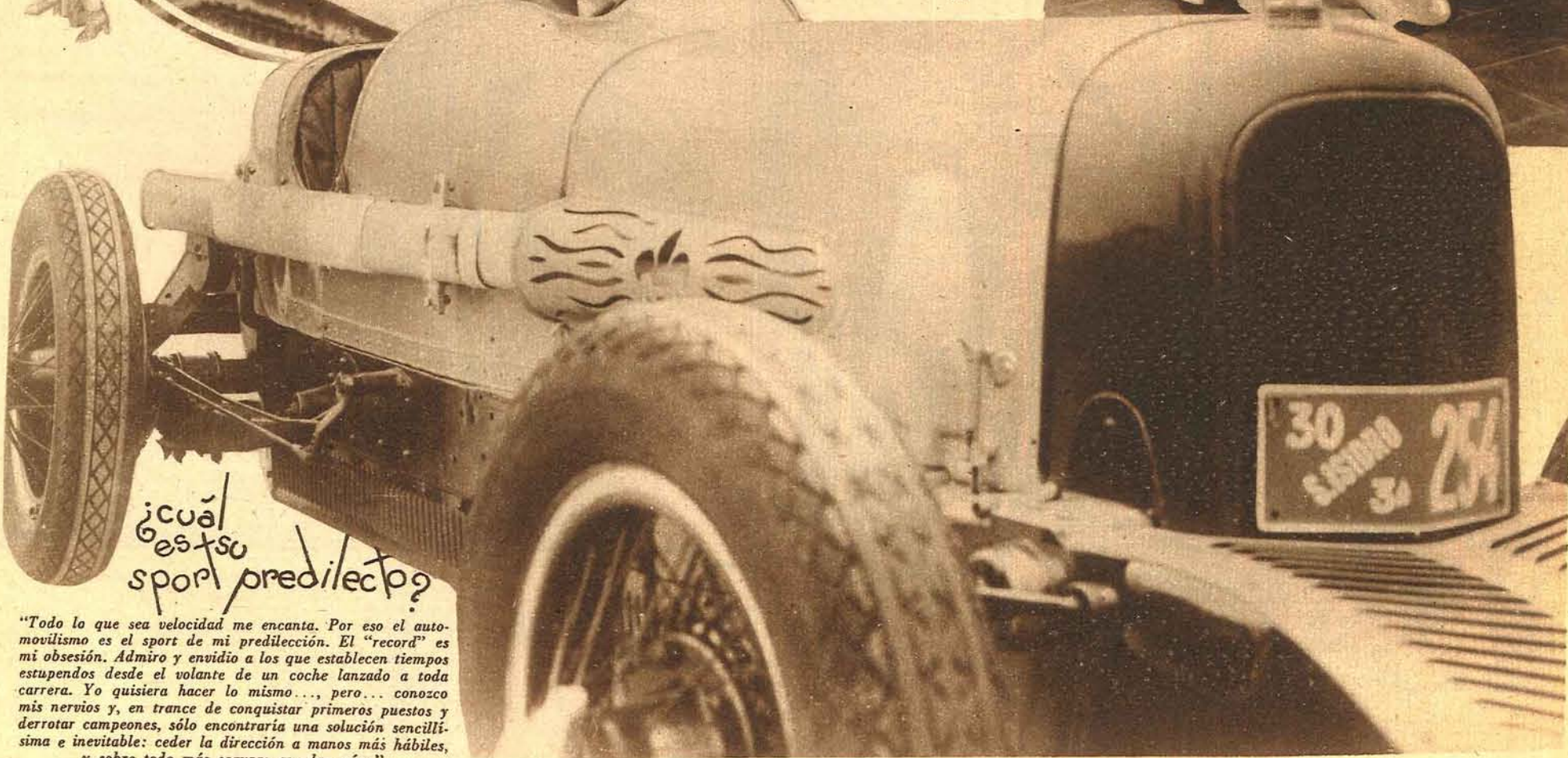
¿cómo estudia
sus papeles?

"Estudio los papeles de las obras al acostarme, y leyendo y relejendo mi parte estoy hasta las 5 o las 6 de la mañana. Desde ese momento ya los sé sin tropiezos. Felizmente, tengo muy buena memoria, de modo que el esfuerzo obtiene amplia compensación; esto en cuanto se refiere a las obras donde hay un personaje definido."



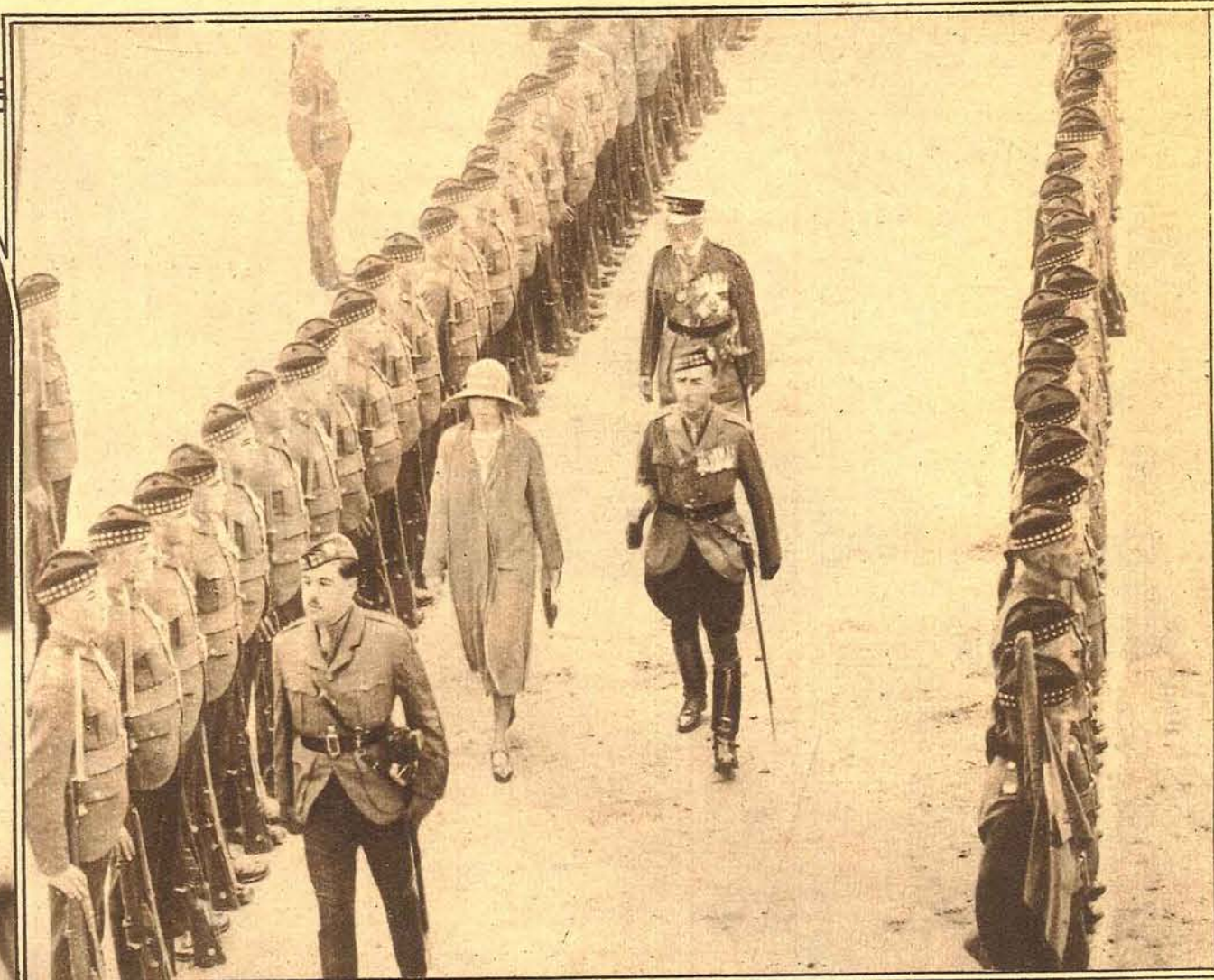
¿cuál
es su
sport predilecto?

"Todo lo que sea velocidad me encanta. Por eso el automovilismo es el sport de mi predilección. El 'record' es mi obsesión. Admiro y envidio a los que establecen tiempos estupendos desde el volante de un coche lanzado a toda carrera. Yo quisiera hacer lo mismo..., pero... conozco mis nervios y, en trance de conquistar primeros puestos y derrotar campeones, sólo encontraría una solución sencillísima e inevitable: ceder la dirección a manos más hábiles, y sobre todo más seguras que las mías."

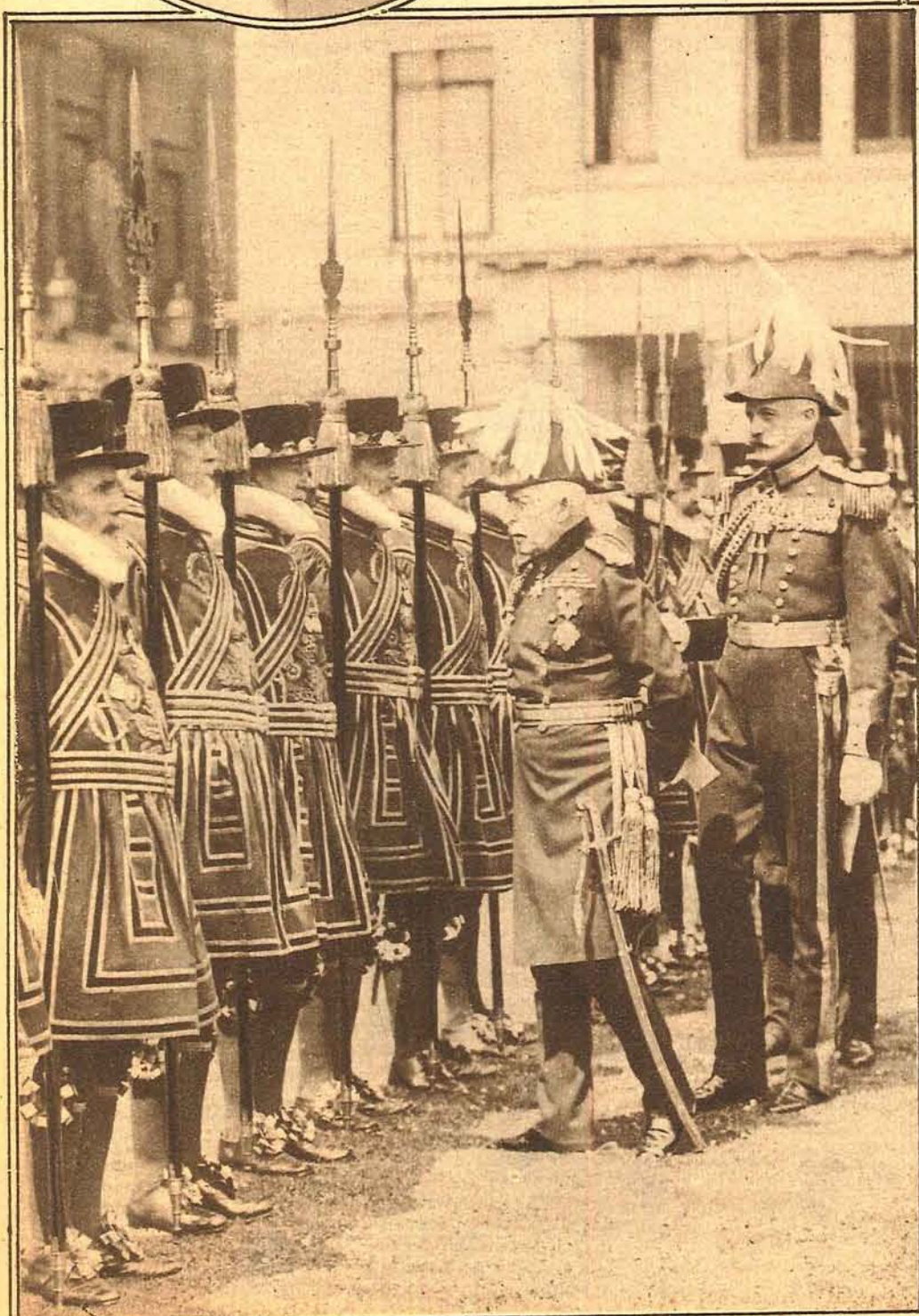




Lola Lane, estrella cinematográfica, luciendo la ancha cinta de seda con la que la moda norteamericana tiende a substituir la boina femenina usada actualmente en los sports.



La princesa Maria, coronel honorario del regimiento The Royal Scots, revistando a un batallón de éste en Aldershot, Inglaterra.



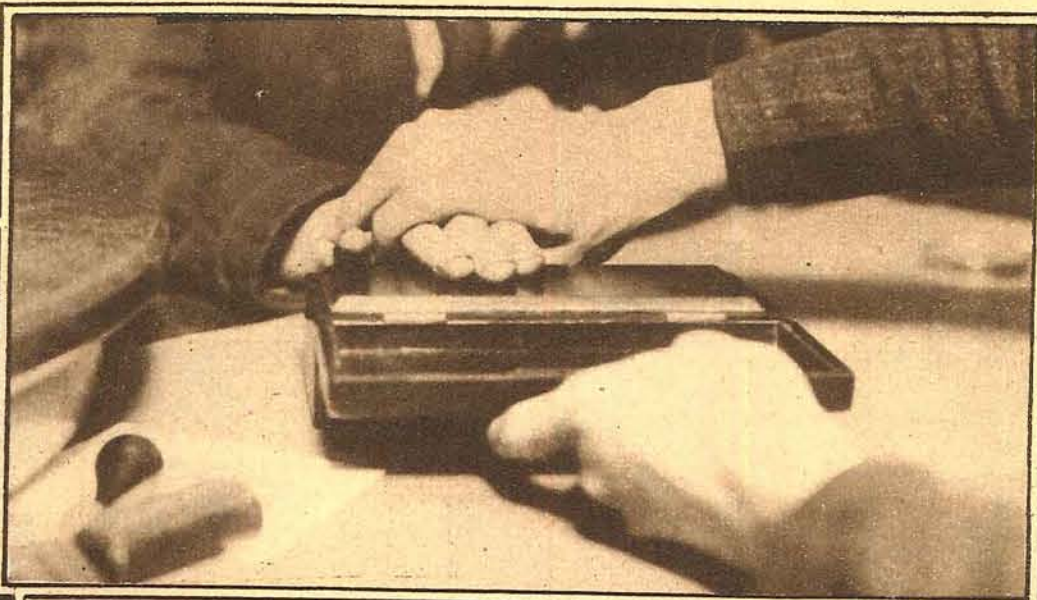
El duque de Connaught pasando revista a la Guardia Real en el Palacio de Saint James.



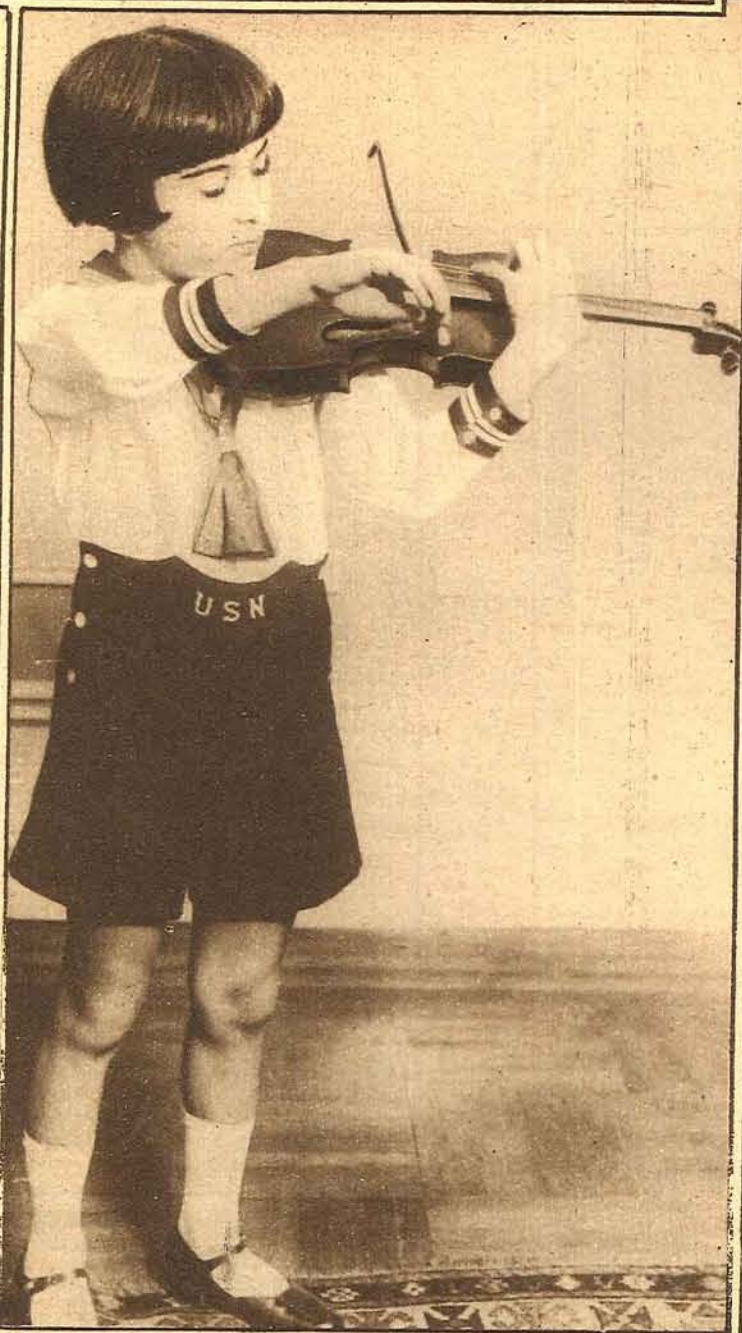
Figuras de la pantalla:
Lillian Roth.



Cooden Solano, West Highland Terrier, que ganó los tres primeros premios en un concurso celebrado recientemente en los Estados Unidos.



Toma de impresiones digitales de uno de los depositantes en un banco de Nueva York.



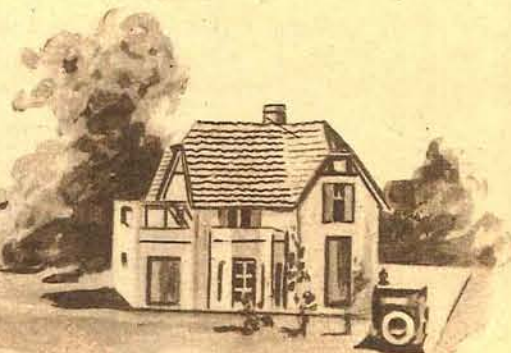
Ruggiero Ricci, el "niño prodigio norteamericano del violín", la tutoría del cual se disputan actualmente su padre y su uya ante la Corte Suprema de Nueva York.



Todo hombre desea dejar a su esposa e hijos una entrada suficiente que los libre de sufrir penurias.

Lea lo que sigue. Le dirá cómo usted puede hacer eso, y otras cosas que usted desea.

Ud.
puede tener
las cosas que desea!



Tenemos un medio para proporcionarle cualquiera de estos anhelos

Lea la lista de algunas de las cosas que por Ud. podemos hacer. Es indudable que habrán de interesarle. Esta información se la haremos llegar a Ud. sin compromiso alguno de su parte.

Nosotros tenemos la convicción de que el seguro de vida significa encarar con optimismo la VIDA, en las circunstancias que hacen más agradable el vivir, en librarse de preocupaciones, en conseguir mayor éxito...

Llene el cupón agregado y tendrá la información necesaria, sin que ello signifique compromiso alguno para Ud. Envíelo HOY MISMO.

Ud. no tiene interés alguno en morir. A Ud. le desagrada pensar en ello. Ud. no desea que se le hable al respecto.

Su interés está en vivir. En el éxito. En conseguir lo que desea. En obtener el máximo de la vida, con las menores preocupaciones. Como la mayoría de nosotros, Ud. desea tranquilidad y felicidad para Ud. y su esposa y un buen porvenir para sus hijos.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR CUALQUIERA DE ESTAS COSAS.....

MANDE ESTE CUPON

Aquí hay algunas de las cosas que le podemos proporcionar:

- 1.—Un capital a los 50, 55 ó 60 años.
 - 2.—Ser realmente el propietario de su casa.
 - 3.—Educar a sus hijos a su gusto.
 - 4.—Tener reservas disponibles.
 - 5.—Una renta mensual en caso de incapacidad.
 - 6.—Dejar una renta garantida a su familia.
- (Marque el punto o los puntos que más le interesen con una X).

Señor Jefe de Consultas:

Nombre

Dirección

Ciudad

Provincia

Fecha nacimiento..... L. 7



Policía hindú reprimiendo un asalto de los partidarios de Mahatma Ghandi a las salinas de Wadala, Bombay.



Una antigua clase de licenciados del 69 regimiento de artillería de Alemania tomando el rancho en el cuartel donde aquél se aloja, durante una fiesta de camaradería organizada con motivo de la inauguración de un monumento a la memoria de los artilleros de la unidad muertos en la guerra mundial.



"El elefante en su dominio", fotografía tomada por la Duquesa de Aosta, durante su viaje al Africa.

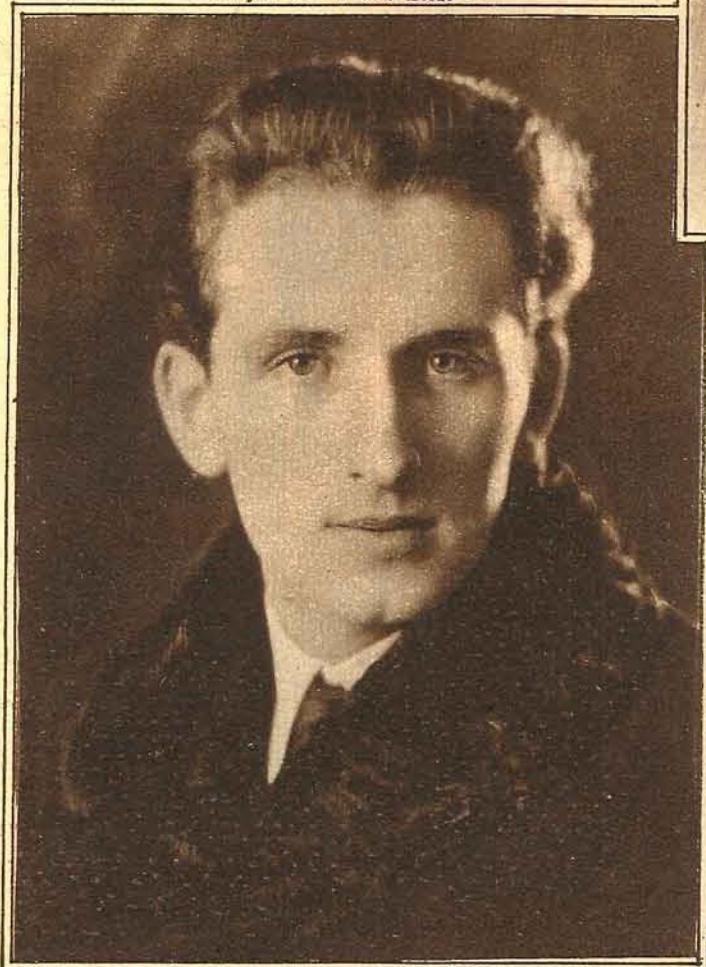


Un accidente durante el match de football en motocicleta jugado hace poco tiempo en el estadio de Wembley, Inglaterra, entre un equipo británico y otro alemán.



PARA LAS CANAS
COLORANTE ALSINA
 Tonos perfectos y garantidos.
 Preparación científica.
 Dosificada prácticamente,
 constituye una garantía sin igual.
 Para evitar falsificaciones,
 exija la caja cerrada.
 Caja \$ 7. Interior \$ 7.50
 Aplicaciones y venta
MAIPÚ, 843
 U. T. 31, Retiro, 0374

Eugenio Bures, concertista de piano que actuó con éxito en varias capitales europeas y que últimamente ejecutó en el Astral, acompañado por la orquesta de la Asociación Sinfónica, el gran concierto en mi bemo mayor de "Franz Liszt".



Inauguración de la exposición de cuadros del pintor argentino Benito Quinquela Martín en las Galerías Burlington de Londres. Sentados en el sofá, de izquierda a derecha: coronel Woodbine Parish, Sr. Cunningham Graham, Quinquela Martín y el Embajador argentino, señor José E. Uriburu.

"Palidecen las pecas; se alisa la indiscreta arruga"

dice la eximia actriz Doña Blanca Podestá

¡Aquí está su secreto de belleza y juventud!

"Aplicaciones constantes de Crema de Oriente VINDOBONA", dice doña Blanca Podestá. La famosa actriz ha revelado el secreto de su tocador, que es también el de muchas, entre sus destacadas compañeras.

Crema de Oriente VINDOBONA es todo cuanto usted necesita. "La edad no interesa", dice la gentil actriz. "Crema de Oriente VINDOBONA resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña".

El tratamiento facial de resultados rápidos

Cualquier cutis — el cutis de usted — se renueva normalmente con sólo este tratamiento sencillo y agradable. Cuando usted va a reposar, no descansa su rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber aplicado Crema de Oriente VINDOBONA. Con la ligera presión de los dedos, penetra por la epidermis hasta las capas ocultas de la misma y allí "trabaja". Sí, realmente hay bajo la superficie marchita de su cutis un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que usted ostentará mañana. Allí la Crema de Oriente VINDOBONA estimula y allí disuelve las pecas y manchas cutáneas, refina los poros, alisa las arrugas y blanquea la piel. Usted podrá constatar los resultados ya a la mañana siguiente de la primera aplicación. Su espejo le confirmará que aparece una nueva belleza en su rostro, un cutis lozano, blanco, liso y suave, que estaba oculto detrás de la máscara que sobre él había formado la capa exterior marchita. Este proceso de renovación, de verdadero embellecimiento, es agradable. Nadie se dará cuenta de que usted sigue un tratamiento. Sana las grietas y pasaduras en seguida que se aplique, y protege la piel contra las inclemencias del tiempo.

Garantía VINDOBONA

Por si no bastara la opinión de miles de señoras bellas en Europa y América, los Laboratorios Vindobona garantizan ampliamente la bondad de los productos que ofrecen. Si a usted la Crema de Oriente VINDOBONA no le diera resultados satisfactorios, preséntese con sus boletas de compra, o si reside usted en el interior, escribanos y le devolveremos íntegro el dinero gastado.

Crema de Oriente VINDOBONA se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA Nº 8 - Piso 1º - BUENOS AIRES
(Atendida por señoritas)

También venden Crema de Oriente Vindobona las casas de mayor prestigio:

Franco-Inglesa	Farmacia Scanapieco	Farmacia Gibson	Farmacia Santa Ana	En Mar del Plata:
Sarmiento y Florida	Esmeralda y Tucumán	Alsina y Defensa	Rivadavia 3202	San Martín 3458
Farmacia Echeverry	Perfumería Vislowna	Farmacia Inglesa	Tienda "La Piedad"	En Mendoza:
Rivadavia 6851	Cabildo 1589	Av. de Mayo 900	Bm. Mitre y Cerrito	San Martín y Lavalle
Farmacia Chialvo	Farmacia Nelson	Casa Argentina Scherrer	Farmacia La Estrella	En Córdoba:
Sarmiento y Talcahuano	Suipacha 477	Suipacha 171	Rivadavia 1501	Lima 34
Farmacia González	Farmacia Del Pueblo	Farmacia L'Aiglon	En La Plata:	En Montevideo:
Rivadavia y Centenera	Rivadavia 729	Cangallo y Callao	Calle 7 esq. 47	W. Ellis, Andes 1338

Pida folletos gratis de los productos VINDOBONA.

Llene y remita el cupón.

Pedidos del interior se atienden en el día.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O. 37
Florida Nº 8 - Piso 1º - Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis folletos explicativos de la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle..... Nº.....

Ciudad..... F. C.....

Para adelgazar, reducir la papada, brazos o caderas gruesas

Esta pomada, que se infiltra rápidamente, destruye los tejidos adiposos y las grasas y reduce las carnes. Es un hecho probado. Usted puede con Pomada Reductora Sarowal modelar su cuerpo, como modela un escultor sus obras maestras. Un ligero masaje con esa científica pomada y a los pocos días la papada desaparece; las caderas disminuyen, favoreciendo la silueta; los brazos, las piernas, los tobillos adelgazan hasta donde desee. Pomada Reductora Sarowal no mancha. Es saludable. Sus efectos son rápidos. Las casas más prestigiosas del ramo la recomiendan.

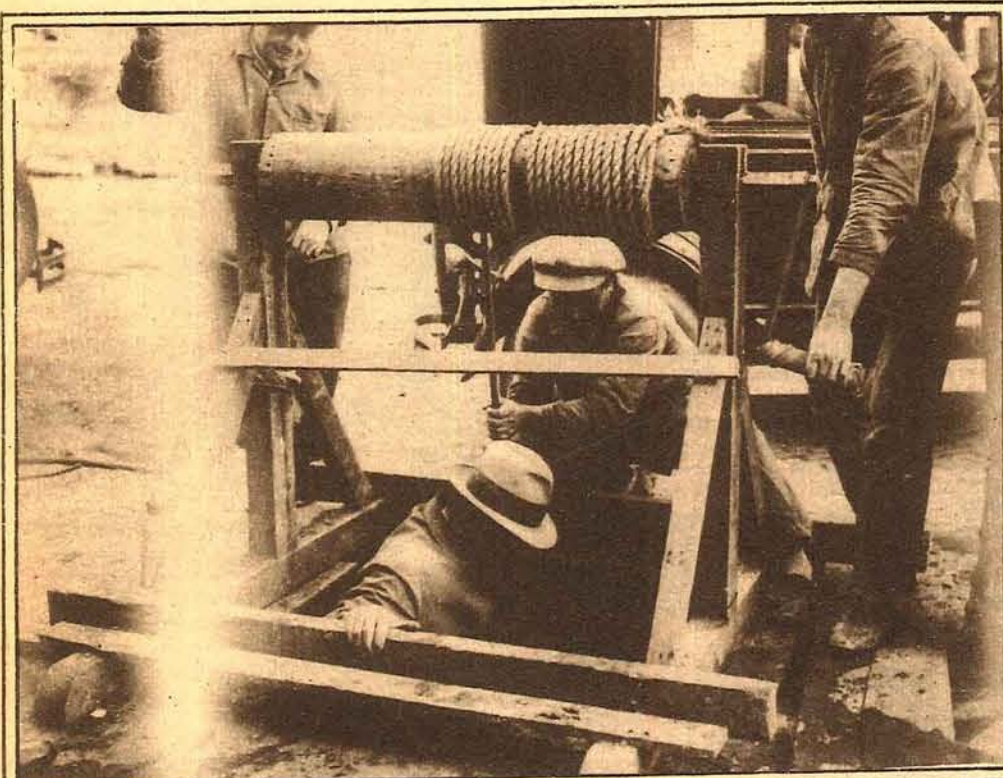
Farmacia Franco-Inglesa	Farmacia Del Pueblo	Laboratorios Vindobona
Sarmiento y Florida	Rivadavia 739	Florida Nº 8 - Piso 1º
Perfumería Vislowna	Gath & Chaves	Ciudad de Méjico
Cabildo 1589	Casa Central y Sucursales	Florida y Sarmiento
Farmacia L'Aiglon	Farmacia Nelson	Farmacia Chialvo
Cangallo y Callao	Suipacha 477	Sarmiento y Talcahuano



Paxson Hayes, explorador norteamericano, exhibiendo un ejemplar de "baubassuria", animal que guarda alguna semejanza con el coati de los Estados Unidos, cazado por él en Sonora, Méjico.

instantáneas

Al iniciarse las actividades en la "feria franca".



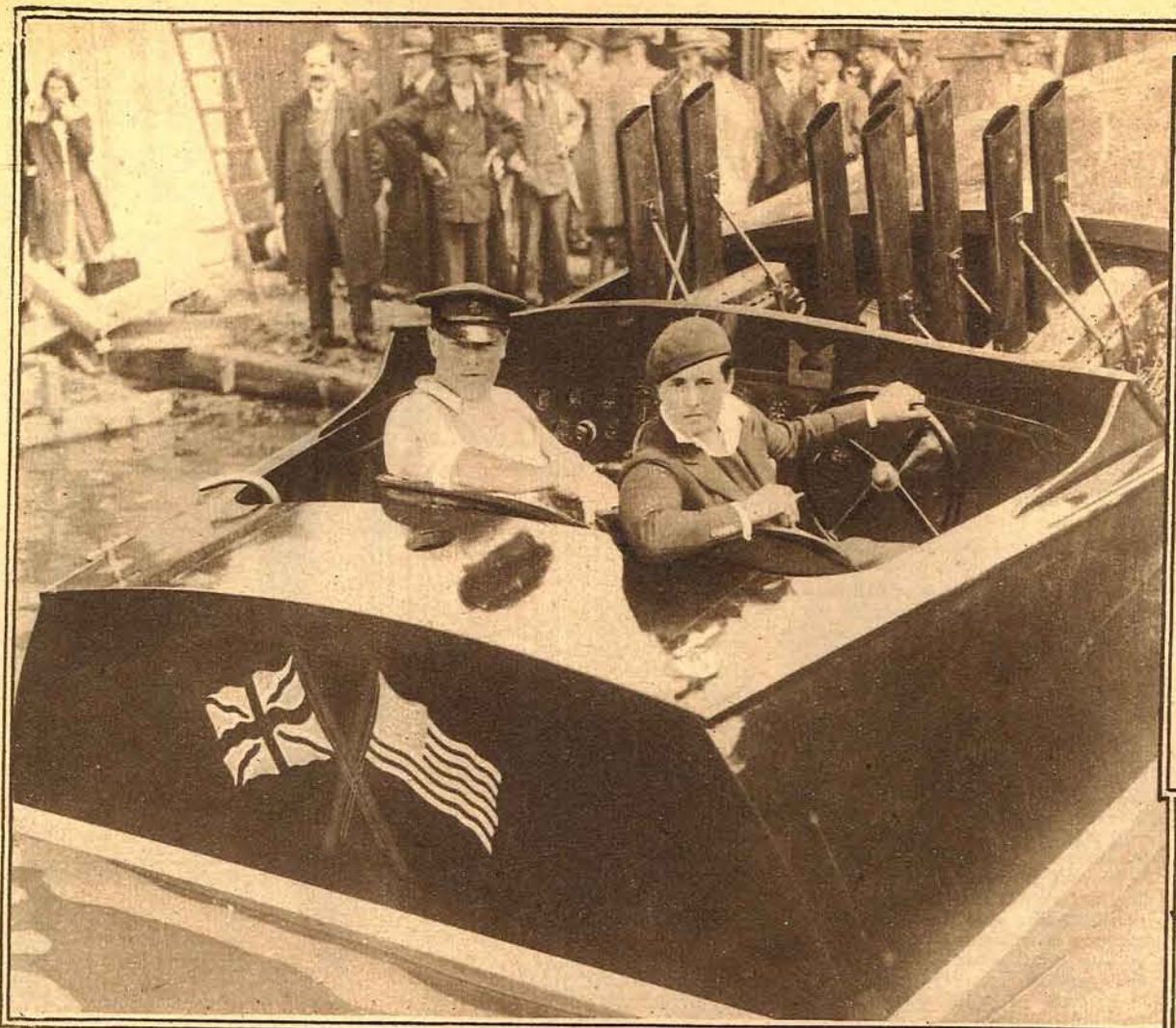
En Corrientes y Uruguay: descendiendo a 15 metros, lejos del tráfico infernal...



La alegría infantil, frente a la destreza de los "campeones".



Después del trabajo, el "pequeño vicio" de fumar.



La tripulación del Club Canotieri Italiani, a bordo del Asurturias, a su llegada a Gran Bretaña, donde intervino en la disputa de las regatas de Henley

Sport
Extranjero

A pesar del reciente fallecimiento del mayor Henry Segrave, acaecido mientras dirigía el yate Miss England II, el entusiasmo de los arriesgados timoneles no decayó en lo más mínimo. Así lo demuestran, por lo menos, las recientes declaraciones de miss Carstairs—que aparece en la fotografía en compañía del constructor de su yate, el Estelle IV—, y de acuerdo con las cuales está dispuesta a superar los records existentes



Una de las últimas novedades introducidas en los links norteamericanos de golf ha sido la incorporación de los "pijamas" como la más cómoda vestimenta para la práctica de ese sport. La fotografía muestra a la señora Mark Reardon durante un match jugado en los links de Palm Beach, Florida

¿Por qué experimentar con Dentífricos?...

¡Es peligroso!

No puede usted equivocarse si usa Colgate, la crema dentífrica más popular. Limpia mejor, debido a su penetrante espuma; además de pulir, se introduce hasta las más pequeñas hendiduras, limpiándolas completamente de impurezas que producen las caries.

COLGATE es un dentífrico que limpia y no una pasta que "lo cura todo". Nunca hemos dicho que Colgate cure piorrea ni acidez bucal; lo que sí mantenemos es que Colgate es el dentífrico que mejor *limpia* los dientes.

Millares de personas entendidas saben que cuando usted se cepilla los dientes con Colgate, hace algo más que pulir la superficie. La activa espuma de Colgate posee una cualidad insuperable denominada "tensión superficial baja". Esto significa que puede penetrar en los diminutos intersticios entre dientes y encías, donde los dentífricos comunes no pueden llegar. De allí desaloja todos los residuos alimenticios o mucosos que producen las caries, eliminándolos en una espuma higiénica.

Esta espuma contiene un fino polvillo recomendado por los dentistas, debido a que pule el esmalte de los dientes sin dañarlos. Compruébelo enviando este cupón por una muestra gratis. Colgate-Palmolive-Peet Ltda., S. A. Ind., Buenos Aires.

Colgate-Palmolive-Peet Ltda., S. A. Ind.
Sgo. del Estero 1997 — Bs. Aires.

Sírvanse enviarme un tubo de muestra gratis de crema dentífrica Colgate. Incluyo 5 centavos para franqueo.

N.

ECONOMICO:

El tubo de Colgate que se vende a \$ 1.20 contiene más pasta dentífrica que cualquier otra marca conocida del mismo precio. Colgate se fabrica también en polvo para quienes lo prefieran así. Pida el Polvo Dentífrico Colgate.

CREMA DENTIFRICA COLGATE



Note usted como la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.

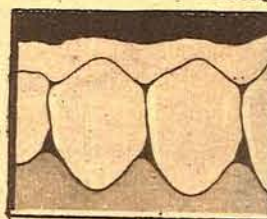
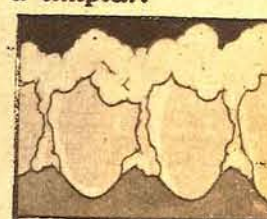
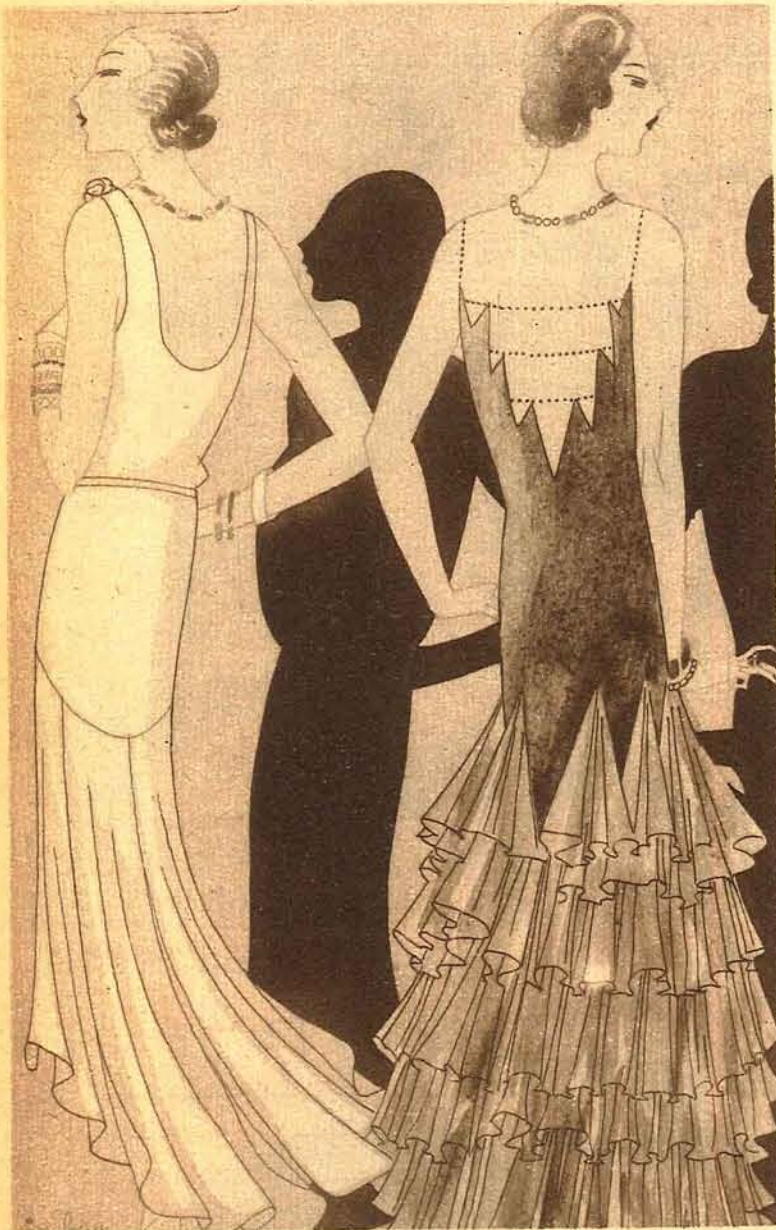


Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

La ELEGANCIA FEMENINA



PARA EL BUEN TIEMPO

Por JACQUELINE MARCHAL
PARIS, junio de 1930

DICEN que el sol es un colaborador excelente de los modistos, pues gracias a él los vestidos más simples, adquieren la vistosidad de los días de fiesta. Un vestido de velo, de muselina estampada, ostenta tonalidades encantadoras bajo la caricia de los rayos solares...

Conjunto en crêpe de Chine blanco y negro

Vestido de baile de Iteb, en georgette rosa. — Vestido de Jenny, con cuerpo de terciopelo y falda en tul

Lo cierto es que para los días de sol convienen mucho los vestidos claros, los tejidos de fantasía con graciosos dibujos. Anotemos que los colores de moda son los beige, azules y verdes claros. Hay lindos vestidos de velo o de muselina floreada, con los que se usa un paletot pequeño y muy corto, sin forrar. Las chaquetillas son rectas y fruncidas en la cintura, con un cinturoncito estre-



cho, anudado por delante y formando blusón algo más largo por detrás.

Consignemos también, para informarnos bien de la actual moda, que para los trajes de verano están en uso los boleros y las capitas. Las mangas semilargas son las más corrientes en los trajes actuales.

A propósito de los conjuntos armoniosos, de que tanto se ha hablado en estos últimos tiempos, alguien ha dicho que hay mil maneras de obtenerlos. El vestido y el manteau combinados en la misma tonalidad siguen aún, pero ya no se estiman como una novedad. Tampoco lo es el combinar un manteau con un vestido de color diferente, bastando para ello con agregar al vestido algunos adornos que convengan con el color del manteau; pero donde hay más actualidad es en la combinación de los complementos que se eligen del mismo tono y que contrastan con el color del vestido. Por ejemplo: para la mañana, con un sastré de tono azul o rosa, los accesorios (echarpe, saco, guantes, cinturón, zapatos) serán de color beige o castaño obscuro, igual para todos. Para la noche se puede llevar un traje negro, siendo los complementos de color de esmeralda, o de rubí, por ejemplo: el collar, la hebilla del cinturón, las pulseras, los guantes (hemos vuelto a los guantes) el calzado, una flor.

Unas cuantas palabras acerca del sombrero. Se llevan mucho y a todas las horas del día y de la noche los sombreros de tela. Por la mañana la boina, la cloche (campana) de orillas respunteadas, el gorrito de fantasía, hechos de tweed, jersey u otro género de lanilla, compiten seriamente con la paja y el fieltro. Aun en las horas elegantes, en que predomina el sombrero de paja, se ven ya algunos de tela, que suelen ser de la misma del vestido. Sombreros adornados con satén, hace largo tiempo que los vemos. Ahora están llevándose sombreros cuya forma se cubre con crêpe de Chine o crêpe georgette. Son sumamente ligeros y agradables; para decorarlos algo y discretamente, se les adorna con respunteado formando dibujos. Para la noche, el sombrero de tela tiene la forma de turbante, muy leve, de tul o de lamé.

Para concluir, diremos que son de temer las colas: parece que los modistos están preparando la ofensiva de los trajes de cola, arrastrando por detrás. Se dice que esta ofensiva es inminente y que si no la experimentamos ya, es porque en el verano ésta sería insostenible. Sin embargo, las hostilidades han comenzado ya por los trajes de gran etiqueta. Bueno será que vayamos tomando posiciones de defensa contra la invasión de esa resucitada anti-gualla.

LOS ANILLOS Y LAS PULSERAS

LOS anillos desempeñan un papel importante en los conjuntos nuevos; muchos modistos cuentan con sus colores para acentuar alguna característica de sus modelos.

En general, las piedras son grandes y únicas; el coral y el jade pálido se usa mucho como novedad. Se recurre mucho a los diseños históricos.

Las pulseras se usan más que nunca, desde los diseños más sencillos en metal hasta los más complicados en brillantes. Las pulseras en metal son muy decorativas con ciertos trajes. Se usan unos brazaletes en metal, de tres centímetros más o me-

Tapado capa en tweed negro, gris y blanco adornado con ragondin; cinturón negro



Traje de baile en taffetas verde pálido. — Vestido de tarde en marocain azul lavanda adornado con respuntes

nos, con una hilera de piedras diminutas, con reloj liliptiense engarzado en platino y brillantes; otros relojes se colocan en una pulsera de un centímetro de ancho en brillantes y platino.

El arte de la orfebrería se ha extendido hasta las carteras, que suelen tener cierres y hasta boquillas de trabajo exquisito. Muchas son en metales preciosos con piedras finas.

Las carteras de noche, en telas antiguas en tapicería brocada o lamé, tienen una piedra en el cierre, y hasta las carteras de tarde, en antilope negro, poseen motivos con pedrería. Hasta los mangos de las sombrillas y paraguas tienen estos motivos en piedras semipreciosas.

No hay un solo detalle en la indumentaria de la mujer moderna que no responda a la tendencia renovada de refinada elegancia y lujo.

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY

Haced que los niños se limpien los dientes y haréis algo importante para su salud.

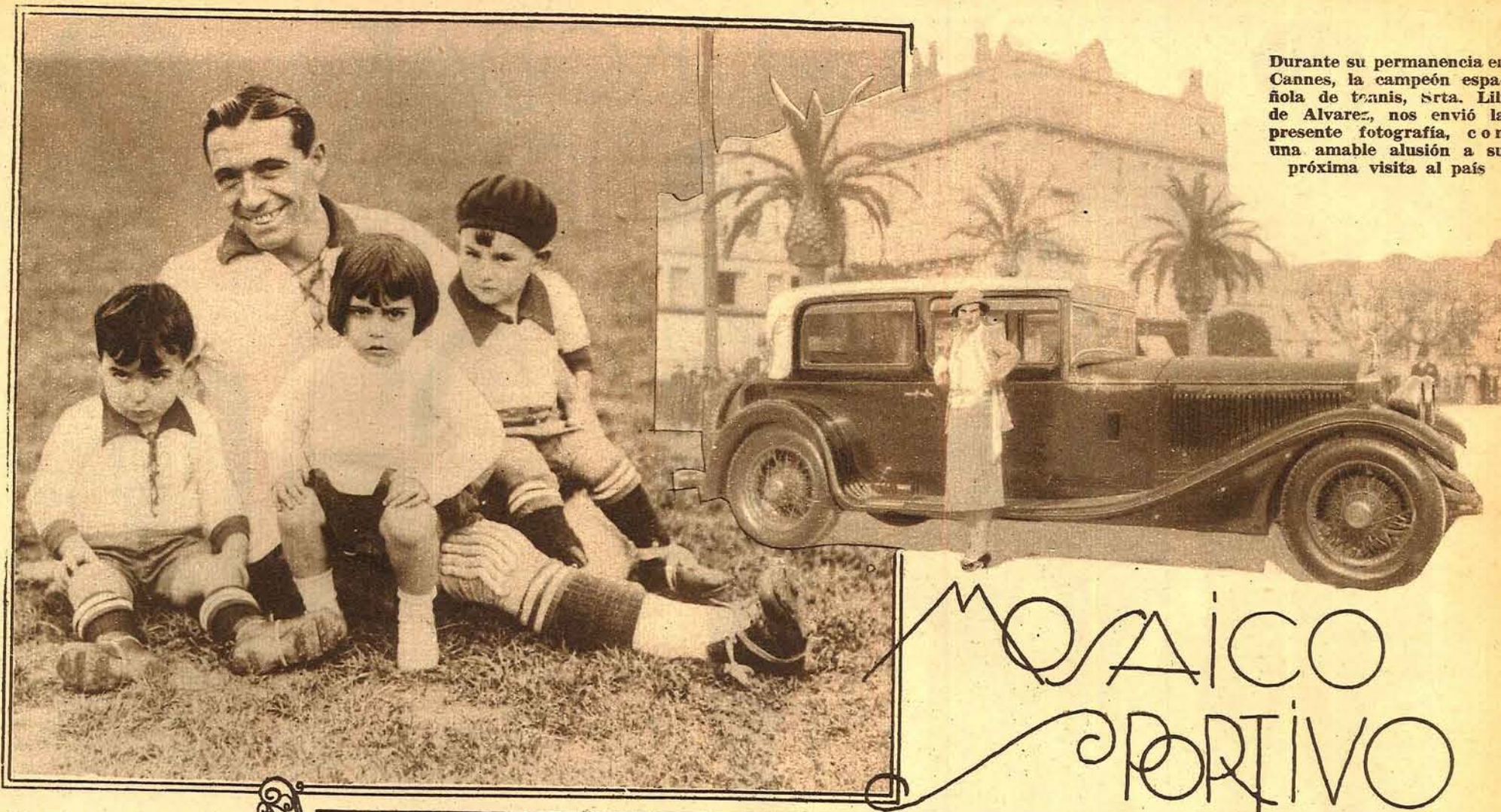
El dentífrico de confianza es

DENS en la Capital

\$ 1,25

Sabe a menta dulce. No raya el más tierno esmalte.

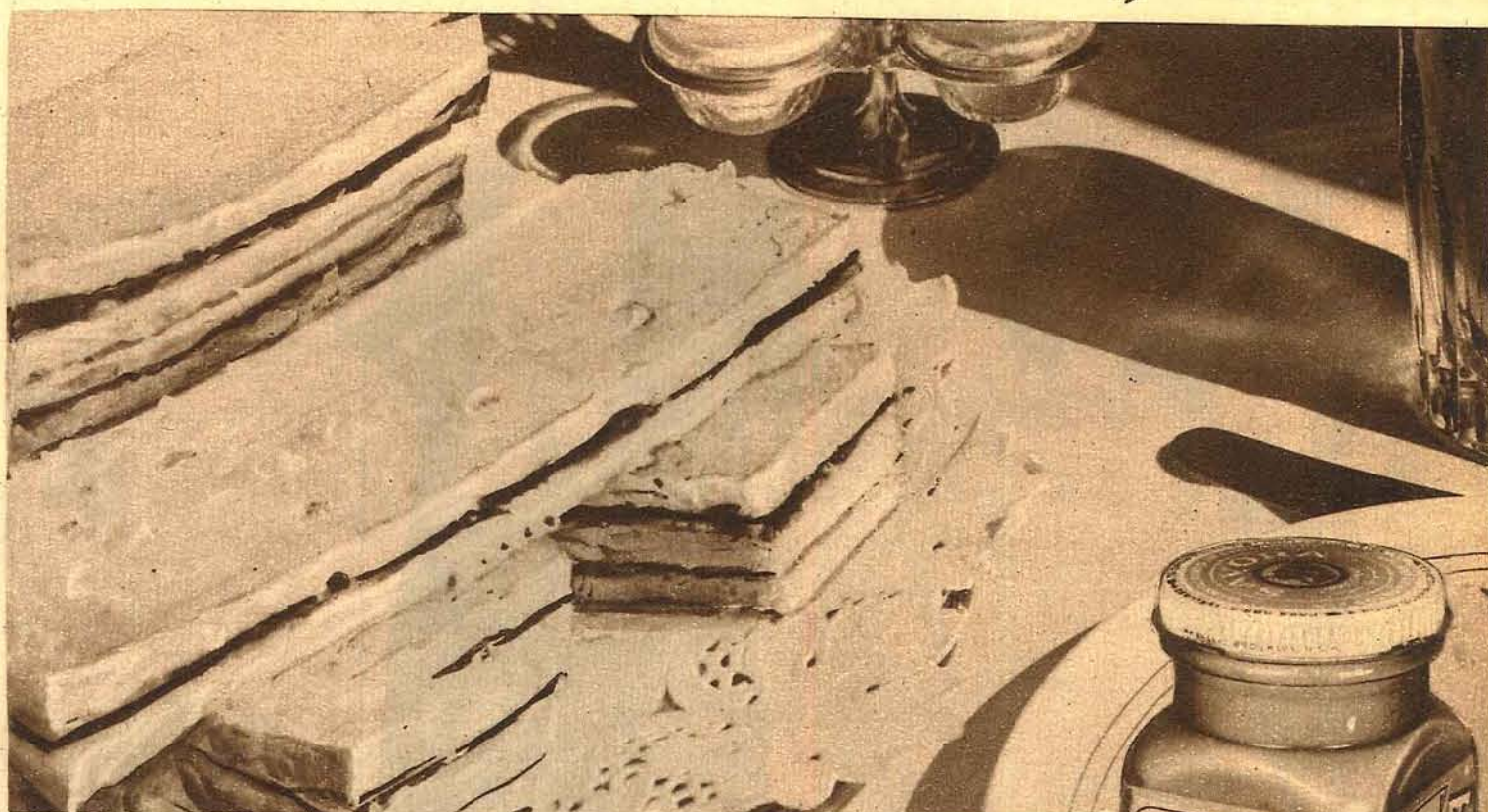
PERFUMERÍA GAL
Madrid - Buenos Aires.



Durante su permanencia en Cannes, la campeón española de tenis, Srta. Lili de Alvarez, nos envió la presente fotografía, con una amable alusión a su próxima visita al país

Huracán perdió con Boca Juniors, pero no fué, por cierto, por falta de mascotas. Chiessa fué el encargado de devolverlas a sus respectivas familias, y hubo de hacer un recuento para no olvidar a ninguno de los chiquitines

...Y su buen humor *mejorará*



...a la hora del te!

USTED, cuántos sandwiches habrá comido... pero ¿los ha probado alguna vez preparados con un poquito de Savora?

Para el desayuno, para la hora del té, para los pic-nics, en los bosques, a la orilla del río, después de unas horas al aire libre... la bandeja de sandwiches de pollo, de lechuga, de jamón, con Savora, son una tentación irresistible! En ellos encontrará ese agrado para el paladar, que sólo puede ofrecer Savora. ¡Es tan suave! ¡tan exquisita...! enriquece y realza cualquier plato... ¡Por eso hoy, todos la prefieren y la piden!

Pruébela también con otros platos... ¡en su mesa, en su cocina, no debe faltar el tarrito de Savora!

Receta para preparar PERDICES ESCABECHADAS con SAVORA

Una vez limpias las perdiscas, se ponen en una cacerola de barro, con zanahorias picadas, unos dientes de ajo aplastados, unos granos de pimienta, un poco de orégano, estragón, unas hojas de laurel, sal, una taza (200 gramos) de aceite frito y dos cucharadas (sopa) de Savora. Con todo esto se rehogan hasta que estén bien doradas. Después se les pone 100 gramos de vino blanco, 50 gramos de vinagre y un poco de caldo; se tapan bien y se dejan cocer a fuego lento. Cuando están tiernas se retiran del fuego y se sirven. ¡Es un plato riquísimo! Se puede comer frío o caliente.



¡Pruébe la deliciosa Savora! Mándenos 20 centavos de estampillas, y recibirá un frasquito de muestra, por correo certificado.

SAVORA

ATLANTIS LIMITADA
Av. de Mayo 1370 - Buenos Aires
Nombre.....
Dirección.....
Ciudad..... 011 - L. N. - 13/7/30.



El juego de cabeza, en el football, reclama de parte de quien lo practica no despreciables condiciones de gimnasta. La fotografía muestra dos compañeros de team atentos a rechazar la pelota que viene de lo alto, y en el movimiento simultáneo puede apreciarse la elevación alcanzada por los footballers en un salto en cierto modo elegante

Andrés Barreta en su caracterización de Cervantes, de "El huésped del sevillano", zarzuela del maestro Jacinto Guerrero, dada a conocer en el Onrubia

KODAK TEATRAL



Manuel Rico en "Se viene la revolución!", pieza cómica de Nicolás de las Llanderas y Arnaldo Malfatti, que se representa en el Apolo



Charlie Rivals, el gracioso imitador de Carlitos Chaplin, que actúa en el Casino



Miguel Faust Rocha y Amelia Senisterra, en "La divisa ponzó", obra de Paul Groussac "repriseada" en el Argentino



Enrique De Rosas en "El drama de todos", de J. Millás Raurell, traducción del poeta Eduardo Marquina, pieza que se representa en el Teatro San Martín



Eva Franco en "Pecado rubio", pieza de A. Fraccaroli, traducción de Julio F. Escobar, puesta en escena en el Ateneo



Pierina Dealesi, del Nacional, en "La gringa Federika", pieza de José A. Saldías



Prevenga a su organismo contra la gripe...

tonificándose con Kola Cardinette

La gripe hará presa a Ud. sólo si su organismo no se encuentra bastante fuerte para evitarla.

Kola Cardinette estimula la producción y circulación sanguíneas, vigoriza las funciones glandulares, y constituye un sedante de los nervios.

Empiece hoy mismo, un tratamiento de Kola Cardinette.

Su sabor es muy agradable. Lo recetan los médicos del mundo entero.

Tonifica y Sustenta.

Kola Cardinette

The Palisade Mfg. Co. - Yonkers, New York, E.U.A.

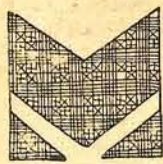
MI VIDA

POR

LEON TROTZKI

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

CAPITULO XV



Trabajo durante los años de la reacción consistió principalmente en interpretar la revolución de 1905, en defender sus métodos y en trazar planes para la segunda.

En octubre de 1908 fundé en Viena un periódico en lengua rusa con el título de "Pravda" ("Verdad"), destinado a las clases trabajadoras, y que entró de contrabando en Rusia, ya por la frontera de la Galicia austríaca o por vía del Mar Negro. El periódico se publicó durante tres años y medio, bimensualmente, pero exigió mucho trabajo intenso y penoso. Buena parte de mi tiempo la invertí en correspondencia secreta, relacionada con su distribución. Además de esto, mantenía íntimo contacto con la ilegal Unión de Marineros del Mar Negro y la ayudaba a publicar su órgano.

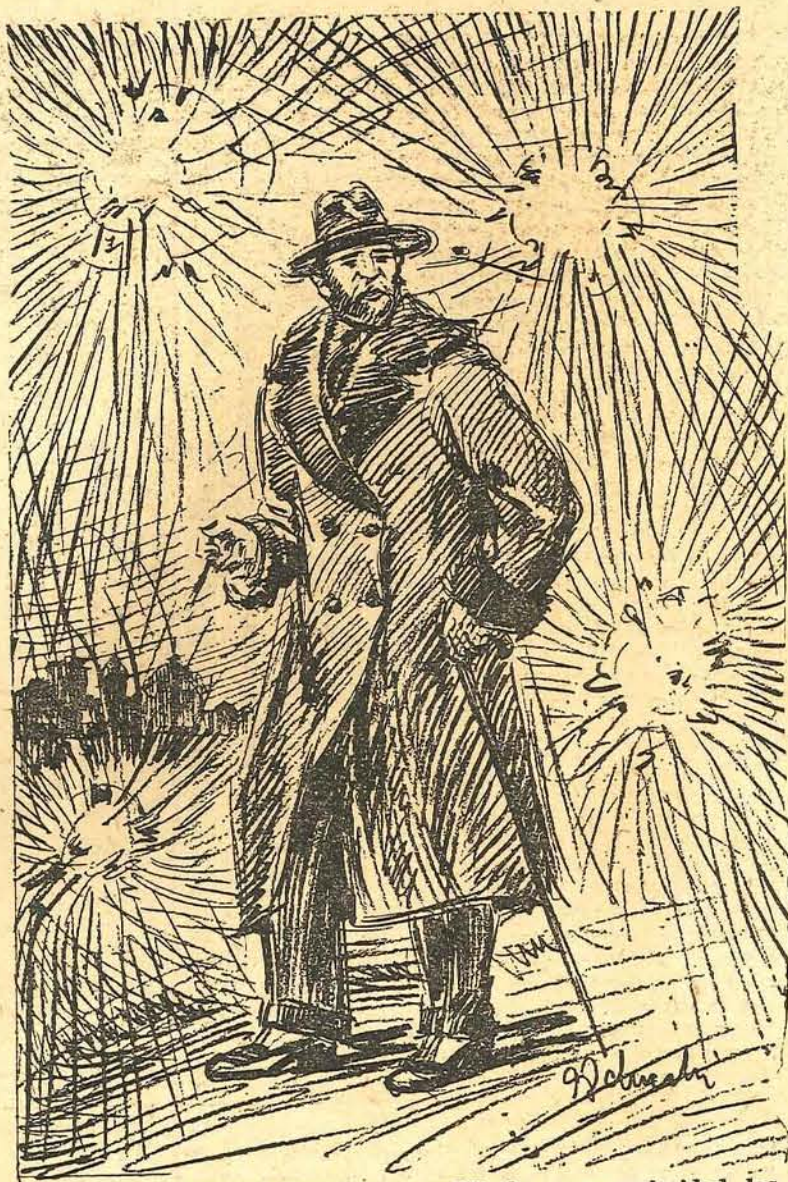
Mi colaborador principal en "Pravda" fué A. A. Joffe, posteriormente conocido diplomático soviético. Nuestra amistad databa de mi estada en Viena. Joffe era hombre de elevados ideales, carácter sumamente dulce e inquebrantable devoción a la causa. Consagró a "Pravda" todas sus fuerzas y sus recursos. Lo trató por el método psicoanalítico, a causa de un desarreglo nervioso, el doctor Alfredo Adler, que empezó su carrera como discípulo de Freud, para separarse luego de su maestro y fundar su propia escuela de psicología individual. Por conducto de Joffe me familiaricé con los problemas del psicoanálisis, que inmediatamente me fascinaron, por más que en aquel campo hubiese todavía mucho de dudoso e incierto.

Mi otro auxiliar fué Skobeleff, estudiante que más tarde sería ministro de Trabajo en el gobierno de Kerensky. En una ocasión la responsabilidad de secretario general de "Pravda" recayó en Víctor Kopp, actual ministro del Soviet en Suecia.

Joffe pasó a Rusia en misión referente a "Pravda". Le arrestaron en Odessa, le encarcelaron durante largo tiempo y luego le deportaron a Siberia, no recobrando la libertad sino por obra de la revolución de febrero de 1917. Fué uno de los copartícipes más activos en el golpe de Estado de octubre. La valentía de este hombre, víctima como era de una seria dolencia, fué magnífica. Paréceme ver su figura desmañada en la campaña de San Petersburgo, roturada por las bombas, un día de otoño de 1919. Elegante vestido, como cuadraba a un diplomático, con una dulce sonrisa en su rostro apacible, en la mano un bastón, como si estuviera de paseo en la Unter den Linden, miraba con curiosidad las bombas que estallaban en torno suyo y reanudaba su marcha, sin acelerar ni acortar el paso. Era buen orador, enjundioso, profundo, y tenía las mismas cualidades como escritor. Cualquiera que fuese la tarea que se le encomendase, la cumplía meticulosamente, cualidad que muy pocos revolucionarios poseen.

Lenín tenía en alto concepto la habilidad diplomática de Joffe. Yo estuve largos años más cerca de él que nadie. Su lealtad para con sus amigos y sus ideales era incomparable.

Terminó sus días trágicamente. Graves dolencias here-



ditarias minaban sus energías y las minaban aún más, sin duda, las persecuciones que hacían de los marxistas los epígonos. Convencido de que no podría resistir por más tiempo, se suicidó en el otoño de 1927. Una carta que me escribió antes de morir substraíjónla de su propio lecho de muerte los agentes de Stalin. Renglones escritos para la intimidad de un amigo fueron suprimidos de su contexto, alterados y falsificados por Yaroslavski y otros sujetos de alma turbia; pero todo esto no impedirá que el nombre de Joffe se inscriba en la historia de la Revolución como el de uno de sus mejores obreros.

Este hombre no titubeó en su fe ni en los días más téntricos y desesperados de la contrarrevolución, ni dudó del advenimiento de la nueva revolución. Antes bien, la previó tal y como se realizara la de octubre a diciembre de 1905, en base a un alzamiento de campesinos y a una huelga general, rematando en un derrocamiento total del régimen zarista y en la conquista del poder por el proletariado. Esta perspectiva la mantuvo firmemente "Pravda" durante toda su existencia, desde el primer número hasta el último.

El 4 de diciembre de 1909, cuando la revolución parecía aplastada y deshecha para siempre, yo escribí en "Pravda": "Aun hoy, a través de las negras nubes de reaccionarismo que nos rodean y nos ahogan, el espíritu puede columbrar el victorioso fulgor de un nuevo Octubre Rojo." Burlas y sarcasmos me valieron estas palabras, no sólo por parte de liberales, sino de mencheviques, quienes las tomaron por vano e insubstancial fraseo de agitador; pero nosotros creíamos a fondo lo que escribíamos, y la historia no traicionó esta fe. Octubre de 1917 continuó y remató triunfalmente lo que empezara octubre de 1905.

La claridad de percepción y mira de Lenín en su criterio acerca de la suerte final del menchevismo y de los problemas de organización del partido aventajaban con mucho a las de "Pravda". Yo todavía esperaba que la nueva revolución obligaría a los mencheviques, como ocurrió en 1905, a

...Miraba con curiosidad las bombas que estallaban en torno suyo

ingresar en el campo revolucionario. No daba suficiente importancia al trabajo preparatorio de selección y educación por la vía teórica. Yo era culpable, en materia de evolución interna del partido, de una especie de fatalismo social-revolucionario. Era una posición equivocada, pero inmensamente superior al fatalismo burocrático, desprovisto de toda ideología, característico de mis críticos actuales de todas partes del mundo. En punto a las cuestiones fundamentales de la revolución, la "Pravda" vienesa de 1908 a 1912 descoló muchísimo sobre la moscovita de 1923 a 1929.

En el año de 1912, cuando se advertían signos inequívocos de una nueva sublevación política, se me ocurrió la idea de convocar una conferencia general "unificadora" de representantes de los grupos socialdemócratas. A la sazón se observaban marcadas tendencias conciliatorias de ese jaez en los círculos bolcheviques, y yo no desesperaba de que Lenín se dejase inducir a participar en una conferencia.

Pero Lenín se opuso con todas sus fuerzas a la unificación. El curso ulterior de los acontecimientos demostró que tenía toda la razón. La conferencia se reunió en Viena en agosto de 1912, sin asistencia de los bolcheviques, y en ella me encontré en un "bloque" compuesto de mencheviques y grupos aislados de bolcheviques disidentes. Tal "bloque" carecía de base política, pues en todas las cuestiones fundamentales me vi en absoluta divergencia con los mencheviques. La mañana misma de la conferencia las antiguas diferencias volvieron a estallar y se reanudó la vieja lucha. La correspondencia entre Axelrod y Martov, publicada hace pocos años, atestigua que me odiaban cordialmente; mas, a pesar del abismo que nos separaba filosóficamente, yo no abrigaba iguales sentimientos para con ellos. Hasta ahora recuerdo con gratitud que me enseñaron mucho en mis días juveniles.

Los años de mi segundo des-

PREPARATIVOS PARA LA NUEVA REVOLUCION

tierro fueron años en que me dediqué a colaborar en la prensa democrática rusa. Empecé en "Kiev Mysl" ("El Pensamiento de Kiev") con un largo artículo en que me ocupaba del semanario munichense "Simplicissimus". En un tiempo me interesaba tanto esta revista, que no le perdonaba línea: era en los días en que se publicaban las caricaturas de T. T. Heine, que reflejaban un estado crítico de sensibilidad social. Por aquel entonces trabé íntimas relaciones con las novelas y la literatura alemana contemporánea, y hasta llegué a escribir un largo ensayo crítico y social sobre Wedekind, pues en Rusia aumentaba el interés por este escritor a medida que disminuían las tendencias revolucionarias.

El "Kiev Mysl" era un periódico radical con un tinte marxista, que tenía la mayor circulación en la Rusia meridional. Semejante diario no habría podido existir sino en Kiev, donde la industria estaba poco desarrollada, no se advertían contrastes de clase y arraigaban grandes tradiciones de radicalismo intelectual. "Mutatis mutandi", puede decirse que la fundación de este periódico radical en Kiev obedeció a las mismas razones que produjeron "Simplicissimus" en Munich.

En mis artículos de colaboración en aquél traté de una gran variedad de temas, algunos de ellos peligrosos desde el punto de vista de la censura rusa. Los artículos más breves representaban a veces inmensa cuantía de trabajo preparatorio. Por cierto que en un diario legal y no partidario no podía yo decir lo que hubiera querido decir. Mis artículos publicados en "Kiev Mysl" los reditó en varios volúmenes la oficina editorial del Estado soviético. No soy el llamado a repudiar cosa dicha en aquellos volúmenes. A la vez, quizá no huelgue advertir que en punto a mi colaboración en la prensa burguesa la presté con el

permiso formal del Comité Central, en donde los bolcheviques eran mayoría.

Pasé unos meses en la península balcánica como corresponsal del "Kiev Mysl", meses de guerra, en los que aprendí mucho. Llegué a los Balcanes en septiembre de 1912, con la más firme convicción de que la guerra no era sólo probable, sino inevitable; pero cuando me hallé en las calles de Belgrado y vi las largas filas de reservistas; cuando pude darme cuenta exacta de que no había remedio, que la guerra venía, que estaría encima en pocos días más; cuando me enteré de que varias personas amigas mías habían sido llamadas a filas y enviadas, rifle en mano, a la frontera, a ser las primeras en matar o morir, entonces la guerra que manipulaba yo tan ligeramente en mis artículos y en mis pensamientos me pareció imposible y absurda. Contemplé un regimiento que partía a la frontera como si viera un desfile de espectros. Era el 18 de infantería; los soldados vestían de kaki y llevaban ramitas verdes en las gorras. No calzaban botas de cuero, sino los zapatos blandos del campesino de los Balcanes. El calzado singular, las ramitas en los gorros y el equipo militar completo en tren de batalla daban a los soldados el aspecto de víctimas sentenciadas. En aquellos instantes nada abrasaba mi cerebro con el fuego de la criminal locura de la guerra como aquellos mocasines inadecuados y aquellas ramitas en los gorros; y en aquel propio trance podía advertir que el punto de vista humanitario y moralista del proceso histórico era el más pueril imaginable; pero no trataba de razonar, sino de vivir la realidad. El alma se empapaba en el sentimiento inmediato e inexpressable de la tragedia histórica: ¡la impotencia ante el destino, el dolor abrasador por las langostas humanas!

A los dos o tres días se declaró la guerra. "Los que es-



Aféitese Usted con
SUPER CREMA MENNEN
...y Note la Diferencia

Adiós molestias. Adiós barbas duras, y rebeldes cutis delicados, tardanzas y malhumor... Con la aplicación de Crema Mennen, afeitarse es un placer más... una distracción grata.

Crema Simple o Mentolizada.

MENNEN

Distribuidor para la Argentina: H. E. HERZFELD
Rio de Janeiro 229 - 233 - Buenos Aires

táis en Rusia—escribí— lo sabéis y lo creéis; pero yo, que estoy aquí, no puedo creerlo. Esta mezcla de detalles insignificantes de la vida cotidiana: gallinas, ganapanes, arrapiezos descalzos y moqueantes, no puede, finalmente, conciliarse con el hecho absurdamente trágico de la guerra. Sé que ésta se ha declarado; pero aun no me he habituado a creerlo." Mas era forzoso que lo creyera, que lo creyera a fondo y por mucho tiempo.

Los años de 1912 a 1913 me pusieron en contacto íntimo con Serbia, Bulgaria, Rumania... y con la guerra. Era el gran ensayo para 1914. Empecé en mi diario una campaña contra la mentira del eslavofilismo, contra el chauvinismo en general, contra las ilusiones de la guerra, contra el sistema científicamente organizado de extravío y entontecimiento de la opinión pública. El director del "Kiev Mysl" tuvo el valor de publicar en su integridad el artículo en que yo refería las atrocidades de los búlgaros con los prisioneros de guerra turcos y en que denunciaba la conspiración de silencio de la prensa rusa en general. Ese artículo suscitó una tempestad de indignación en los periódicos liberales rusos. Miliukov, el defensor profesional de Bulgaria, estaba entre la espada y la pared y no acertaba más que a tartamudear. La controversia periodística duró varios días y remató en la insinuación

inevitable de que el sujeto que escribía bajo el pseudónimo de "Antid Otto" no era solamente un desterrado, sino además, un agente asalariado de Austria-Hungría.

El mes que pasé en Rumania cimentó mi amistad eterna con Rakowsky, a quien conociera en 1903. Christian Rakowsky es una de las figuras más internacionales de la política europea. De origen búlgaro, pues nació en Kotel, en el corazón mismo de Bulgaria, pero súbdito rumano a causa de las peculiaridades del mapa balcánico; médico francés por educación; ruso por sus relaciones, simpatías y obra literaria, Rakowsky domina a fondo todas las lenguas balcánicas y cuatro idiomas europeos; participó activamente en varias ocasiones de la vida interior de cuatro partidos socialistas (el búlgaro, el ruso, el francés y el rumano) y finalmente llegó a ser uno de los dirigentes de la Federación Soviética, uno de los fundadores del Comintern, presidente del Soviet Ucraniano de Comisarios del Pueblo, representante diplomático de la Unión Soviética en Francia, y posteriormente compartió el destino de la oposición de la izquierda. Sus características personales: amplia perspectiva internacional y acendrada nobleza de carácter, le hicieron especialmente odioso a Stalin, que es la encarnación de las opuestas.

El capítulo sobre mi vida en Viena quedaría trunco si dejara de mencionar que nuestros mejores amigos en aquella ciudad fueron los parientes del viejo desterrado ruso S. L. Kliaczko. La historia entera de mi segundo destierro está íntimamente ligada a esa familia, que era un verdadero foco de vida intelectual y política amplia, de música, de discusiones en cuatro lenguas y de una infinidad de relaciones europeas. El fallecimiento de Simón L. Kliaczko, jefe de esa familia, en abril de 1914, nos apesadumbró mucho a mí y a mi esposa. León Tolstói escribió de su talentoso hermano Sergio que "a no faltarle unos pocos defectillos habría podido ser un gran artista". Lo mismo podría decirse de Simón L. Kliaczko: tenía todas las características de una figura política notable, salvo los defectos que se requieren para esa posición. Su familia nos brindó siempre ayuda y amistad, de las cuales precisamos a menudo.

El dinero que recibía del "Kiev Mysl" en pago de mis colaboraciones nos habría bastado para nuestras modestas necesidades; pero había meses en que mi trabajo para "Pravda" me impedía escribir una sola línea a cobrar. Entonces ocurría la crisis. Mi esposa conocía de sobra el camino a la casa de empeño y más de una vez vendí a libreros de viejo obras compradas en tiempos más prósperos. Sucedió tam-

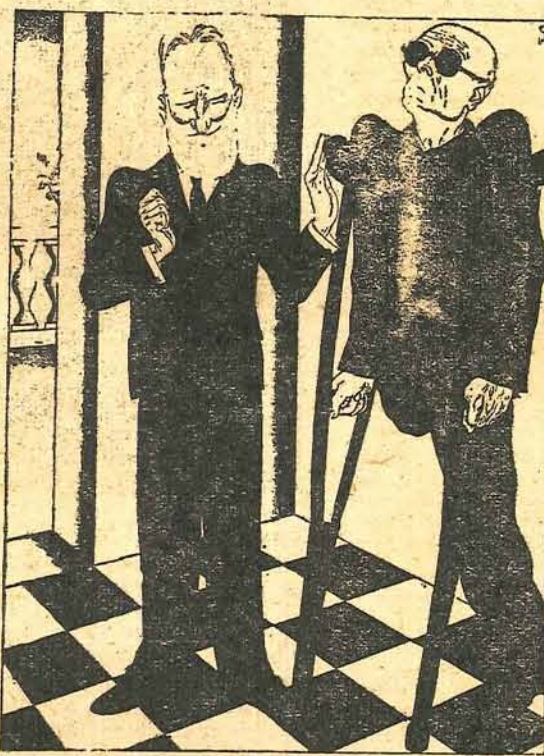
bién una vez que el alguacil del juzgado trabó embargo sobre nuestro modesto mobiliario por falta de pago de alquiler.

Teníamos dos hijos de corta edad, sin niñera. La vida era

doblemente dura para mi esposa, quien, no obstante, hallaba tiempo y energías a fin de ayudarme en mi obra revolucionaria.

(Continuad)

LA CARICATURA LITERARIA



BERNARD SHAW ESCRIBE UNA COMEDIA SOBRE LA GUERRA

Mr. Bernard Shaw: —Vea, amigo, vea mi próxima pieza, y se dará cuenta de lo chistoso que fué aquello de la gran guerra

DIBUJO DE E. SCHILLING

(De "Simplissimus")

HUMANIZACION DEL TEATRO-II HACIA UN TEATRO VEROSIMIL

(Continuación de la pág. 4)

terpretaciones, que en cuanto queda dicho me refiero concretamente al teatro realista, naturalista, verista o como se quiera llamar al que pretende imitar y reproducir sobre la escena la realidad de la vida humana. En mi opinión, a ese teatro debería exigírsele una absoluta naturalidad, tanto en la concepción y en el desarrollo del asunto como en los menudos detalles de la representación. Si ese teatro imitativo no nos da la perfecta ilusión de la vida real, no tiene objeto ni sentido, y se convierte en un estúpido pasatiempo para niños retardados. Pienso que en esta materia no deberían aceptarse nunca los términos medios: o todo o nada; o un teatro realmente realista, o un teatro verdaderamente irreal. Y es claro que tratándose de un teatro irreal, de imaginación, de poesía, de fantasía, de puro humor, cuanto mayor sea la cantidad de detalles y de rasgos inverosímiles, tanto mejor; tanto más completa la sensación de irrealidad. Pero esta ya es otra historia, como diría Kipling.

Dentro del teatro a que me estoy refiriendo, uno de los casos más escandalosos de inverosimilitud lo ofrece un pasaje de "La vierge folle", de Bataille. Transcurre el cuarto acto de ese drama en un hotel de Londres, a horas avanzadas de la noche. En una de las habitaciones del establecimiento, se encuentran los personajes de la obra: Armair, Gracia y los demás. Hay escenas borrascosas, altercados, gritos, imprecaciones, ataques de nervios, exhibición de armas de fuego, detonaciones... Pues bien: todo ese alboroto no provoca la menor reacción de parte de los demás huéspedes. No hay ninguno de ellos que golpee el tabique con un zapato o la puerta con los nudillos, para rogar por favor que le dejen dormir. En cuanto al personal del hotel, sólo se decide a intervenir en el momento en que va a caer el telón, con grave peligro, por consiguiente, de quedarse fuera de la obra.

"Prima facie", todo eso parece un tanto absurdo. No ya en un hotel de Londres, ciudad donde los hoteles se distinguen por lo tranquilos y apacibles, sino en una casa de departamentos de Buenos Aires, un escándalo semejante, promovido a medianoche, probablemente determinaría de parte de los vecinos una reacción inmediata y enérgica.

Hay una gran cantidad de pequeñas cosas que nunca ocurren en el teatro,

no obstante suceder en la vida con relativa frecuencia, y hay otras que no sucediendo casi nunca en la vida real, es raro que dejen de ocurrir en el teatro. Hay también cosas relativamente anómalas, poco comunes en la vida diaria, pero cosas que, en definitiva, acaecen y ejercen en ocasiones una influencia importante en el curso de nuestra vida, acaso sin que tengamos de ello la menor sospecha. Son tal vez cosas raras e insólitas si se las considera en su respectiva singularidad, pero cosas, no obstante, de las que suele nuestra existencia diaria constituir un tejido.

En lo que se refiere a las pequeñas cosas que nunca ocurren en el teatro, aunque sí a menudo en la vida, tenemos "el caso de los fósforos". ¿A quién no le ha ocurrido, cuando se dispone a pasar la velada en el rincón favorito, encontrarse con que no tiene fósforos para encender su cigarrillo, con que no hay un solo fósforo en toda la casa? A mí, por lo menos, me sucede con cierta frecuencia; y más de una vez he tenido necesidad de enchufar en pleno verano un calorífero eléctrico con el solo objeto de poder prender el cigarrillo en sus espirales. He aquí una de esas "pequeñas cosas que no ocurren nunca en el teatro", y que extrañarían quizá a los espectadores de mente convencionalista.

Otro ejemplo: estamos en nuestro gabinete, al caer la tarde, leyendo tranquilamente los periódicos vespertinos, cuando de pronto suena, insistente, un timbre. ¿Es el del teléfono? No, no es el del teléfono, no tiene su intermitencia. ¿Es el timbre de la puerta? No, tampoco es el timbre de la puerta. ¿Qué diablos de timbre puede ser ese? Necesitamos reflexionar un momento para caer en la cuenta de que lo que suena es el despertador del dormitorio. Suena sin objeto, líricamente, como ocurren tantas cosas en la vida real y tan pocas en la escena.

Menciono, con esto, una de las principales causas de inhumanidad e inverosimilitud del teatro llamado realista. Todo lo que en él acontece, en efecto, acontece con algún objeto preciso; justamente al revés de lo que en la vida suele pasar, como la experiencia de todos y cada uno nos lo enseña.

Si entra en escena o sale de ella un personaje, no hay ni qué decir que entra y sale por algo; generalmente, por algo o para algo importante, trascendental, decisivo. Y esto también es falso, también es convencional. Una persona, en su domicilio particular, entra en las habitaciones muchas veces — o sale de ellas —, a tontas y a locas, sin ningún objeto preciso, simplemente por cambiar de sitio, o bien con un objeto sin importancia dramática ninguna, como lavarse las manos, buscar el diario de esa mañana, tomarse un sello de as-

pirina o cualquier otra cosa por el estilo.

Justamente por la insuficiente o nula motivación de muchas de las acciones que a diario ejecutamos, suele nuestra vida cotidiana ofrecer aspectos y matices de incoherencia que sólo por rarísima casualidad ha acertado alguna vez a reflejar el arte escénico.

El teatro que generalmente se nos ofrece por esos escenarios — insistiré a riesgo de incurrir en redundancia — nos resulta siempre demasiado lógico, en el peor y más vulgar sentido de esta calificación. Todas las cosas que en el drama acontecen son demasiado necesarias, demasiado inevitables; son cosas "que se caen de su peso", para emplear una locución popular. Y, justamente, uno de los factores que más contribuyen a destruir la ilusión escénica en el espectador muy experimentado, lo constituye la previsibilidad de las peripecias cuya fatal inminencia, dados ciertos datos del planteamiento del drama, se hace presente en el espíritu desde el momento mismo en que la acción se inicia. Así es como al cabo de unos años de asistir al teatro, se encuentra ese imaginario espectador en situación análoga a la de un penado que, no teniendo en su calabozo por todo material de lectura sino una o dos docenas de novelas, estuviera obligado a releerlas constantemente.

Hay en el espíritu humano algo así como un hambre insaciable de lo imprevisto, y esa necesidad sólo puede satisfacerla la aventura, sea aventura de amor, aventura de juego o aventura de arte. Ahora bien: ¿cómo vamos a encontrarnos con lo imprevisto en la esfera de las cosas lógicas y necesarias? Por eso queríamos un arte un poco o un mucho absurdo y arbitrario, como es absurdo y arbitrario el amor, como es arbitrario y absurdo el azar... Además de las cosas necesarias que ocurren en el teatro, además de esas cosas cuya eliminación implicaría la eliminación del espectáculo mismo, del que son esqueleto, queríamos algunas cosas innecesarias, algunas de esas cosas superfluas en las que suele consistir la elegancia, tanto en la vida como en el arte.

En una película norteamericana — en una de tantas películas — ocurre lo siguiente: un joven de aquella nacionalidad, que ha estado haciendo la guerra en el frente francés y que desde mucho tiempo atrás no ha tenido noticia alguna de su madre — sola y enferma en París —, tan pronto como puede abandonar las trincheras y volver a la capital corre al lujoso hotel cosmopolita en que aquella señora se alojaba cuando se despidió de ella. La dama norteamericana ya no vive allí, ni hay nadie que dé razón de su paradero. En la pantalla vemos al muchacho, ansioso, febril, interrogando a un

empleado de la gerencia del hotel. Es, para el espectador, un momento de angustia, de real emoción. ¿Logrará el joven soldado reunirse con la anciana señora cuya vida se extingue por instantes en una pobre bohordilla de París? Un segundo más y lo sabremos. En ese preciso momento, aparece en escena un nuevo personaje, un caballero como cualquier otro, que se acerca al mostrador. ¿Quién es ese nuevo personaje? ¿Tal vez es el hombre que va a poner fin a nuestra incertidumbre? ¿Es el que va a reunir a aquella madre moribunda y a aquel hijo atormentado por la ansiedad?... No, no es nada de eso. Es, sencillamente, un señor a quien se le ha parado el reloj y necesita averiguar la hora oficial. Logrado su objeto, se retira tan tranquilamente como ha venido. Es, sin duda, un personaje superfluo, como es superfluo su ademán de sacar el reloj y darle cuerda; pero lo cierto es que su aparición en escena pone en la acción una nota de perfecta naturalidad.

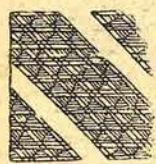
Y es que en la vida no hay elementos despreciables desde el punto de vista escénico, por lo menos en lo que concierne al arte escénico realista. Todos los elementos ofrecidos por la realidad invisten igual importancia; o, si se prefiere, todos carecen de importancia en igual medida. Tal vez en pintura no tenga aplicación el principio correspondiente. Es probable, como más de una vez se ha sostenido, que haya paisajes o trozos de paisaje fundamentalmente no pictóricos y hasta, en cierto sentido, falsos, absurdos. En el teatro realista el prejuicio correlativo no debería tener vigencia. Es probablemente una puerilidad pensar que unos trozos o segmentos de nuestra existencia son más teatrales que otros. La tragedia, la comedia, la tragicomedia de nuestra vida, se manifiestan igualmente en todos y en cada uno de sus momentos cotidianos; se manifiestan quizá más acusadamente que nunca en los momentos, en las actitudes, en los gestos específicamente cotidianos. En el más familiar de nuestros ademanes habituales hay acaso un hondo contenido dramático que, semejante a las notas dormidas en el arpa bequeriana, sólo aguarda al espíritu afin capaz de captarlo y convertirlo en substancia de arte, capaz de transmutarlo en materia de belleza mediante esa maravillosa y misteriosa labor de alquimia que es la labor de la creación artística. Tal vez algún día lleguemos a persuadirnos de que lo único que la vida tiene de realmente trágico es su implacable vulgaridad, como lo insinúa ya la queja dolorosa de Laforgue: "O, que la vie est quotidienne"...

(1) Véase la revista de LA NACION, número 52: "El teléfono niquelado".

“MASCARA BLANCA”

POR
EDGAR WALLACE

CAPITULO XX



NATURALMENTE — prosiguió el doctor Marford —, yo no deseaba complicaciones con Bateman, de quien sabía que estaba casado y que había abandonado a su esposa en Gran Bretaña. Su matrimonio databa, por supuesto, de antes de que conociese y se casase con la señora Landor, la señora que vino a mi clínica en la noche en que maté a Bateman y me contó, sorprendiéndome, su historia.

Por último, Walter asintió a que yo participase y le prestase mi colaboración en el asalto a un banco del país, que guardaba en sus cajas una considerable suma de papel moneda, especialmente a fines de semana. Debía efectuarse la operación “a dos manos”, como decimos nosotros. Bateman, desde luego, no tomó parte activa en la fechoría. Se limitó a prepararnos el terreno; nos suministró toda clase de detalles sobre los movimientos y costumbres del personal. Lograba descubrir — nunca supe de qué modo — casi en forma exacta, qué cantidad de dinero atesoraba una institución bancaria.

Se trataba de una pequeña ciudad, situada a unas sesenta y cinco millas de Melbourne. Walter y yo salimos hacia allá en un automóvil, ya entrada la noche, y permanecimos en el coche con un amigo de mi hermano hasta la mañana. Claro está que yo no podía dominar mi excitación y que estaba dispuesto a llevar una pistola. Walter ni siquiera quería oír hablar de esto. El nunca utilizaba armas de fuego; la única pistola que utilizaba era de juguete. Fué ésa una lección que jamás olvidaré.

—O vas a cometer un crimen o no vas a cometer un crimen — me dijo Walter —. “Si vas a cometer un robo, una pistola de juguete es tan buena como cualquier otra. Lo que importa es su poder persuasivo y su poder de alarma”.

Era un hombre de principios extraordinarios y mantenía puntos de vista muy firmes acerca de los criminales que empleaban armas de fuego.

—El deber de un funcionario bancario consiste en defender los bienes confiados a su custodia y si tú le matas eres un cobarde — explicó. “El deber de un agente policial consiste en detenerte y si tú disparas contra él eres un pillo”.

Pero no sentía ningún afecto especial por la policía; no le inspiraba fe; y antes de emprender la aventura, insistió en que me cosiese los bolsillos con fuerte bramante.

—Sólo precisas un pañuelo y puedes llevarlo en la manga — me explicó.

No me di cuenta de la razón de esta precaución, hasta que me expuso que no era poco frecuente que la policía, al capturar a un sujeto, le deslizase un revólver en el bolsillo, para castigarlo con una sentencia mayor que la correspondiente. No sé el grado de verosimilitud de esta advertencia. Acaso sea una de las patrañas que los rateeros intentan y en la que creen ciegamente.

Guardábamos nuestras pistolas de juguete en un cinturón, debajo de los chalecos. Encontrarán todos los detalles de esta incursión a la agencia bancaria en un pequeño álbum de recuerdos, en mi alcoba. Obtuvimos éxito. En el minuto señalado irrumpimos en el banco con máscaras blancas en los rostros; yo apunté al cajero y,



Su estado era demasiado grave para que me reconociese

a su ayudante con mi pistola de juguete, mientras Walter daba la vuelta al mostrador, tiraba de la puerta de la caja fuerte, que ya estaba abierta, y se apoderaba de tres fajos de billetes. Nos hallamos fuera de la ciudad antes de que la policía se despertase de su siesta de mediodía.

Retornamos a Melbourne por una ruta indirecta y juraría que nadie de la población nos hubiese reconocido o identificado como asaltantes. Esa tarde, los diarios de Melbourne estaban repletos de informaciones sobre el robo y anunciaban que el Banco de Australasia ofrecía cinco mil libras a quien detuviese a los asaltantes. Otra proclama suplementaria, emitida por la policía, en nombre del Gobierno, prometía gracia plena para la persona que, no siendo uno de los delincuentes o un cómplice, suministrase informaciones a la Justicia de Su Majestad. A Walter le afectó esta noticia. Conocía a Donald Bateman mejor que yo.

—Si consigues la recompensa ofrecida y el perdón, estamos “fritos” — me dijo y al enterarse, mediante un llamado telefónico a una redacción, de que la recompensa se le entregaría a cualquiera, cómplice o no, empalideció.

—Vete a buscar a tu esposa, Tommy — habló —. “Tenemos que desaparecer de esta ciudad inmediatamente. Esta tarde sale un barco para San Francisco. Debemos embarcarnos en él. Veré al comisario y podremos viajar en diferente clase”.

Fuí al hotel, pero Lorna había salido. El portero me dijo que se marchara a las carreras en compañía de Bateman. Regresé al lado de Walter y le conté lo que pasaba.

—Acaso no se entere del ofrecimiento de la recompensa hasta que terminen las carreras. Esa es nuestra única probabilidad — me contestó —. “Sería mejor que fueras al hotel y le dejaras unas líneas y algún dinero a tu mujer, citándola para que se reuna contigo en algún punto”.

Al retornar al hotel, empaqueté unas cuantas cosas y escribí un billete para Lorna. Al abandonar el ascensor y penetrar en el vestíbulo, la primera persona a quien vi fué Riley, jefe del servicio de investigaciones de la policía de Melbourne. Le conocía solamente por haberme sido mostrado como una persona a quien convenía evitar. Debo declarar — ¡ya ha muerto el pobre tipo! — que era una persona decente.

Comprendí lo que sucedía al contemplar que Riley venía a mi encuentro, tomaba mi valijita y se la pasaba a otro hombre.

—Haría usted bien en pagar su cuenta, Tommy — me comunicó —. “Eso le ahorrará muchas molestias”.

Me acompañó a la caja y pagué la cuenta. Luego me condujo a un taxímetro y nos dirigimos a la comisaría de policía. Allí me encontré con Walter. Le habían detenido poco después de dejarle yo. Supe que me siguieron los pasos hasta el hotel y que los agentes de investigaciones esperaron a que recogiese mis bártulos para detenerme en seguida. Una de las peculiaridades de Riley consistía en que obligaba a todos los delincuentes a pagar las cuentas de los hoteles antes de arrestarlos. Se murmuraba que su esposa poseía tres hoteles en Melbourne, pero eso, probablemente, no se reducía sino a otra invención.

La policía recuperó la mayor parte del dinero. No todo, porque Walter había escondido cuatro mil libras y pagado cuatro mil a Bateman, suma que Bateman devolvió al tener seguras las cinco mil libras esterlinas de la recompensa.

Bateman era el denunciante, por supuesto. No fué a las cárceles; estaba sentado en un despacho contiguo al salón de la comisaría en que nos hallábamos, y vino a identificarnos. Walter no le dijo una palabra; ni le miró. Creo que experimentó una especie de presentimiento de que acababa de vivir su último día de libertad, ¡tan maltrecho y deprimido se encontraba! Mis ojos sí chocaron con los de Bateman y él advirtió que, de enfrentarnos más tarde el destino, habría un ajuste de cuentas.

Muy poco tengo que narrar sobre los procedimientos judiciales. El proceso fué sencillo y se nos sentenció; a Walter a ocho años y a mí a tres años. A partir de nuestro ingreso en prisiones no volví a ver a Walter hasta que me trasladaron al hospital del penal en que agonizaba. Su estado era demasiado grave para que me reconociese. Riley se encontraba allí; venía con la intención de sonsacar alguna información acerca de las cuatro mil libras esterlinas que faltaban. Me explicó, en tanto que yo esperaba a que me recondujesen al penal, que si le hablaba con franqueza conseguiría que me condonasen un año de mi sentencia. Mi situación venía a ser tan lamentablemente misera que estuve a punto de franquearme, pero lo pensé mejor y sólo le dije la verdad a medias.

Dos mil libras estaban escondidas en un lugar y dos mil en otro. No necesito contarles en dónde; sepan que se trataba de un banco respetable. Le revelé el sitio más difícil de descubrir, y me imagino que recuperó el dinero, porque en el plazo de una semana se recibió la orden de mi libertad. Riley

EL Dr. MARFORD, MEDICO LONDINENSE ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

nunca dejó de cumplir una promesa.

Paseé por Melbourne un mes. No necesité practicar averiguaciones respecto a Lorna. Sabía — las noticias llegan siempre a las prisiones — que ella y Bateman se habían marchado. Aquello, al cabo, no me apenó. Tenía la seguridad de que Bateman y yo nos enfrentaríamos, más tarde o más temprano. Es curioso comprobar cómo los consejos de Walter influyeron siempre en mí. Jamás poseí una pistola y aun en los momentos más azarosos de mi existencia, jamás soñé en comprar una.

La policía no me vigiló al salir de presidio. Riley sospechó, quizá, que aun había dinero oculto, pero probablemente no se preocupó mucho por eso. Las cartas de Inglaterra, por encargo mío, venían encomendadas a cierta dirección de Melbourne y me encontré con una docena de viejas facturas, recibos, cartas de compañeros de estudios y un sobre voluminoso.

A veces, en el presidio, pensaba yo en cuál habría sido el resultado de mis exámenes. Pasado algún tiempo, cesaba mi interés por el asunto. Parecía que por honesta que fuese la carrera seguida por mí, el asunto estaba terminado. Se me expulsaría del registro médico por malos antecedentes y se concluiría mi doctorado. No me apercebía de que las autoridades australianas no conocían para nada a “Marford”; conocían únicamente a Tommy Fursey. Al abrir el sobre extraje el certificado con mi título y me sentí confortado. En Gran Bretaña yo sería el doctor Marford, un facultativo competente y calificado. Podía empezar a ejercer inmediatamente. Se abría ante mí un nuevo y maravilloso panorama. Las labores profesionales me atraían muchísimo y me disponía de antemano a especializarme en enfermedades de la infancia.

Recogí las dos mil libras esterlinas y, tras un intervalo razonable, abandoné Australia con rumbo a Inglaterra. Viagé en tercera clase hasta Colombo y desde ese punto, en primera. Pretexté que hacía mucho calor en la proa y que podía pagarme una comodidad mayor. Desembarqué en Egipto; precisaba romper por completo todo vínculo con Australia, destruir los lazos de relación creados a bordo, que podían comprender a alguien que conociese mi historia. En El Cairo presenté mis títulos al ministro británico, obtuve un nuevo pasaporte en reemplazo de uno que alegué haber perdido y viagé luego por Italia y Suiza. Llegué a Londres a fines de septiembre.

Entraba dentro de mis intenciones adquirir un pequeño consultorio. No bien estuve en Londres, llamé a un comisionista, que me prometió una ayuda considerable. Me manifestó que tenía para mí lo mismo que yo deseaba y, al cabo, demostró ser peor que inútil. Me sometía proposiciones fuera del alcance de mis medios o consultorios en el campo, que sabía yo de antemano que no me convenían. Los campesinos son muy conservadores en lo que a los doctores atañe y no se confían a un médico hasta que la barba le ha blanqueado o ha perdido la vista.

Decidí establecer un consultorio por mi cuenta en Londres. Me quedaban 1500 libras esterlinas y calculé que, con un sistema de economía severa, podía vivir cinco años sin un paciente y tres años si me animaba a realizar mi gran proyecto, que consistía en establecer una clínica de rayos solares

para infantes. Siempre he alimentado un entusiasmo espontáneo por la labor entre niños. Amo a los niños y de no haberse interpuesto en mi camino Donald Bateman y mi esposa, habría abierto dentro de unos pocos años una gran institución, cuya construcción importaría 20.000 libras y cuyo mantenimiento costaría 10.000 libras por año. Eso ambicionaba yo.

Sabido es que inauguré un consultorio en Endley Street y que inicié el ejercicio de mi profesión con los honorarios más módicos posibles. Desde el primer momento obtuve pleno éxito en la afluencia de pacientes. Verdad es que procedían de la clase más modesta y que me obligaban a gastar diez y nueve chelines por cada libra esterlina que me entregaban. El trabajo me resultaba interesante, sin embargo, y en un raptó de entusiasmo me dispuse a abrir una clínica en el extremo final de Endley Street.

Consideré que mediante un régimen de economía estricto podría vivir con las ganancias de mi profesión y que el dinero que con tanto celo había atesorado permitiría el libre funcionamiento de la clínica durante dos años.

Y, un día, he ahí que un rayo cae ante mis ojos atónitos. Vino una mujer a mi consultorio. Me encontraba en ese instante sentado en mi mesa de despacho escribiendo una receta para un paciente que me había visto unos minutos antes. Sin mirarla, noté que se sentaba, y en seguida le pregunté:

—¿Qué puedo hacer por usted?

Alcé la cabeza... y mi mirada chocó con la de Lorna Weston, mi esposa!

La había olvidado. No exagero. Literalmente hablando, se había desvanecido de mi vida y de mi memoria. Casi me había olvidado de Donald Bateman. No la reconocí en el momento, pero se sonrió y sentí que mi corazón tomaba una dureza de plomo.

—¿Qué desea usted? — pregunté.

Estaba vestida muy pobremente y su aspecto era miserable. Se alojaba a la sazón en la casa de una señora Albert y adeudaba, según me dijo, tres o cuatro semanas de inquilinato.

—Deseo dinero — me contestó fríamente.

—¿No anda por ahí un hombre llamado Bateman? — le interrogué.

Se echó a reír y esbozó un gesto. Por ese gesto comprendí que todavía le amaba y que Donald la había abandonado.

—Bateman se ha ido. El y yo no nos vemos desde hace más de dos años — me repuso.

Me relató la clase de vida que había llevado, cómo la extrema pobreza la impeliera a refugiarse en un antro. Me causó pena... Creo que es muy fácil que las mujeres nos causen pena... Pero me acordé también de su usufructo del dinero de la traición y de su probable participación en la felonía. Se me presentaron infinidad de pequeños sucesos que recordé en el presidio y que brindaron color al cuadro que evocaba. Y me acordé de Walter, agonizante en la enfermería de un penal, desamparado, solitario, con el corazón partido.

—No recibirás dinero de mis manos — la dije —. “Tuvieste tu parte en la recompensa, me imagino...”

—Un poquito — me respondió con cínica serenidad —. “No tanto como merecía. La policía nunca habría encontrado vuestras máscaras blancas si no fuera por mí”.

Su cinismo me cortó el alien-

LA VIEJA ROMA QUE DESAPARECE

LA BANDA MUNICIPAL DE VESSELLA

Maestro Alejandro Vessella, director de la Banda Municipal de Roma

POR
ALBERTO
DE
ANGELIS

(Para LA NACION)

ROMA, junio de 1930.

El maestro Vessella. (Caricatura de Cesare Musacchio)



estaba el palco de la música, otros oyentes escuchaban beata y cómodamente la música sentados en populares sillas de paja alquiladas para esta ocasión. En los espacios que quedaban libres de este público sentado, otro público, el más variado, desde el melómano—rico o pobre—y las numerosas familias de la pequeña burguesía, empujones de chicos y señoritas en busca de marido, hasta los mismos jovencitos que se trasladaban a la Plaza Colonna con el fin bien definido de hacer la corte a las muchachas.

Durante las épocas invernal y primaveral, los conciertos solían darse también en la gran plaza del Pincio, desde cuya terraza se contempla el más hermoso panorama de Roma. Los conciertos se ejecutaban generalmente en las primeras horas de la tarde, bajo un sol magnífico y molestados apenas por la circulación de los coches privados, en los que los buenos burgueses acostumbraban a lucirse y pararse de vez en cuando junto al palco de la música para oír el trozo favorito.

Vestidos de levita, los músicos de la banda cubrían su cabeza con un sombrero de tres picos, distinguiéndose el del maestro por llevar plantado en él un rico "esprit"; característica en extremo era la figura algo panzuda de Vessella, el cual con la cabeza hacia atrás llevaba el compás, asociando todo el cuerpo al lento movimiento de sus brazos.

Público, maestro y banda habían logrado con la ayuda del tiempo compenetrarse hasta el grado de mayor perfección. No solamente habían terminado las divergencias en cuanto a los programas, sino que las audiciones atraían una muchedumbre cada vez más numerosa y convencida; y la estima en que se tenía al director y a su cuerpo musical aumentaba sin cesar, no limitándose ya a los confines de la patria, sino imponiéndose también en el extranjero, durante las "tournées" realizadas en Rusia, en Inglaterra, Alemania y en España. El vigésimoquinto aniversario del llamamiento de Vessella a la dirección de la banda adquirió caracteres de verdadera apoteosis por el homenaje plebiscitario que le rindieron las autoridades, sociedades artísticas y el público en general.

Las reformas ideadas por Vessella tanto en el número como en la calidad y en el empleo de los instrumentos, no solamente hicieron alcanzar a la Banda Municipal de Roma el mismo nivel de las de las naciones más adelantadas en este campo, sino que fueron aprobadas dichas reformas por el Ministerio de Guerra, siendo también introducidas en todas las bandas militares italianas. Esta importante obra de Vessella ha quedado recogida en un magistral "Tratado de instrumentación para banda"; y a esta enseñanza escrita unió también el maestro la enseñanza oral en la cátedra de instrumentación para banda creada expresamente para él en el Real Conservatorio de Santa Cecilia en Roma.

Nombrado en 1918 capitán maestro de la Banda de la Marina, Vessella fué a París a dar una serie de aplaudidos conciertos de música italiana. Más tarde era Malta la que solicitaba el honor de darle hospitalidad con el fin de que organizase la banda de la Sociedad Filarmónica La Valletta.

Pero no se limitó al solo campo "bandístico" la obra de

Vessella. A él fué debida la continuación de la misión educadora sinfónica — ya iniciada por la Sociedad Orquestral Romana — mediante la institución de los conciertos sinfónicos populares organizados de acuerdo a la Real Academia de Santa Cecilia y el Ayuntamiento de Roma. Estos tuvieron lugar bajo la dirección de Vessella en varios teatros de la capital, desde 1905 hasta 1907, (cuarenta y nueve variados programas en los que figuraron compositores italianos y extranjeros de todos los tiempos), y en 1908 como magnífica continuación, fueron inaugurados los conciertos sinfónicos del Augusteo, hoy día todavía en plena eficiencia.

Desgraciadamente, esta última y genial iniciativa resultó fatal para Vessella, pues, en efecto, se fué formando un grupo de personas competentes que sostenían que la banda había agotado su misión como educadora del pueblo y que convenía que esta misión fuese transmitida a las instituciones sinfónicas. Y de ese modo, en 1925, poco tiempo después de haber presentado Vessella su dimisión por razones de edad, la banda fué suprimida. Desapareció con ella un sólido edificio con cuarenta años de experiencia. Muchos de los músicos habían envejecido estando en el cuerpo, donde habían afinado sus cualidades individuales y colectivas, cosa que no podía ni se puede obtener de las bandas militares constituidas tan sólo de jóvenes agregadas a ellas únicamente durante el servicio militar. También es posible que en la decisión de la autoridad al suprimir la banda entrase por mucho la convicción de que hubiese sido muy difícil encontrar otro director de méritos iguales a los de Vessella, el cual, muriendo en enero del último año, tuvo la amargura de asistir al fin de la gloriosa institución. El recuerdo de ésta sigue todavía vivo en la memoria de los romanos que tanto se beneficiaron de ella. Y hemos tenido la prueba de esto en la solemne conmemoración que hubo en el Augusteo el 6 de marzo, en la que la Banda de los Reales Carabineros, dirigida por el maestro Luis Cirenei, ejecutó un programa dando principio con una preciosa composición que Vessella escribió con motivo del matrimonio del actual rey Victorio Manuel III, en la que figuraba, además, transcripciones que el mismo maestro había hecho de las composiciones de Spontini, Beethoven, Ponchielli, Widor, Verdi, Mozart, Wagner, Mascagni. A continuación de la conmemoración oficial se dió otra bien imponente y espontánea en el Pincio, repitiéndose el mismo programa y a la que asistió toda una multitud de pueblo en verdad conmovido: el verdadero público de Vessella. El nombre del cual se perpetuará en una fundación que tendrá como finalidad benéfica la de premiar anualmente uno o más maestros de nacionalidad italiana que presenten una composición o una transcripción para banda, según las normas artísticas del genial desaparecido.

"2a. Marche aux flambeaux". 4 — Vessella: "Casamicciola", ouverture. 5 — Wagner: "Tannhäuser", marcia. 6 — Mendelssohn: "Ruy Blas", ouverture. 7 — Valdeufel: "Grande Vitesse", galop.

Como puede verse, no había nada ni de extremadamente difícil ni de extravagante para cualquier otro público que no se encontrase como el romano absolutamente falto de preparación. Se hizo intérprete del resentimiento popular el periódico "Roma Antología", que entre otras cosas escribió en aquella ocasión lo siguiente: "Vessella ha dado señales de vida el domingo último en Plaza Colonna con un programa franco-alemán capaz de enloquecer a los mismos perros."

"Por lo visto, el señor Vessella creía encontrarse con un piano Erard frente a una cabellera enmarañada, muy enmarañada, ("el periodista alude aquí a Listz, el cual gustaba de asistir a los conciertos sinfónicos de la Sociedad Orquestral Romana" en la Sala Dante". N. de R.), en la sala Dante, en presencia de un público exótico de gordos "nababs" y de altas y delgadas "miss", y no en la Plaza Colonna en el palco de los conciertos y ante un público acostumbrado a saborear la buena música de nuestra casa. Si piensa seguir así, tenemos el honor de decirle que ha equivocado el camino y que los romanos, poco a poco, le irán dejando solo con sus músicos que lanzaron al viento estos logaritmos del álgebra musical."

Pero Alejandro Vessella no se descorazonó y continuó impertérrito por el camino emprendido. Las repulsas continuaron y se agudizaban cuando en los programas figuraba el nombre del ostrogodo Wagner; pero a medida que el público se rebelaba aumentaba cada vez más en el joven maestro el placer de la lucha por la victoria total de su alto ideal. La primera ejecución de la "Marcha Fúnebre" de "Sigfrido" fué saludada con una nutrida salva de silbidos; pero en medio del clamor del público el maestro continuó impassible en dirigir hasta el final, y cuando una pequeña parte del público que aplaudía pidió el "bis", el maestro tuvo también el valor de concederlo. Entonces la batalla arreció en intensidad, teniendo que intervenir la fuerza pública, pues la Plaza Colonna se había convertido en un teatro de verdaderas reyertas. ¿Qué pensaba la autoridad de todo esto? Esto es lo que el maestro quiso saber, y fué a ver al alcalde Príncipe Ruspoli, contestándole éste que siguiese por el camino emprendido, pues Roma estaba orgullosa de tenerlo a la cabeza de su Banda. A las escenas callejeras se unieron las interpelaciones en el Concejo Municipal, pero el alcalde defendió siempre al joven maestro, y éste gracias a este firme apoyo pudo proseguir su difícil misión. Dirigió de este modo los trozos más célebres de Meyerbeer, las composiciones más famosas de Chopin, Grieg, Weber, las ocho Sinfonías de Beethoven; dedicó no poco espacio a los italianos, pues al mismo tiempo que incluía en sus programas autores ya consagrados como Bellini, Donizetti y Verdi, inaugurando aquel género de centón melodramático llamado "fantasía", daba trozos de obras de músicos contemporáneos de reciente fama, como Ponchielli y Catalani y de otros que luchaban por alcanzarla como Puccini, Mas-

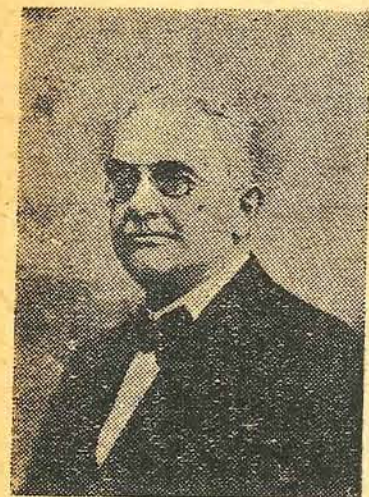
cagni, Giordano, Cilea; y resumiendo, además, trozos instrumentados por ilustres compositores italianos del siglo pasado, los cuales a pesar de ser italianos eran desconocidos de la mayor parte de los romanos.

Constituyó un acontecimiento memorable la audición de "Cavalleria Rusticana" de Mascagni, dirigida por Vessella el 6 de septiembre de 1890, a los tres meses del estreno triunfal de la ópera en el Teatro Costanzi. "Parecía vacía la Plaza Colonna — escribía al día siguiente Eugenio Checchi en el "Fanfulla" — tal era el silencio y el delicioso recogimiento de los espectadores; pero cuando la batuta del maestro Vessella marcó los últimos compases, un verdadero huracán de aplausos y de gritos estalló dominándolo todo y extendiéndose a lo largo del Corso y por las calles más cercanas. La "Cavalleria" fué repetida tres veces, juzgándose admirable la transcripción hecha por Vessella."

No menos admirables parecían entonces, y siguen siéndolo, sus transcripciones de cuartetos y quintetos para arcos, de trozos para violín y piano, para piano solo, para órgano, sus transcripciones de sinfonías para grandes y para pequeñas orquestas. Como ejemplos pueden citarse: la "Pasacaglia" de Bach, la "Polaca No. 53" de Chopin, el "Moto perpetuo" de Paganini, el "Minuetto" de Boccherini, las "Sinfonías y las ouvertures" de Weber, de Mendelssohn, de Schubert, de Haydn, de Mozart, el "andante de la segunda Sinfonía para órgano", de Widor, la "Toccata de la novena Sinfonía para órgano", del mismo autor.

Con una sencillez más que arbitraria — pero que nos vemos obligados a reconocer por las consecuencias que luego tuvo — los partidarios de la vieja escuela de música bandística, podríamos decir a la Pezzini, fueron llamados "antiwagnerianos", en contraposición a los prosélitos no solamente de Wagner, sino de todos los demás autores clásicos y modernos, italianos y extranjeros, que Vessella intentaba hacer admirar; éstos fueron llamados wagnerianos. Los conflictos entre los dos grupos menudearon, pero poco a poco fueron cediendo en favor de los wagnerianos.

Pero aparte alguna que otra nota... de color, no hemos dado todavía la idea completa de la fisonomía de la Plaza Colonna "musical" en la época que va desde el 1885 hasta hace pocos años. Según la estación, los conciertos se daban por la tarde o por la noche: por la tarde en el invierno y por la noche en verano. La Plaza Colonna es una de las más armoniosas de Roma, tanto desde el punto de vista de la arquitectura como desde el punto de vista de la sonoridad. En sus lados, tres de los más famosos cafés de Roma solían colocar durante los conciertos numerosas mesitas en las que tomaban asiento los oyentes deseados de gozar del aire, de los... aires musicales y de los helados. Alrededor de la Columna Antonina, detrás de la cual



ACIA el 1885, las ejecuciones musicales de la Banda Municipal de Roma seguían el ritmo de su tiempo: ouvertures y transcripciones de trozos de ópera, marchas, bailables y esto era lo que mejor acogida obtenía por parte del público.

El director de la Banda era un tal maestro Pezzini, el cual murió en el año antes citado, y debido a esto se trató de reemplazarle en tal puesto. Se encontraba a la sazón en Milán un joven músico de la provincia de Caserta: Alejandro Vessella, que había hecho buenos estudios de piano y de composición en el Conservatorio de Nápoles y que pensaba haber seguido la carrera de pianista; pero el exceso de trabajo le había producido calambres en las manos y había debido renunciar a su propósito. La vida musical de Vessella no se presentaba, pues, de color de rosa, cuando llegó a sus oídos el concurso convocado por la municipalidad de Roma. Pasó por su mente la idea de concurrir y dió parte de ello a Luis Mancinelli y a Amilcar Ponchielli, ilustre autor de la "Gioconda" y no menos ilustre "maestro de banda"; y ambos le aconsejaron que concurrese. Vessella concurreció y venció. Venció en el concurso, pero después de esto se trataba de vencer en otras mucho más rudas y difíciles batallas, ya que el maestro napolitano no era de los que se duermen sobre los laureles. Bonachón de carácter, pero tenaz y dotado de una cultura musical y de ideas artísticas muy por encima de lo corriente, él consideraba su nombramiento, no como un punto final en su carrera, sino como un punto de partida.

El programa del primer concierto que dirigió en la Plaza Colonna el 5 de julio de 1885, fué el siguiente: 1 — Vessella: "Campidoglio", marcia trionfale. 2 — Mozart: "Flauto mágico", ouverture. 3 — Meyerbeer:

to. Me levanté y abrí la puerta. — "Puedes marcharte" — le manifesté.

No se movió. — "Necesito cien libras" — adujo. — "Me enferma vivir en la pobreza."

Únicamente atinaba a mirarla; me faltaban las palabras para contestarle.

— "¿Y por qué habría de darte cien libras, suponiendo que las poseyera?"

— "Porque — repuso en voz baja — si no me das cien libras contaré a alguien que tú eres un ex presidiario. ¿Y proseguirás ejerciendo, entonces, de... doctor?"

Desde aquel día en adelante me extorsionó. A los tres meses sólo tenía yo la mitad del dinero que había apartado para el funcionamiento de la clínica y que me había prometido mentalmente repetidas veces invertir en lo siguiente: pedido de lamparas, camas, refacciones. Sobre mis espaldas pesaba, por mi voluntad, la obligación de costearlas en un plazo de cinco años.

(Continuará)

HORAS DE LA HISTORIA

EL PRINCIPE QUE FUE MENDIGO
LA VIDA NOVELESCA DE SIR BASIL ZAHAROFFII
POR
RODRIGO
SORIANO

La vida de Basil Zaharoff, que ya esbozamos, principia y termina como los folletos económicos o las comedias "virtuosas", al estilo clásico... Con la tragedia en sus comienzos, el triunfo justiciero del bien, y de la recompensada virtud, en su aburguesado final. Más difícil fuera saber dónde estaba el bien en tan extraordinaria vida.

Vimosle salvarse del presidio por azaroso talismán: resucitar en Atenas; fugitivo de un harén, en Byzancio, escapado al hierro eunuco... Vémosle, ahora, viajero de un expreso... Se dirige a Londres... Skouloudis, el político griego, su protector, le ha proporcionado la representación de la casa Nordenfeldt, que abandonó un sueco en Atenas. Zaharoff triunfa. Mas su leyenda, pícaro, de Londres, la de la cárcel ateniense, sin cesar le persiguen... Camina el tren hacia Londres... Zaharoff se ha transformado. Luce ya elegantes trajes, joyas, en el ojal una flor, monóculo bajo la derecha ceja. Su equipaje, de cuero de Rusia, encierra riquísimo vestuario, alhajas... Es un Jorge Brummell, el bello Lauzán, amante de la Montpensier. Mas, ¿dónde está su maleta? Se le perdió. Pero, si denuncia el robo, aparecerá con él la vieja leyenda, se le complicará en un proceso... Y, ya se ve anunciado en los periódicos: "El nuevo robo de Zaharoff, reincidente". Baja Basilio en una estación fronteriza... Toma asiento en el buffet. Tropieza bajo la mesa, con un bulto, ¡es una maleta!... Baja un momento la mano... Frente a él, un anciano elegante, de blanco bigote y patillas a la rusa, tipo de general moscovita, parece mirarle, receloso; mas, al advertir el movimiento de Zaharoff, palidece... ¡No hay duda, es el ladrón! ¿Mas, cómo atreverse? Su vecino luce en el ojal una condecoración, ¡la de San Jorge!... Mas palidece... Zaharoff, resuelto, recoge la maleta... El prócer no vuelve... Le ve, luego, y le vuelve las espaldas... Ya nada puede temer Zaharoff; denuncia entonces al ladrón. Oféndese éste. ¡Es el Ivano-vitch, nada menos! ¡El Zar no tolerará tal atropello! Mas los policías le reconocen. En su cartera aparecen tarjetas de generales, de ministros, de condes ¡peste de obispos!

La vida toda de Zaharoff, va muy al hilo del azar, de la fortuna. Cuando Zaharoff llega a Londres, ha estallado la guerra de los Balcanes, avispero de Europa. Turquía, como Sixto V, arroja sus muletas; desafía, en Plewna, al oso ruso. Grecia tiembla. Triunfa Rusia, mas Inglaterra no quiere dejar paso, hasta Constantinopla, al águila cosaca, ¡el eterno sueño! Serbia se entromete. Zaharoff, hace y vende, entonces, sus primeras armas. Las vende a todos: griegos, turcos, serbios, rusos, búlgaros... Todos son vencidos. Zaharoff el vencedor único... Ya conoce su camino. Ahora triunfa, en Atenas, el réprobo de antaño. En sus manos lleva aquellos lindos juguetitos, tan relucientes y brillantes, las ametralladoras Nordenfeldt, fusiles de repetición... ¡Oh, qué simpático señor! Ganaba entonces cinco libras por semana, mas habla de millones, con desdén; apalea el oro. ¿Qué le importaba a él que rusos y turcos se despedazaran, que sus lindos juguetitos sembraran de ruina y sangre a su propia patria? ¡Oh, santo Nordenfeldt! La fiebre armamentista delira. Rusia, Inglaterra, Austria, Grecia, piden armas. Grecia tiene seis millones de habitantes pero cien mil en armas. Zaharoff la prodiga cañones y el presupuesto griego se consume. ¡La

locura! Mas Nordenfeldt no es el hombre de Zaharoff. Mago de la destrucción, inventó mortales aparatos, infernales máquinas, mas los soberanos le reciben como a un Dios. Es un sueco, erecto y frío como la hoja de un sable. A él se deben los submarinos. Ya, Narciso Monturiol, catalán; Peral, después, los habían vaticinado, mas Nordenfeldt ensaya un invento que logra éxito. El rey de Suecia le nombra chambelán. Mas las grandes potencias dudan de su eficacia. Zaharoff no. El vió, en el submarino, el arma del porvenir, insecto venenoso, navaja o arma corta de los mares que desafiará y matará, astutamente, a los colosos. Zaharoff fué el adivino de la gran guerra. Pronto Grecia, por el aconsejada, compra submarinos. Discutiase, por entonces, en España, la famosa ley de la escuadra. Maciá y yo, enterados de la compra griega, lectores de un informe del al-

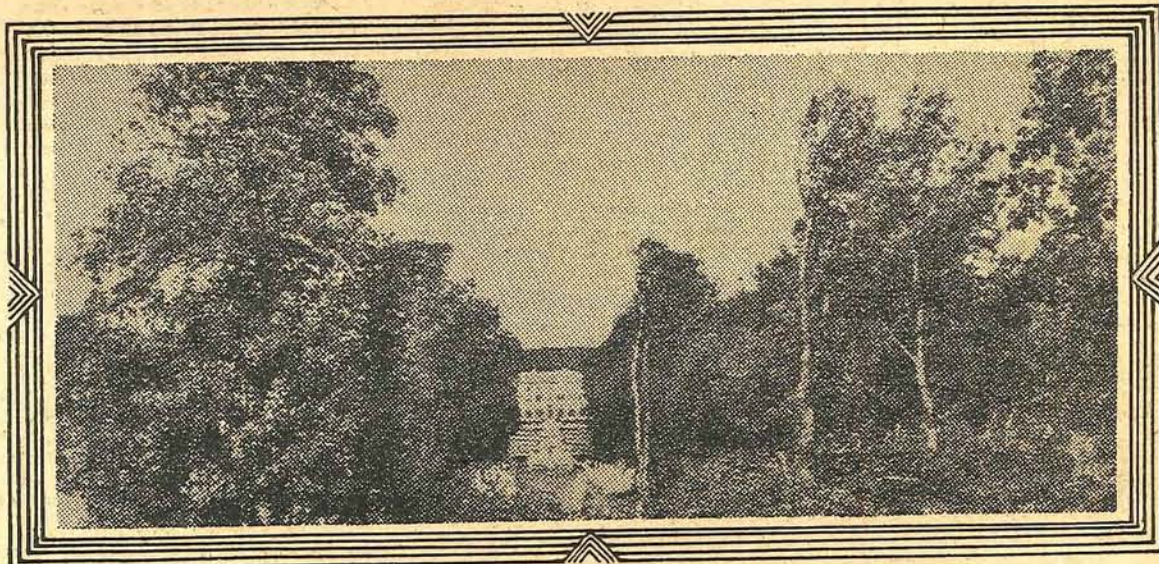
ba toda Europa. El cañón de Nordenfeldt exigía cuatro hombres; el de Maxim, fusil agrandado, montado sobre dos altas ruedas, con algunos menos, lanzaba cientos de balas por minuto, algo diabólico, infernal. El Emperador abrazó a Maxim. ¡Abrazo de muerte! Zaharoff vió claro el negocio tan rápido como el nuevo invento. Dudaban algunos de la puntería, mas Maxim, gruñendo un grosero inglés yankizado, escribió con los balines, en el blanco, la cifra del Emperador: "F. I."

Zaharoff principió por alabar, en público, el invento co-

cabeza, una mano esgrimiendo un revólver...

¡Momento decisivo! Mas, antes de darle tiempo a disparar, Maxim se precipitó hacia la cabeza y la asió por los cabellos. ¡Oh, sorpresa! La cabeza se escurrió, y el sutil inventor quedó burlado. ¡Maldición! ¡En sus manos había quedado una peluca roja! ¿Quién era el azafanado hombre que se llegaba hasta la casa de Maxim, suponiéndola sola, para escudriñar sus valiosísimos secretos? ¿Un agente de Zaharoff? Algo se dijo y pudo más tarde descubrirse.

Mas Zaharoff no descansaba ante el fracaso. Faltábanle los planos de Maxim, pero disponía de las fábricas de Nordenfeldt, en Suecia, Inglaterra, Bilbao. Por fin, convencidos los dos de su fracaso, pues separados no podían luchar, tras unos taponazos de champaña y los inevitables "Hip! Hip! Hurra!", Torten Wilhelm Nordenfeldt e



El castillo de Balincourt, actual residencia de Zaharoff

mirante inglés Pearson, propusimos, en aquel debate, la compra de submarinos preferibles a los cruceros del "negocio", que produjeron la caída de Maura. Siendo España país pobre, y de tan extensas costas, los submarinos la salvaban. Nos tacharon de locos. Permitidme que evoque, con un poquito de orgullo, esta mi pobre profecía. Hubo sólo dos votos en favor del submarino. El de Maciá y el mío.

Los turcos se reían del nuevo invento ¡extravagancias, fantasías de los griegos! Mas un día, el Sultán mismo pudo saber por unos espías, que aquel diabólico invento era ya cosa real; subía y bajaba por el mar, como Luzbel a los infiernos, y sus proyectiles habían destrozado un casco viejo colocado, como blanco, por los griegos. Osmán Bajá, el untuoso viejecito turco, de sedosa blanca barba, acercábase, sonriente, a Zaharoff para comprarle uno de aquellos lindos juguetitos. Zaharoff, griego, tradicional enemigo de Turquía, accedió gustoso y sin escrúpulos. ¿Qué le importaba a él de romanticismos! Hubiera ahorcado, en el mismo mástil, a Osmán Bajá y a Pangalos. ¡"Les affaires sont les affaires!"

Meses después, y ya rico Zaharoff, contemplaba, en Viena, unos interesantes ensayos. El viejo emperador, inmortal, examinaba, cara a cara, desde la majestad de sus blancas patillas, a un seco y displicente señor, acabado tipo del "clergyman", que se le acercaba, embutido en su levita, y abrumado por un tubo de chimenea, con nombre de sombrero de copa. Era Hiram Maxim, el ingeniero yanki, que ensayaba sus cañones de tiro rápido. Los submarinos no bastaban. ¡Había que matar más rápidamente! La fiebre asesina inflama-

mo si fuera inspirado por Nordenfeldt, pero terminó desacreditando a Maxim, diciendo ser un número de circo. Establecida la confusión, hizo ver al Emperador, en su calidad de técnico, que tan delicado instrumento era más bien un juguete difícil de construir por quien no fuera su autor. ¿Habrán de traer de Boston un ejército de mecánicos, como éste, filósofos?", decía Zaharoff, riendo. Cundido el descrédito, el gobierno austriaco duda del invento. Maxim, entonces, acude a Zaharoff, ¡no le servirá mejor, hombre tan astuto, como amigo que como enemigo? Es lo que desea Zaharoff, que mira mal al seco Nordenfeldt.

Días después Maxim trabajaba ocultamente en sus inventos en un apartado barrio de Londres. Por encerrar, ellos, secretos de Estado, y ser delicadísimo, Maxim vigilaba, sin cesar, su vivienda. Creyó advertir, en sus alrededores, la presencia de un hombre sospechoso, tipo judaico, de azafanadas barbas... Una noche, cuando trabajaba con sepulcral silencio, oyó, cercano, cierto ruido, que se aproximaba... El ruido se repitió otras noches, mas Maxim no podía denunciarlo al puesto de policía. Descubriría ésta sus secretos. Por fin, colocóse tras de su caja de hierro armado de dos revólveres... De pronto, junto a los pies de Maxim apareció una extraña máscara, pintarrajeada cabeza que suelen usar, como cebo, los ladrones en sus escalas... Mas Hiram Maxim es hombre frío... Esperó tranquilo y preparó sus armas... ¡Momento emocionante! Desapareció el muñeco y, por el agujero, apareció una cabeza de pelo rojo, azafanada, de rojizas barbas... Tras de la

Hiram S. Maxim formaron sociedad y se hicieron dueños del mortuorio mercado.

Maxim es aquel tipo audaz que se nos pinta en "El Hambre", la famosa novela sueca. Pinta coches, inventa aparatos, trineos, lámparas, estudia, lee. Le molestan los ratones e inventa una ingeniosa trampa para capturarlos; le falta luz y discurre una nueva iluminación... Es mozo de café, tejedor, lavaplatos, ensaya de boxeador; sube a inventor de un extintor de incendios; de una bomba de vapor; marcha a Europa; expone en París; triunfa! Es caballero de la Legión de Honor. Inventa las ametralladoras... Li Hung Chang, el ministro chino, las admira en París, mas al decirle que cada ametralladora supone dos mil seiscientos marcos al minuto, suspira: "Esta ametralladora tira demasiado rápidamente para el tesoro de China." Mas Nordenfeldt y Maxim no congenian. La sociedad se deshace. Zaharoff se queda con Maxim...

Ya está en Rusia, aquella zarista Rusia de Alejandro II y de Alejandro III. Los zares viven por milagro y en el palacio de Invierno se baila sobre un volcán. Frente a sus balcones surge la flecha de San Pedro y Pablo, su campanario, lúgubre, que saluda el día con toques funerales por los ahorcados instantes antes; cuando las luces del palacio se extinguen, en el amanecer de los grandes bailes cortesanos, desfilan por los vecinos fosos, amortajados ya en blancos sacos, los condenados a muerte por el zarismo... Rusia espera su Rasputine para que el incendio rojo se produzca. Una vez me asomé yo a aquella Rusia, hará treinta y cinco años. Recuerdo haber visto desfilar por la avenida Newsky un armón de artillería rodeado de rojos cosacos, de azafanadas

o blancas barbas, que separaban a la muchedumbre con sus "negalkas". Conducían sacos de moneda al Banco Imperial; atados al armón, en su parte delantera, iban dos pobres niños, llorosos, tiritando de frío. Así lo defendían contra posibles atentados. ¡Nunca olvidaré aquel cuadro! Maxim acompañaba a Zaharoff. Quisieron expulsarle de Rusia porque "no tenía religión". Maxim propuso entonces, como ingenioso inventor, abrir un bazar de "Religiones hechas", como los de ropas, y se declaró, por fórmula, protestante. Zaharoff conocía mejor la religión... administrativa rusa, sus rincones, y pudo así vender al gobierno innumerables armas, con las correspondientes propinas y comisiones, báquicos banquetes en el Aquarium, a generales y altas prostitutas. Ahora penetra en el camarín de una hermosa hetaira, amante de un gran duque, y coloca sus cañones; entra luego en la celda de un archimandrita influyente, y éste coloca baterías, fusiles y obuses...

Se hace miembro de una Sociedad de Beneficencia y junto con unas damas recorre nocturnamente el "Foso", montón de podrida carne humana... La duquesa Isola recorre los tugurios. En lugar de mujeres des-cocadas halla muchas veces embrutecidos seres resignados... Una dice ganar, en su vil oficio, para poder... casarse. Hartman, su novio oficial, gana sus rublos en un café. Se casarán, tendrán hijos, ¡serán felices! Pregúntale la Duquesa si no le remuerde la conciencia de engañar a diario a su futuro marido.

—Pero, "ignadige frau!" — dice en báltico alemán la incomprensible damita—. ¡No le he engañado nunca! Eso lo hacen las muchachas malas, las que tienen amantes para que gasten el dinero de su trabajo. ¿Pero, cómo he de caer yo nunca tan bajo? ¡Puah!

La Duquesa quiere catequizar, evangelizar... Mas al verla entrar le gritan en algún tugurio:

—¡Bien! ¡Llegan nuevas compañeras! ¡Bueno!

Al decir que representa un patronato, la quieren agredir... Zaharoff la defiende.

—La Sociedad—le grita Sonia—no tiene derecho alguno a condenarnos. Es ella la que viene a nosotras para gozarnos y explotarnos y comprarnos y luego insultarnos, rebajarnos, escarnecernos. ¡Hipocresía e ingratitud inhumanas! Nosotras no vamos a buscarla. ¡La despreciamos! Es ella la que viene en nuestra busca y a diario nos manda embajadores para que los recibamos en Corte...

La Duquesa dice que las perdona; invítalas a champaña.

—¡Eso no!—gritan todas. Y sacan sus monedas para invitarla... La Duquesa, conmovida, toca el piano. Las pobres bestias enjauladas, al escuchar aquella su divina voz, que evoca su amor primero, el gozado al despertar a la vida, bajo los árboles fragantes, en los campos dorados de sol, encendidos por rojas amapolas, lloran emocionadas... Algunas fueron vendidas por sus madres, aun niñas.

Al volver de Rusia, Zaharoff conoce en el tren a una hermosa dama española pura. La dama quiso comprar fruta en una estación de la Pomerania. Zaharoff se adelantó. Juntos probaron el dulce fruto que perdió a la madre Eva, y pronto el del amor... Era la Duquesa de Villafranca, casada con un príncipe de Borbón, de la familia del Infante don Sebastián.

¿Y quién se resiste a los explosivos de la casa Maxim, a los de su socio Zaharoff, aquellos que los pobres negritos, tan a menudo fusilados por los europeos, titulen, inocentemente, los "pom, pom"? La Duque-

(Continúa en la pág. 38)

BRIDGE

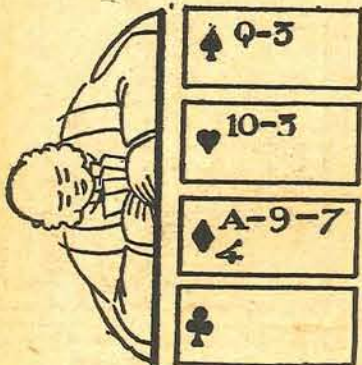


El jugador que habla en tercer término, debe tener presente consideraciones completamente distintas a las de sus dos predecesores. Para comprender bien su situación debemos analizar varios casos:

1o. — Los dos primeros ju-



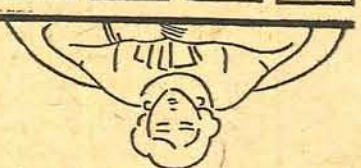
9	Q-4	Q-8	A
---	-----	-----	---



Q-3	10-3	A-9-7	4
-----	------	-------	---

NORTE			
Se juega sin triunfo. Sur tiene la mano. Norte y Sur deben hacer cinco de las ocho bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.			
SUR			

J-5	9-7	K-10	2
-----	-----	------	---



DECLARACION DEL TERCERO

zada entre los adversarios, quienes, en algún caso, pueden var la pérdida de un "game", pero conviene, para ello, estar seguro del compañero y de su capacidad para interpretar ciertas declaraciones, sin arrellarlos a una buena coordinación de elementos y fuerzas relativas.

Sin embargo, hay momentos

un compañero que, por insuficiencia o sistema, marca triunfo con cinco o seis cartas de valet y diez.

2o. — El primer jugador ha pasado y el segundo ha hecho una declaración. De ello resulta, evidentemente, que el segundo jugador tiene los suficientes elementos para justificar una declaración y que el primero carece de ellos. El tercer jugador está, pues, en desventaja respecto del cuarto. Las exigencias para ser buena una declaración en esta posición, aumentan, pues, considerablemente y deben evitarse esfuerzos arriesgados.

3o. — El dador ha declarado un "sin triunfo". En este caso, conformándose el segundo, ninguna razón obliga a que el tercero, si tiene un palo noble largo, se conforme también, ni implica su declaración una ansiosa ambición de jugar la mano, sino simplemente un modo tácito de animar y aclarar la situación.

Será entonces el dador quien, según convenga, cederá o dirá "dos sin triunfo" por la combinación que de sus cartas se desprenda después de lo que ha oído.

4o. — El dador ha hecho una declaración informativa. Idéntico precepto cabe aplicar, si el primer jugador ha declarado un palo noble y el tercero, sin ayuda normal en triunfos, y con fuerzas excelentes en los restantes, puede declarar sin triunfo u otro palo. La información producida por el dador y un "pase" del segundo jugador, valorizan el juego del tercero, y cualquier declaración de ataque justificada corresponde y es de buena táctica.

También puede declararse

un palo menor con el fin de que el compañero marche a sin triunfo, si tiene defensa en un tercer palo.

En muchas ocasiones — sobre todo a raíz de una declaración informativa de palo pobre del compañero — no conviene dejar las cosas ahí y el tercer jugador debe evitar un embotellamiento del remate. Para ello conviene y debe anunciarse el palo fuerte si se posee uno, y eso permitirá al primer declarante alguna maniobra útil si la declaración del tercer jugador no es excesivamente mala.

5o. — El primer jugador ha declarado sin triunfo y el segundo un palo. En este caso, la condición indispensable, para aumentar el sin triunfo del compañero, es tener una parada en el palo declarado por el adversario. Faltando esta condición no hay aumento posible, por fuerte que sea el juego en los demás palos.

Agregaré que esta condición es necesaria pero no suficiente. También son indispensables algunos elementos de ayuda que complementen y justifiquen el aumento del contrato. Ello lo he tratado anteriormente transcribiendo las tablas de Work, quien clasifica matemáticamente la cantidad y calidad de elementos necesarios para apoyar una declaración del compañero.

6o. — El dador ha hecho una declaración prohibitiva. Una declaración prohibitiva debe respetarse, porque ella implica una intimación al compañero para que no la cambie. Debe suponerse que el dador no puede, ni quiere jugar otro triunfo que el que ha elegido.

LEON CASABAL

LOS ARGENTINOS SEGUN ORTEGA Y GASSET

(Continuación de la pág. 5)

cas; las de Estrada o Leopoldo Díaz en la literatura; las de Pablo Pizzurno o de Ernesto Nelson en la docencia. Y ejemplos decisivos como éstos — que podrían multiplicarse en las citadas actividades — se encuentran igualmente numerosos e indiscutibles en las demás disciplinas científicas y en la acción.

El fenómeno observado por el escritor español tiene varias explicaciones. Este país pasa por una crisis del sentido de la jerarquía. Muchos hombres se creen capaces para cualquier cargo. O aspiran a ocuparlo, sin creerse capaces. Todo esto es consecuencia de una tremenda ola democrática, o demagógica, que ha hecho irrupción en la vida nacional. La política, la literatura, el periodismo, la enseñanza, todo está infestado de democracia. Sería absurdo culpar de esto a un solo partido. Es un mal muy hondo y muy viejo. Ha existido siempre, pero ahora ha hecho crisis. Y bien: la democracia autoriza a cada uno para aspirar a cualquier cargo. La democracia no reconoce jerarquías, ni siquiera intelectuales. Ortega y Gasset no dice una palabra de este fenómeno, harto visible, sin embargo.

A esta explicación puede agregarse otra: el empuje con que asciende este país. Va nos tan rápidamente, que, para muchas actividades directivas, nos han faltado hombres. En numerosos casos los hemos traído de Europa, pero esto no puede hacerse eternamente. Sin contar con que los europeos nos han fracasado en más de

una ocasión. Durante años se encargaban las estatuas a artistas españoles, italianos o franceses. Nuestras plazas se llenaron de mediocridades. En cambio, un argentino, Irurtia, es autor de tres de los mejores monumentos públicos existentes en esta capital. La falta de hombres ha sido la causa de que se entregaran muchas posiciones directivas a individuos sin preparación previa. "El puesto hace al hombre", decimos nosotros. Y la ausencia de verdaderas capacidades ha despertado, como era lógico, el apetito de los audaces.

Pero muchas veces la dedicación a diversas actividades supone sacrificio y patriotismo. Innumerables argentinos nos hemos apartado más de una vez de nuestra vocación para hacer algo extraño a nuestro oficio, porque se trataba de una cosa que era necesario hacer y no había quien la hiciera. Para un argentino de valer, este argumento es poderoso: no hay quien lo haga, sino usted.

Con esto no pretendo negarle razón a Ortega y Gasset. Hay entre nosotros un inmoderado apetito de fortuna, audacia y general incompetencia. En esto tenemos algo, desgraciadamente, de los Estados Unidos, en donde "el codo" es un valor. Sólo en aquel país pueden decirse frases como ésta: "Yo conseguí lo que pretendía, a pesar de haber tenido diez rivales que valían más que yo". Entre nosotros, el codo no ha llegado, todavía, a ser un valor, aunque se le respeta como un hecho.

Ortega y Gasset atribuye la culpa de casi todos nuestros males al "hombre de aluvión", al cual le contraponen "el hombre histórico", es decir, el argentino formado por el ambiente. Sin duda el hombre de aluvión, el inmigrante, viene al país con un exclusivo afán de

lucro y de fortuna; y es por esto, y en cierto sentido, un elemento de incultura. Pero, ¿y el hombre histórico? Yo diría que en la Argentina existe, en estos momentos, un predominio de la incultura y de la barbarie, del amor al dinero y a los goces materiales, de la incompetencia y de la irrespetuosidad. Y culpaba de ello a muchas causas, una de las cuales, no quizá la más grave, sería el hombre de aluvión. Pero no absolvería al hombre histórico, ya que el criollo o su descendiente es, a veces, tan audaz, tan incompetente y tan materialista como el hombre de aluvión o su prole. Ortega y Gasset ha observado en este segundo viaje a la Argentina, después de doce años de ausencia, un "crecimiento de la dimensión de factoría", con "la recíproca mengua del otro componente". Factoría: apetito de fortuna, audacia, incompetencia y falta de adherencia y amor al oficio. Todo esto es cierto. El apetito de fortuna ha aumentado de modo extraordinario, lo mismo que la audacia. La incompetencia ha aumentado, pero también ha aumentado la competencia. El considerar a este país como una factoría, es un lugar común de nuestra literatura política. Nosotros, pues, hemos ido más lejos que el escritor español.

¿Es el argentino un enamorado de sí mismo, o, mejor dicho, de la imagen ideal que de sí mismo se ha formado? Creo que Ortega y Gasset ha hecho una interesante y exacta observación. El argentino tiene una alta idea de su persona. Extravertido, objetivo y superficial, atribuye una importancia enorme a todo lo exterior. Por esto se viste bien y tiene en menos a los extranjeros que no se ocupan de su indumento. Un compatriota, en una fiesta, decíale a Enrique Larreta, que acababa de hablar con Barrés:

"¿Cómo quiere que tenga talento ese hombre con semejantes pantaloncitos!" El argentino se sabe elegante y bien parecido, y esto le da un gran valer ante sí mismo. Tiene facilidad de palabra y, como dispone de los mejores diarios del mundo y es curioso, tiene una extraordinaria información de hombres y de cosas.

Pero me parece indudable que el argentino, por su escasa espiritualidad, por su moral acomodaticia, por su excesivo amor al dinero, por su afición exagerada a los goces de la vida, no está demasiado lejos, a lo menos por el momento, de constituir un tipo inferior de humanidad. Casi la totalidad de los estudiantes argentinos estudian para pasar o por vanidad, o por adquirir una carrera que les producirá dinero. Aquí el hombre que estudia únicamente por amor al estudio, es un fenómeno. Sé de una persona que desde hace cuatro años estudia el griego, y, como anda mucho en tranvía, a veces lleva alguna gramática o texto. Y es infalible que todo curioso de saber qué libro lee, le pregunte, después de apoderarse del volumen y enterarse, que para qué estudia el griego. Se supone que será para obtener una cátedra, pues aquí no se concibe que alguien estudie algo por pura pasión intelectual. A fin de librarse de las preguntas importunas, el aludido debió recurrir a esta frase: "Estudio el griego para preverme de la barbarie".

No creo que el argentino se haga una imagen ideal de sí mismo. Lo que hay es que atribuye a sus méritos reales, méritos exteriores casi siempre, un valor predominante. Para el argentino el vestirse bien, el ser valiente, el éxito con las mujeres, el don de simpatía personal, la facilidad de palabra, el tener dinero y gastarlo, son méritos indiscutibles. Y por esto desprecia al francés

mal vestido, o al español sin dinero, o al alemán que rehuye una provocación. En otro tiempo despreciábamos al gringo o al gallego porque no sabían andar a caballo. Ahora muchos argentinos los desprecian por razones no más importantes. Pero el argentino no se cree "preparado", aunque si inteligente y capaz de adquirir cualquier preparación en poco tiempo.

El argentino no sólo está enamorado de sí mismo, sino también de Buenos Aires y de la Argentina. El argentino medio en Europa es un tipo extraordinariamente cómico. No sabe en qué consiste la belleza de una ciudad, y excomulga a las ciudades de arte por su suciedad o su pobreza, o porque el hotel es malo, o no hay adonde ir por la noche. Y aun los que tienen alguna cultura, no ven a Buenos Aires como es en realidad, sino como la imaginan. Para ellos, Buenos Aires son unos pocos edificios magníficos; y se diría que con ellos construyen idealmente una ciudad grandiosa. El argentino no ve las leguas de casitas de un piso o dos, sin estilo, horrendas, que constituyen Buenos Aires. Las suprime de su imaginación y se inventa una ciudad entera con algunas casas de la Diagonal Norte o de la Avenida Alvear, repetidas hasta el infinito. Los argentinos ven a Buenos Aires como tal vez llegue a ser dentro de doscientos años. Y lo mismo con el país. Nadie aquí ve al país tal cual es: secundario, sin personalidad, sin influencia en el mundo. Para el argentino, la Argentina es una gran nación. Probablemente lo será, aunque estamos todavía muy lejos de ello. El argentino suprime las décadas futuras y actualiza el porvenir.

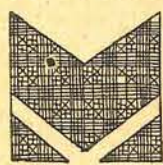
En un tercero y último artículo comentaré las opiniones finales de Ortega y Gasset sobre los argentinos.

LA MUSICA EN PARIS



El famoso inventor ruso M. Mackonin

Un nuevo invento musical: el violín electrificado.



MACKONIN, un inventor ruso, presentó en la sala Pleyel un instrumento curioso: un violín del que se ha suprimido la caja de resonancia substituyéndola por un "pick up" que transmite a un amplificador y a un altoparlante eléctricos las vibraciones recibidas sobre el puente.

Desde que el Hada Electricidad se ha tornado música, ya no se sabe dónde se detendrá su melomanía. No contenta con transmitir por medio de las ondas o de la grabación sobre cera los conciertos que dan los seres humanos, se le ha metido en la cabeza ser ella misma una virtuosa y llega hasta crear instrumentos para uso particularísimo. Después del "Pianor", después del aparato de Martenot, después del vibrante Radiotono, he aquí ahora el violín eléctrico que, en lugar de transmitir las vibraciones de sus cuerdas a un pequeño cofre de madera barnizada, los confía a un fluido que los amplifica haciéndolos irradiar por un altoparlante.

Esta difusión y esta intensificación implican, como siempre, una ligera modificación del timbre. Los aficionados a las máquinas parlantes conocen perfectamente esta especie de transfiguración que experimentan los instrumentos de cuerda, cuyas sonoridades se acentúan hasta llegar al lirismo propio de un instrumento de viento. Lo mismo que la cuerda rozada crea sentidos armónicos que parecen salir de una flauta, así también ciertas notas de violín infladas por la electricidad se confunden con el timbre del contrabajo, del cuerno inglés o del saxofón. Se siente que una fuerza más poderosa que el brazo humano confiere a esos sonidos una continuidad y una igualdad soberanas. Se pierde la sensación del esfuerzo y uno se asombra de la facilidad con que la cuerda de crin engendra una melodía amplia y vigorosa que puede dominar toda una orquesta y llenar la más amplia sala de conciertos.

Esta desemejanza de timbres plantea, por otra parte, un curioso problema. Lo que nosotros llamamos la sonoridad del violín es una adquisición puramente empírica de la oreja. Hemos tenido que crear, para comodidad de nuestros dedos, instrumentos cuya lógica científica es con frecuencia discutible. Nada prueba que el sonido racional de un instrumento no puede sernos revelado, contrariamente, por el fluido eléctrico del que nada limita las posibilidades materiales.

Sea como quiera, el violín electrificado es un instrumento de potencia arrebatadora del cual podrán extraer los compositores efectos nuevos y emocionantes. Será necesario, naturalmente, luchar contra las

dificultades inherentes a toda amplificación, es decir, contra el aumento de los ruidos parásitos que acompañan la producción del sonido. El "pick-up", al permitirnos estudiar con la lupa una nota, agranda al mismo tiempo los chirridos del arco, su rebote y la amplitud del "vibrato", del mismo modo que en un disco acentúa el roce de la aguja. Pero se encontrará, sin duda, el medio de atenuar esos ruidos accesorios, y los músicos tendrán entonces a su disposición todo un elemento orquestal nuevo, al que maldecirán los tradicionalistas, pero que permitirá seguramente a los compositores de la generación venidera darnos obras maestras inesperadas, al utilizar insólitos elementos de emoción.

Dos directores de orquesta: el húngaro Jenő de Hubay, el vienés Clemens Krauss y sus interpretaciones.

La última semana hemos recibido embajadores musicales de Austria y de Hungría. Con dos días de intervalo, tuvimos ocasión de aplaudir a Jenő de Hubay, el músico y el director de orquesta más representativo de Budapest y a Clemens Krauss, el nuevo director y primer director de orquesta de la Ópera de Viena, que dirigía, en los campos Eliseos, la Orquesta Filarmónica Vienesa. La aproximación resultó curiosa. No dejaba de comportar cierta paradoja. Hungría se nos aparece tradicionalmente como un país donde reinan soberanamente la fuga y el nerviosismo. Nuestro público se imagina a los músicos húngaros como tocadores de czardas y no se asombraría mucho si un músico de ese país dirigiese una orquesta con botas de domador y blandiendo un látigo a guisa de batuta. Por ello, su extrañeza ha sido grande al encontrarse en presencia de un hombre como Jenő de Hubay, que es un viejo airoso dotado de un perfecto academismo en su porte y en su arte. ¡Cuánto equilibrio, cuánta ponderación en sus obras y en su manera de dirigirlas! ¡Qué música tan tradicional y conservadora! Y ¡cuánto cuidado en la composición de su programa para no asustar a ningún oyente! El "Concerto" para piano y orquesta de Leo Weiner y la obertura solemne de "Donhavi" son obras de gran reposo que no revelan una gran curiosidad de oído, ni un gran apetito de conquistas sonoras. El "scherzo" de Nandor Zsolt titulado "Satyro y driada" es igualmente un "divertissement" de corrección ejemplar. En cuanto al "Ballet Arabe" de Jenő de Hubay, se nos aparece en verdad exageradamente convencional. Suponíamos que el movimiento musical europeo había penetrado más profundamente en esa región. Cuando se piensa en el contacto directo que existe entre los artistas rumanos y los artistas franceses o alemanes, se asombra uno de la espesa muralla china que parece aislar todavía a Budapest del resto del universo.

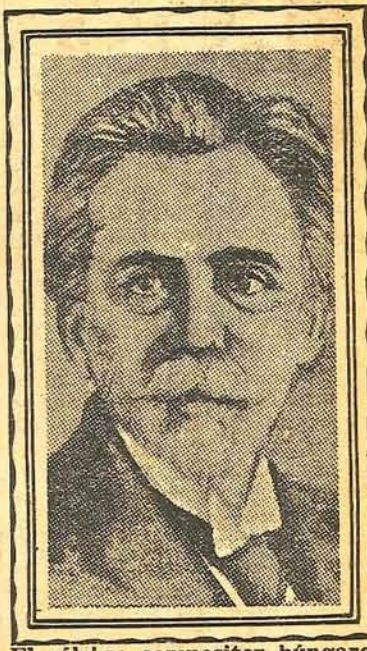
El nombre de Bela Bartok, inscripto al final del programa,

nos permitía, sin embargo, un poco de esperanza. Apresurémonos a decir que el fragmento de una de sus "suites" que se nos ofreció era muy superior musicalmente a las obras precedentes. Se revela en él, verdaderamente, una personalidad indiscutible. Pero habíase escogido una de las obras pertenecientes a su primer período, la más tímida que pudo encontrarse. No por ello era menos interesante, bañada por completo en ese espíritu folk-lórico que orienta la actividad de Bartok. Pero aquellos que no conozcan de él más que ese trozo carecerán, sin duda, de una idea exacta sobre su verdadero temperamento y su estilo actual. Jenő de Hubay tuvo un gesto muy elegante. En vez de presentarnos unos solistas de su generación, llenos de galones, tuvo empeño en que brillasen dos jóvenes virtuosos, la señorita Annie Fischer que es casi una niña y Ladislav Szentgyörgy, también muy joven. Pero estos dos intérpretes son ya artistas de gran categoría. La joven pianista aludida ejecutó el "Concerto" de Weiner con

do en los Campos Eliseos, tuvo un carácter muy diferente. Ante todo, se experimentó la emoción de ver aparecer en el estrado a una especie de superhombre de rostro arrogante e imponente estatura. Clemens Krauss posee un físico ideal de director de orquesta. En el paisaje orquestal es el álamo que domina desde su cima señera el cabrilleo rumoroso del seto. El viento de la música le agita y le balancea. El ritmo de una obra le conmueve profundamente. A partir del "minuetto" de la "Sinfonía" de Haydn, el público se dio cuenta de que Clemens Krauss es un admirable bailarín de orquesta. Con los brazos extendidos hace irradiar en su torno un fluido irresistible. Tiene actitudes de una nobleza incomparable. En el "Don Juan", de Strauss, mostró una manera inolvidable de detener la orquesta, con el brazo levantado, y de devolverla su impulso dejando caer suavemente la batuta. Su ejecución de los "Maestros Cantores" fue extraordinariamente vivida. Pero el punto culminante de la velada lo constituyó una ejecución inesperada de lo que podría llamarse el himno nacional vienés, es decir, del vals del "Bello Danubio Azul". Aquí nuestro magnífico danzarín tuvo ocasión de desplegar todo su virtuosismo coreográfico. Plegando las rodillas, e inclinando el busto, supo exteriorizar, por medio de gestos, toda la languidez nerviosa y cimbreada de esa página que, por lo demás, es un trozo de orquesta muy agradable. Al igual de Bruno Walter, Clemens Krauss sabe dar a los ritmos ternarios ese encanto voluptuoso que crea un ligero "rubato" del tercer tiempo. En ese desencajamiento imperceptible existe un elemento de vértigo físico del cual Ravel supo subrayar muy hábilmente la fuerza en el final de

su "Valse".

La Orquesta Filarmónica de Viena se nos ha mostrado como una falange de primer orden muy disciplinada y muy coherente. Admirase en ella a un timbalero inaudito que se sirve de sus palillos como un prestidigitador y que trata a sus timbales lo mismo que un pianista amasa su teclado. Los instrumentos de viento tienen sonoridades muy peculiares. La flauta, el contrabajo, el clarinete, el cuerno y la trompeta poseen verdaderamente un ángulo de cordialidad afectuosa que confiere a su menor intervención un carácter de intimidad musical atractivo. Todos esos artistas se hallan más cerca de la música que los más deslumbrantes virtuosos, demasiado aprisionados en los límites del tecnicismo puro. Con una orquesta semejante puede hacerse cualquier cosa. Todos los elementos sonoros que la componen, del contrabajo al bombo, son dóciles y vibrantes. Ese último, especialmente, realza el ideal del género: su percusión es a la vez precisa y aterciopelada y los cimbales en lugar de sonar brutalmente, introducen en la polifonía un toque metálico discreto, pero vibrante, de una rara distinción: recuerdo, por asociación



El célebre compositor húngaro Jenő de Hubay

de ideas, a nuestros directores de orquesta franceses que en las Sinfonías de Beethoven el encargado de la trompeta muestra un tacto y una discreción que sólo raramente encontramos entre nosotros. La manera con que Clemens Krauss dulcifica las tónicas y las dominantes, que en nuestras orquestas estallan con una monotonía insoportable, debiera servir de ejemplo a nuestros ejecutantes y a nuestro público. De esta forma, la orquestación de Beethoven pierde el prosaísmo y la vulgaridad que ofrece frecuentemente en las interpretaciones parisienses.

Otras novedades musicales.—

En los conciertos Straram, donde Bigot substituye amablemente al dueño de casa, hemos tenido la revelación de una obra sumamente curiosa: una "Sinfonía" de Messager que solamente alcanzó una audición en los conciertos Colonne, poco tiempo después de ser escrita. No es explicable por qué esa partitura no ha tenido suerte más venturosa. Sin duda, Messager se ha elevado después más alto y ha dado pruebas de un superior virtuosismo de escritura. Pero esta sinfonia de un hombre joven no podría dejar indiferente a ninguno de aquellos que creen todavía en la virtud de la elegancia, de la finura, de la claridad y de la lógica en la música francesa. Todas esas cualidades resplandecen en esa obra de juventud, compuesta visiblemente con una sensatez y un oportunismo perfectamente explicable. Pero ya en ella se siente toda la agilidad melódica del autor de "Fortunio" y de su arte para conducir una frase con facilidad hacia un fin siempre esmerado y lleno de distinción. En aquel tiempo el arte de ermar una frase constituía un refinamiento delicado. Pauré y Messager lo practicaron de una manera inolvidable. Esta sinfonia, perfectamente equilibrada, posee un halago auditivo permanente. Es inadmisibles que haya sido desterrada posteriormente por tantas obras medianas.

Todo el concierto fue dirigido por Bigot con ese aplomo, esa solidez y esos manotones nerviosos del postilón, que desde lejos hacen adivinar las inflexiones matizadas del látigo a las capalgaduras. Obtuvo un rendimiento sonoro excelente por parte de la admirable orquesta de la casa.

La Ópera Cómica acaba de restaurar los "Armilles" de Doret, ligeramente corregidos y rejuvenecidos. No tenían necesidad de ello, puesto que esta obra, tan fresca y tan sincera, posee la juventud eterna de los paisajes y de las atmósferas que evoca. Todos aquellos que gustan de Suiza irán a la sala Favart a realizar una peregrinación sentimental. El ideal lírico cumple con ella uno de sus fines más elevados para encerrar en una partitura el alma de una raza y de una pequeña patria.

Clemens Krauss, nuevo director de orquesta de la Ópera de Viena

una autoridad, un dominio, una seguridad y una nobleza de estilo que revelan cualidades técnicas de primer orden. Es excepcional ver cómo una pianista de esa edad domina el teclado en forma tan magnífica, y aporta a sus interpretaciones tanta inteligencia y gusto. En cuanto a Ladislav Szentgyörgy, es un joven príncipe del arco. Su técnica es deslumbrante. Salvó magistralmente las dificultades del "Concerto" de Hubay, en el que abundaban las asechanzas de técnica. Alcanzó, por momentos, sonoridades absolutamente personales, el encanto y la suavidad, de las cuales no será olvidado. En resumen, si ese concierto nos dio una impresión quizá demasiado pronunciada de apoteosis de un arte oficial, los dos solistas probáronnos que la música húngara posee elementos de vida y de frescura muy tranquilizadoras.

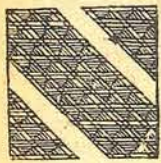
El concierto de la Orquesta Filarmónica de Viena, celebra-

EMILE VUILLERMOZ

(Para LA NACION)

PARIS, junio de 1936

REVISION DE LA ACTUALIDAD TEATRAL



No hay prueba más peligrosa para una obra dramática que la del reestreno. En su primera aparición, una obra surge siempre rodeada de un flúido particular. Las buenas y las malas hadas vienen a inclinarse sobre su cuna. Y cuando triunfa, las ondas favorables se propagan rápidamente. De esta forma la obra es alzada, vivificada, exaltada, y, a veces, desfigurada por razones que no se relacionan siempre con su valor. El éxito aumenta a medida que se extiende. La plenitud del suceso débelo en parte a su continuidad. Si, por alguna circunstancia, se interrumpe, queda comprometido. Cuando las representaciones se suspenden solamente por algunas semanas o unos días, reanudándose después, sucede con frecuencia que la "reprise" pone la obra en una postura distinta ante el público, y que, aun siendo interpretada por los mismos actores, con cuidado idéntico, no vuelve a encontrar el calor, el impulso y la actualidad que la hicieron antes triunfar.

Si la "reprise" acontece a largo plazo, el riesgo es mayor. No conozco más que un reducido número de obras modernas que hayan soportado victoriosamente esa prueba.

"L'Arlesienne", de Daudet, y el "Cyrano", de Edmond Rostand son excepciones gloriosas. Hace falta toda la energía y la sabia técnica de M. Bernstein para retener la atención sobre su teatro de ayer. Autores como Lemaître, Capus, Donnay, apenas se sostienen, ni siquiera en el "boulevard". Bataille se ha anticipado deplorablemente. Pueden contarse con los dedos aquellos otros cuyas piezas han podido grabarse sólidamente en el repertorio de la Comédie Française, adquiriendo un lugar y conservándolo. Becque, Porto-Riche, Mirbeau, Renard, Courteline. ¿Olvido alguno? El mismo Curiel no se sostiene. Y téngase en cuenta que los autores recién citados por mí no han dejado más que un número muy restringido de obras. Obsérvese, de pasada, que todos estos autores son escritores de tendencia realista, ecos fieles de su tiempo, pero realistas que siguieron la línea clásica.

Podemos, pues, preguntar si la causa de que Charles Vildrac acabe de volver a obtener, después de diez años, el mismo éxito sano y sólido que acogió en escena la aparición de su "Paquebot Tenacity" se debe a que este escritor se relaciona con la línea antedicha, ya que él también es un realista de forma clásica y un buen escritor.

La historia del "Paquebot Tenacity" es sencilla y encantadora. Me place poder hablar de ella con pleno conocimiento de causa. En 1920, Charles Vildrac no era conocido más que por sus obras poéticas y en un

círculo muy restringido. Salido del grupo de los unanimistas, se distinguía de ellos por la naturaleza ilimitada de su talento, por su forma discreta y por su sentimiento íntimo y profundo. Mientras que sus camaradas del grupo de l'Abbaye, un Duhamel, un Jules Romains, habían ya efectuado la experiencia de la escena—gracias a la acogida comprensiva de Antoine—con obras imperfectas como "La lumière" y "L'Armée dans la ville", nada parecía atraer ni destinar particularmente hacia el teatro a Vildrac. Ignoro qué circunstancias le determinaron a escribir, después de la guerra, los tres breves actos del "Paque-



CHARLES VILDRAC
Dibujo de Sirio

bot Tenacity", acertando, por medio de una acción tan desnuda como la de una tragedia clásica, a interesar al público en los sentimientos cotidianos de dos tipógrafos desmovilizados y de una sirvientita de posada. Pero me consta que esto lo consiguió de la manera más modesta y sin hablar a nadie. Cuando hubo acabado su pieza la publicó en una edición ilustrada y de tirada restringida. Me envió el volumen. Lo leí en seguida. Dos horas después yo telefoneaba a Vildrac diciéndole que, si le parecía bien, íbamos inmediatamente a trasladar esa pieza desde el recinto modesto del libro a la luz pública del escenario. La cosa se hizo en pocos días. Nunca obra moderna me pareció más fácil de ser puesta en escena. ¿Por qué? Porque era veraz y porque estaba bien construida. Yo no tenía más que seguir el texto. Todo salía de allí naturalmente. Todo se "colocaba" necesaria y sólidamente. Nosotros, los directores de escena, no buscamos otra cosa: un texto que nos domine, nos inspire y nos guíe. En la pieza de este autor, quien nunca se había acercado al teatro, no encontramos ni una palabra que

II

cambiar ni una falta en el diálogo ni una dificultad escénica. Los ensayos transcurrieron en la gloria. Los actores estaban contentos. A mi lado, Vildrac aprobaba nuestro trabajo, sonriente y tranquilo, con esa modestia profunda que es uno de los rasgos más simpáticos de su carácter. A decir verdad, creo que una de las virtudes de su pieza reside en esta misma modestia, en esta autenticidad fundamental. El éxito fué estruendoso: más de doscientas cincuenta representaciones, lo que en aquel tiempo no era frecuente, y la obra acogida en el mundo entero. A raíz de ello hubo quien quiso afirmar que "Le paquebot" no hubiera triunfado del mismo modo sin la comedia de Merimée "La carrosse du Saint Sacrement", con la cual integraba el espectáculo, basándose en esta restricción el éxito menos triunfal que obtuvieron otras dos piezas de Vildrac: "Michel Auclair" y "Madame Beliard".

La "reprise" del "Paquebot", bajo la dirección de M. Corney, en el Studio des Champs Elysées, anuló ese argumento. La pieza ha vuelto a hallar todo su éxito, quizá acrecido, incluso en la prensa y ante el público. Se mantiene intacta. No ha cambiado. Lo que aumenta este efecto de resurrección es que el autor y los intérpretes quisieron conservar piadosamente la "mise en scène" del Vieux-Colombier. Les agradezco ese homenaje. Sin embargo, estimo que hubieran podido proceder ventajosamente con un poco más de libertad. La observancia estricta de una tradición en materia de "mise en scène", la transmisión exacta de la vida escénica, aunque sea a una generación de distancia y aun más cerca, es una cosa sobre la cual habría mucho que decir, y en la cual yo no creo personalmente. La obra de arte rehuye la repetición. Yo me horrorizaría de repetirme a mí mismo en el menor detalle, volviendo a poner la misma pieza con diez años de intervalo. Un título más en favor del "Paquebot" es que haya podido sufrir sin mengua parejo tratamiento. Resulta agradable decir sencillamente que esta obra se defiende contra el tiempo, porque está repleta de verdad y desprovista de pretensiones. Que los jóvenes autores de hoy, los cuales apuntan con frecuencia tan alto y saben tan poco, tienen tan grandes ambiciones y no conocen la primera palabra de su oficio, extraigan de este ejemplo una lección.

Imagino que "Le Paquebot Tenacity" adquirirá en su día un lugar calificado en el repertorio de la Comédie Française. Que sea necesario deseárselo

JACQUES
COPEAU

(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1930

ya es menos cierto. Allí correría riesgos muy distintos que en el Studio des Champs Elysées. Es doloroso decirlo así, pero es la verdad. La Comédie Française acaba de dar "La carrosse du Saint Sacrement", de Merimée. Me molesta un poco hablar de ello. Sin embargo, debo confesar que no he reconocido la pieza. No hablaré de los actores, cuyo talento no discuto, ni de los trajes, ni aun de la decoración. Me permitiré únicamente afirmar que el diálogo de Merimée—uno de los más brillantes, de los más nerviosos que existen—ha perdido su encanto, su línea y su vida. Y como este diálogo constituye por sí mismo toda la trama,



JEAN GIRAUDOUX
Dibujo de Carlo Rim

resulta que en la representación brindada no existen ya ni acción ni personajes. ¿A qué se debe esto? Con esta pregunta se plantea todo el caso de la Comédie Française. No es sencillo. Volveremos sobre él otro día.

Se ha escrito por ahí recientemente, que la cualidad excepcional que tenemos derecho a esperar de las representaciones en la Comédie Française la encontramos hoy en la Comédie des Champs Elysées. No es pequeño el elogio para una escena de vanguardia que ha obtenido en esta temporada un éxito nuevo y duradero con el "Amphitryon 38", de Jean Giraudoux. De una vez por todas, prometiéndole siempre a los lectores de LA NACION todo lo que pienso y como yo lo pienso. Además, sería incapaz de hacer otra cosa. Nadie admira más que yo el talento de Giraudoux y estima mejor los esfuerzos empleados por Jouvet en la Comédie des Champs Elysées. Pero me permito pensar que en la acogida hecha a este "Amphitryon" hay una abundante proporción de snobismo. El público de París sólo se complace engañándose espiritualmente. Lo he observado

bien durante la representación. En ningún momento se siente emocionado. Pero tiene la impresión de ver deslizarse ante él las fases de un ejercicio sumamente difícil, extraordinariamente distinguido, en el que resplandecen mucha inteligencia y habilidad, muchos conocimientos literarios y virtuosidades de estilo—lo que es cierto—, y creería rebajarse a sí mismo, darse una patente de insuficiencia intelectual si no colocase muy en alto lo que aplaude con una mezcla de respeto y aburrimiento. Por lo demás, aplaude poco y con dejadez, pero se siente orgulloso de participar de ese festín de alusiones mitológicas, junto con los miembros más distinguidos de la Escuela Normal, de la Universidad y de los grandes ministerios. Y, en efecto, se necesitaría ser muy bárbaro o muy valeroso para no asombrarse ante ese inagotable fuego de artificio. Por mi parte, no creo que podamos ver salir una renovación de la escena francesa de esas ingeniosidades y sutilezas, es decir, preciosismos. Una alegoría profunda se deduce del espectáculo al cual nos convida M. Giraudoux: la comedia encadenada por la literatura. Hace falta ser escritor para hacer buen teatro. Pero no conviene serlo demasiado.

En el extremo opuesto de esos encantadores ejercicios se encuentra la observación de costumbres y caracteres, la creación de personajes, tal como se esfuerza en practicarlos M. Edouard Bourdet en su nueva comedia "Le sexe faible", obra que recibe del público una acogida completamente sincera, más auténtica y espontánea que la de Giraudoux. Sin soñar nunca en producir obras extraordinarias, M. Bourdet, heredero de los realistas del siglo XIX y ferviente discípulo de nuestros grandes clásicos, ha acatado siempre las exigencias tradicionales de ese mismo oficio. Tiene en las manos un instrumento sólido, y lo maneja con tacto. Quizá con demasiada modestia. Desearíase que su fuerza cómica se acusase con mayor relieve. Lo que le falta aún es un poco más de tendencia en el tono de una obra, un poco más de decisión en el estilo, de imaginación en la verdad y también ese poder patético que acierta a resumir en fórmulas eternas los rasgos bien observados de la comedia humana. Sea como quiera, después de varios años de continuo progreso, M. Bourdet llega a ocupar uno de los primeros puestos en el teatro de hoy. Si adquiere mayor confianza en sus fuerzas, si sus medios técnicos alcanzan mayor franqueza y vigor, si tiene la suerte de encontrar un buen tema que rebasa la anécdota para llegar a una verdad más amplia y más general, quizá consiga darnos la obra maestra, clara, sencilla, directa, muy francesa, que tanto necesita el arte de la comedia.

HORAS DE LA HISTORIA

(Continuación de la pág. 35)

sa se rinde. Ella le acompañará en su aventurera vida mientras el infeliz marido se debate en la celda de un manicomio. Por fin, ya octogenario, muerto el esposo, casará con ella.

Ahora Zaharoff pone sus miras en la casa Wickers, la rival de Krupp y de Armstrong. Entonces la fortuna de Zaharoff se multiplica. Vende armas a los españoles cuando la guerra de Cuba, a los yanquis, a los ingleses, a los boers. La casa Wickers absorbe la ma-

rina inglesa, se apodera del mundo. Zaharoff se une con ella. Maxim es ya viejo. Con las vidas de los boers gana la casa lo bastante para comprar cinco fábricas auxiliares y formar un "trust" de 500 mil millones. ¡Zaharoff está en la cúspide! Su vista de águila, su corazón audaz, sus manos prestidigitadoras, su astucia diplomática, anguila, león, zorro, mono trepador, ágil caballo, nunca fugitiva liebre, todo ello junto le ofrecen el triunfo. Ya se rodea de ministros, de altos políticos, que forman los consejos de la casa Wickers.

Este monstruoso hombre, Zaharoff, que jugó con todos, que prestó por igual a todos armas para destruirse, Proteo, Jano

de mil caras, teje ahora, con arranques de Solon y pericia de Maquiavelo, la red política.

El permanecerá oculto y manejará los muñecos. Ejercerá aquella "violencia templada" de que Sorel nos habla.

Mas a poco Europa se estremece: fundanse ocultos trusts, sociedades mil que dirigen hombres políticos y politicastro. Agencias telegráficas e informativas, son inspiradas por un espíritu invisible. En la Bolsa suben y bajan los valores sin razón visible y se producen pánicos; se avizoran catástrofes y guerras, estallan alarmas; ¡la guerra está próxima! Y las naciones se disputan la compra de armas. Se organizan las guerras de acuerdo con políti-

cos para vender armas. En Alemania crece la flota. Inglaterra y Germania se contemplan: irán a las manos. Constantinopla es la aspiración de Rusia. La guerra estalla. El oculto monstruo, vampiro, pulpo, sin cesar forja las armas y mueve el mundo. A él acuden todos. Este monstruoso sér urde la espesa malla que juntará, en un día, alejadas fábricas, empresas internacionales contrapuestas, desde las de Poutiloff, en Rusia, a las de Rumania, España y Hungría, gigante fortaleza la de Zaharoff, babilónico trust, torre colosa de acero y hierro que se levantará sobre campos ensangrentados, pálidos cementerios. Un día en la Cámara Ingles-

sa, otro en la francesa, el nombre de Zaharoff suena. Es el monstruo, el acaparador de Europa. Sin él, ni un cañón rugirá, ni un fusil disparará en los campos de batalla. Niegan Lloyd George y los ministros franceses que Zaharoff sea inglés o francés. Mas le condecoran con la Orden del Baño, con el gran cordón de la Legión de Honor. ¿Tiene patria? No se sabe.

Termina la gran guerra: sin pisar un campo de batalla se enriquece con los despojos de todos.

Compra Monte Carlo; sin pisar la sala de juegos desbanc a la banca y gana más que todos.

Y este es el hombre extraor-

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

Por NATACHA
RAMBOVA

VII



DURANTE la impresión de la película "Sangre y Arena", Rodolfo recibió su decreto de divorcio de Jean Acker. Le fué entregado el 4 de marzo de 1922, pero acompañaba al documento el anuncio poco alentador de que no sería definitivo hasta el 4 de marzo de 1923.

A Rudy y a mí no nos gustó nada la noticia. No queríamos esperar un año entero para contraer matrimonio, y cuanto más pensábamos en ello, más nos convencíamos de que no sería necesario esperar tanto. Sabíamos de mucha gente que había burlado la ley cruzando la frontera para contraer el matrimonio civil en Méjico.

Entre otras personas, conocíamos a Dagmar Godowsky y Frank Mayo, que se habían casado en Tiajuana inmediatamente después que Mr. Mayo recibió el decreto provisional de divorcio. Y no solamente figuraban entre ellos artistas de la pantalla, sino personas que formaban parte de esferas más respetables, como banqueros, políticos y hombres de negocios. Lo cierto es que todo el mundo hacía lo mismo. ¿Por qué habíamos de esperar Rudy y yo?

Haciendo caso omiso de los consejos de nuestro abogado, Mr. Gilbert, decidimos cruzar la frontera para casarnos. Tan pronto como terminara la "filmación" de "Sangre y Arena" iríamos a Méjico en automóvil. Y así lo hicimos. La boda fué estupenda, y no resisto a la tentación de describirla.

Cuando estuvieron impresas las últimas escenas de la película en que actuaba Rudy, salimos para tomarnos unas pequeñas vacaciones en Palm Springs, acompañados por el amigo de Valentino, Douglas Gerrard (un actor irlandés más conocido por Gerry). Allí fuimos huéspedes de la doctora White, notable mujer médico, de regular edad, que poseía un corazón de oro y que siempre fué nuestra mejor amiga. La doctora White practicaba su profesión, por pura caridad, entre los indios y los mejicanos del desierto de Mohave. Con



Rodolfo Valentino y Vilma Banky

sus cabellos blancos como la nieve, atados con una cinta, y su traje de amazona, de tela ordinaria, era una figura familiar y muy querida en aquella zona arenosa. Allí en Palm Springs, el oasis del desierto, la doctora White poseía una hermosa casa con dos patios españoles, donde Rudy y yo pasaríamos la luna de miel.

Después de un breve descanso en Palm Springs, los cuatro, es decir, la doctora White, Gerry, Rudy y yo, nos dirigimos en automóvil a Mexicali, pequeña población que se encuentra en la frontera de Méjico y California. La señora White y yo nos alojamos en un hotel del lado norteamericano, y Rudy y Gerry cruzaron el territorio extranjero para convenir con el alcalde mejicano la ceremonia de la boda, que se realizaría al día siguiente.

A eso de la medianoche, los muchachos regresaron con la noticia de que el alcalde insistía en que nos casáramos en su propia casa, al mediodía, y que no sería posible negarse a ello. El matrimonio de huéspedes tan distinguidos daría motivo a una fiesta en toda la aldea. Ello no figuraba en nuestros cálculos, pero la doctora White nos convenció de que debíamos aceptar la invitación.

Se toca el Himno Nacional mejicano

A la mañana siguiente, el alcalde, acompañado por el jefe de policía, llegó a nuestro hotel, para escoltarnos hasta su casa. Formábamos un cortejo extraño. Habíamos recorrido muchos kilómetros por el desierto en medio de un calor sofocante, con el propósito de asistir a una ceremonia breve y regresar inmediatamente a Palm Springs. Llevaba yo un traje amarillo de "sport" y un sombrero de fieltro ladeado sobre un ojo; Rudy vestía "breeches" y una camisa kaki; la doctora White, el traje de ama-

zona, que le prestaba un aspecto masculino; y Gerry, un elegante traje de corte inglés.

El alcalde vivía en una casita rodeada por un jardín quemado por los rayos del sol ardoroso. Cuando nos aproximábamos a la casa por el camino cubierto de polvo, una banda de música empezó a tocar ruidosamente. Miramos al alcalde, como para pedirle una explicación, y nos dijo con visible orgullo que la banda militar de instrumentos de cobre estaba ejecutando el Himno Nacional mejicano en el jardín de su casa. Había pedido poco antes permiso por telégrafo al gobernador para poder tocar en honor nuestro el himno sagrado de su tierra.

La salita donde se realizó la ceremonia se encontraba atestada de gente, parientes y amigos del alcalde, que lucían sus trajes domingueros. El resto de la población permanecía afuera, contenido por la policía. Todos hablaban en español, idioma que yo entiendo muy poco, y aquello me parecía una Babel de voces.

La ceremonia del matrimonio empezó poco después de mediodía. El magistrado leyó párrafos de un libro voluminoso en español. Duró la lectura cerca de una hora, mientras nosotros, los novios, nos apoyábamos en los testigos, para no caer extenuados. El alcalde y el jefe de policía estaban detrás de Rudy, y la doctora White y Gerry a mi espalda.

Yo sólo sabía balbucear el castellano; pero, por fortuna, Rodolfo lo hablaba bien. Las preguntas rituales tuvieron que ser traducidas para que yo las comprendiera, y contesté en mi español incorrecto. Cuando llegó el momento en que Rudy debía sacar el anillo de la boda, me miró estupefacto. ¡Se había olvidado por completo de él! Afortunadamente, la situación fué salvada por la doctora White, que nos prestó el suyo. Y así terminó la larga ceremonia de la boda.

Es así que cuando Zaharoff habla, aun cuando apenas tenga voz, mejor fuera que callara...

CARTAS A UN MUCHACHO QUE SE FUE A PARIS

(Continuación de la pág. 13)

pueda, por fin, componer una modesta elegía.

Su amiga he dicho, y permítame ahora que trate de este punto delicado. La amiga del hombre de letras, del artista en general, es una institución en Francia. Hay que respetar las instituciones del país en que se vive...

Pero tendría que atravesar este asunto como una flecha si lo tratara ahora, pues faltan pocos minutos para que se cierre el correo aéreo por cuyo intermedio ha de llegarle esta carta, y es un asunto sobre

RODOLFO SE CASA CON NATACHA RAMBOVA A PESAR DE LA ORDEN EN CONTRA DE LOS TRIBUNALES

Inmediatamente después todo el mundo empezó a abrazarse. Con un verdadero fervor latino, el alcalde y el jefe de policía nos besaron en ambas mejillas, y este saludo afectuoso fué extendido a la doctora White, a Gerry, al magistrado y a la mayoría de los huéspedes.

Al terminar esta demostración de afecto la banda empezó a tocar otra vez, y los niños de las escuelas pasaron frente a nosotros para entregarnos, uno por uno, un ramillete de flores. Ello constituyó para nosotros un homenaje sencillo pero conmovedor.

Y en seguida comenzó la fiesta de la boda. Se podrá tener una idea de lo abundante y magnífica que fué por el hecho de que empezó a eso de las dos de la tarde y no terminó hasta las nueve de la noche. Fué precedida por tazones de cordial mejicano, la especialidad del país, una bebida tan fuerte como el "vodka", y cuando nos sentamos a la mesa todo el mundo se sentía feliz. Hacía rato que todos se habían despojado de sus sacos y sus cuellos; los trajes domingueros estaban un tanto ajados, pero a nadie le importaba nada, pues el champaña, los vinos y los licores corrían a discreción. Hasta la doctora White, que nunca bebía, tuvo que permitir que le llenaran su copa varias veces. De otro modo, el alcalde se hubiera considerado ofendido.

A la terminación de cada plato se repetían los abrazos y se pronunciaban discursos en español y en inglés. No importaba que no se entendiera una sola palabra de lo que decía el orador; todos los discursos eran festejados con aplausos y hurras. Los músicos fueron reforzados con una orquesta de instrumentos de cuerda. La banda de instrumentos de viento quedó en el jardín, porque a una distancia menor nos hubiera ensordecido.

Rudy mandó vino y cerveza a los músicos, y éstos, en señal de agradecimiento, no dejaron de tocar un solo instante. Ejecutaron el Himno Nacional de cada uno de los países representados allí: el mejicano, la Marcha Real española, el himno italiano y el norteamericano. Pero no conocían "The wearing of the Green", y Gerry, convencido de que no debía olvidarse a la verde Erin, se puso a bailar una danza irlandesa.

Lo cierto es que nuestra boda fué fastuosa. Siempre sentiré cariño por el pueblo mejicano, por la felicidad que nos dió aquel día. Todo lo que hacían por nosotros les parecía poco. A las nueve de la noche

los invitados se despidieron de nosotros, conmovidos, y el alcalde y el jefe de policía nos acompañaron hasta nuestro hotel, asegurándonos amistad eterna.

Aquella misma noche emprendimos el regreso en automóvil a Palm Springs, adonde llegamos al alba, sucios y extenuados, después de un viaje peligroso, en el cual Rodolfo que manejaba, corría a toda velocidad, como tenía costumbre. Cruzamos una zanja en medio del desierto, y dimos todos, con la cabeza en el techo del automóvil. Por fortuna, nadie se hizo mucho daño, pero Gerry se retorció un dedo pulgar, y se quejó tanto del dolor que sentía, que no pudimos notar hasta que llegamos a casa que la doctora White tenía una herida en la cabeza.

Una acusación de bigamia contra Valentino

Nos encontrábamos almorzando tranquilamente a mediodía en nuestra hermosa casita, cuando Rudy fué llamado urgentemente a Hollywood por el teléfono de larga distancia. June Mathis, que le hablaba desde el estudio, le dió la noticia desagradable de que estaba acusado de bigamia, y que había el propósito de arrestarlo.

Sin detenernos a recoger nada, saltamos al automóvil y partimos para Los Angeles a toda velocidad. Allí supimos de labios de nuestro abogado y de todos los altos empleados del estudio, que no se trataba de una broma, sino que la cosa iba de veras.

Pero el asunto no era más que una despreciable maniobra de publicidad del fiscal de la localidad, Mr. Keyes, quien se encuentra actualmente encerrado en la prisión del Estado, de modo que puedo contar la verdad. Los propios actos de Mr. Keyes, en aquel tiempo, estaban siendo objeto de una investigación, y, con el fin de distraer la atención del público fijándola en otro personaje popular, preparó un golpe maestro con su acusación contra Valentino. No prosperó ella, sin embargo, al ser sometida a una corte policial, donde el estimado Mr. Gilbert nos defendió con su inteligencia y habilidad habituales. Siguiendo su consejo, marché inmediatamente a Nueva York, a reunirme con mi madre.

Se podrá imaginar fácilmente las amarguras que sufrimos Rodolfo y yo a causa de la separación súbita. Tal fué la terminación inmediata y trágica de todos nuestros sueños de felicidad.

EL CASERO SACRIFICADO

(Continuación de la pág. 7)

teresado. Por ejemplo, alquile usted.

—A eso he venido; pero, ¿qué hago?

—Lo que todos: ofrecer.

—De ese modo, volvemos al principio de la discusión.

—Aquí no hay discusión ninguna. Al menos, entre nosotros. La discusión estará entre ustedes, los interesados, que se obstinan en no dejarse proteger por nadie, desconociendo y despreciando los esfuerzos y sacrificios realizados. Porque ustedes jamás tendrán idea de la tremenda lucha que aquí hemos sostenido con los constructores, que son unos caribes, para levantar este edificio en condiciones económicas que permitiesen llegar a lo que el dueño de la finca se proponía. Ahora,

dinario cuya historia ocupará volúmenes. Símbolo de la actual Europa, como nadie representa su hora en las "Horas de la historia". Sólo faltaba para coronar su audacia la guerra de Grecia contra Turquía, que él arma, protegido por Inglaterra. Estalla el escándalo, al denunciarlo, en la Cámara de los Comunes. Lloyd George se ve envuelto en la ruina y los ministros griegos son fusilados. Mas Zaharoff no descansa. Ahora, en estos días, arma un buque en corso que va a estrecharse contra las costas de Venezuela.

Cásase con la Duquesa, que muere pronto. La boda es sencilla, y ahora, desde su palacio de Balincourt, cercano a París, dirige el mundo. De un fracaso como el griego hace surgir innumerables éxitos, tupidas redes de negocios, de nuevos bancos con extraños títulos que surgen a diario, como floración parásita, desde el

Bósforo azul hasta el Sena gris, y desde el Támesis brumoso al alegre Manzanares. Nunca aparece él, mas lo maneja todo. Acapara el petróleo y sírvelo a las dos marinas rivales: la inglesa y la francesa; riñe con Venizelos, su amigo íntimo, pero conquista el mercado griego.

Sentado en su sillón de ruedas dirige el mundo.

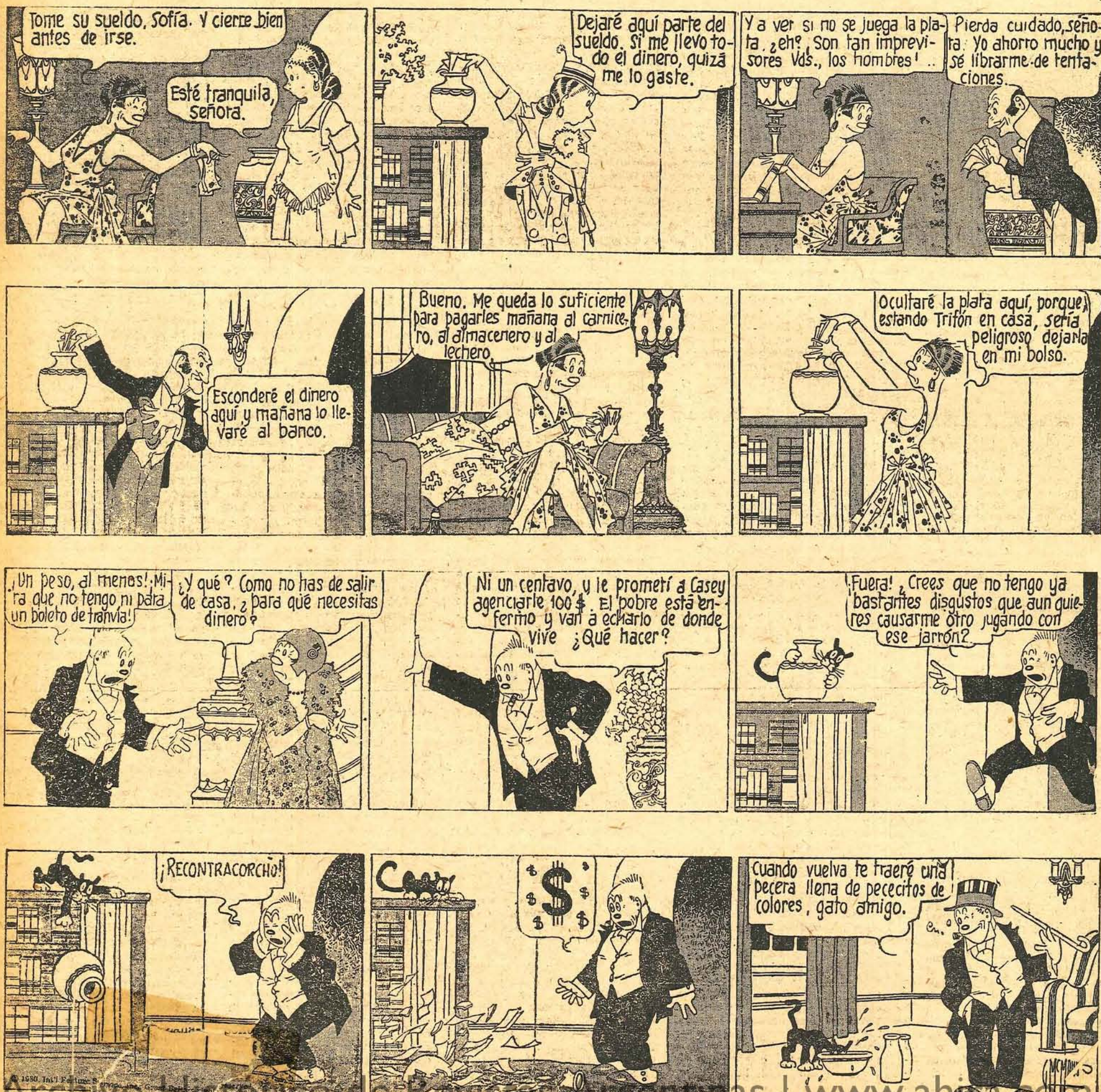
Callado, incógnito, misterioso, puede, como el mariscal Moltke, decir "que conoce siete lenguas y sabe callarse en las siete". Una sola vez escribió en periódicos: dos líneas para defender a Lloyd George.

Ha poco le visitó un periodista, dejando una tarjeta con su nombre. Zaharoff le hizo contestar "que, falto de voz, no podía en aquel momento... "cantar". (En el "argot" periodístico "chanter" quiere decir tanto como vender o comprar el silencio. De aquí la palabra "chanta... ge").

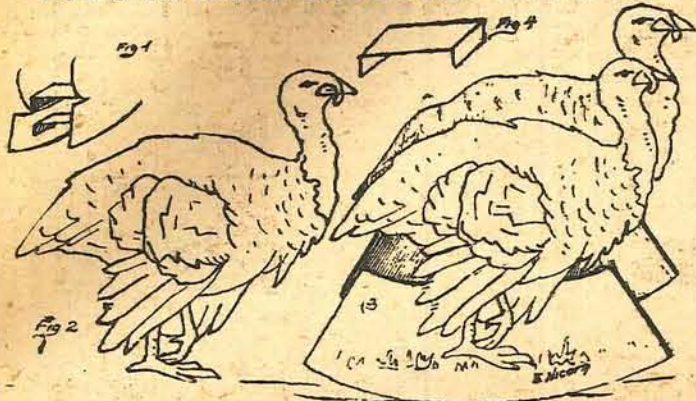


LA OBRA DEL GATO

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



HAMACA: Dibujad sobre cartón grueso, dos pavos iguales, semejantes al de la figura 2. Recortadlos, coloreadlos y pegadlos luego sobre dos trozos de cartón andógos al de la figura 3 (S). Armad luego la hamaca, uniendo los dos pavos mediante dos cartones doblados en sus extremos (figuras 1 y 4).

HISTORIA DE CRESO

HACIA ya diez años que Creso reinaba sobre Sarda, la hermosa capital del reino de Lidia. Bajo su gobierno todo había prosperado, las granjas estaban llenas de grano y las praderas de ganado. Sus cofres estaban también repletos de oro, plata y piedras preciosas. Era el más rico de los reyes y era también el más poderoso. En su país no se conocían ya batallas, ni luchas y gobernaba con tanta bondad que sus mismos vencidos lo adoraban. Lleno de satisfacción, Creso se decía que era el hombre más feliz de la tierra.

En esa época llegó a Lidia, Solón, el ateniense. Después de dictar en su patria sabias leyes, quiso hacer un viaje para estudiar las costumbres de otros países y fué recibido con júbilo por Creso, quien le ofreció suntuosos banquetes y brillantes fiestas. Cuando hubo terminado de admirar los tesoros, el rey de Sarda le preguntó que si en su recorrido había encontrado un hombre a quien se le pudiera decir que era perfectamente feliz.

Creso hacía esta pregunta con el convencimiento de que se le contestaría que ese hombre era él. En efecto, ¿qué más podía desear que lo que tenía?

Solón reflexionó un instante y dijo:

—Creo que el hombre más feliz que he visto en mi vida era Tellos el ateniense.

—¿Por qué lo era él? — exclamó Creso algo irritado.

—Tellos — respondió Solón — vivió en Atenas en una época en que todo marchaba a la perfección. Sus hijos eran hermosos y buenos y vivió lo suficiente para poder ver a sus nietos crecer, vigorosos y sanos como lo era él. Después de una vida virtuosa murió gloriosamente en un combate contra los habitantes de Eulises. Se le enterró allí mismo y su memoria es venerada por todos.

—Y después de Tellos, ¿quién es el hombre más feliz? insistió Creso.

Peró el otro ejemplo de felicidad que dió Solón tampoco fué el rey de Sarda. Entonces éste exclamó indignado:

—¿Consideras entonces tan poca cosa mi felicidad que mencionas antes la de la gente de la plebe? ¡Todo el mundo sabe, sin embargo, que soy bien feliz!

—¿Eres tú que preguntas eso? — respondió Solón lleno de asombro —. ¡En el curso de la vida de un hombre pueden pasar tantas cosas! Cada día puede traer algún cambio y el hombre nunca está seguro de nada en esta tierra. Antes de declararse feliz o desgraciado hay que morir. La verdadera felicidad consiste en ser sano

¡vea usted lo que sucede! ¡Así es la vida!

Dicho lo cual y aclarando todo así, el hombre alto, ancho, gordo y en mangas de camisa volvió a presentarse sus espaldas para seguir tocando la pared. Yo, detenido junto al quicio de la puerta, permanecí mirándolo un buen rato, como si no me cupiese duda de que hay cosas cargadas de interés. Cuando al cabo le dije:

—Bueno, disculpe...

El hombre contestó, sin darme el rostro:

—No tengo nada que disculpar. Vaya con Dios.

de cuerpo y alma, no padecer enfermedad alguna, ver a sus hijos crecer dichosos. Sólo el que muere sin haber perdido estas cosas, puede considerarse realmente feliz.

Solón continuó su viaje y poco tiempo después Creso tuvo un sueño en el que le pareció oír una voz que decía:

—¡Ten cuidado! Tu hijo Atis será herido con una flecha y morirá de su herida.

Creso no contó a nadie lo que había soñado, pero ocultó todas las armas que tenía en su casa e hizo que éste se casara con una joven muy hermosa, esperando que los placeres del hogar le harían olvidar su afición a la caza.

No habían terminado las fiestas que se celebraban en honor al casamiento, cuando apareció en las puertas del palacio un hombre, vestido de harapos, que parecía en un estado de desesperación y que pedía hablar con el rey Creso.

—¿Qué deseas? — le preguntó éste cuando estuvo a su lado.

—Oh Creso! — respondió el extranjero —. Purifícame primero. ¡Mis manos están llenas de sangre, pues soy un asesino!

Creso lo purificó como se hacía entonces y luego le preguntó de nuevo quién era y qué crimen había cometido.

—Me llamo Adrastos — respondió el desconocido —. Soy hijo de Midas y acabo de matar a mi hermano, accidentalmente. Mi padre me ha echado de la casa, no tengo, ahora, hogar ni dinero.

—Está bien — dijo bondadosamente Creso — aquí no te faltará nada —. Puesto que lamentas la desgracia que has causado involuntariamente, puedes quedar entre nosotros.

Poco tiempo después, los habitantes de Lidia organizaban una gran batida para tratar de exterminar un jabalí que destruía todas las cosechas. Pidieron a Creso que permitiera que Atis tomara parte en la cacería, pero el Rey se negó a hacerlo. Atis fué entonces en persona a pedirselo.

—Padre — dijo el joven — en otros tiempos no había para mí placer más grande que salir a cazar. Ignoro por qué razón me habéis quitado este placer. ¿Me creéis acaso débil o cobarde? ¿Qué dirán mis camaradas y mi mujer al verme siempre en las casas, sin tocar jamás una espada, ni una lanza?

—Hijo mío — respondió Creso —. Estoy muy lejos de acusarte de cobardía. No encuentro en ti ningún defecto, pero he tenido un sueño que me hacen temer por ti las cacerías.

Contó entonces a su hijo lo que había soñado, pero éste interpretó de otra manera el sueño diciendo:

—Si hubieras soñado que debías morir destruido durante un combate, sería otra cosa. Pero vamos a matar un jabalí, no a batirnos entre hombres. Déjame ir. Tus temores son infundados.

Creso cedió ante su hijo, pero llamó a Adrastos y le dijo:

—Te confío a mi hijo. Ten cuidado de él. Vigílate a fin de que no le vaya a pasar nada. Si crees deberme algún favor te ruego me lo pagues de esta manera. Protégelo. Eres fuerte y puedes aún cubrirte de gloria.

—Oh rey! — respondió Adrastos —. Me había jurado no volver a tomar parte en cacerías, pero si tú me lo pides lo



haré y cuidaré de tu hijo como si fuera mío.

Salieron los cazadores haciendo resonar alegremente los cuernos. Atis tenía siempre a su lado a Adrastos, encontrándose ambos en la primera fila.

Pronto apareció el jabalí. Los cazadores lo rodearon disputándose el honor de matarlo. Adrastos lanzó una flecha. Se oyó entonces un grito horrible y Atis cayó mortalmente herido.

Se había realizado el sueño de Creso.

Este creyó volverse loco de desesperación al saber lo que había pasado, aumentando aún su dolor el hecho de que hubiera caído a causa del hombre que le debía la vida.

Cuando apareció el cortejo que traía el cadáver de Atis, Adrastos se arrojó a los pies de Creso, diciendo:

—Oh, noble rey! Vine a ti cubierto con la ignominia del asesinato; tú me purificaste. Salí para proteger a tu hijo y fué mi dardo el que le causó la muerte. Te ruego termines con esta existencia, que ya no puedo soportar.

En medio de su inmenso dolor, el corazón de Creso se apiadó del infeliz.

—Amigo — le dijo — no recibirás de mí castigo alguno. Demasiado sé que no ha sido tu voluntad el causar esta muerte. Mi sueño debía realizarse. Creso enterró entonces a su hijo y cuando todos se hubieron retirado, Adrastos clavó en su pecho una daga, muriendo en el acto.

Creso recordó entonces las palabras de Solón y comprendió cuán sabias habían sido.

LOS SORDOS OIRAN EN EL TEATRO

LOS sordos se hallan privados del placer de concurrir al teatro. Y si bien es cierto que el cinematógrafo ha venido, en cierto modo, a resolver un problema, no es menos verdad que a pesar de todos sus progresos, el arte mudo todavía no puede proporcionar determinadas emociones de arte que da el teatro.

Fundado en esta consideración, y apoyado en el curioso fenómeno de que la gran mayoría, por no decir la totalidad de los sordos, no son insensibles a las vibraciones de las ondas telefónicas o radiotelefónicas, un inventor francés ha ideado un dispositivo aplicable a los teatros, que permitirá escuchar perfectamente las audiciones a los sordos y será un eficaz auxiliar para aquellas personas tardas de oído, que captan con dificultad los diálogos teatrales.

Este dispositivo, que ha sido bautizado con el nombre de "Teatrofono", está fundado en una combinación de teléfono y radiotelefono. Un micrófono, convenientemente dispuesto en escena, recoge la voz de los artistas, y mediante hilos la lleva a las localidades. En éstas se dispone una serie determinada de butacas, eventualmente dispuestas para las personas que quieran disfrutar de esa comodidad, butacas que disponen de un tomacorriente común. El interesado, de este modo, no tiene sino que llamar a un acomodador, y así como en algunos grandes teatros existe el servicio de alquiler de anteojos, en éstos funciona el arriendo de fonos o aparatos auditores, sin perjuicio de que el interesado pueda llevar el suyo, como quien lleva sus gemelos. Y basta enchufar estos fonos al tomacorriente para escuchar con perfecta claridad cuanto ocurre en escena, por muy alejado de ella que se esté.

El invento ha sido puesto en práctica inmediatamente en París, y así es cómo, después de haber sido ensayado con notable resultado en el Teatro de la Comedia de los Campos Eliseos, fué adoptado también por el Odeón. —***

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

El fósforo mágico

Coloque un fósforo sobre un pañuelo y tápelolo con él. Una vez cubierto, rómpalo por la



mitad. Cuando dé vuelta nuevamente el pañuelo, el fósforo estará intacto.



El secreto consiste en colocar otro fósforo en el dobladillo del pañuelo, el que romperá cuidando de no estropear el otro.

HECHOS CURIOSOS

EN proporción a la población hay más teatros en Italia que en cualquiera otra parte del mundo.

—Se dice que el crecimiento de los niños, se opera casi totalmente cuando están durmiendo.

—En algunas partes de la India se emplea el nenúfar como comestible.

—En el antiguo Egipto, se llegó a usar ojos artificiales de oro, plata, cobre y marfil.

EN SU JUVENTUD FLORIDA

UNA señora de edad preguntó al cochero de plaza, antes de subir al coche:

—¿El caballo es manso?

—Sí, señora, puede subir sin cuidado.

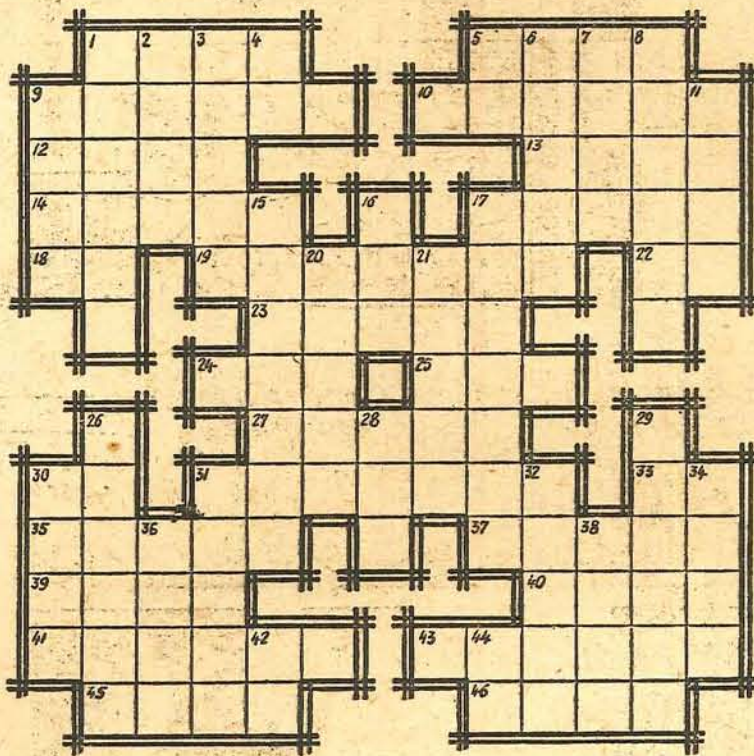
—¿No hay peligro de que dispare?

—¿Qué esperanza, señora!

—¿Y no se asusta de los automóviles?

—No, por Dios! ¡Ni siquiera se asustó de los ferrocarriles cuando los inventaron!

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- Unir, juntar o sujetar con ligaduras o nudos.
- Mujer noble o de calidad distinguida.
- Tomen apuntamiento.
- Medida comparativa de las partes del cuerpo humano en los tipos étnicos de cada raza.
- Fécula amilácea que se obtiene de la médula de la palmera del mismo nombre, y se usa como alimento de muy fácil digestión.
- Juntar dos o más cosas entre sí, haciendo de ellas un todo.
- Hornillo portátil de hierro, barro, piedra, o ladrillo y yeso.

- Tira de chapa de hierro con que se aseguran las duelas de las cubas y las balas de ciertas mercancías.
- Entrega, concede, otorga.
- Deseará con anhelo vehementemente.
- Interjección que se emplea para dar ánimo.
- Vía en poblado.
- Punto cardinal.
- Nombre de una consonante.
- De corta extensión o duración.
- Pronombre personal.
- Expresión de la voluntad de dar a uno o hacer por él una cosa.
- Artículo.
- Harta y satisfecha de bebida o de comida.
- Figura de una falsa deidad a que se da adoración.

- Dicese de algunas peras y manzanas muy sabrosas y delicadas.
- Paraíso terrenal.
- Llamo la atención hacia una persona o cosa, designándola con la mano.
- Ira, enfado, enojo.
- Parte de peso que se rebaja de las mercancías en razón de su envase o envoltura que las incluye.
- Nombre de mujer.

Verticales

- Fruta muy sabrosa y aromática.
- Traje exterior y de ceremonia de los magistrados.
- Enfada, enojo.
- Preposición inseparable que denota repetición.
- Nota musical.
- Dice con estudio e inmoderadamente lo que cree puede agradar a otro.
- Galicismo por provee.
- Alivien la carga de una embarcación, o desembarquenla toda.
- Cocinar los manjares de una cierta manera.
- Hace que el viento dé en una cosa, refrescándola.
- Oculte una cosa o no la manifieste.
- Cantidad.
- Delirio furioso.
- Substancia calcárea amarillenta que se adhiere al esmalte de los dientes.
- Traidoramente, con perfidia.
- Fundamento de un edificio.
- Nombre de mujer.
- Familiarmente, chapucera, inaceptable, poco útil.
- Pronombre demostrativo.
- Hito o mojón que se pone para señalar los caminos.
- Nombre de mujer.
- Novena.
- Tallo de las plantas gramíneas, por lo común hueco y nudoso.
- Río de Alemania que pasa por Frankfurt y desagua en el Báltico.
- Artículo.
- Dativo y acusativo del pronombre personal vosotros.

BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A. Voight

DE INCOGNITO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).



¿Ha probado Vd. una taza del
rico chocolate **NESTLÉ**?



E

S

Delicioso

Exquisito

Sano

35 ctvs.

80 ctvs.

60 ctvs.

NESTLÉ
CHOCOLATE

EL MEJOR DEL MUNDO

CUPON PARA MUESTRA GRATIS

La Nación, 13/7/30.

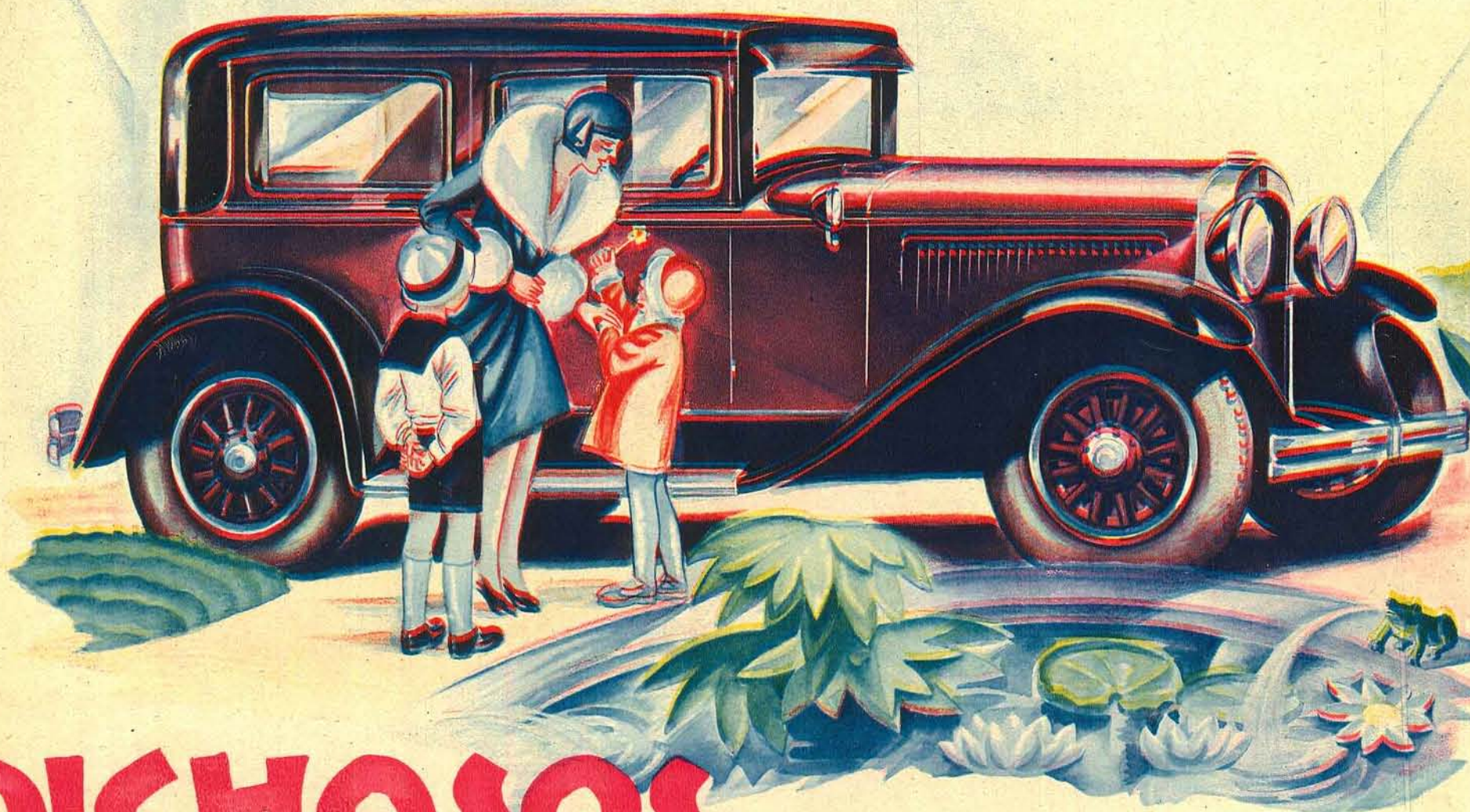
Se entregará una muestra gratis del delicioso chocolate NESTLÉ, para la taza, a toda persona que entregue este cupón en la Casa Nestlé, Balcarce 327, Buenos Aires.

NOTA.—Las muestras se enviarán por correo únicamente a los residentes fuera de la Capital Federal o en el Interior.

COACH 2 puertas

\$ 2470

s/w. Bs. As.



DICHOSOS CON SU WHIPPET

El provechoso servicio que el Whippet presta en los días hábiles, ampliando el radio de acción y de utilidades del jefe de la familia, se complementa con la dicha que logran sus seres queridos, experimentada en gratos paseos de recuerdo perdurable.

A la distinción típica de las líneas WHIPPET, hay que sumar la hermosura de sus tonos y la eficacia de su motor, que le asegura un funcionamiento permanente, andar cómodo y económico mantenimiento.

WHIPPET aumenta las posibilidades de cualquier hombre, mientras consolida la dicha de sus familiares.

cuatro **Whippet** seis

HAMPTON, WATSON & Cía. - CERRITO 702 - AVENIDA ALVEAR 3466 - BUENOS AIRES
SAN MARTIN 2628, SANTA FE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar